



ALFONSO GUTIÉRREZ CARO

YA NO VAMOS A LAS ESTRELLAS



YA NO VAMOS A LAS ESTRELLAS
Alfonso Gutiérrez Caro

T.L,

© Alfonso Gutiérrez Caro

Primera edición: Marzo 2020
Diseño de la portada Víctor M. Mirete

Reservados todos los derechos

Para Marta, la niña que brilla con la intensidad de mil estrellas

La Tierra seguía girando, pero nuestro mundo expiraba su último hálito de vida. El Gran Estallido de la Supernova SN-2090GI se lo llevó casi todo. Arrasó ciudades y campos, se llevó consigo más de la mitad de la cubierta vegetal del planeta y extinguió a la inmensa mayoría de especies animales. A comienzos del siglo XXII, la mayor parte del planeta era un páramo desolado y muerto.

La humanidad aguantó. Los pocos supervivientes lo hicieron buscando cobijo en las entrañas de la tierra, aguardando durante años el momento propicio para salir a una superficie que era todo ruinas y radiación. La tarea reconstructiva estuvo en manos de los habitantes de la colonia lunar Selene, apenas afectada por la catástrofe, quienes décadas después pusieron en marcha el movimiento conocido como el Resurgir Terrestre.

Así nacieron dos nuevos mundos. Uno reciclado, caótico y apoyado en la diversidad que creció de forma espontánea valiéndose de los restos de la civilización caída; otro nuevo y exclusivo, regido por férreas normas y con el firme propósito de devolver a la humanidad el progreso y bienestar perdidos.

I

Centro de Alto Rendimiento Académico (CARA), La Tierra, 18 de octubre de 2182. Prueba para el estado de la psique. Alumno: Ciro 27-7Y

Ejercicio número uno: relata con el mayor detalle el último sueño que recuerdes haber tenido.

Me temo que el último sueño que recuerdo es el mismo sueño de siempre, ese del que ya he hablado en las últimas pruebas semestrales... Es el mismo sueño, solo que con un desarrollo algo diferente que, confieso, llegó a perturbarme. Lo tuve hace unas noches, creo que fue la semana pasada, y desde entonces no he podido encadenar más de un par de horas seguidas de sueño, asaltado por unos inusuales dolores de cabeza de los que ya he informado.

Empieza de forma abrupta. De repente llego a mi habitación tras recorrer un pasillo oscuro y húmedo, no uno de la residencia, tampoco de ninguna otra casa o edificio, es más como una cueva. Sí, es una gruta estrecha, con las paredes de roca, traspira humedad. En el sueño puedo ver incluso el vaho que sale de mi boca aunque no sienta ni frío ni calor. Entonces llego a mi puerta y la abro, se supone que es mi habitación. Esa es la sensación que tengo, pero lo extraño es que todo está cambiado de lugar, la cama ha sido desplazada al centro de la habitación, el escritorio es otro, no hay interfaz ni enchufes conectores de la red. Las paredes están decoradas con cosas que no llego a entender, objetos que no he visto en mi vida. Son imágenes estáticas que cuelgan, que ahora no consigo recordar con claridad. Hay mucho color y movimiento, son como instantáneas de las viejas ciudades del siglo XXI, dibujos y juguetes. Es como una estancia infantil.

Entro del todo y cierro la puerta. Ya no estoy solo. De alguna manera ha entrado una persona que se encuentra sentada en la cama. Es la misma persona de los otros sueños, pelo largo y gris, complexión delgada, su cara está emborronada. Parece una mujer, tengo la sensación de que es una mujer, aunque no puedo recordar ningún detalle más de su cuerpo o su ropa, sola la figura, el pelo y esa cara sin forma. Quiero hablarle pero no me sale la voz, esas cosas que a veces pasan en los sueños. Creo que muevo la boca, quiero preguntarle quién es y qué hace allí, pero no puedo. Es frustrante. Lo curioso es que entiende mi pregunta, o eso me parece a mí aunque no responde nada. Está ahí quieta en la cama cuando comienza a señalar con el dedo hacia un rincón de la habitación. Esto es nuevo, nunca antes se había movido ni había interactuado conmigo de ninguna manera. Siempre se quedaba ahí quieta, yo no podía moverme y todo acababa. Pero en el último sueño señala hacia una esquina y mi mirada se va hacia allí: aparecida por arte de magia hay una trampilla en suelo. Voy a mirar de nuevo a la mujer pero ya no está, se ha esfumado. La trampilla sigue ahí y yo puedo moverme. Avanzo hacia ella despacio, con cuidado de que no aparezca o desaparezcan más cosas por sorpresa. Llego a la esquina que me había señalado, agarro el asa y tiro de ella. Con la trampilla abierta puedo ver un agujero oscuro, una escalera de mano. Sé que no debería pero sin ninguna razón más allá de la curiosidad bajo por el hueco, me adentro en una oscuridad total.

Cuando llego abajo el lugar está iluminado por una de esas luces blancas y frías. Parece una especie de despensa o almacén, como el que tenemos aquí en el nivel menos diez, solo que mucho más pequeño y lleno hasta el techo de estanterías y cajas, cosa cubiertas por mantas... Parece que

nadie haya estado allí en años. Avanzo sin ver nada que me llame la atención hasta que un brillo en la pared más lejana me obliga a cerrar los ojos durante unos segundos. Cuando los puedo abrir el brillo es mucho menos intenso. Camino hacia él con decisión, quiero descubrir de una vez por todas qué es ese sitio y que tiene de especial, por qué estoy allí. Conforme me voy acercando al brillo se va dibujando frente a mí una imagen, un chaval de mi altura y complexión, con el mismo pelo, mismo uniforme. Lo que hay en la pared del fondo es un espejo. Cuando al fin llego hasta él lo toco con los dedos y miro mi reflejo en él. Cambia el gesto de forma repentina y va a decirme algo cuando, de golpe, el sueño se acaba y me despierto.

Ejercicio número dos: relata la última vez que algo te hizo muy feliz.

Supongo que en esta cuestión también suelo repetirme, pero no por ello deja de ser menos cierto. Considero que todos los días soy feliz aquí en el CA.R.A. Veo como mi conocimiento avanza, como mi instrucción en el Código progresa a cada día, también mis habilidades se van puliendo y perfeccionando, estoy muy cómodo y satisfecho tanto con el programa como por sus resultados. No sé qué sería de mí si no hubiese tenido la oportunidad de entrar en esta institución.

Como siempre digo, la convivencia con el resto de compañeros es ejemplar, hay un buen puñado de grandes personas que muy pronto se convertirán en grandes Ciudadanos. Especialmente Kaoutar y Bruno. Pasar tiempo de esparcimiento con ellos está bien, aunque lo primero, por supuesto, es la instrucción. Estoy muy agradecido y feliz de estar en el lugar que considero mi casa.

Ejercicio número tres: relata la última vez que algo te hizo sentir muy mal.

Uhm, sí, hace ya un tiempo de aquello. Fue hace tres o cuatro meses, unas semanas después de la última prueba de conocimiento. Estaba esa chica nueva de segundo, Mónica, la que sobrevivió al accidente que acabó con la vida de sus padres. Ella nos contaba muchas cosas del mundo exterior, de la Capital, y eso siempre gusta, es una cosa que te hace ser popular. Para los que nunca, o casi nunca, hemos estado allí es... excitante cuando te empiezan a contar detalles, aunque sean cosas sin importancia de la gran ciudad que aquí no podemos saber. Es decir, en el C.A.R.A nos educan en todo lo que hay que saber de la vida en la Capital, de sus leyes y funcionamiento, su historia, desarrollo, economía y población, pero yo me refiero a pequeñas cosas, la mayoría se podrían considerar banalidades, de la vida cotidiana en la Capital. No sé, la ropa que llevan, cortes de pelo y esas cosas.

Ella siempre decía que allí comía chocolate todas las semanas y que no podía esperar a la ración trimestral que tenemos asignada aquí. Yo intenté disuadirla de hacerlo, le hablé seriamente de las posibles consecuencias que tendría si se atrevía a saltarse las normas, pero supongo que no me escuchó. Al menos no lo suficiente. La conocí poco, pero estaba claro que Mónica era una chica con mucho carácter y determinación, si algo se le metía entre ceja y ceja tenía que hacerlo sí o sí, a ella no le iban los titubeos. Eso, su manera de ser, fue lo que acabó con ella...

Como sabéis se hizo con una de las tarjetas llave del servicio y, aprovechando la media hora de recreo, se fue a la cocina. Entró al parecer sin problemas y sin ser vista, rebuscó aquí y allí y encontró el chocolate. Esa misma tarde nos dio una onza a cada uno de los del grupo, los del nivel cuarenta y siete, sector C. Ella estaba tan orgullosa y feliz, de pronto sentí que había llenado de vitalidad, reía y reía, con los dientes negros por el chocolate. Todos disfrutaron de su onza como si fuese la primera vez que comían en su vida, yo envolví la mía en un trozo de papel y me la guardé en el bolsillo. Cuando sonó el timbre para volver a clase tomé el ascensor y fui al nivel de seguridad. Les di mi onza de chocolate y les conté todo lo que había pasado. Lo dice el

reglamento interno: si alguien está en posesión de información de quiebra de la normativa debe ponerlo en conocimiento del departamento de seguridad lo antes lo posible. Y así lo hice. Esa misma tarde Mónica fue requerida por Dirección y sometida a un juicio rápido. Gracias a mi onza, más las imágenes grabadas por la cámara de la cocina, Mónica fue condenada al Ostracismo.

No sé, soy consciente de que actué como debía actuar, dentro de los márgenes de nuestra normativa. No puedes llegar a ser un buen Ciudadano si no acatas al cien por cien la ley. Eso es lo que nos enseñan aquí, esa es la base de nuestra sociedad. Por eso no podía comerme la chocolatina y hacer como si no hubiese pasado nada... Por más que me cayera bien Mónica, aunque pensase que en el fondo era una buena chica que aún se estaba haciendo a nuestro régimen. La delaté porque debía hacerlo, estaba obligado a ello por juramento y por convicción. Yo creo en nuestras normas, pero no me sentí bien... Conforme pasaron las horas fui sintiéndome cada vez peor, como si la hubiese traicionado, como si su expulsión y destierro al Exterior hubiesen sido causados por mí. Lo superé, pero me quedó una sensación amarga en mi interior... Como si hubiese sido por mi culpa.

Ejercicio final: supuesto psicodinámico. Cierra los ojos y déjate llevar por el sonido ambiente y el componente que acabas de tomar. Haz una cuenta mental regresiva desde el diez al uno...

Ahora imagina que estás perdido en un lugar lejos de la civilización, un lugar en el que nunca has estado y del que no tienes ni la más remota idea de cómo has llegado allí.

Por favor, responde lo más rápido posible.

¿Qué es lo que ves?

Es... una especie de bosque de antiguos árboles pre-Estallido conocidos como coníferas. Altos, esbeltos, de diferentes tonos de verde.

Los árboles, ¿están organizados según un patrón o están distribuidos de forma caótica?

Están dispuestos en hilera dejando un sendero libre en el centro.

¿Es de noche o de día?

De día.

¿El sendero es estrecho o ancho?

Es amplio.

Encuentras una llave en el suelo, ¿la coges?

No.

¿Cómo es la llave? Grande, pequeña, nueva y reluciente, o vieja y oxidada.

Es pequeña y brillante.

¿Qué crees que abre?

No lo sé... Algo privado, no es asunto mío.

Continúas caminando y aparece un animal que se creía extinto. ¿Qué tipo de animal es?

Veo a un zorro.

¿Qué hace?

Nada. Solo me observa. Después pasa a mi lado y sigue su camino.

Estás llegando al final de la travesía. Al fondo del camino se vislumbra una casa, descríbela lo mejor que puedas.

Es una cabaña de madera, techo a dos aguas, parece muy antigua. Tiene una chimenea de la que sale humo, dos ventanas con las persianas echadas y una robusta puerta de madera oscura.

Desde el interior de la casa se oyen los gritos de un niño, grita y llora sin parar, cada vez más. No tienes dispositivo de comunicación y no hay nadie más allí. ¿Qué haces?

Podría ser verdad, o podría ser algún tipo de trampa. Intentaría hablar con él desde el exterior, que me contase qué le pasa y trataría de ayudarlo en la medida de lo posible pero siguiendo una estrategia que implique primero mi seguridad.

El bosque y la casa desaparecen, los gritos del niño también. De repente te ves rodeado por la nada más absoluta. Kilómetros y kilómetros de desierto. No hay dónde ir, no hay nadie a quién pedir ayuda. Tan solo el vacío. ¿Qué vas a hacer?

Abrir los ojos para despertar de esta pesadilla.

II

Ciro sale del aula y dirige sus pasos al ascensor. Como cada seis meses desde que está allí, lo cual es prácticamente toda su vida, al menos toda la que puede recordar, tanto él como el resto de alumnos del CARA son sometidos a una serie de pruebas tanto mentales como físicas para determinar lo que en sus informes, personales y confidenciales, queda establecido como “estado médico del sujeto”. Ese sujeto, ese alumno, es el germen del Ciudadano. Pulsa el botón del nivel de los servicios médicos y espera. El ascensor está vacío, no así el pasillo al que llega medio minuto después tras abrirse las puertas. Dispuestos en ordenadas filas se encuentran varios alumnos a la espera de las diversas pruebas médicas correspondientes. A saber: forma física, análisis de sangre y escáner. *Mens sana in corpore sano*, una arcaica expresión que no es el lema de la institución pero podría serlo perfectamente. Solo un sujeto en su total capacidad puede optar al honor de convertirse en Ciudadano. Los perfectos prosperan, los imperfectos son desechados. Giro se coloca en la primera de las filas y espera. No va a matar el tiempo hablando porque allí no se habla, eso para el tiempo de recreo, el tiempo personal o cuando lo estimen los instructores. Durante las pruebas solo se habla cuando se es requerido. Así lo dicta la norma.

Las pruebas físicas siempre han sido su fuerte. Pasa los test de vista, oído, reflejos y resistencia sin problema alguno, incluso logrando alguna que otra marca personal. El análisis de sangre apenas dura un minuto, tras casi media hora de espera en la fila correspondiente; el escáner tres cuartos de lo mismo. El análisis de rayos X es uno de sus favoritos de siempre. ¿El motivo? Ni Giro lo sabe, simplemente le gusta meterse en esa cápsula, esperar a las lucecitas. De alguna forma, y a pesar de la exposición contaminante, se siente seguro ahí dentro.

Cuando termina en la planta médica dirige sus pasos de nuevo al ascensor, ésta vez al nivel de restauración, a reponer fuerzas tras la dura jornada de pruebas. Llega hasta la mastodóntica sala de restaurante, un espacio cuadrado, sin ventanas, de líneas rectas y acabados pulcros, en el que una intensa luz blanca lo anega todo: cerca de dos centenares de mesas y seis veces más de sillas, surtidores de comida y bebida, algo similar a lo que antaño se conocía como bufé libre, solo que ahora la variedad brilla por su ausencia. Comer no es un acto distendido ni de esparcimiento, solo es una tarea necesaria más. Giro acude a la zona de las bandejas y toma una, después un vaso vacío, una cuchara y una servilleta. Avanza por la lenta cola hasta el surtidor. En las bebidas hoy hay dos opciones: agua, como siempre, o agua con gas, como casi siempre. Giro, resignado, tras prácticamente haber olvidado el sabor de ese refresco oscuro que le dijeron que se llamaba no sé qué cola y que probó en la Capital cuando años atrás fue de excursión con el CARA, coloca el vaso bajo el agua natural y lo llena. Después se coloca en el surtidor de comida. Comida por decir algo, claro. Son básicamente nutrientes y proteínas necesarias para el desarrollo intelectual y físico, desprovisto de grasas y otros componentes perjudiciales para la salud del alumno. Se trata de una compota orgánica en la que lo único que varía es el color. Los alumnos lo conocen como “el pegote”. Hoy tienen dos sabores a elegir: pollo y calabacín. Oprime el botón del último y en apenas dos segundos tiene en la apertura de la máquina una bandeja humeante con un pegote color verdoso. Con todo en la bandeja se encamina hacia el lugar en el que suele sentarse, una de las mesas más cercana al pasillo de los servicios, donde ya le aguarda uno de los

pocos chicos de su nivel del CARA a los que puede considerar como algo parecido a un amigo.

–Buenas tardes Ciro, ¿qué tal ha ido la cosa?

El autor de la pregunta es un muchacho de la misma edad que Ciro, dieciséis años, de similar complexión y altura, con el cabello corto y oscuro, a juego con su tono de piel tostado. Tiene unos almendrados ojos verdosos y un gesto amable del que rara vez se desprende.

–Pues igual que siempre, Bruno. Como hace seis meses y como será dentro de otros seis. Es un trámite necesario.

Ciro se sienta al lado de Bruno y cae en la cuenta de que, tres mesas más allá, hay un grupo observándole y cuchicheando. El pan nuestro de cada día. Son descarados a propósitos, pretenden minar una fuente que ellos no saben que es inagotable: la confianza en sí mismo de Ciro.

–Ya están esos otra vez... –aprecia Bruno, quien ya prácticamente se ha comido su pegote de supuesto sabor a pollo-. ¿Lo vas a reportar?

–¿Reportarlo otra vez? No, no creo que merezca la pena. Ya fueron castigados por lo que hicieron. El Consejo sabe lo que hay, yo sé lo que hay. Ya pasará, no tiene mayor importancia.

Ciro toma la cuchara y come sin apenas degustar, porque apenas hay nada que degustar, de su plato.

–Deberían dejarlo ya, es agua pasada, ¿no? –dice Bruno, apoyando a su amigo-. No entiendo por qué se empeñan en seguir con ese rollo...

–Claro que lo entiendes. Están dolidos. Saben muy bien que hicieron algo que está contra las normas, se dejaron llevar por Mónica y el chocolate y así les fue. ¿Sabes qué pasa? Que es mucho más fácil culpar a otra persona que a ti mismo cuando la fastidias. Y como fui yo el delator, pues ya está, odio hacia mí. Pero tranquilo, ya te he dicho mil veces que eso no me afecta.

Y así es. Ciro no es solo uno de los alumnos más aplicados del CARA, no todo son notas altas y excelentes informes de conducta, también es uno de los candidatos a Ciudadano con mayores posibilidades de alcanzar pronto un puesto en la Capital puesto que su cumplimiento de la norma es exquisito. Las consignas que durante toda su vida ha recibido, la disciplina y la severa conducta, la meditación y una firme creencia en que siempre actúa en beneficio de la sociedad le han valido un puesto alto en las listas para el pleno ingreso en la Capital.

–Me alegra no haber estado ese día con vosotros, Ciro, si no es probable que hubiera comido aunque fuese un bocadito minúsculo de chocolate... No sé si habría podido resistirme a la tentación, aún a sabiendas de que está prohibido.

–No digas eso, Bru. Estoy seguro de que te habrías comportado como lo que eres: un germen de Ciudadano ejemplar. Y si no ya te lo habría impedido yo, que para eso somos compañeros.

Bruno asiente sin demasiado convencimiento y mira de reojo a la mesa de Alberto, Jan y Yoana, aquellos que comieron de la tableta de chocolate sustraída por la desterrada Mónica. Aquellos que perdieron buena parte de los puntos en su expediente y estuvieron haciendo servicios de limpieza en todo el edificio de lunes a domingo durante dos meses. Aquellos que tenían ya, automáticamente por eso, imposible su acceso a la Capital hasta mínimo dentro de otro ciclo de dos años.

–Por cierto, ¿has visto a Kaoutar hoy? –pregunta Ciro apurando su bebida.

–No, me dijo ayer que tenía las pruebas para pasado mañana, así que supongo que estará en clase...

–Sí, ahí es donde debe estar –Ciro mira su reloj de pulsera, el tiempo apremia-. Me voy a ir ya que quiero pasar por mi habitación a darme una ducha antes de la clase de Filosofía del Derecho.

–Lo dices de tal manera que parece hasta algo guay...

–No es guay, es vital.

Ciro esboza una sonrisa tan cordial como artificial y se aleja de la mesa en dirección al depósito de bandejas. Tras dejar a suya en su sitio lanza una última mirada a la mesa de los damnificados por “el caso Mónica”, como él los llama. Nunca los ha considerado sus amigos, entre otras cosas porque nunca ha considerado tener uno de verdad. Quizás Kaoutar sea lo más cerca que ha estado nunca de una conexión interpersonal, Bruno es un buen chico, un compañero leal pero nunca le confiaría nada importante. No porque no se fie de él, ni porque crea que no esté preparado para ello, sino porque Ciro considera la amistad como algo inútil. Por amistad se hacen cosas que no se quieren o no se deben hacer, se cruzan líneas, se miente, se engaña, se trastoca la realidad... se paga. Ciro no quiere amigos, tampoco enemigos, solo busca cordialidad, funcionalidad, que cada uno se dedique a lo suyo. Eso es todo. Por esa razón decide no aguantar sus réprobas miradas más de un segundo, sabe que no es justo, pero también que no merece la pena. No más historias, no más energías malgastadas en algo que no sea productivo. Pasa de largo mientras cree escuchar unas palabras que a otro quizás herirían, pero a él no. No hay más traidor que el que traiciona al sistema.

El ascensor le lleva al nivel cuarenta y siete, uno de los diez destinados al alojamiento de los estudiantes. En el suyo hay tres sectores, cada uno identificado con una letra, en el que se alojan los alumnos de dieciséis a diecisiete años. Sector C, habitación 04. Por un segundo Ciro vuelve a ver a esa mujer desprovista de rostro sentada sobre su cama, esa cama que en sueño es muy diferente de la que tiene enfrente, al igual que la decoración, la habitación misma, esa trampilla que no está... Comprueba en el cuadro de mandos que aún dispone del 64% de agua para este mes y se da una breve pero reparadora ducha. En el armario encuentra los otros dos modelos de uniforme del centro, un mono azul celeste con el distintivo capitolino, una circunferencia con media Lunay media Terra serigrafías, y dos barras sobre las hombreras que dicen que ya se encuentra en fase de promoción a la Ciudadanía. Que le dicen que ya queda poco, muy poco, para conseguir aquello por lo que se lleva preparando toda su vida.

Ya completamente vestido, y con el dispositivo de biblioteca virtual en las manos, se traslada al nivel veinte, el departamento histórico-legislativo. Le aguarda la ley, su gran pasión. Estudiantes de ingenierías, bioquímica, física, robótica o informática hay muchos, gente interesada en el estudio del Código muy pocos. Ciro es el mejor en ese campo, el mejor con diferencia. No solo porque podría recitar de memoria cada artículo del mismo, que también, si no porque conoce a la perfección y analiza casos teóricos (y algún que otro real) de aplicación efectiva del Código. Algunos dicen que va para juez, que será una figura importante en los tribunales de la Capital. Sus intereses en cambio van por otro camino. Él quiere ser el mayor experto en derecho universal, el adalid de la aplicación del Código, alguien importante, alguien fundamental en la cúpula de poder de la Capital. Llegar alto, ocupar un importante cargo político y, con el tiempo, expandir el Código y el orden nacido tras la hecatombe causada por el Gran Estallido.

Tres horas de clase más tarde y con la ración de cena en el estómago llega el tiempo de esparcimiento antes del descanso nocturno. Entre los jardines del exterior y la azotea del piso cien, Ciro casi siempre elige lo segundo. Sabe que allí le espera Kaoutar, con los codos apoyados en el muro del mirador, los puños en las mejillas, sintiendo el aire en su moreno rostro, sus redondos ojos negros perdidos en la lejana figura de la Capital, bañándose en el dorado fulgor del atardecer. Desde allí arriba puede ver con claridad la traslúcida cúpula de plasma que protege la gran ciudad día y noche desde hace cuatro décadas, los numerosos rascacielos cubiertos de placas fotovoltaicas. Si se fija puede ver incluso pasar el tranvía que recorre toda la capital día y noche. Entre ellos y el escudo interior, entre ellos y la ciudad que todos anhelan, varios kilómetros de

zonas destinadas a cultivo y almacenaje. A su espalda puede ver el gran escudo principal, el que les protege a ellos del temido Exterior.

–¡Kau! Estás aquí. No estaba seguro de si te vería hoy...

La chica se gira y dibuja una sonrisa con sus labios en forma de corazón. Ciro queda momentáneamente hipnotizado por el armónico movimiento de esos rizos negros de su melena. A ella gusta el diminutivo, sobre todo porque solo él la llama así.

–He tenido mucho lío, ya sabes, entre las clases y que los exámenes están cerca y tengo que remontar posiciones en la lista... Necesito todas las décimas de punto que pueda sumar. Pero no iba a renunciar a mi ratito de calma aquí arriba.

–La instrucción es vital, desconectar de vez en cuando también –tercia Ciro mientras se acerca a la cornisa enrejada que pone el mundo a sus pies–. Me encanta observarla.

–Algunos desconectan menos que otros... Ya pensaba que no saldrías de tu madriguera hasta la primavera.

–Bueno, no entraba en mi planning de hoy gastar demasiado tiempo de esparcimiento, pero entre las pruebas médicas y que sabía que tenías ganas de verme... –sus miradas se cruzan, dejando la impresionante vista aparcada, él ríe socarrón.

–No seas idiota, y no hables tan fuerte que nos van a oír –Kaoutar echa un rápido vistazo atrás, en aquella azotea deben de haber medio centenar de estudiantes–. No quiero ser carne de chisme por culpa de tus bromas, y aquí hay mucha gente que parece que vive en exclusiva para ello.

–Aquí hay mucha gente que directamente no debería estar.

–No digas eso, Ciro...

–Es la verdad, está en las normas: aplicación, determinación, resultados – nombra contando con los dedos–. Estoy seguro de que hay muchos, cada vez más, que no son dignos de ser Ciudadanos. Tendrán que conformarse con en el trabajo en las zonas de campo.

–Ya, bueno, nada tiene de malo ser agricultor, es una labor necesaria para la sociedad. De todo ha de haber.

–Cierto, pero deberían detectarlo antes –el tono de Ciro se ha endurecido en apenas unos segundos–. Para muchos esto no es otra cosa que una pérdida de tiempo. De tiempo y de recursos.

–Bueno, dales un respiro, todos no tienen un destino tan grandioso como tuyo, Ciro el legislador.

–¿Destino? Por la luna, Kau, no digas tonterías. No existe el destino, solo el trabajo duro y la determinación, el convencimiento de que lo que haces cuenta. Esos pobres desgraciados no servirán ni para lavar platos. Tiempo al tiempo.

Kaoutar, que conoce al joven a la perfección tras compartir clase con él durante todo el segundo ciclo, desde los siete años a los catorce, coloca su mano en el hombro de Ciro y le proyecta una dosis de ternura con la mirada. Sabe muy bien cómo hacerlo, y sabe también muy bien qué frase es lo que su amigo necesita en este momento.

–Cuando no deban estar aquí no estarán. Tú lo has dicho, lo dicen las normas.

–Llevas razón.

–Ciro... –Kaoutar se para unos segundos, chasquea la lengua delatando inseguridad, sabe que lo que quiere decirle a Ciro igual no le cae bien–. No pasa nada si te sientes mal por algo... A veces, bueno, a todos nos pasa, son baches, momentos en los que necesitamos a alguien. Y sabes que yo estoy aquí, ¿verdad? No tienes por qué comerte todos los problemas tu solo.

–¿Problemas? No sé si te sigo...

–Vamos, no te hagas el tonto conmigo que no te pega. Sabes muy bien de lo que te hablo –Kaoutar baja la voz, mira rápido a los lados–. Del tema de Mónica, Yoana y compañía. Es obvio

que habrá salido en tu prueba de la psique y has tenido que revivirlo todo.

–Kau, en serio –Ciro acaricia las mejillas y coge la barbilla de su amiga de forma delicada con dos dedos–. Nunca he tenido ni tengo un problema con eso. No fue nada agradable, es verdad, pero los que deben y, creo, que se están sintiendo mal son los que incumplieron las normas. Nadie se salta el Código. Ellos lo hicieron, yo no. Es así de simple.

–Lo sé, pero a veces no podemos evitar ser como somos, personas que sí, necesitamos reglas para una convivencia pacífica y fructífera, pero que en ocasiones implica sentimientos que no podemos negar.

Ciro asiente y suelta la barbilla de su amiga, vuelve a apoyarse en el poyete, el cielo está oscuro ya, la Capital ahora se ve más radiante, con sus millones de luces evidenciando una actividad y una energía incommensurables. Siente un pequeño pinchazo en el estómago, no puede ni quiere que Kaoutar le vea vulnerable. Así que se traga sus sentimientos y esboza una sonrisa de normalidad.

–Si alguna vez me siento afectado por algo serás la primera persona en saberlo. Te lo prometo.

–No sé yo...

–¿Qué no sabes?

–¿Qué habrías hecho si hubiese sido yo la que robase una tableta de chocolate? ¿Habrías informado también tal y como dicta la norma?

–Tú nunca harías nada así, no está en tu naturaleza –es la respuesta de Ciro, tras unos segundos en silencio.

–Pero, ¿y si lo hiciera?

–Vamos Kau, no me hagas responder a eso.

En este momento hace acto de aparición Bruno, irrumpiendo en medio de la pareja con poca sensibilidad y haciendo gala de un trabajado don de la inoportunidad.

–¿Cómo estáis, chicos? Yo acabo de salir de Matemáticas Aplicadas, no veáis la paliza que nos ha dado la profe. Hemos salido todos del aula como si hubiésemos recorrido un maratón.

–¿Y tú que sabrás de eso? Lo máximo que has corrido en tu vida son las dos vueltas al circuito del jardín, ni dos kilómetros en total –se burla Kaoutar con confianza.

–Ya, ya, ¿y tú qué has hecho hoy, listilla? No se te ha visto el pelo por restauración...

–Pues me alegra que me hagas esa pregunta ya que otros no se han interesado tanto –le dice a Bruno pero lo hace mirando con cierto reproche a Ciro mientras saca su bibliodispositivo del bolsillo–. Atentos a esto.

Sobre el dispositivo aparece una imagen en tres dimensiones de un pequeño animal rechoncho y rosado. A continuación la propia Kaoutar, ataviada con bata blanca de laboratorio, se le acerca para darle una dosis de un compuesto similar a la leche.

–¿Eso es lo que creo que es? –pregunta Bruno arrugando el entrecejo–. Oink, oink.

–Pues sí. Es una cría de cerdo, uno de los animales más usados por la industria alimenticia anterior al Gran Estallido. Por suerte había varios especímenes en la colonia de la Luna, ya sabéis, junto a gallinas y cabras, y se está consiguiendo replicarlos con moderado éxito. Ahora existen unas pocas decenas en las granjas de la periferia, esta es una nueva especie radicada aquí. Pueden llegar hasta los cien kilos en algunos casos, y se decía que prácticamente se aprovechaba todo de él.

–¿Qué se aprovechaba todo? ¿Qué quieres decir?

–Pues que se comían casi todas las partes de su cuerpo, Bru, hasta el morro o las pezuñas. Está documentado como una de las carnes más sabrosas. Deberías ir más a la biblioteca responde – Ciro con su habitual falta de tacto.

–Puaj, pues no sé si quiero que vuestro experimento llegue a buen puerto –dice de nuevo Bruno, con cara de asco.

–No, claro, es mejor seguir comiendo la misma bazofia, de diferente color, cada día –repone Kaoutar, apagando el aparato y volviéndolo a meter en su bolsillo –.No te hacía por un fan del “pegote”.

–Bueno, dicen que en el Exterior el pegote es considerado un manjar... Imaginad lo que comerán esas pobres bestias. Cosas mutantes llenas de patas y ojos.

–¿Por la luna, Bruno! Déjalo ya –protesta Kaoutar dándole un suave golpe con el puño en el hombro.

–En fin, compañeros, me pasaría toda la noche hablando de porquerías culinarias, pero he de irme, tengo tarea por hacer –dice Ciro mirando su reloj–. Me alegro por ti, Kau, un gran trabajo con ese animal. Estoy orgulloso de ti. ¿Nos vemos mañana?

–En cuanto me dejen libres las pruebas médicas –responde Kaoutar, a su lado Bruno asiente–. ¿A ti te han ido bien?

–Claro, como siempre.

Ciro se despide y dirige sus pasos hacia el interior del edificio. Deja atrás las luces de la imponente Capital, las primeras estrellas que ya se marcan en el cielo y el potente foco de la luna. Dentro de unos minutos sonará el timbre que dará por zanjada la jornada, apremiando a los estudiantes a entrar en sus habitaciones individuales para acometer un reparador y necesario descanso. Para arrancar una hoja más de ese calendario que les lleva irremisiblemente a la Capital.

III

El toque de diana tiene lugar a las siete en punto de la mañana, tal y como ocurre de lunes a sábado desde que el CARA abrió sus puertas casi cuatro décadas atrás. Las persianas de todas las habitaciones se abren automáticamente permitiendo la entrada de los primeros rayos de sol del día. Las luces de la estancia se encienden de forma automática, los ojos de Ciro se abren, el mundo vuelve a girar.

El joven sale de forma enérgica de la cama y se dirige al baño. Tras vaciar el depósito y lavarse los dientes se da una ducha de apenas un minuto, se seca y se viste con el uniforme reglamentario de la institución. Como es habitual, se dirige junto al resto de compañeros hacia la planta cincuenta, la conocida como la planta de meditación, donde tiene lugar el masivo, silencioso y revitalizador ejercicio espiritual que les prepara para la larga e intensa jornada que está por venir. Una sala totalmente diáfana y decorada de forma minimalista, blanca, refulgente y con una selección de motivos vegetales y cósmicos en el que el protagonista es el sol, que inunda a través de las gigantescas cristaleras la sala.

Tras seguir los habituales estiramientos y ejercicios de control de la respiración, la repetición de mantras y recargar los chacras a la manera selenita, los alumnos abandonan ordenadamente la sala para dirigirse a sus respectivas aulas. Ciro se dirige vía ascensor a la planta veinte, al ala de Derecho Occidental y estudio del Código, en cuya aula 20.3 tendrá lugar la clase de dos horas y media de duración de Historia de la aplicación del Código, una de las materias favoritas de Ciro.

Al término de la clase, y tras dar cuenta de un sencillo almuerzo compuesto por un batido energético, Ciro avanza en la misma planta hacia el aula 20.7, lugar en el que bordará un examen de supuesto práctico judicial que le llevará a merecer una sonrisa y una palmadita en la espalda por parte de la profesora Ruiz, todo un logro viniendo de una de las secretamente catalogadas como arpías del centro.

Antes de la hora de la comida tiene lugar el parte diario institucional por parte del director del CA.R.A., informando de los estudiantes que encabezan las listas de acceso a la Ciudadanía de cada especialidad de la última etapa, momento que Ciro anhela que llegue algún día, dentro de unos meses, cuando cumpla los diecisiete y se postule automáticamente por edad y méritos académicos a Ciudadano de pleno derecho.

Come por pura obligación en apenas cinco minutos en los que engulle su ración en una mesa solitaria sin molestarse en buscar a Bruno o Kaoutar. Hoy tiene un plan más importante, una cita que aguarda desde hace dos semanas: hoy ha reservado una cita con el bibliotecario.

Llega hasta la octava planta introduce su nombre y clave en el ordenador de la entrada. Las puertas de la biblioteca se abren permitiendo a Ciro una visión que, por más que la haya visto cientos de veces, no deja de llenarle e incluso de emocionarle. Una gigantesca sala circular, a imagen y semejanza de algunas famosas bibliotecas de antaño, en el que brillan miles, millones de hololibros distribuidos en un sinfín de estanterías que alcanzan hasta el techo. Copias de libros físicos y digitales que se trajeron de la colonia lunar de Selene y otros que se recuperaron de las ruinosas bibliotecas arrasadas por el Gran Estallido. Justo en el centro de la sala, ocupando el lugar preeminente que para todos merece, se encuentra el único libro físico de la estancia, copia

también del original Código que se encuentra en la sede de gobierno de la Capital. Un grueso ejemplar de dimensiones exageradas con tapas de piel sintética roja y letra doradas. Ciro se queda embobado mirándolo, adorándolo más bien, no en vano es la fuente de su inspiración, aquello por lo que se levanta cada día. Ahí está todo, se dice el joven, el mundo, el futuro, es cada vez más luminoso gracias a lo que está escrito en esas páginas.

Frente a Ciro se materializa entonces el bibliotecario, un programa informático que posee plenos conocimientos tanto de la distribución como del contenido de todos los ejemplares digitales allí presentes. Un guía al que el joven identifica con el saber. Ciro recibe los saludos de esa especie de fantasma con forma de monigote y le indica los títulos de los hololibros que desea hojear, los mismos que lleva leyendo para la realización de un proyecto personal desde hace unos meses: El príncipe, de Nicolás Maquiavelo; Pensamientos sobre la educación, de John Locke; Sobre la libertad, de John Stuart Mill; El contrato social de Jean-Jaques Rousseau; y, por último, El espíritu de la leyes del barón de Montesquieu. Conecta su dispositivo personal y se abandona durante horas a la tarea de analizar un tema que le fascina sobremanera: el pensamiento político moderno.

–¿Puedo ayudarte en algo más, alumno Ciro 27-7Y? –dice el bibliotecario materializándose de nuevo frente a un Ciro al que ha pilado desprevenido, inmerso en la lectura.

–¡Por la mismísima luna! Lo que podrías hacer es no aparecer así tan de repente... Me has dado un buen susto.

–Mis disculpas, alumno Ciro 2...

–Sí, sí, vale. Disculpado –le corta Ciro haciendo un gesto evasivo con la mano–. Resérvame una tarde para el siguiente ciclo. Y, por favor, no vuelvas a aparecer así.

–Apuntada su sugerencia. Mi objetivo es adquirir la mayor eficiencia posible.

–En tal caso esfúmate, ¿quieres?, estás boicoteando la mía.

Un rato después, expirado el tiempo de la reserva en la biblioteca, Ciro abandona el estudio y vuelve a su habitación para ponerse la indumentaria deportiva y dirigirse a una de las múltiples salas de gimnasio. Como cada día, y tras los convenientes estiramientos y calentamiento con un par de series de flexiones y abdominales, Ciro configura la sala de la cinta neumática para correr a velocidad número cinco la distancia de tres kilómetros y medio. Estableciendo un par de ajustes la sala en la que se encuentra, hasta hace un momento blanca y luminosa, se torna en un idílico camino forestal, una senda bañada por los rayos del sol en el que las intermitentes sombras proyectadas por los árboles le dan a Ciro una sensación de evasión, aligerando una cabeza que ya comienza a alterarse.

Tras la pertinente ducha, la higiene es otra de las medidas férreamente estipuladas en la norma interna, llega la hora de la cena en la zona de restauración, momento este sí, que Ciro decide compartir con sus compañeros Bruno y Kaoutar.

–¿Qué tal, cómo van Maquiavelo y compañía? ¿Una tarde divertida? –pregunta Bruno con cierta guasa. Para él, futuro ingeniero industrial, supone una pérdida de tiempo brutal andar liado con textos antediluvianos.

–Pues son unos muertos que dicen mucho más que la mayoría de los vivos, fijate –responde Ciro arqueando una ceja.

–Supongo que llevas razón, siempre y cuando seas capaz de entender lo que dicen esos dinosaurios. Debe ser casi como viajar en el tiempo... yo creo que no pasaría del segundo párrafo.

Kaoutar sonrío ante las palabras de Bruno y mira a Ciro como dándole la razón.

–En realidad no es para tanto, sea el año 1513 o el 2182 los seres humanos tenemos, en

esencia, las mismas necesidades, esperanzas y preocupaciones. Vale que las circunstancias y el contexto son bien diferentes, pero tanto en una época como en la otra el mundo precisa básicamente lo mismo: unión, liderazgo y ley. Un estado social, vamos.

–Si tú lo dices... –expresa Bruno tras apurar su vaso de agua.

–Pues sí, lo digo y lo diré siempre. ¿Y qué pasa con vosotros? ¿Qué tal tus pruebas, Kau?

–Pues hechas están, sin novedad en el frente. Con un poco de suerte serán las últimas antes de dar el gran salto... –respondió Kaoutar con visible emoción en su mirada.

–No me puedo creer que estemos a solo unos meses de de la última etapa, de salir de aquí, ser unos Ciudadanos de derecho... ¿Sabéis?, creo que, en el fondo, voy a echar de menos todo esto – dice Bruno ante el asentimiento de Kaoutar.

–Esto es solo una crisálida, Bru, yo estoy deseando salir, que se abran las puertas y nos dejen volar libres hacia la Capital.

–Ya, tío, pero este es nuestro hogar, no sé vosotros pero yo no recuerdo nada más que esto, y aunque ardo en deseos de ser Ciudadano, sé que una parte de mí estará siempre entre estas cuatro paredes, las clases, los test, el pegote...

Los tres ríen de forma comedia mientras terminan de comer de sus respectivos paltos. Fuera el sol va cayendo lento pero imparable, inundando el restaurante con una agradable luz naranja. En verdad sienten como esos pueden, y deben, formar parte de los últimos momentos que pasan allí juntos, como la férrea instrucción va llegando a su fin, como la línea de meta se va dibujando en un horizonte que es un futuro lleno de posibilidades.

–¿Os imagináis cuando quedemos los tres en algún lujoso restaurante de la Capital? Uno donde sirvan buenos filetes del bio-cerdo de Kaoutar, vistiendo elegantes trajes, siendo servidos por un camarero...

–Me temo que aún falta mucho para eso, sobre todo en lo que concierne a mis cerditos.

–Llegará, chicos, con trabajo y esfuerzo todo llegará –dice Ciro mientras da cuenta de su ración–. Pero tú quizás no deberías apuntar tan alto, que he visto tus notas del último trimestre...

–¡Eh! Solo estoy pasando por una pequeña mala racha. Una racha un poco vaga... –Bruno levanta las manos y sonrío–. No todos podemos ser siempre tan súper aplicados como tú...

–Claro que sí. Solo hay que querer.

Ciro recoge su bandeja y la deja en la cinta de desperdicios antes de despedirse de sus compañeros alegando cansancio y dedicar una última mirada a Kaoutar así como dedicar un fugaz vistazo al luminoso skyline que se dibuja a través del ventanal del fondo. Se va esquivando a cuantos alumnos y sus monos azules que se encuentra a su paso y regresa al pasillo del ascensor. A su nivel, a su habitación. A pesar de ser aún temprano, hoy no piensa dar su ya clásico repaso a todo lo visto en clase durante el día. Siente que no lo necesita, que lo que más precisa es un reparador descanso que le deje a punto para dar el máximo al día siguiente.

Con la mente puesta en su cama, Ciro deja atrás las demás puertas de su planta y traspasa la suya utilizando su clave de voz. Apenas tiene tiempo de encender las luces y cerrar la puerta cuando un mensaje catalogado como “urgente” salta en forma de sobre la pantalla que tiene en la pared frente a la cama. De forma automática, aunque extrañado y hasta perturbado al tratarse de la primera vez que recibe un mensaje de ese tipo, dice las palabras “abrir mensaje” y el primer plano de uno de los directores del CARA aparece en la pantalla. Lo reconoce al instante, antes incluso de escuchar las palabras que le van a joder la vida. Se trata de Marc Egea, director del departamento de medicina y ensayo. Su gesto es serio en extremo, su mensaje corto y lleno de incertidumbre.

“Alumno Ciro 27-7Y preséntese de inmediato en el nivel médico. El resultado de sus pruebas

médicas es negativo”.

El mensaje acaba, el sobre se cierra y la pantalla vuelve a desaparecer.

Ciro se queda congelado. Tarda más de lo que cree en moverse, siquiera en pestañear. Despacio, pretendiendo que aquello no sea más que otra de sus recurrentes pesadillas, echa un rápido vistazo a ese rincón de la habitación. Efectivamente, ahí no hay ninguna trampa. Dedicados unos segundos a controlar su cada vez más agitada respiración. Un error, sin duda debe tratarse de un error. Abre la puerta y se arroja al pasillo. Por primera vez en su vida no sabe qué pensar, qué esperar. Por primera vez desde que tiene uso de razón siente un vuelco en el estómago que apenas le permite caminar erguido. Por primera vez siente algo semejante al miedo.

IV

En las pantallas aparecen una sucesión de célebres y funestas imágenes captadas casi un siglo atrás desde la estación de la colonia lunar de Selene. Un cielo color ceniza que duró lustros, grandes y pequeñas ciudades destruidas, las cosechas arrasadas, la tecnología muerta, la inmensa mayoría de la vida en el planeta aniquilada. Un fundido a negro viene acompañado de una bonita melodía a piano. Ahora la Capital se engalana para la conmemoración del cincuenta aniversario de la fundación de la Capital y la instalación y escrupuloso control del Código llevado a cabo por los descendientes de los antiguos colonos de la Luna. La sociedad humana vuelve a florecer. Desfilan por la pantalla grandes personajes de esos que se estudian en la clase de Historia, los padres y madres del nuevo orden, los conocidos comúnmente como los Doce Sabios, aunque su nombre oficial, mucho menos pegadizo, es el de Comité Selenita para el Resurgir Terrestre.

Intercalando esos rostros tenemos imágenes de la reconstrucción, los rostros de las víctimas, las pompas de los funerales masivos conmemorativos, los edificios ruinosos siendo derribados, los nuevos levantándose. Son imágenes que duele ver pero los alumnos del C..A.R.A. las tienen tan interiorizadas que forman ya parte de cada vida del planeta. Son el recordatorio de que nada está escrito, de que todo, hasta el mayor de los desastres, es posible.

Caos, vandalismo, crimen, anarquía. Es el ejemplo de lo que sucede fuera del escudo, lo que surgió de los humanos resguardados en el subsuelo, esos que se autodenominan terrícolas puros, cuando los rayos de partículas de la Supernova arrasaron la superficie del planeta. No hay que olvidar que todo lo que tienen ahora, el progreso, el bienestar, el orden, se lo deben al Código.

Tras la panoplia de imágenes del desastre y la costosa recuperación hace acto de presencia otro de esos rostros familiares para todos, una de esas caras que aparecen hasta en los billetes. No hay duda de que se trata de una conexión con la Capital en directo, así queda debidamente reflejado con un llamativo LIVE en la esquina superior derecha de la pantalla. La señora que se encuentra en pantalla tiene ochenta y tres años, es de constitución ancha, cabello teñido de castaño, y viste túnica amarilla y tocado a la moda. Se trata de la única miembro del viejo Comité, de esos Doce Sabios, que aún sigue con vida, también una de las más queridas por los Ciudadanos: la venerable Presidenta Amelia Cox. Tiene un micrófono delante, el luminoso edificio del Consejo detrás, y contesta con una tranquilidad y un saber hacer pasmosos a cuantas preguntas le hacen.

Pregunta: Desde hace un par de días los Ciudadanos somos testigos de un despliegue de medios sin parangón en lo que concierne a la celebración del quincuagésimo aniversario del establecimiento de la Capital, no hay más que salir a las calles y echar un vistazo. Es espectacular. Según ha informado el gobierno se decretarán tres días festivos para próximas fechas, el 25 y los dos sucesivos, ¿qué tiene de especial este aniversario respecto a los celebrados anteriormente?

Respuesta: Todo, querida, lo tiene de especial todo. No es solo un número, aunque es una cifra muy importante. Cincuenta años que cumple la Capital, cincuenta años de la implantación del Código. Se dice pronto, pero celebrar cinco décadas del reinicio de la sociedad del bienestar humana no es ninguna nimiedad. De hecho se debería haber celebrado cada uno de los días de estos cincuenta años en los que hemos sido capaces, entre todos, con determinación, lucha y

sufrimiento, de enderezar el rumbo y recuperar el nivel de vida que la humanidad perdió. Mis abuelos me contaron cómo vivieron el Gran Estallido desde su módulo en Selene. El miedo y la angustia, el profundo dolor que se instaló en ellos tras ser conscientes de toda la muerte y destrucción que había causado en nuestro querido planeta... Cuando entendieron que, probablemente, ya no podrían volver a pisar la Tierra nunca más. Y así fue durante muchos años, un periodo importantísimo dentro de la historia de la humanidad que abrió el camino a la recuperación del planeta, que propició la Capital. No solo el Comité Selenita, el trabajo realizado por nuestros padres y abuelos hacen posible que hoy estemos de nuevo aquí, disfrutando de este estupendo día de sol. A ellos también están dedicados estos festivos días. Como digo no es para menos, el Código, la Capital... son los logros más extraordinarios del ser humano en este siglo, y vamos a celebrar como es debido que no solo seguimos aquí, sino que cada año nuestra sociedad, nuestra vida, va a mejor.

Pregunta: Desde luego no es para menos. Cambiando de tercio, es por todos sabido que los grupos antisistema, o anticódigo, como son llamados comúnmente en los medios, están multiplicándose. ¿Cómo viven desde el gobierno la escalada de violencia que se está sucediendo en la Capital en los últimos meses?

Respuesta: Exactamente con la preocupación que merece, ni más ni menos. Desde el gobierno no consideramos que exista tal escalada de violencia, como mencionas, aunque bien es cierto que estos grupos, que suelen pequeños y muy desorganizados, siguen estando ahí. Quiero aprovechar la ocasión y desde aquí mandar un mensaje de tranquilidad a la población que esté preocupada por este tema. Todo está bajo control, sus acciones son aisladas y su repercusión testimonial. Es un fenómeno asociado a la juventud, con su carga rebelde, a grupos radicales con comportamientos sectarios. No hay que olvidar que en la historia de la humanidad siempre ha existido una dualidad, la conciencia de eso, su aceptación, es la base del triunfo del Código. Para que exista bienestar debe haber miseria también, aunque sea cruel, y algunos no pueden ni quieren aceptar que no tenemos, porque no existen, los recursos para atender los que viven en las tierras del Exterior. Desgraciadamente no lo podemos tener todo. La solución siempre pasa por la vida... pero la vida bajo control. Estos supuestos revolucionarios son incapaces de ver la realidad tal como es, su ideario solo está poblado de odio y quimeras.

La comparecencia continúa pero Ciro ya ha tenido bastante ración de historia y política por el momento. Se encuentra al final del pasillo principal de acceso al nivel médico. Las pantallas de las paredes siguen emitiendo las palabras de Amelia pero él ya no escucha lo que dicen, solo a su voz interior, esa que le ha puesto en alerta hace unos minutos, esa que le sacude con lo impensable.

Alarga todo el tiempo que puede su ingreso en la sala en la que le esperan, sabedor de que no va a poder postergarlo más, de que debe enfrentar lo que quiera que vaya a pasar a continuación. Ese resultado negativo por primera vez en sus dieciséis años. Esa puerta abierta a lo desconocido.

Llega hasta la entrada del gabinete médico y coloca la mano en el detector biométrico. La puerta emite un zumbido y comienza a abrirse, despacio. Al otro lado la luz es radiante, una sala circular, con dos columnas en el centro, un sello con el logo de la Lunay la Tierra en el suelo y una alargada mesa enfrente en la que hay tres personas sentadas: dos mujeres y un hombre. Ciro los conoce bien, sus identidades al menos. Por suerte nunca había tenido que hablar con ninguno de ellos porque sabe cuál es su cometido, la función que ostentan ahí dentro. Se trata de Sande, el jefe de servicios médicos; Egea, director pedagógico, y Valverde, directora titular. Entre los tres no suman ni noventa años.

–Buenas noches, Ciro 27-7Y, gracias por venir con tanta celeridad –comienza a decir Egea en

tono cordial-. Por favor, adelante, sitúate sobre el sello.

Ciro, con un caminar pesado, con un mar embravecido de nervios al que trata de dejar en su interior, obedece. Desde esa distancia, a apenas dos metros de la mesa en la que se encuentra esa especie de tribunal que le va a cambiar la vida vuelve a sentir una nueva punzada de miedo.

-El señor Sande, jefe de los servicios médicos del centro, va a exponer la razón de la reunión extraordinaria de esta junta -interviene ahora Valverde, en un tono y con una mirada mucho más severa-. Se ruega que se abstenga de hacer comentario alguno hasta que todos los datos sean expuestos y la resolución de la junta comunicada. ¿Entendido?

-Sí, señora directora.

-Está bien, Ciro 27-7Y -toma a palabra el doctor que, como no puede ser de otra manera, lleva una bata blanca y unos galones sobre el hombro izquierdo que lo certifican-. El vídeo que vamos a ver a continuación es una recreación en tres dimensiones del electro al que te has sometido esta mañana dentro de las pruebas médicas ordinarias semestrales.

Sande pulsa una tecla que tiene en un comando frente a él y comienza una reproducción holográfica entre ellos y Ciro. Se trata de un cerebro humano, obviamente el de Ciro, que gira en el aire junto a una serie de cifras y datos. La masa cerebral se va tornando en un color azul mientras deja una importante parte en color rojo, un enorme círculo situado en la zona parietal. Ciro se queda unos segundos mirando ese punto que está a punto de engullir su mundo. Sin necesidad alguna de haber estudiado medicina ni ser un experto en esos temas, al joven le queda bastante claro cuál es el problema aquí. Ciro traga saliva, un súbito ardor calcina sus entrañas, comienza a empapársele la frente en sudor.

-Se trata de un glioblastoma de grado cuatro, un tumor cerebral agresivo inoperable.

Las gotas de sudor caen al suelo, el fuego que recorre su organismo es casi insoportable. Tumor. Agresivo. ¿Inoperable? Casi puede sentir como la vida que había pensado comienza a escapársele a velocidad de cohete.

-Por su tamaño y velocidad de crecimiento, y por estar situado en una zona que compromete las principales funciones del órgano, el tratamiento ha sido considerado inútil.

-¿Có-como que inútil? -se dispara Ciro-. ¿Qué quiere decir con que es...?

-Aún no he terminado, Ciro. Compórtate -Sande clava su mirada en un chico que, a todas luces, se está desmoronando como un castillo de arena-. Existen tratamientos de quimioterapia y radioterapia que podrían, en una probabilidad del veinte por ciento según nuestra recreación, disminuir el tumor a la mitad. Desafortunadamente la simulación también indica, con una probabilidad del ochenta y nueve por ciento, que se produciría la regeneración de dicho tumor en un plazo de menos de seis meses, volviendo de nuevo a la situación actual y dejando por el camino una gran cantidad de tiempo y recursos valiosos.

Ciro está que no está. Se siente empapado en sudor, siento como si su cabeza hubiese recibido un martillazo, sus tripas parecen estar anudándose con fuerza entre ellas provocándole un malestar que va más allá de lo soportable. Está condenado. Todo, absolutamente todo aquello a lo que aspiraba se va disolviendo. Las va a oír, por supuesto que no está preparado, nadie en su situación lo estaría, pero va a oír esas palabras que nunca creería que escucharía en primera persona. Valverde se aclara la garganta, mira fijamente a Ciro. Siente que no hay vuelta atrás. Sienta que empieza a caer por el abismo.

-En vista del resultado tan nefasto, y consideradas las, como ha comentado el doctor Sande hace un momento, del todo inútiles medidas para contrarrestarlo, la junta ha decidido aplicarte el Ostracismo.

La realidad comienza a emborronarse tras las lágrimas que Ciro trata por todos los medios de

no dejar caer de sus ojos. El orgullo es poderoso, pero no tanto. El vacío más absoluto comienza a desgarrarle, minando aquello que creía imperturbable: su fuerza y determinación, sus sueños y metas, una vida de servicio, una Capital en la que vivir, un mundo al que visitar. La Ciudadanía... En apenas unos segundos no queda nada.

–Dispones de sesenta minutos para cambiarte de ropa y personarte en el nivel menos trece, en la cápsula de transporte que te llevará a las tierras del Exterior. Como muestra de gratitud por tu entrega a la instrucción y tu immaculado expediente te será entregada una mochila con agua y viandas para una semana, tiempo más que suficiente para que encuentres refugio en alguno de los poblados humanos del Exterior. Esta es la voluntad de la junta en virtud de la estricta aplicación del Código, sección decimonovena, artículo XV. Ahora sí, Ciro 27-7Y, ¿tienes algo que alegar?

En este momento debería indignarse, llorar, quizás patalear. Agarrar la primera cosa que tuviese a mano y estamparla contra la pared. Debería clamar a continuación a la humanidad de la junta, a los años que lleva allí formándose con el único deseo y objetivo de ser un Ciudadano de provecho. Debería implorar por su vida, cerciorarse de que no hay más vías de tratamiento, otros lugares en el que analizar la enfermedad, técnicas experimentales, una segunda opinión. Debería arrodillarse y suplicar que no lo destierren, que le den una segunda oportunidad, que le dejen volver al lugar de sus sueños, ese que en el que solo ha estado una vez de visita cuando era un crío y que centra todas sus esperanzas: la Capital.

Debería decir todo eso y más, mucho más, debería preguntar qué sentido tiene recoger a un chico desvalido, darle cobijo, alimento y educación durante casi dieciséis años para después deshacerse de él en dieciséis segundos. Pero Ciro sabe muy bien las respuestas a todo eso. Sabe perfectamente la inutilidad de cada palabra, de cada ruego, de cada muestra de humillación. Él se vanagloria de ello, de ser uno de los alumnos, sino el alumno, que mejor conoce el Código. Y el Código a ese respecto es claro, firme e irrefutable, solo hay que acudir al artículo cinco: el único Ciudadano posible es el Ciudadano útil. Una persona moribunda, con un tratamiento con posibilidad de fallo del ochenta y nueve por ciento, no es una persona útil.

Nunca podrá ser un Ciudadano. No hay cabida para él en ninguna institución de la Capital, no se pueden derrochar bienes en él. Sabe que no hay nada que hacer. Es la forma en la que funcionan las cosas, la única que se ha encontrado y quedado demostrada como eficaz para el resurgir de la civilización y el posterior equilibrio social. Dejarlo morir es la ley.

Así que Ciro aleja todo lo inevitable de su mente y se centra en lo que de verdad tiene, en lo que debe asumir, con lo que debe convivir de aquí en adelante. La pregunta que realiza es la menos original, pero también la más acuciante.

–¿Cuánto tiempo me queda?

–Verás, Ciro. Los resultados arrojan un avanzado deterioro del tejido celular cerebral –relata el doctor Sande con hiriente tranquilidad, como si estuviera leyendo el parte meteorológico–. No tardarás en sentir fuertes dolores de cabeza, mucho peores que esos que has reportado recientemente, también náuseas, alucinaciones o pérdidas de visión. En cuanto a la esperanza de vida, el análisis simulado ofrece una estimación de entre seis a nueve meses.

Se hace cargo. Entiende. Duele. A pesar de ser consciente de que están haciendo lo que debe hacer, que le están tratando como debe ser tratado, no puede evitar sentir una amargura que supera todo lo imaginado. Un dolor que le consume, que le está rompiendo de dentro hacia fuera. No puede evitar sentir como se traga la rabia, la impotencia que desde hace unos minutos están tratando de gobernarlo y que amenazan con convertirlo en una desgraciada bestia salvaje.

–¿Algo más?

No, ya no hay nada más que decir. Sesenta minutos, dejar el uniforme, acudir al último confin

del complejo. Llorar, maldecir, tragar hiel. Todo se ha acabado. ¿Cómo gestionarlo? ¿Cómo estar a la altura de lo que se supone debería ser? ¿Qué hace una persona cuando le es revelado tal cruel destino? Lo peor no es morir, lo peor es saber que la muerte está cerca y que no hay nada que hacer para evitarla.

Cabizbajo, flotando en una congestionada nube de miseria e incertidumbre, Ciro vuelve a escuchar la sentencia, ahora de pie, de los labios de la directora Valverde. Cuando comprende que ha terminado asiente levemente y se da la vuelta, desplazándose de forma automática hasta la puerta, viendo como se mueve, pero sintiendo que ya está fuera de ese cuerpo con temprana fecha de caducidad.

En el pasillo siguen bombardeando imágenes de la Capital, los lemas del Código, las caras felices del presente y los cuerpos calcinados amontonados del pasado. El ascensor le lleva a su nivel, pero sus pasos no le conducen aún a su habitación. No, antes tiene que hacer otra cosa. No lo tenía previsto, ni siquiera es propio de él, pero siente algo muy dentro, algo que no es capaz de racionalizar, algo que le empuja a ir a despedirse de alguien.

Llama al timbre y aguarda los pasos. La puerta se abre y el rostro de Kaoutar le trasmite algo que necesita, una sensación que va a tardar en recuperar. Por un momento vuelve a respirar.

–¿Qué haces aquí, Ciro? Apenas faltan cinco minutos para el toque de queda...

–No necesito más, ¿puedo pasar, Kau?

–¿Perdona? No te entiendo.

–Solo he venido a decirte adiós.

La joven arruga el entrecejo y se aparta del umbral para que Ciro pueda entrar en la habitación. Es la segunda vez que está ahí, y todo está exactamente como estaba la última vez, aquella bonita vez hace ya un tiempo.

–No te entiendo –dice Kaoutar mientras se cierra la puerta y Ciro llega hasta la cama y se sienta.

–Yo tampoco lo termino de entender, yo... no sé qué hago aquí. No debería estar aquí.

–Vamos, Ciro –Kaoutar se sienta a su lado y toma sus manos con suavidad, a Ciro ese gesto tan simple sigue incomodándole y encantándole a partes iguales–. Háblame, ¿qué es eso de la despedida? Aún quedan seis meses para los finales y las listas de acceso a la Capital están muy reñidas...

–Ya no voy a ir a la Capital, ya no voy a ser Ciudadano.

–¿Cómo dices? –Kaoutar no puede evitar dar un pequeño respingo, busca los ojos de su amigo con los suyos–. ¿Qué locura es esa?

–La prueba médica ha dado negativa, Kau. Tumor cerebral agresivo... Inoperable. Dicen que, como mucho, me quedan nueve meses... nueve meses de vida.

La chica se pone de pie y se lleva las manos cabeza, se las restriega por la cara como el que quiere espabilarse o escapar de un mal sueño. Da un par de vueltas en círculo por el centro de la habitación, mira a Ciro con aflicción. No se lo puede creer.

–Así que te han desterrado, te aplican el Ostracismo.

–Es lo reglamentario. Así lo dicta el Código.

–Pero tú, tú eres... –a Kaoutar no le sale casi la voz del cuerpo.

–Ya. Soy yo, ni más ni menos –Ciro se pone también de pie, sus ojos están rojos, su rostro desencajado, sigue aguantando la presión–. No soy nadie especial, Kau. Creí que mi futuro me depararía grandes cosas, teníamos grandes sueños, ¿verdad? Ahora sé que nunca veré esas luces de la ciudad a pie de calle, que probablemente moriré oculto en alguna de esas megaestructuras, esas montañas de chatarra, inmundicia y delincuencia de las tierras del Exterior.

–No digas eso, tú eres capaz de todo. ¡Vamos, Ciro! Me duele verte así...

–Sin vida nadie es capaz de nada.

–Aún no estás muerto –la chica da un paso, sus cuerpos se acercan, casi tan, tan cerca como aquella otra vez en que ambos estuvieron en esa habitación–. Debes seguir siendo tú mientras sigas respirando. Con tu entereza, tus ideales... Si alguien puede con todo esto ese eres tú.

–Te agradezco tus palabras, pero siento como se desvaneciendo todo eso, como si en realidad nunca hubiesen tenido el peso que yo creí que tenían... Es una sensación extraña. Desde hace diez minutos es como si todo lo que he vivido y aprendido no me hubiese llevado a nada, como si todo fuese liviano y sin arraigo.

–No sé si te entiendo...

–Yo tampoco estoy muy seguro de lo que digo. Solo sé que me esperan en el último nivel y que no volveremos a vernos nunca más.

Kaoutar hace ademán de ir a besar a Ciro pero éste la detiene con suavidad, posando su mano sobre una de las mejillas de ella. La mira con ternura y no dice nada, nada al menos con palabras. Desliza su mano por su cara y se detiene en su barbilla. Ella también está al borde del colapso. Con un gesto que no dice nada y que lo puede decir todo, Ciro se da la vuelta y abandona para siempre la habitación.

–¡Ciro! No te puedes ir así, yo...

–Lo siento, Kau. Ya no tengo tiempo. No hay más opción que obedecer.

Tras encontrar y ponerse en su habitación la nueva indumentaria compuesta por una camiseta gris, pantalón negro y una cazadora termorregulable también oscura, calzarse unas botas y colgarse la mochila con víveres para siete días, Ciro se va al ascensor sin pararse a mirar nada. Ahí deja su dispositivo con sus trabajos y estudios, su versión de bolsillo del Código. En realidad nada le pertenece, todo es del centro, así que es de suponer que otro alumno le dará uso a partir de ahora. Ya no quiere más despedidas, no pretende alargar más la agonía que siente, no puede extender más lo inevitable. Como el que arranca una tirita de golpe, se va y punto.

Nunca había bajado tantos niveles y tampoco nunca lo había deseado porque es una muy mala señal ser enviado a esas profundidades. Todo el mundo sabe que el que llega al fondo es porque ya no va a volver.

Al abrirse las puertas del elevador se encuentra con la escolta. Un tipo y una tipa vestidos de negro, con coraza, hombreras, rodilleras y casco, que sujetan sendos rifles de perforación, el arma ligera más potente del mundo. No están ahí por Ciro, él no supone una amenaza, sino para evitar que alguien del Exterior utilice ese transporte para entrar. El Tubo es un transporte no pilotado que une la Capital y sus zonas de influencia, cultivos, granjas y centros académicos tipo CARA con las tierras yermas del Exterior. En casi medio siglo nadie del Exterior ha conseguido penetrar en terrenos capitolinos... o al menos no hay constancia oficial de ello. Ciro, al igual que prácticamente todo el mundo ahí dentro, ha oído historias y chismes, leyendas urbanas más bien, de gente que consiguió traspasar el férreo sistema de seguridad. Algunos hablan de que los grupos anticódigo no solo están formados por gentes de fuera, sino Ciudadanos desertores y traidores, por gente del interior, sino que éstos posibilitan la entrada de desterrados y terrícolas puros. Todo historias, cero pruebas, pero ahí están los guardias con sus rifles de perforación... Solo por si acaso.

Los dos guardias acompañan en silencio a Ciro hasta el transporte: un vagón con capacidad para cincuenta personas que descansa sobre unas electrificadas vías y que pronto se aventurará a más de ciento ochenta kilómetros por hora por un estrecho y oscuro túnel. El muchacho llega hasta la puerta del vagón y el sensor hace que ésta se abra. Ciro echa una última mirada atrás. No va a recibir una despedida por parte de los mandamases, tampoco por sus compañeros, ni siquiera va a escuchar un “adiós” o un “buen viaje” de los labios de esas dos figuras de terracota que le acompañan. Va a entrar en el Tubo, se va a sentar en el primer asiento que encuentre, se colocará el cinturón de seguridad, cerrará los ojos y escuchará como la puerta se cierra y el motor se pone en marcha.

La primera sacudida es fuerte, le hace asirse de forma instintiva a los brazos del asiento. Siente el vértigo en el estómago, el ruido crece y crece hasta que es recubierto por una melodía musical que comienza a sonar. Ciro frunce el ceño y presta atención, no se lo puede creer, no puede creer en lo irónico y cruel de la elección de ese tema. Está sonando, y bien alto, la Oda a la alegría de Beethoven. Han fallado de pleno si pretendían que la música que le acompaña le sirviera para relajarse... Más bien al contrario, a cada segundo que escucha esa canción, otrora hermosa, lo que siente en su interior es un subidón de rabia que a duras penas puede controlar. Lo ha tenido

que hacer toda su vida, es uno de los preceptos inquebrantables de todo aspirante a Ciudadano: autocontrol, mantener a raya a las emociones, regir las acciones en base a su utilidad y la lógica. Pero todo eso ya vale de poco. Al lugar al que va, en el abismo al que ha sido deportado, nadie le va a exigir un comportamiento Ciudadano.

El Tubo sigue su camino a gran velocidad mientras una pantalla holográfica aparece frente a Ciro mostrando la imagen de un desierto junto a una serie de datos y números. Una voz monocorde con tintes metálicos comienza a desgranar esos detalles.

En veintinueve minutos el Tubo llegará a su estación de destino, la estación subterránea EXT-1. A la salida del transporte tendrá acceso al montacargas que le llevará a la superficie, a la zona desértica y despoblada conocida comúnmente como “las tierras del Exterior”.

La alocución se detiene y aparecen nuevas opciones, entre ellas un signo de interrogación que Ciro pulsa con un dedo.

Puede efectuar su pregunta.

–Eh, de acuerdo, bien... ¿A qué distancia me dejarán de los territorios de la Capital?

A 420,5 kilómetros.

–¿Temperatura, climatología del lugar? ¿Radiación?

Tres grados centígrados estimados para las 23:13, hora de llegada. Cielo despejado, cuatro por ciento de probabilidades de tormenta de arena a lo largo de la noche. Amanecer previsto para las 06:41 horas. Temperatura media durante el día 39,5 grados centígrados, con picos máximos de 47 grados centígrados. Radiación contenida en valores tolerados para la vida humana.

–Por la luna... –Ciro se pasa las manos por el pelo, resopla, trata de concentrarse. La información que logre sacar en estos minutos puede ser altamente valiosa-. ¿Población humana más cercana? ¿Datos relevantes...?

A veintinueve kilómetros al sur del la EXT-1 encontrará la megaestructura conocida como Ítaca 3, cuya superficie se extiende por una superficie ininterrumpida de 68.351 kilómetros cuadrados según datos del último informe reportado por satélite. Población estimada entre 2,5 y 3 millones de habitantes, formada en su mayoría por aquellos que se hacen llamar terrícolas puros, descendientes de los humanos que sobrevivieron al Gran Estallido de la SN-2090GI en estructuras del subsuelo de la zona. Economía basada en la recolección e intercambio de productos desechados. Forma de gobierno desconocida o inexistente.

Ciro asiente, asimila, memoriza todos esos datos, tratando de dejar a un lado el intenso miedo que acaba de hacerle flojear las piernas. Está a punto de vivir una vida que nunca pensó que fuese para él, a ser arrojado al vertedero del que nadie sale, a uno de esos agujeros infectos y anarquistas en el que la gente malvivía como alimañas, allí donde el espíritu humano se torna en animal. Todo lo que había estudiado en el CARA, todo lo que conocía sobre las megaestructuras del Exterior le abominan de tal forma que no puede reprimir vomitarse encima. Una bocanada de ácido más va a parar al suelo, rematada por un par de sufridos escupitajos. Para él los humanos descendientes de terrícolas puros son como animales.

Aquel pensamiento le lleva a su siguiente pregunta.

–¿Vida animal en los alrededores? ¿Peligros potenciales?

Formas de vida reportada: insectos y pequeñas aves. Riesgo bajo para la supervivencia. Potenciales peligros: seres humanos.

–Cómo no... Ehm –Ciro se pasa la lengua por los labios, piensa en algo más que le pueda a ayudar a conocer el despeñadero por el que se precipita-. ¿Algún dato más de interés o recomendación desde la junta?

La voz tarda unos segundos en continuar, mientras en la pantalla se siguen sucediendo unas imágenes aéreas tanto del desierto como de diversas estructuras poco definidas que lo jalonan.

Escasas reservas de agua. Fuente de proteínas en algunas especies de gusanos y larvas. Entorno pobre y hostil para la vida debido a las altas temperaturas y al riesgo de muerte por inanición. Recomendación: racionar las provisiones suministradas hasta su llegada a la megaestructura. Probabilidades de éxito de llegada a la megaestructura: sesenta y seis por ciento...

De pronto la voz robótica es interrumpida por unos segundos en los que Citro nta como el Tubo comienza a desacelerar.

... Haciendo entrada en estación EXT-1. Fin de trayecto. Abandone el transporte y diríjase al montacargas, por favor. Fin de trayecto, repito, fin de trayecto.

El tubo frena de golpe y Citro siente como las cintas del cinturón de seguridad le oprimen el pecho. Pulsa en el centro y el enganche se suelta. Apenas se acerca a la puerta y ésta se abre sola, con una serie de luces alrededor en forma de flecha verde exhortándole a salir. El joven se detiene un momento en el umbral, sabe que fuera está un mundo nuevo, lo desconocido, la barbarie. Poner un pie fuera del Tubo es certificar su descenso a los infiernos, su fracaso como proyecto de Ciudadano. Cuesta pero lo hace, qué remedio.

La estación nombrada EXT-1 no es más que un estrecho y oscuro lugar en el que terminan las vías. Al fondo se vislumbra una puerta gracias a luz interior que sale por las rendijas que dibujan un cuadrado partido en dos. Nada más acercarse un escáner le analiza de arriba abajo y, tras unos segundos de procesamiento, la puerta del montacargas se abre. Este ascenso es diferente a los que conoce del CARA tanto en tamaño (lo quintuplica), como en la ausencia de comandos, no hay botón alguno que pulsar. Entra, se pone en marcha y se para cuando llega a su único destino.

Citro se encuentra en la antesala de una cámara acorazada que también se abre tras un rutinario e identificativo escáner. Una vez más y, pasadas las pertinentes medidas de seguridad, Citro nota algo en el aire. Se trata de un aire diferente, fresco, pero a la vez cargado de un aroma que no sabe identificar, una atmósfera que nunca había experimentado. Junto a él hay una escala que le conducirá a una escotilla de apertura manual que le llevará al fin, aunque para nada lo desea, al Exterior.

Lo primero que puede sentir es esa atmósfera diferente, casi helada, en toda su expresión. Después el tacto de la tierra, impregnando sus manos al tomar impulso para salir del agujero en el que se encuentra. La tercera cosa que le da la bienvenida es el cielo, abierto, azul marino casi negro, con cientos de estrellas y una Lunacreciente que nunca había contemplado. La intensa contaminación lumínica de la Capital y los territorios adyacentes impedían una estampa como la que Citro está disfrutando en estos momentos. Solos él y la tierra, ningún sonido en varios kilómetros, una bóveda refulgente que hipnotiza y estremece a partes iguales. Así es su primer contacto con el temido Exterior.

Antes de iniciar la marcha conecta su reloj de pulsera y pulsa la opción de brújula. La IA del Tubo le ha dicho que coja dirección sur, dirección a ¿Ítaca 3? Vaya nombrecito para una ciudad-vertedero, como llaman despectivamente los Ciudadanos a esas megaestructuras, el último refugio de los desechos, los desheredados y desterrados. Último sitio al que acudir si eres una rata harapienta y muerta de hambre. Alguien que no tiene un lugar donde caerse muerto. Alguien justo como él. Se asegura de que lleva bien sujetas las correas de la mochila, se cierra la cremallera de la cazadora hasta arriba y pulsa un botón que lleva en el pecho. En cosa de unos segundos el forro interno de la chaqueta comienza a emanar un agradable calor. Respira hondo, mira alrededor, a la oscuridad que le rodea, y no puede reprimir un escalofrío que sacude su cuerpo por un segundo.

Hay que moverse, ya no hay posible vuelta atrás.

Reconfortado al menos en lo que a temperatura se refiere, comienza a caminar siguiendo las indicaciones de su brújula. ¿Hacia el sur? ¿Por qué hacerles caso? ¿Por qué ir a dónde los que ya no te quieren quieres que vayas? Un par de dudas razonables que acuden a la mente de muchacho y que son resueltas con una única y demoledora respuesta: no sabe de otro maldito lugar al que ir. Camina y camina, despacio, atento cada mínimo sonido, sintiendo el helado viento en su rostro, aguzando la vista para no verse sorprendido en aquel desolador y húmedo páramo.

Ya lleva un buen rato de caminata cuando advierte algo que cambia el monótono paisaje. Ciro se detiene y observa. Aquello que tiene a apenas cien metros es algún tipo de construcción del pasado, una de esas cosas que no se llevó por delante la Supernova. Camina ahora con más tiento si cabe, tratando incluso de no hacer ruido con sus pisadas, tratando de centrar sus sentidos en esa cosa que tiene cada vez más cerca y que logra identificar como una especie de habitáculo. En algún momento fue blanco, en algún momento llevó ruedas, lo cual le lleva a pensar que se trata de un remolque. Cuando Ciro lo tiene enfrente no le quedan dudas: se trata de un remolque, uno sin vehículo tractor. El desvencijado transporte tiene una especie de ventanales abiertos en dos de sus cuatro frentes, y un destartado letrero en el que se lee la palabra CHURRERÍA. Ciro, que no había oído hablar de tal cosa en su vida, se encoge de hombros y entra con tiento por la puerta de acceso al remolque.

Como es de esperar allí dentro no hay nada ni nadie. Un par de armarios vacíos, un pequeño depósito y una placa de cocina que dejó de funcionar hace un siglo. Con sumo cuidado trata y consigue cerrar uno de los ventanales, después hace lo mismo con el otro. Ambas acciones son acompañadas por unos chirridos metálicos que retumban a lo largo y ancho del desierto. Con todo cerrado se quita la mochila y enciende la luz de posición del bolsillo exterior que porta la misma, la coloca en una esquina a su lado y se sienta en el polvoriento suelo del remolque. Desconecta el sistema calefactor de la chaqueta, que prácticamente ha consumido un tercio de la batería, y abraza sus rodillas.

Ni se molesta en cerrar los ojos, sabe que no va a dormir. No va a poder pegar ojo hasta que el sol se levante y le muestre ese mundo que tantos años le ha costado aborrecer. Ese mundo que no conoce más allá de unos números, unas estimaciones de unos estudios a los que nunca prestó demasiada atención. Mundo nuevo, poco tiempo, cero esperanzas. Ojalá pudiera dormir. Ojalá todo esto no fuese más que otra de esas pesadillas.

VI

Los primeros haces de luz del día entran por los cuatro agujeros que se reparten sin orden entre el techo y un lateral del remolque. Ciro, que ahora se encuentra tumbado a todo lo largo del vehículo, tiene la mirada perdida en algún punto del amarillento techo. Conforme pasan los minutos el azul gélido de la noche va dando lugar a una estancia anaranjada, mucho más cálida, vaticinio de un nuevo e insospechado día. Ciro se pone cuidadosamente de pie, agarra la mochila y se la coloca a la espalda. Abre a continuación con cuidado uno de los paneles de la ventana, el más pequeño del lateral con la intención de echar el primer vistazo del día al páramo. Cegado por un momento por la luz del astro rey, cierra los ojos, parpadea varias veces hasta acostumbrarse al nuevo panorama. Fuera todo está igual que estaba, kilómetros y kilómetros de paisaje muerto, solo que bañado por la potente luz de aquel que da y también quita la vida.

Durante un segundo piensa en hacer los ejercicios de meditación que le llevan acompañando cada amanecer durante toda su vida, pero no tarda en comprender que ya no tiene sentido nada de eso. Asqueado, decepcionado con todo y con todos, abandona el vehículo y emprende la marcha confiando su destino, su menguante destino, en la brújula de su reloj de pulsera. Camina y camina, echando mano del suministro de agua de su mochila, solo tres tragos, y una porción de esa compota tan desagradecida, ahora en forma de barrita. Nunca el pegote le supo tan mal.

Al cabo de un rato puede ver como empieza a derretirse el horizonte, puede sentir como el sol y la creciente temperatura amenazan con abrasarlo. El sol avanza lento e inexorable hacia su punto álgido, haciendo innecesaria la chaqueta (que va a parar al interior de la mochila) y precisando más tragos de agua. El cansancio, lo monótono de un paisaje árido y muerto, comienza a hacer mella en Ciro.

El cambio es sutil pero significativo. En el horizonte se atisba algo que Ciro no había tenido la ocasión de ver en su vida. El joven aprieta el paso espoleado por la visión, no termina de creerse lo que ve ni siquiera cuando está a un centímetro de poder tocarlo. Frente a él se expande un amplio terreno del que surgen verticales formas del suelo, finos tallos y pequeños brotes que contra todo pronóstico crecen en varios kilómetros a la redonda. ¿Algún tipo de experimento? ¿El germen de un futuro bosque? Ciro se queda ahí arrodillado junto a los tallos, tocándolos con tiento, siendo consciente de una lección muda, por muy difícil que se lo pongan, la vida siempre se las apaña para abrirse paso.

Ciro prosigue su camino, dejando el nuevo paisaje atrás y volviendo a adentrarse en el fiero secarral de tierra y fuego. El entorno es brutal, pero es casi peor lo que lleva por dentro. Mira la hora y siente un invisible puñetazo en el bajo vientre, en esos momentos debería estar en clase de Derecho Capitular, quizá su asignatura favorita del curso. No puede evitar un profundo desasosiego al comprobar que nada de eso tiene importancia allí fuera, en esos lugares donde solo habita el desconocimiento y la barbarie. ¿Qué importancia puede tener la ley en esas tierras alejadas de la civilización? Ya nada de eso va a volver, ya nada de eso va a tener relevancia en su vida. El tumor le ha arrancado de un plumazo todas sus expectativas y sueños, lo bueno, lo malo, lo mejor y lo peor. El pesimismo se hace presa de él, todo cuanto ve le conduce de forma irremisible a un fin anunciado con demasiada antelación.

Entre negro discurrir y algún que otro pinchazo en las piernas que le obliga a hacer más de una parada para descansar y recobrar el resuello, Ciro divisa algo que le perturba, una suerte de montaña artificial que desde la lejanía parece más pequeña de lo que en realidad es. No tarda en identificarla. Ha oído hablar de estos lugares, montañas de desguace conocidos como Dumpers, promontorios de chatarra de toda clase y época, una especie de caótico almacén donde dejar o buscar alguna pieza. Ciro puede divisar todo tipo de cacharros: de viejos aparatos frigoríficos a motores de coche, pantallas reventadas, teclados y otros equipos informáticos, cocinas, chapas, brazos hidráulicos, chasis de vehículos, prótesis varias, decenas de esos viejos aparatitos de teléfono móvil y cables, miles de cables enroscados en todo ello. El chaval se detiene un rato a descansar, sentándose en un enorme altavoz negro, observando con asombro como desde allí parece que la montaña de chatarra alcanza a tocar las nubes.

Ensimismado en la contemplación, cansado y angustiado, con ese revoltijo en las tripas que no le deja en paz, Ciro advierte movimiento a su diestra. Vuelve rápido a la verticalidad, adopta posición de defensa, abre bien los ojos y agarra una barra metálica, lo que parece la pata de una mesa, que hay cerca. La sujeta como si fuese a batear contra lo que quiera que vaya a aparecer, pero al momento siguiente detiene sus ansias, relaja su cuerpo, frunce el ceño.

—¡Buenos días, joven! Soy Cervan, el perro que enseña.

Ciro no puede evitar que la mandíbula se le caiga al suelo al escuchar esa frase enlatada, máxime cuando lo que la acaba de articular es un perro de juguete del tamaño de un cachorro que claramente ha sido inspirado en la anatomía de un labrador. Su cuerpo es plateado y brillante, lleno de arañazos y pequeños desperfectos, la cabeza y lo que sería el hocico es como un alargado casco negro con lucecitas: dos para simular los ojos y cuatro puntos más donde estaría la boca que se encienden cada vez que esa criatura robótica habla. A ambos lados de la cabeza cuelgan dos estilogas anillas alargadas y también plateadas que hacen las veces de orejas.

—¿Te pasa algo? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—¿El gato?

—Oh, ya, disculpa, creo que he usado una expresión demasiado arcaica para ti, aunque por el contexto y la inclusión de la palabra “lengua” creo que deberías haber entendido lo que te he dicho.

—Oye, ¿qué pasa contigo? ¿Quién te crees que eres?

—Soy el que soy, ya me he presentado debidamente. Soy Cervan, el perro que enseña.

—¿Cervan? ¿De dónde has sacado ese nombre? —vuelve a preguntar Ciro, mirando al perro con cara de pocos amigos y sin dejar el improvisado bate en el suelo.

—De mis creadores, por supuesto. ARS, Aplicaciones Robóticas Selenitas. Se ve que Cervantes era demasiado obvio, o demasiado serio, así que lo acortaron. Cervan tiene más gancho, ¿no crees? Soy una especie de adalid de la cultura universal. De todo lo que se ha podido conservar, al menos.

—Ya, ya... así que eres una especie de base de datos con patas. ¿Cómo las llamaban antes? —el joven se queda un par de segundos pensando—. Ah, sí, enciclopedias.

—Bueno, no es mi intención sonar presuntuoso pero da la casualidad de que sí, soy una especie de enciclopedia. De hecho soy un compendio de las bibliotecas más importantes de la humanidad. Ciencia, literatura, arte... Con razón fui el regalo estrella en la Navidad del 2160.

—¿Navidad? Vamos, ya nadie celebra eso...

—Ese dato es incorrecto, el gobierno de la Capital rescató esa festividad durante algunos años para estimular la unión y, por qué no decirlo, también el consumismo de los Ciudadanos. Si bien es cierto que no duró y que el, abrir comillas, espíritu navideño, cerrar comillas, que se extrae de

numerosas obras anteriores al Gran Estallido era bien diferente de aquel.

–Seguro... ¿Se puede saber qué haces aquí perdido en la nada si sabes tanto de todo?

–Buena frase. Verás, mi modelo fue mejorado y se dejaron de construir los de mi número de serie. Quedé en parte obsoleto. Además el niño humano del que era, abrir comillas, coleguita, cerrar comillas, creció y su madre se deshizo de mí. Llevo más de una década vagando por este territorio.

–Vamos, deja de hacer eso ya.

–¿A qué te refieres? –Cervan no entiende.

–Lo del abrir comillas, cerrar comillas. No sé si es otra de tus expresiones arcaicas, pero no hace falta que lo hagas, es tremendamente molesto.

El perro robot se queda unos segundos en silencio. A pesar de no decir nada se puede escuchar un leve zumbido que sale de su interior. Su procesador trabajando con toda la información que va recibiendo.

–¿Eres solar? –inquire Ciro observando la luminosa, aunque también bastante dañada, superficie de Cervan.

–En efecto. La zona del lomo es una placa solar que absorbe la radiación durante el día y me hace funcionar con total garantía.

–Bien por ti. Así que se podría decir que eres casi inmortal.

–Bueno, entiendo lo que quieres decir pero ese es un término bastante inexacto e inapropiado –responde el perro con sus lucecitas en el hocico–. Primero porque soy una forma de vida artificial y no entiendo de mortalidad, segundo porque cuando no haya sol mi batería se vaciará y no habrá más Cervan.

–Aún así está bastante bien, coleguita –la última palabra la dice Ciro con el tono más sarcástico que logra poner–. Se puede decir que eres lo opuesto a mí. Tú puede que existas varios siglos, en cambio a mí no me queda ni un año.

–¿Cómo puedes saber eso? –Cervan hace un alto en su alocución, de nuevo sus tripas robóticas rugen–. ¿Acaso... padeces algún tipo de enfermedad terminal?

–Premio. Un tumor cerebral inoperable.

–Yo... Vaya, lo... lo siento mucho.

–Ya.

Ciro suelta al fin la pata de la mesa y vuelve a tomar asiento, esta vez sobre una enorme rueda de camión y hunde su cara en sus manos. Respira hondo, resopla, cada vez cede más a la desesperación. Cervan sigue ahí, moviéndose en círculos, observando.

–No me has dicho tu nombre. Es... descortés.

–¿Mi nombre? ¿Qué más da eso? El que me dieron, ni más ni menos. Con el que me metieron en el sistema para después echarme como un perro de él... No te ofendas.

–No lo hago, nunca he conocido un perro de verdad, aunque al parecer era un animal noble y servicial. Según mi base de datos, desactualizada desde hace unos años, la mayoría de razas de perro se extinguieron tras el estallido de la Supernova. Los que no murieron directamente no fueron capaces de soportar las nuevas temperaturas y el clima... –Cervan deja de hablar, Ciro le mira con una mirada llena de hastío–. Perdona, me desvíó del tema... Aún sigo interesado en conocer ese nombre que te dieron.

–Ciro 27-7Y.

–Ciro, un nombre imperial.

–Sí, ahórrate la clase de historia, ¿quieres?

–Y un apellido que no es tal –Cervan se detiene, el procesador emite más zumbidos–. Ese tipo

de numeración es la utilizada en los centros de alto rendimiento para huérfanos que surgieron en los primeros años de la fundación de la Capital. Doy por supuesto que vienes de allí...

–Pues sí que sabes cosas...

–En efecto, soy una enciclopedia con patas, ¿recuerdas?

Ciro se queda mirando a ese juguete con el que, sin pretenderlo, está llevando a cabo la conversación más larga que recuerda en mucho tiempo. Un trozo de plástico y metal que incluso le ha hecho esbozar una fugaz sonrisa. A continuación suspira, se echa las manos a la cabeza. Debe volver a ponerse en marcha, se supone que tiene que seguir rumbo al sur.

–¿Conoces la megaestructura Ítaca 3? –le pregunta a Cervan el cual pronto comienza a mostrar esos puntitos de luz que hacen las veces de boca.

–Por supuesto, es una de las ciudades de los terrícolas puros, como ellos se autodenominan, además de los prófugos, desterrados y, uhm, ¿objetores del Código? Tengo multitud de datos sobre la misma en mi disco duro. Algunos sobre su formación que me fueron insertados de fábrica y otros sobre su estatus actual que yo mismo he recabado.

–¿Qué tú mismo has...? ¿Quieres decir que has estado allí? –Ciro se pone de pie.

–Sí, en una ocasión. Hace mucho tiempo.

–Y... ¿qué tal está?

–Bueno, esa es una interesante cuestión. Depende de con qué lo compares... Es un lugar que muchos calificarían de caótico, claustrofóbico, sucio e hiperpoblado. Eso sí, también es un lugar en el que se puede vivir, y morir, en paz. Olvida la visión que desde la Capital se tiene de estos lugares, es diferente pero eso no significa que sea un mal lugar.

–Interesante. Dime, ¿hay más, cosas, cómo tú allí?

–¿Por cosas te refieres a dispositivos de Inteligencia Artificial? Sí, bueno, supongo que alguno más habrá.

–Y por qué no te quedaste allí ¿No eres bien recibido?

–Es complicado. En Ítaca 3 todo el mundo es recibido con las puertas abiertas, es un asentamiento tan grande que hay sitio para todos. Si bien es cierto que luego tienes que buscar tu propio lugar allí. Las normas son muy sencillas, también ciertamente directas: vive y deja vivir. En realidad todo el entramado legal y moral se sustenta en el viejo dicho francés *laissez faire, laissez passer*. Dejar hacer, dejar pasar. Una doctrina sustentada en la libertad de acción por parte del individuo, siempre y cuando no entronque con la libertad de otro sujeto... U otros problemas ¿Me sigues?

–Sí, sí, conozco esa doctrina, pero aún no me has dicho por qué no te quedaste allí y te olvidas de vagar, como tú mismo has dicho, por estas tierras desoladas.

–Todos los habitantes de Ítaca 3 tienen una función, un quehacer allí, una pertenencia, cuando la mía se terminó tuve la certeza de que no debía seguir allí. Ya no era un lugar idóneo para mí.

–Pero vamos a ver, ¿no eres el gran Cervan, el perro que enseña? Podrías enseñar, ¿no? Por lo visto dudo mucho que haya nadie, de carne y hueso o de metal, con más conocimientos que tú.

–Ayudo cuando soy requerido, no te quepa duda, pero fui creado para enseñar a los niños. Y allí ya no tengo acceso a ellos.

–Ya veo... –Ciro asiente, empieza a comprender a esa máquina cuadrúpeda-. ¿Y qué pasó?

El montón de chatarra que les rodea sigue ahí, tostándose al sol. Un conjunto de esponjosas nubes blancas avanza por el cielo dejando un buen número de interpretables formas, tantas como la imaginación de cada uno permite. Allí no hay más horarios ni calendarios que los que dicta el devenir del día, no hay clases ni reglas, ni pruebas ni calificaciones que esperar. Giro se va alimentando de una sensación hasta ahora desconocida para él, que le aterra y le golpea sin

piedad, sí, pero que también le intriga y le abre las miras como nada antes lo había hecho. A lo mejor, solo a lo mejor, eso que empieza a sentir es un primer atisbo de libertad.

—¿Me vas a contar lo que te pasó o qué?

VII

La primera vez que me abandonaron fue dura, pero fue mucho peor la segunda. Eso de que a todo lo malo se acostumbra uno es mentira. Nadie quiere que le pasen cosas malas, y si te pasan varias, como es mi caso, cada vez sufres más y más. Esto es así, no hay contraréplica posible. La primera vez que se desprendieron de mí fue en un vertedero, expulsado por una máquina extractora de residuos, una bonita manera de llamar a un gigantesco cañón que mandaba a varios kilómetros de distancia lo que ya no querías conservar. La segunda fue menos movida pero definitivamente más dramática: simplemente me dijeron “Cervan, te tienes que ir”, y yo, como no tengo más alternativa que la de obedecer a los humanos, me fui sin levantar alboroto.

Ya sé, me hago cargo, sé lo que estás pensando: ¡horradas!, eres solo un perro de juguete, un robot no puede tener sentimientos, al igual que no tiene frío ni calor, hambre o sueño. Pues déjame que te diga que estás muy equivocado. Piensa un momento en esto: si me dan todo tipo de conocimiento, una identidad, capacidad para relacionarme con seres inteligentes, capacidad de conversación, análisis de problemas complejos, competencias para servir en diversos campos, herramientas éticas y psicopedagógicas, entendimiento profundo del ser humano... Si sé cómo piensa y actúa el ser humano, ¿por qué no iba a saber cómo se siente? ¿Por qué no iba a poder extrapolar esos conocimientos y aplicarlos a mis andanzas? O, dicho de otra forma, ¿acaso tendría opción de no hacerlo?

Como digo fue muy difícil superar el segundo abandono. Tras varios años vagando por el desierto llegué a lo que llaman una Ciudad Subterránea. Había carteles por todas partes en varios kilómetros a la redonda para que nadie se perdiera, para que a ningún transeúnte se le ocurriera pasar de largo. La salvación estaba en Jericó, el nombre menos original posible, claro. ¿Cuántas Jericós se establecerían en todo el mundo cuando los primeros humanos salieron a la superficie tras el Gran Estallido? Son datos que desconozco pero sobre los que me aventuraría a apostar: diría que el setenta por ciento de las nuevas “ciudades” (nótense bien las comillas, ahora necesarias puesto que muchas de ciudad tenían o tienen muy poco o nada) fueron llamadas así. El caso es que a esa Jericó subterránea a la que se accedía por una vieja parada de metro le venía como anillo al dedo la descripción de *inmundo agujero infernal*. En realidad se trataba de un asentamiento que aprovechaba el cobijo de una antigua estación, así como algunas oficinas y un par de vagones, para dar techo a media docena de varones. Sí, sí, has leído bien: varones. Todos hombres de edades situadas entre los veinte y los cuarenta y muchos que malvivían de las aguas estancadas de lluvia y pequeños roedores en vías de extinción. También carroñeando la carne de cadáveres que recogían cuando salían al Exterior. Antiguos delincuentes expulsados de megaestructuras que se habían visto obligados a encontrar un nuevo agujero en el que vivir.

El caso es que cuando llegué no me dieron precisamente una calurosa bienvenida. Enojados porque no era lo que esperaban, pero no demasiado ya que al menos no sumaba una boca más que alimentar a ese peculiar rebaño, fui recibido entre improperios y risas, para más tarde ser usado como objeto de juego. A algunos les hice auténtica gracia y no me dejaban salir. Me construyeron una especie de jaula incluso, lugar que se convirtió en mi hogar durante un periodo de un mes y veintidós días. En ese tiempo no sucedió nada a excepción de las típicas peleas por dilucidar quién

era el macho alfa y otras broncas por víveres o pertenencia de objetos que ya no funcionaban pero que aquellos hombres codiciaban como si tuviesen algún valor especial. Yo procuraba estirar mi batería lo máximo posible, pero con el paso de las semanas sentía como mis reservas caían sin que ninguno de esos patanes se preocupara lo más mínimo en sacarme un rato al sol.

Decía que no pasó nada hasta que un día apareció ella. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de pelo lacio y negro, vestía con ropa muy holgada, un abrigo al menos dos tallas más grande, y no llevaba zapatos. La mujer dio sus primeros pasos despacio, de forma cautelosa, mirando bien donde se metía. Los hombres salieron de sus rincones, con los ojos bien abiertos y una sonrisa cruel delatando sus viles intenciones. Debí haber imaginado sus planes pero no lo hice hasta que ya fue demasiado tarde. Al parecer tenía una visión del ser humano más pura y definitivamente positiva de la que actualmente poseo, conocía de lo que sois capaces los humanos, de vuestras crueldades y sadismo, pero hasta ese momento no lo había presenciado por mí mismo.

No la dejaron ni hablar. En apenas unos segundos uno de los hombres, el más alto y también andrajoso, la sujetaba por detrás mientras otros tres acudían a ponerle las manos encima. La tomaron en peso y la llevaron entre gritos de auxilio hasta una enorme mesa de acero en la que solían sentarse a comer cuando tenían algo que llevarse a la boca. Los otros dos, distraídos hasta ese momento con sus cosas, fueron llamados a participar en el cruel y repugnante crimen en proceso. Uno le arrancó los pantalones a la mujer mientras otro trataba de hacer lo mismo con el abultado abrigo. Entre nervios y risas, enajenados por una actitud salvaje y del todo despreciable, dejaron de sujetar por los brazos a la mujer durante unos instantes. Ahí fue donde la fastidieron. La mujer hurgó en uno de los bolsillos interiores del abrigo y sacó un objeto negro brillante con el que se deshizo de los dos primeros en dos atronadoras detonaciones. Los dos que estaban a sus pies cayeron después. Tres balas por barba. Los otros dos, los que iban en camino, optaron por una decisión que les salvó el pellejo: levantar las manos en signo de paz.

No hubo palabras, nada de discursos ni denuncias ni reproches. Muertos de miedo, los dos tipos fueron despacio saliendo de la escena, volviendo a ocultar sus traseros en el agujero del que no deberían haber salido. La mujer, afectada como es natural, atinó a recoger los pantalones del suelo con cierto temblor en sus manos y se fue despacio, caminando para atrás como los cangrejos, hacia la entrada del metro. En su cuidadosa huida reparó en la jaula que me aprisionaba. Yo me levanté y apoyé las patas delanteras en dos barrotes. Le pedí ayuda agotando la poca batería que en aquellos momentos me quedaba.

Lo siguiente que recuerdo es estar otra vez en el desierto, con el sol incidiendo con fuerza sobre las células de alto rendimiento de mi placa fotovoltaica, recargándome las pilas al completo. Le pregunté su nombre varias veces, pero la mujer no consintió en decírmelo hasta que llevábamos dos semanas juntos. Dibya, que así es como me dijo que se llama, no es una mujer muy habladora, todo lo contrario, es exasperantemente callada. Se atisba en ese rasgo y en su mirada gacha un trauma al que no he podido tener acceso porque nunca me lo ha contado. Es metódica y precavida, más aún tras la horrible experiencia de aquella Jericó de saldo en las entrañas de la tierra. Comía y bebía poco, dormía menos de cuatro horas por jornada y siempre estaba en perpetuo movimiento. Siempre con los ojos muy, muy abiertos.

Fue mi heroína particular la que encontró Ítaca 3. Un día que hasta ese momento no tenía nada de particular y nada diferente respecto a las cientos de jornadas anteriores, Dibya divisó algo en una colina. Identificó la simbología muy rápido: dos cruces sobre dos montones de tierra. Cuando nos acercamos se despejaron todas las dudas, aquello eran dos tumbas, dos tumbas muy recientes a juzgar por el color de la tierra y un objeto que descansaba a modo de tributo u ofrenda sobre uno de los montones. Se trataba de una especie de libro con un gusanillo metálico atando sus páginas,

escrito a mano nada menos. Un objeto del todo inusual. Revisé mi base de datos: aquello era una libreta. Dibya lo sabía mejor que yo, claro, aunque siguiendo con su tónica habitual no se le ocurrió compartir sus conocimientos conmigo. La estuvo leyendo durante un buen rato, sentada al lado de esas cruces. Al cabo de una media hora cerró la libreta y la volvió a dejar donde estaba. Yo le pregunté que qué era eso, si había conseguido extraerle alguna información valiosa. Me dijo que creía que sí, que aquello era una especie de diario de una persona que había trabajado en la megaestructura más grande de la zona, la conocida como Ítaca 3. Parca en detalles, como no podía ser de otra manera, me contó que en la libreta se relataba la angustia de unos padres que se vieron obligados a marcharse de la megaestructura con su hijo. No me dijo más, salvo que aquel lugar no debía andar lejos.

En efecto, la divisamos a los tres días y medio de camino: una enorme extensión de acero y cristal que se fundía con los límites del propio horizonte. Ya lo verás, Dibya estuvo cerca de cinco minutos con la boca abierta. Según me dijo, a pesar de que había oído hablar de este tipo de asentamientos humanos, nunca había visto uno con sus propios ojos. Conforme nos acercábamos ya era imposible ver otra cosa que no fuera la megaestructura, ni cielo ni suelo, todo lo había robado aquella gigantesca construcción. Cuando llegamos nos sorprendimos al comprobar que no existían medidas de seguridad, no había gente esperándonos en la entrada, tampoco nadie que nos diese la bienvenida. Accedimos al interior como si hubiésemos entrado mil veces antes, con tranquilidad, sin levantar revuelo alguno, sin que nadie se nos quedase mirando. Así es Ítaca 3.

Pasaron unos cuantos días hasta que Dibya comenzó a confraternizar con la gente de dentro. Las posibilidades eran innumerables, el territorio abarcaba cientos de kilómetros, antiguas calles y plazas, algunos edificios que aún seguían milagrosamente de pie, todo cubierto por esa impresionante cúpula de acero, cristal y cables que para ellos era el nuevo cielo. Nos instalamos, por decirlo de alguna manera, en un edificio público que antaño hacía las veces de Hacienda. Nos ofrecieron una estancia, llena de chismes como todo allí, y ahí estuvimos un tiempo, entre las idas y venidas por una megaestructura que nunca terminamos de ver del todo a pesar de la determinación de Dibya de hacerlo. Quería exprimir aquel lugar, entenderlo en su compleja totalidad.

Al cabo de las semanas, y conforme iba estrechando lazos con determinados grupos de ahí dentro, Dibya encontró una especie de trabajo, una ocupación en la que yo iba a tener una parte activa: íbamos a ser profesores de escuela. Las clases tenían lugar en un enorme quiosco que se encontraba en la parte central de lo que tuvo que ser en su día un uno de los parques más grandes de la zona. Por supuesto ya no quedaba rastro alguno de vegetación, pero los bancos y las paredes, las columnas y el bonito techado del quiosco habían sido repintados de verde. Los niños acudían en grupos de quince, tenía tres grupos en total, que se dividían en tramos de edad desde los tres a los doce años. Fue una experiencia enriquecedora, al fin, después de tantos años de abandono e improductiva soledad, sentía que estaba haciendo lo que tenía que hacer, aquello para lo que era sido fabricado. Ya sabes, no en vano soy Cervan, el perro que enseña. Y enseñé, vaya que sí lo hice.

Acompañé a Dibya durante catorce meses en los que todo parecía ir muy bien, hasta que las circunstancias comenzaron a torcerse. Fue un nuevo brote de un virus para el que no estaban preparados. Yo intenté ayudar, poseo grandes conocimientos médicos y de farmacología, pero no disponíamos ni de la información precisa ni de los medios. La epidemia comenzó afectando a los más débiles, ancianos y enfermos, después a los niños. Cuando la tragedia comenzó a azotar a la comunidad se acabaron las clases, los niños quedaron recluidos en sus casas para evitar contagios y nuestra actividad docente, prácticamente de la noche a la mañana, acabó.

De pronto no nos querían allí, la paranoia se instaló, la demencia y la desesperación que provoca el no saber cómo actuar se hicieron presa de aquellos padres. Algunos culparon a Dibya, una de las últimas en llegar a Ítaca 3, y supongo que yo iba en el pack con ella. No la echaron, pero sí que la invitaron a irse. Debíamos irnos por el bien de la comunidad. Los padres nos dijeron que no querían tenernos cerca, y Dibya decidió no solo abandonar ese distrito concreto, si no seguir su camino, salir de la megaestructura. Yo quise seguir con ella pero me lo prohibió. Me dijo que nuestro camino común ya había llegado a su fin, que debía seguir sola, que ya no me necesitaba a su lado... Sí, imaginas bien, ese fue el segundo abandono que he sufrido, el que más me golpeó, el que peor me hizo sentir.

Así que volví al desierto, a ir de la nada a ninguna parte, visitando antiguos lugares que algún día rebosaron vida, rebuscando entre los escombros algo que no estaba buscando. Yéndome muy lejos, pero siempre volviendo a caer sobre esta zona, como si tuviese un extraño e invisible imán que me atrapa y me obliga a volver una y otra vez.

Llevo así varios años, Ciro, perdido, sin nada que hacer, sin nadie a quien enseñar, esperando otro de esos momentos... Esperando volver a ser útil otra vez.

VIII

–Entonces, basándote en tu experiencia, ¿crees que es una buena idea ir a Ítaca 3? –Ciro se queda callado unos segundos contemplando a Cervan. No hay lucecitas ni movimiento alguno por parte del robot. El Dumper sigue en absoluta calma–. No sé, un lugar sin orden ni ley del que te pueden incluso echar...

–Lo abandoné porque así lo quise, no porque me echaran oficialmente –vuelve en sí Cervan–. Como te he dicho la megaestructura es lo suficientemente extensa como para que todo el que quiera tenga cabida. Siempre y cuando cumplas con un comportamiento basado en la humanidad y el civismo. Solo es cuestión de encontrar tu sitio, tu gente, en el interior. Si lo que me estás pidiendo es mi opinión la respuesta es sí, es una buena idea ir a Ítaca 3. Más que nada porque si te quedas vagando por el desierto cuando se te acaben el agua y los víveres tienes, calculando por lo alto, un cuatro por ciento de posibilidades de sobrevivir, mientras que en la megaestructura esas probabilidades ascienden hasta el noventa y dos por ciento.

–Por la luna...

–Como ves no hay color.

Ciro resopla y sopesa. Un cuatro por ciento de probabilidades, con su afección, cuando comiencen esos dolores de cabeza, la indisposición y quién sabe qué más, se verán reducidas a cero. Además, pasar el poco tiempo que le queda de vida deambulando por un implacable desierto no representa el panorama más atractivo. Parece que la opción más sensata, la única que de verdad tiene si quiere seguir respirando con un mínimo de garantías es ir a esa megaestructura.

–Me han dicho que Ítaca 3 está en dirección sur –comenta Ciro rascándose la nuca.

–Te han informado bien.

–¿Está muy lejos de aquí...? Es decir, ¿cuánto crees tú que tardaría en llegar?

Cervan no habla, sus tripas metálicas lo hacen por él durante unos segundos de zumbido.

–Está a 12,7 kilómetros de aquí. A buen ritmo puede que llegues en unas tres horas.

–Gracias.

–La verás cuando lleves la mitad del camino –añade Cervan señalando con el morro en la dirección correcta–. Esa cúpula no es poca cosa.

–Bien, bien, te agradezco mucho tu ayuda.

–No hay de qué, Ciro, me alegra haber sido útil.

Ciro se le quede mirando en silencio, está a punto de decir algo de o que aun no está convencido del todo.

–Quizá puedas serlo aún más.

–¿Aún más? ¿A qué te refieres?

–Me refiero a que podrías acompañarme –Ciro se agacha y se queda en cuclillas junto a Cervan, por primera vez desde que se conocen le toca, limpiándole la fina capa de arena del casco con el puño de su cazadora–. Está claro que conoces muy bien tanto este asqueroso desierto como la megaestructura, contigo como compañero de viaje estoy seguro de que mis probabilidades de éxito aumentarían exponencialmente. ¿No crees?

–Es altamente probable, sí.

–Además, no parece éste un lugar muy amable para ir por ahí solo. Podríamos hacernos compañía, llegar a Ítaca 3 y buscar nuestro lugar allí. No sé... ¿nunca has pensado en volver?

–No ha habido día que no lo haya sopesado pero...

–Ayúdame, Cervan. Algo me dice que no debo entrar solo en ese lugar, tengo demasiados prejuicios, todo lo que sé de ese lugar me produce rechazo, todo choca con los valores y las reglas que han regido mi vida. Contigo quizás pueda pasar el trago de forma más llevadera. Quizás pueda conseguirlo.

Cervan enciende las lucecitas del final de su morro y le dice que sí, que está bien, que irá con él. Ciro asiente y se agarra a las tiras de su mochila antes de ir a dar el primer paso que le aleje de esa montaña de chatarra, ese espeluznante Dumper, y le acerque a la enorme incógnita que para él es Ítaca 3. Cervan recoge el guante y sale delante, procesando toda la información, las contradictorias señales que le llegan desde ese curioso espécimen humano. De la soledad a la compañía, de la sequedad a la conciliación. Quizás es que es solo lo que es: un chico perdido en un mundo que no entiende, un joven que tiene que procesar a la vez un profundo cambio de vida y una desgarradora noticia que le pone fecha de caducidad a sus días. Un adolescente de ascendencia selenita criado para ser superior a los demás que, de golpe, se ha dado cuenta de que no es nadie. Cervan se ha dado cuenta de que, al fin y al cabo, Ciro solo es un ser humano más.

Como acertadamente había predicho Cervan, el inconmensurable amasijo de acero, cristal y cableado que forma la cúpula de la megaestructura Ítaca 3 se hace visible en el horizonte cuando llevan recorridos unos seis kilómetros. Boquiabierto, no menos asustado por una imagen que en verdad impacta, que sobrecoge y te hace sentir tan pequeño como una hormiga, Ciro cree estar contemplando un colosal caparazón de tortuga que se extiende hasta el infinito. Una estructura demencial que no deja de crecer y que ha logrado lo que parecía imposible décadas atrás: la vida fuera de la Capital.

Ciro y Cervan caminan con el objetivo a la vista. Así es más fácil, parece que el esfuerzo físico es menor, la necesidad de agua y descanso queda por el momento aparcada. Lo pueden tocar con los dedos y eso, en ese mundo dominado por el vacío y lo estéril, por la ausencia, ya es mucho. Avanzan por la monótona planicie hasta que atisban algo a su derecha, una de esas ruinas que jalonan el desierto, vestigios de la civilización anterior. Cervan se detiene y mira hacia esa posición, después lo hace hacia su compañero de viaje y se enciende sus lucecitas.

–¿Quieres ver una cosa curiosa? –pregunta el perro robot.

–¿Allí?

–Sí. Es un viejo parque infantil, pero eso no es lo interesante. Lo jugoso es otra cosa que, si no falla mi predicción, está a punto de pasar.

Innegablemente intrigado, Ciro aguarda sin saber muy bien qué decir, lleva dos días sin saber muy bien cómo actuar ni reaccionar ante cualquier cosa.

–No sé, Cevan. Ahora que estamos tan cerca de Ítaca...

–Ítaca 3 no se va a mover de ahí, Ciro. Además, lo que vamos a ver puede darte una buena idea de cómo es el mundo aquí, fuera de la burbuja en la que te han tenido toda tu vida.

El humano no dice nada, pero tanto su mirada como su gesto hablan por él. Siguiendo a Cervan llegan hasta una extensión de buen tamaño, tapizada de losas grises y blancas aviejadadas por la inclemencia del tiempo, con hierros clavados en el suelo de lo que un día eran bancos, también curiosos muelles que todavía mantenía entre el oxido una nota de color y extrañas estructuras triangulares con cadenas colgando que Ciro no había visto en toda su vida.

–¿Qué es esto? –preguntó Ciro señalando hacia esos tubos y cadenas.

–Bueno, más que ser era. Era un columpio.

–Un columpio...

–Eso es, ¿nunca has visto uno? ¿No tenéis columpios en los centros de alto rendimiento?

–No... ni tampoco muelles gigantes de estos –Ciro tocaba esos ajados restos.

–Entiendo. De aquellas cadenas pendía un asiento, primero era de madera y luego de materiales plásticos. El niño se sentaba ahí y era empujado, o lo hacía él mismo, y comenzaba a balancearse en el aire.

–¿Y eso para qué valía?

El perro se queda unos segundos en silencio, procesando.

–Bueno, en el mundo anterior al Gran Estallido no todo era trabajar y estudiar, también había cabida para la diversión. Y los niños se divertían, y mucho, con estas cosas. Columpiándose, montándose en estos saltadores, o lanzándose por los toboganes, que era una especie de rampa deslizante elevada a la que se accedía por una escalera... No pongas esa cara, eran otros tiempos, y los niños necesitan ser niños.

En ese momento pasa algo que capta toda la atención de Giro, ese algo que Cervan tenía previsto que pasase. Alrededor dos docenas de personas, distribuidos en fila de a dos, se acercan en absoluto silencio escoltando una especie de mesa que porta unos bultos ocultos bajo una sábana suntuosamente bordada. Las personas, hombres, mujeres y niños, visten túnicas color arena y portan extraños collares de cuentas y brazaletes. Las dos filas y ese peculiar trono avanzan por un lateral del antiguo parque y llegan hasta una zona que, hasta ahora, había pasado desapercibida por Giro. Se trata de un escenario de piedra elevado al que se accede subiendo media docena de escalones. Poco a poco van subiendo todos y colocan esa mesa que hace las veces de plataforma y desvelan el interior con un suave tirón de la sábana que lo cubre, quedando al descubierto un conjunto de platos y utensilios, una olla cerrada con tapa y lo que parecen algunas ramas secas.

–¿Esto es lo que quieras que viera? ¿Una... especie de almuerzo bizarro al aire libre?

–Uhm, no, Giro, no es un almuerzo bizarro. Nadie se va a comer nada. Eso que ves ahí es una ofrenda.

–¿Una ofrenda a qué? –inquire el joven enarcando una ceja.

–A Ra, el Dios solar. Una de las principales divinidades del Imperio Antiguo Egipcio, venerado desde el año 2400 antes de nuestra Era.

–Venga ya, ¿estás de broma? Dime que me estás vacilando...

–No se trata de ninguna inocentada, Giro. Esta gente, también terrícolas puros, viene desarrollando un culto a este antiguo dios del sol desde hace varias décadas, quizás casi un siglo ya. Cada mediodía, cuando el astro está en su máximo, le ofrecen alimento y bienes para que continúe con su viaje vital.

–No me lo puedo creer...

–No es tan complicado si te paras a pensarlo. Ra representaba para los antiguos egipcios el misterio de la existencia y el universo, la promesa de la continuación de la vida tras la muerte. Tras el Gran Estallido muchos fueron los que comenzaron a preguntarse por qué había ocurrido tal desastre, no ya razones científicas, sino otras más allá... No sé si me sigues. ¿Casualidad? ¿Catástrofe natural? ¿Castigo divino? No fueron pocos los que creyeron en esto último, produciéndose una actualización del culto a aquel que te puede dar o quitar la vida: el sol.

“Según cuenta la leyenda, Ra viajaba durante el día en su barca a través del Nilo, descendiendo cada noche al mundo inferior, el mundo de los muertos. Allí se enfrentaba a las fuerzas del caos y al mal, representado en una criatura con forma de serpiente gigante a la que llamaban Apopis. La derrotaba antes del alba, produciéndose la recreación del mundo,

reiniciándose un día más su viaje.

–Una historia bonita, pero que no deja de ser eso: una simple historia.

–Una historia en la que esta gente cree, en la que millones de personas han creído a lo largo de la historia. Este grupo está construyendo desde hace años un templo a unos kilómetros de aquí. Un lugar al que prácticamente nadie tiene acceso, una estancia dedicada a Ra.

–¿Y de qué vive esta gente? Si hasta son ellos los que alimentan a su Dios...

–Recolección de insectos y vegetales, han conseguido poner en práctica viejos cultivos que consiguen darle la subsistencia. Quizás sus demandas sean escuchadas por su dios...

Los fieles de Ra siguen a lo suyo, concentrados, adorando una fuerza invisible que parece llenarles. Una historia en la que han elegido creer y que hace que sus vidas estén regidas por dioses y demonios desde la cuna hasta la sepultura.

–Es sin duda impactante... Gente viviendo como hace qué, ¿cuatro mil años? –Ciro sonrío, bufó, no se lo termina de creer–. Así que algún loco encontró un viejo libro del Imperio Egipcio, lo leyó, convenció a otros locos de que eso era lo que había que hacer, se pusieron unas túnicas y ya está.

–Es un origen muy plausible. Lo positivo es que estos no son unos locos peligrosos como los que hay aquí fuera. Al menos estos locos te dejan vivir.

El joven y el perro robot echan un último vistazo a un rito que parece estar llegando a su fin. La veintena de personas se arrodilla al unísono y comienza a recitar una serie de frases en un idioma que Ciro desconoce. El sol sigue gobernando arriba, potente, incólume. Quizás esas gentes de ahora y las de antaño no estén tan equivocadas, quizás sea lo más lógico rezar a unos astros, las estrellas, que tienen la capacidad de dar y de quitar la vida.

–¿Seguimos? –pregunta Ciro sacando a Cervan de su análisis de la escena.

–Seguimos.

IX

La entrada tiene forma de campana, al menos treinta metros separan el techo del suelo. A través del inmenso vano se puede ver el devenir de sus gentes, los que entran y salen, los que comercian, compran y venden, los que simplemente están ahí. Varios centenares de personas contando a ojo, algunos arrastrando colmados carros, otros con sus bártulos a cuestras, dotando al lugar de un cálido bullicio. Al cruzar el umbral la estampa se hace más clara. A ambos lados de lo que por dimensiones sería una gigantesca nave encontramos una serie de escaleras, con sus barandillas, que dan a acceso a los pasillos laterales, a través de los cuales se puede subir a los tres pisos superiores que se aprecian desde su posición. Entre escaleras y escaleras se observan varias decenas de productos agolpados, unos tienen agua, otros comercian con cestas llenas de insectos, otros sacos variados de los que se desconoce el contenido, aparatos electrónicos, muebles, viejos libros que de forma milagrosa han sobrevivido al desastre... Parece un bazar en la que, casi cualquier cosa, puede ser adquirida. Del techo, formado por inmensas placas de cristal opaco y acero, cuelgan una serie de infinitas placas que otorgan al lugar una anaranjada luz.

Asombrado por una visión del todo novedosa para él, Ciro avanza despacio entre la muchedumbre, con cuidado de no tropezar ni pisar nada, pero procurando también no perder detalle de lo que ese nuevo mundo le ofrece. Hombres y mujeres de toda edad y raza, sin concierto alguno en el vestir, un crisol de lenguas en las que las más identificables son el español, el inglés, el árabe y el francés. Para cuando Ciro deja de mirar a su alrededor y centra la mirada en el horizonte es cuando comprende la magnitud de aquel lugar, el inmenso zenit de brillante cristal y estructuras metálicas que parece no tener fin.

–¡Bienvenido a Ítaca 3! –expresa Cervan ante el desencajado rictus de asombro del joven–. Deduzco por tu semblante que no te esperabas una cosa así.

–Es... de verdad fascinante. Aún no sé si en el buen o en el mal sentido, pero no te niego que impresiona.

Ciro echa la mirada arriba, a unas enormes pinturas que decoran las paredes de la segunda planta. Pasa un buen rato simplemente contemplando.

–¿Eso qué es...? ¿Un barco?

–Así es, una nave de la antigua Grecia –responde Cervan prestando unos segundos al silencio por si su compañero preguntaba algo más. Al ver que no lo hace, sigue hablando–. Te preguntarás a qué viene el dibujo de un barco en un lugar como este... Y tan lejos del mar.

–Bueno, este sitio se llama como el hogar de Ulises, ¿no? Supongo que a la primera Ítaca la llamaron así por lo que significa: todo el mundo había vivido una Odisea para llegar aquí. El simbolismo de los antiguos barcos griegos es comprensible, también algo falto de originalidad, la verdad.

Cervan no hace ningún movimiento ni sonido durante unos momentos, es probable que ni él mismo hubiese dado una explicación tan buena.

–Me sorprendes, Ciro. No te tenía por un estudioso de la Antigua Grecia.

–En instrucción primaria la Odisea de Homero es uno de los libros obligatorios. La historia empieza en el caos: la guerra, Ulises vagando por extraños y peligrosos lugares lejos de su casa, y

termina en el orden, con la justicia y el restablecimiento de lo que es suyo. En mi opinión es una buena lección... de algo que no se parece en nada a esto.

Alguien en algún rincón silba. Ciro gira la cabeza hacia el lugar del que proviene ese estridente sonido y ve una columna de humo que sube de una especie de barra. Tras la misma hay un tipo corpulento y una mujer bastante escuálida que parecen estar friendo alguna cosa. Alrededor de la barra, y en un perímetro de varios metros, hay varios taburetes, meses y sillas, que pronto comienzan a ser ocupadas. Un minuto después el joven es alcanzado por un agradable aroma que hace rugir a unas tripas acostumbradas a compota insípida.

—¿Sabes qué están cocinando allí?

—¿El puesto de Susa? Suele tener una amplia oferta de insectos fritos. Cucarachas y grillos, mayormente. También pinchos de larvas y diversas especies de gusanos. Es uno de los puntales de la dieta aquí.

—Pero... ¡eso es asqueroso!

—¿Sí? Por tu gesto al olerlo creí que te había resultado agradable...

—Solo los pobres y más desgraciados comen cucarachas, Cervan. Eso no puede ni considerarse comida. Es vomitivo.

—Uhm. Y, si puede saberse, ¿de qué os alimentaban a vosotros en el CARA?

—Bueno, la piedra angular de nuestra alimentación es un compuesto que sintetiza varias proteínas y vitaminas. No es nada delicioso, no comparado con productos de lujo a los que solo teníamos acceso de forma periódica como la carne sintética, fruta biológica o el dichoso chocolate, pero daba al cuerpo todos los nutrientes que necesita.

—Ya, ya... —Cervan intenta poner tono y gesto sarcástico, pero sabe de buena tinta que con cuatro luces y su voz robótica lo tiene crudo—. Una pregunta: ¿a partir de qué hacían ese compuesto tan nutritivo del que hablas?

—Ya te lo he dicho, proteínas, vitaminas, minerales...

—No, no, pero ¿de dónde salía todo eso? Quizás sea aventurarme en exceso, pero si tuviera que apostar lo haría sin duda por los insectos. No en vano son más del noventa por ciento de las especies animales vivas de la actualidad.

Ciro lo mira con cara de asco, niega con la cabeza, suelta una maldición. ¿Qué sabrá ese perro de plástico y metal? Ni caso. Con las tripas revueltas y sin mediar palabra sigue adelante, pasando esa especie de puesto de comida, dejándole un aroma que le acompañará en la ropa durante un rato, y sigue avanzando por la urbe techada que expande ante sus ojos. Llegados a un punto, con la aparición de las primeras edificaciones, la gran senda central se bifurca en tres caminos o calles. Los edificios, de no más de tres plantas, construidos aprovechando restos de edificios de la ciudad antigua, poseen varias ventanas sin cristales de las que emanan luz.

—¿La cúpula es capaz de proveer de energía a toda esta gente? ¿A todas estas viviendas? —pregunta Ciro con bastante escepticismo.

—Por supuesto. Ten en cuenta que la cúpula copia el sistema energético de la Capital, allí son los edificios mientras que aquí es la estructura que nos protege la que se encuentra forrada de placas solares que captan la energía directamente del sol. Los rayos ultravioletas están siendo tan potentes estos últimos años que las reservas energéticas deben estar en sus máximos. Hay de sobra para luz, ventilación y funcionamiento de engranajes y maquinaria.

El perro eleva el morro hacia una ristra de rejillas de ventilación que rodean el lugar en el que se encuentran.

—Aquí tan importante como la luz, el agua o la comida es el aire. Sin un sistema de aire acondicionado y de ventilación la vida aquí dentro se haría insoportable en pocos días.

–Me lo puedo imaginar... ¿alguna vez ha pasado?

–¿El qué? ¿Qué se estropeará el sistema de ventilación? –pregunta Cervan ante lo que Ciro responde asintiendo con la cabeza–. Ocurrió una vez durante mi estancia anterior. Se pasó mal, aunque como puedes imaginar para mí fue una ventaja no depender del oxígeno como vosotros los humanos. Las megaestructuras son casi como gigantescas naves espaciales, prácticamente todo es artificial aquí dentro, y cuando algo no funciona empiezan los problemas y, a veces, sube la tensión. Muchas familias tuvieron que salir al exterior mientras se solucionaba el problema. Afortunadamente existen muchas salidas de emergencia, sin duda necesarias ante cualquier eventualidad. ¿Ves ese umbral con el marco pintado de rojo?

–Ajá.

–Pues en caso de tener que abandonar la megaestructura no habría que llegar hasta una de las entradas principales. Bastaría con pulsar el botón de apertura que hay junto a la puerta y esperar a que ésta se abriera de forma automática.

–Es bueno saberlo.

El joven sigue hacia adelante, hipnotizado por un lugar inabarcable, tosco y que puede aplastarte, pero que también posee cierto hipnotismo: Ciro no puede dejar de mirar hacia todas partes, a esas luces que emergen de los rincones más insospechados, a la gran vida de sus calles, la amalgama de aromas, una atmósfera que casi se puede tocar y guardar a pedazos en tus bolsillos a modo de souvenir.

–¿Vas a alguna parte? –pregunta Cervan sacando a Ciro de su ensimismamiento.

–¿A dónde quieres que vaya?

–No sé, te veo tan decidido que pareciera que conoces el lugar al que te diriges.

–No digas tonterías, ya sabes que nunca he estado aquí... Nunca había imaginado que estaría en un sitio como este. Pero está claro que este lugar tiene algo que me atrae y me fascina, no sabía explicarte el qué. También me asquea y me agobia. Es muy raro todo.

–Tuve una impresión parecida, menos visceral, eso sí, la primera vez que vine. Las reglas que se aplican en la Capital, respecto a todo, no tienen nada que ver con esto.

–Echa un vistazo, coleguita, en este lugar no hay reglas.

–Claro que las hay, coleguita –la última palabra la dijo muy despacio Cervan, haciéndole ver a Ciro que no le había pasado inadvertida–. Lo que pasa es que no están a simple vista, ni recogidas en artículos ni nadie te las va metiendo en la cabeza a través de los medios, escaparates y en la propia educación.

–Vale, dime una.

–Lo primero que hay que hacer al llegar a Ítaca es buscar alojamiento. Mírate, siento tener que decírtelo, pero estás hecho un verdadero asco. ¿Cuánto hace que no duermes?

–Un par de noches. ¿Y lo segundo que hay que hacer?

–Ir a visitar a Mae.

–Mae, ¿quién es ese, esa o... eso? –pregunta el muchacho con gesto contrariado.

–Una de las descendientes de los fundadores de esta megaestructura. Se considera un gesto educado, de respeto, ir a verla.

–Y si no vas qué es lo que sucede, ¿eh? Solo por curiosidad...

–Nada en absoluto. Si no la encuentras lo hace ella, eso no es problema.

–Está bien, ya que parece saberlo todo, ¿a dónde vamos? Porque no veo ningún letrero que ponga ‘hospedaje’ por ningún sitio.

–Ni lo vas a ver. Aquí no hay ese tipo de negocios ni propiedad privada. No existen casas en su acepción clásica. Hay estancias para dormir en las que te puedes instalar si no hay problema ni

disputa.

–¿Y si hay disputa qué pasa? –pregunta Ciro, siempre interesado en los entresijos legales de un lugar que parece no tener ley–. ¿Si hay dos personas que quieren la misma habitación se batan a duelo de revólveres al amanecer como en el far west?

–Muy gracioso. En tal caso se aplica el sentido común. Se habla y se llega a un acuerdo, generalmente se comparte. Modo a convenir.

–No puede ser tan fácil –Ciro niega, sonríe, parpadea.

–Aquí hay que procurar que todo lo sea.

Tras la sentenciosa frase Cervan prosigue la marcha, terminando esa calle de las luces en la que se encuentran y girando a la derecha por un recoveco estrecho que le comunica con otra gran avenida similar a la de la entrada en casi todo. Mucha gente, mucho barullo. Las luces parpadean un par de veces pero nadie parece inmutarse salvo Ciro, que vive con intensidad cada momento ahí dentro. Al atravesar el nuevo segmento se abre otra serie de caminos, el perro robot coge el de la izquierda, un lugar más oscuro que los precedentes, apenas alumbrado por una interminable hilera de tubos que cuelgas en algún lugar del techo. El rudo allí es menor también, pareciera que hayan entrado en otra franja horaria, una en la que la gente duerme o descansa en silencio. Esta calle está vacía y solitaria, salpicada de puertas a diestra y siniestra. Cervan se coloca frente a la séptima contando por la derecha.

–¿Qué hay tras esta puerta? –pregunta Ciro al llegar a donde está Cervan.

–Hace un siglo era un hotel cápsula, triunfaron en Japón en el primer tercio de la centuria pasada y también abrieron alguno por estos lares. Es de los pocos edificios que se mantienen prácticamente intactos desde entonces. Su principal característica es la gran capacidad y las habitaciones insonorizadas. A estas horas de la tarde seguro que encontraremos cápsulas libres. Entrás, duermes y te vas. Muchas camas, cero problemas. Incluso puedes higienizarte si así lo estimas oportuno.

En la segunda planta hay seis habitaciones con doce cápsulas cada una y unos amplios vestuarios donde Ciro puede darse una breve pero necesaria ducha de veinte segundos de agua a presión que logra relajarlo de tal manera que incluso aflora un dolor de cabeza que va cobrando en intensidad con el paso de los minutos.

Salen de allí y llegan hasta la última habitación del pasillo, la que menos gente tiene. Allí duermen cuatro hombres y dos mujeres, dejando la mitad de cápsulas libres. No hay lugar para palabras de despedida ni buenas noches aunque sea por la tarde. Aunque no la necesita, Cervan se introduce en una de las cápsulas de abajo, las que están a ras de suelo, y se pone en modo ahorro de batería. Ahí dentro se siente más seguro, más humano en cierto modo. Ciro hace lo propio con una de las cápsulas de arriba, abriendo la puerta de cristal e introduciéndose con sumo cuidado para no golpearse la cabeza. Deja la mochila a un lado y se tumba boca arriba. Al otro lado tiene los comandos con la luz y el regulador de temperatura.

El colchón no está mal, aunque no puede evitar sentirse bastante incómodo por la escasa limpieza que se advierte. Está claro que ahí no hay servicio de habitaciones, nadie sabe cuándo fue la última vez que alguien limpió ese habitáculo. Apaga la luz y cierra los ojos para volver a abrirlos al momento. La cápsula está entonces medio en tinieblas, únicamente iluminada por una lejana luz que proviene del pasillo. Acostado en ese estrecho cubículo no puede dejar de pensar en ese inevitable destino que le aguarda dentro de nueve meses, puede que menos. Antes de volver a cerrar los ojos y dejarse llevar por el abrazo de Morfeo le sobreviene un pensamiento que al principio le hace cierta gracia, pero que un instante después le deja una sensación de tristeza e impotencia infinitas. Ni siquiera habrá ataúd para él cuando muera, ni lápida, ni monumento, ni

nadie que acuda a recordarle. Sin familia, sin amigos, sin sus ya ex compañeros Kaoutar y Bruno... Esa cápsula parece la tumba que nunca va a tener.

X

Saber que estás soñando no aporta ninguna ventaja real. Cuando sueñas y no eres consciente de que lo estás haciendo simplemente te dejas llevar por la vorágine a la que el sueño te arrastra. En cambio, cuando tienes pleno convencimiento de que te encuentras en un sueño, y más si es un sueño malo, lo que quieres por todos los medios es escapar de él, salir corriendo, gritar, resquebrajar el tejido de esa realidad modificada. Cuando no puedes es frustrante, es desesperante. Muchas veces cuanto más intentas salir más atrapado te quedas.

Vuelvo a estar en mi habitación del CARA, esa habitación que es diferente a tal y como es en realidad. Parece que hayan pasado años desde mi última vez allí, aunque tan solo han pasado un par de días. Es de locos. La señora del pelo gris y la cara borrosa sigue sentada en mi cama, sigue sin decir nada, vuelve a señalar hacia esa trampilla, ahora ya abierta, que encuentro en el rincón de la habitación.

Me niego a volver allí y se lo digo.

—No pienso bajar ahí.

Sorprendentemente puedo hablar, así que aprovecho y le pregunto a esa aborrecible persona o lo que sea todo lo que siempre he querido saber.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué quieres que baje por la trampilla?

Solo obtengo de ella silencio y más silencio. No se mueve, no respira, solo está ahí.

—¡Habla de una vez! ¿Sabes quién soy? ¿Sabes de dónde vengo? ¡Vamos!

Me acerco con la firme intención de agarrarla por los hombros y hacer que reaccione, de mirarle a esa cara que no existe de cerca, por si se aclara, por si revela de una vez su identidad, pero cuando voy a tocarla no puedo hacerlo. Mis manos atraviesan su cuerpo, de pronto se vuelve casi transparente, como si se tratase de una imagen holográfica... O quizás de un fantasma. Sigue ahí, pero no puedo interactuar con ella de ninguna manera, no puedo hacer que hable, ni que se vaya.

—¡Te odio!

Le grito y me voy otra vez por la trampilla simplemente por no estar más rato allí con ella. Bajo por el conducto oscuro y llego a la sala alumbrada por esa luz de sala médica. El lugar sigue abandonado, con cosas acumulando polvo y nada más. Me acerco al destello que sigue estando al final de la sala y vuelvo a verme reflejado. A diferencia del sueño anterior, ahora sí que me habla.

—No te pares. Ahora no. Sigue adelante. ¡Sigue adelante te digo!

Su cara se desencaja mientras grita y, en un arrebato irracional, me lanzo con todo sobre el espejo. No siento nada pero sí que puedo ver como el espejo se hace añicos mientras lo atravieso, como a cámara lenta, apareciendo detrás ese inmenso desierto que ahora conozco de primera mano. Pero no estoy a ras de suelo, en realidad estoy muy lejos de estarlo. Me precipito en caída libre durante varios segundos a tal velocidad que siento que me voy a deshacer. Caigo y caigo dando vueltas sobre mí mismo. Como si hubiese saltado de un avión sin paracaídas. Me voy a estampar contra el suelo.

Abro los ojos y estoy en esta claustrofóbica cápsula. Siento que me falta el aire, que de alguna manera me estoy consumiendo aquí dentro. Vaya una idea la de dormir aquí, claro que la culpa es

mía y de nadie más, ¿a quién se le ocurre hacerle caso a un perro parlanchín? Con más dificultad de la que preveo logro salir del cilindro y pongo de nuevo los pies en el suelo. Echo un vistazo por la habitación. Juraría que estoy solo. Voy comprobando las otras camas, las otras cápsulas, una a una... Están todas vacías. Ni rastro de Cervan ni de nuestros desconocidos compañeros de habitación. Lo llamo, grito su nombre.

—¡Cervan! Cervan, ¿dónde demonios estás?

El dichoso perro que enseña no da señales de vida. ¿Habrá salido a estirar las patas? Quizás necesita recargar la batería y ha tenido que volver al Exterior. Sin duda debe de tratarse de algo de eso. Abandono la habitación y tiro escaleras abajo. Cuando salgo a la calle me llevo un guantazo de realidad que me deja atontado. Todo ha cambiado, esas calles estrechas, con sus luces parpadeantes y sus gentes agolpadas, el techo de placas de cristal y los aparatos gigantes de ventilación han desaparecido. En lugar de eso se puede ver un espectacular cielo azul, algunas nubes esponjosas, el sol brillando como nunca. Tardo un rato en tomar conciencia del lugar en el que me encuentro. Grandes avenidas con coloridas señales holográficas, edificios brillantes que se levantan hasta ese cielo, un tranvía plateado que recorre la ciudad a velocidad eléctrica sobre su paso elevado. La gente viste de forma elegante y uniforme, tonos oscuros, cabellos recogidos, gafas de sol y carteras al hombro. Se dirigen en un sentido y en otro de la calle como masas autómatas, sin detenerse a esperar o charlar. Saben perfectamente a dónde tienen que ir, todos tienen claro su propósito, su función en la Capital. La Capital... Pues claro, ¡eso es! Eso es este lugar. ¿Cómo he tardado tanto en caer en la cuenta?

Esta debe ser la calle Goya, una de las principales del centro, en el distrito administrativo. Una de las que más salen en los anuncios corporativos del CARA Lo he conseguido, ¿verdad? Al fin estoy donde siempre he deseado estar... Todo va cobrando sentido, esta sí es la vida que se supone que debía vivir. Ahora sí que me siento vivo.

Doy el primer paso y voy a poner el pie en algo que cruje. Miro al suelo y parece un envase de plástico, quizás una lata. Cuando levanto la mirada me doy cuenta de que toda esa masa de gente que iba y venía se encuentra parada mirándome. Se puede sentir la tensión subiendo, los gestos severos, esos ojos que ni parpadean.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis de mí?

No responde nadie. Deben de haber unas cien personas reunidas allí, quizás más, abarcando todo el ancho de la calzada y la acera. Simplemente parados. Simplemente mirándome.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué no habláis? ¡Contestadme!

Al seguir sin respuesta opto por largarme de allí. Veo un hueco a mi izquierda, un pasillo entre el edificio y la muchedumbre ahí agolpada. No llevo ni tres metros andados cuando siento un fuerte pinchazo en el codo. Giro la cabeza y veo a la gente seguirme. Acelero el paso y ellos lo hacen también. Cuando me quiero dar cuenta estoy corriendo calle arriba como si la vida me fuese en ello, mirando cada poco hacia atrás, viendo como decenas de personas me persiguen con una energía y una rabia que me matan.

Ciro se incorpora del colchón con tanta fuerza que su frente va a impactar contra el techo de la cápsula en la que dormía. Aquello lo termina de espabilar, lo devuelve al fin a su realidad. Fija su mirada en el reloj de pulsera, comprobando con asombro que lleva ahí dentro la friolera de trece horas. Aparta la mochila y sale del habitáculo como puede. Fuera sigue Cervan el cual, tras percibir movimiento a su alrededor, sale automáticamente del estado de ahorro de batería.

Antes de darle tiempo a decir nada, Cervan observa como Giro sale a escape por la puerta de la habitación y escucha como baja las escaleras a todo trapo. El perro le sigue con cierta

parsimonia, tras observar como la mayoría de las cápsulas tienen ocupante. Al llegar a la calle todo sigue igual que estaba: la callejuela lúgubre y silenciosa, medio a oscuras, el bullicio enlatado lejano y la cúpula de cristal y acero cruzada con miles de cables.

—¿Todo bien, Ciro? —pregunta Cervan posicionándose al lado del chaval, que se encuentra sentado en la acera—. Parece que hayas sufrido algún tipo de episodio emocional intenso.

Una mirada de una fiereza que aún no había tenido la oportunidad de conocer se clava en Cervan.

—¿Algún tipo de episodio emocional intenso? ¡Me estoy muriendo, joder! Justo ahora que se suponía que iba a empezar a vivir de verdad... Tú no puedes entenderlo, por muchos conocimientos y mierdas que te metieran en el disco duro.

—Está bien. Desahógate, percibo que lo necesitas. Tengo un programa de escucha activa que ayudaba a los niños a soltarse e interactuar con el mundo que recién...

—¡Basta! No quiero saber nada de eso, no tengo que desahogarme ni soltar nada. Solo... yo solo necesito que alguien me diga que todo lo que me está pasando es una broma. Una broma cruel y pesada, pero una broma al fin y al cabo. Una prueba, eso es, una prueba para demostrar mi valía. Quiero salir de este gigantesco tugurio, quiero recuperar mi vida... Quiero ser un Ciudadano.

Cervan no dice nada durante dos minutos, deja que aquellas palabras, que aquella impotencia que le atenazaba, se fuesen disipando. Busca en su base de datos pero no halla nada que le asegure un buen porcentaje de acierto, no encuentra nada que pueda hacer sentir a ese chico mejor. Tras ese par de minutos opta por una opción arcaica y efectiva a medias. Opta por cambiar de tema.

—¿Te apetece comer algo? —pregunta el perro ante la cara de circunstancias de Ciro—. Conozco un sitio, si aún sigue existiendo, en el que no ponen insectos. Palabra. Después podríamos ir a ver a Mae, estoy seguro de que arde en deseos de conocerte.

—¿Conocerme? ¿Acaso sabe que existo?

—Mae sabe todo lo que ocurre aquí dentro, Ciro. Tiene gente en todas partes, las paredes le susurran, la cúpula le envía imágenes. Ella es la encargada de que todo esto funcione, y no podría lograrlo si no supiera quién habita intramuros.

—Así que ese rollo de la libertad total, el dejar hacer y no sé qué no es más que una patraña. En realidad hay un control. Estamos vigilados.

—Más que control es una salvaguarda, ya te he dicho que aquí no se niega el paso a nadie. ¿Has visto alguna barrera, guardias o inspección de seguridad en la entrada? Hay libertad, pero es mejor jugar conociendo las cartas que hay sobre la mesa. Es una cuestión de seguridad.

Ciro niega con la cabeza pero al fin da su brazo a torcer. Después de todo, ¿qué más puede hacer allí dentro?

—Vale, ¿por qué no? Me intriga esa Mae, quizás pueda darle un par de ideas interesantes para mejorar este sitio...

—Cuidado. La presunción no es uno de los valores más apreciados por Mae.

—Ya, ¿y cuál es su favorito? ¿La paz y la armonía de un mundo color de rosa?

—Uhm, puede... No sé. Si tuviera que apostar diría que el respeto, con gran probabilidad. Es por eso que no deberíamos tardar en presentarnos. Sus aposentos quedan a una buena distancia de aquí.

—No me digas que hay que andar mucho...

—Bueno, disponemos de otra opción. ¿Sabes montar en bicicleta?

XI

A un par de calles del hotel cápsula encuentran una gran extensión llena de bicicletas que antiguamente pertenecieron al ayuntamiento de la ciudad. Habían sido repintadas y sus ruedas sustituidas, pero seguía funcionando como un siglo atrás. Ya no es necesario insertar monedas en la ranura de la pieza a la que solían estar ancladas, ahora basta con acercarse, tomar una y marcharse montado en ella.

Sobre dos ruedas, con Cervan viajando en el cesto delantero al estilo de una de esas pocas películas clásicas que a Ciro sí le pusieron en su infancia, llegan a una plaza rectangular con una fuente sin agua, bancos de piedra y un curioso edificio cuya parte de arriba parecía haberse cortado, da la sensación de mutilado, dominando la escena.

Dejan la bicicleta apoyada en la pared principal del edificio y entran. Se trata de una especie de comedor social en el que dan pan de bio-cereales gratis. Cervan le explica, ante la gran cara de sorpresa de Ciro al probar aquella delicia, que la Capital no es el único lugar en el que se desarrollan cultivos artificiales e híbridos sostenibles.

Aún con el último trozo en la boca, Ciro es dirigido por su compañero de fatigas hacia una calle detrás del gran edificio de la plaza. Allí se topan con la entrada a un bulevar, un pasaje angosto salpicado de puertas y luces que parecen ser la entrada a diversos locales y multitud de comercios. Ciro camina tras Cervan procurando prestar atención alrededor, captar cada detalle que pueda de aquel lugar en el que se está adentrando. Entonces el perro se detiene delante de una puerta de cristal que tiene pintado en estilosa tipografía el letrero Peluquería Mae.

Ciro no se lo puede creer. Va a preguntar algo pero Cervan le dice que abra la puerta, que es ahí. El joven duda, aquello parece otra broma de un mundo que no tiene la menor gracia. Se lo piensa una vez más pero al fin abre la puerta. Dentro una mujer cincuentona con el pelo rosa y las puntas azules se despide de otra rubia con el cabello lleno de bucles que abandona el lugar acompañada de otra chica morena de su edad aprovechando la puerta recién abierta por Ciro. La señora del pelo rosa y las puntas azules, que también tiene los ojos celestes, se queda mirando unos segundos al pequeño robot cuadrúpedo. Hay algo en esa mirada que inquieta y que a la vez reconforta al joven Ciro.

–Vaya, vaya, así que has vuelto. La otra vez te fuiste sin despedirte...

–Cierto, y le pido disculpas por ello. Fue descortés.

–No pasa nada, Cervan. Siento mucho que decidieras irte, sabes perfectamente que no tenías por qué hacerlo. La situación se fue un poco de madre, lo reconozco, pero habría hecho entrar en razón a esos pobres padres. Era el dolor el que hablaba por ellos...

–Lo sé, y no les culpo por ello, pero sentí que mi destino estaba ligado al de Dibya. Al marcharse ella no encontré lógico quedarme. Hubiera sido muy raro seguir aquí sin ella –responde Cervan ante la atenta mirada de Ciro y Mae–. Espero que las cosas estén mejor ahora que en el momento de mi partida.

–Así es, te agradezco la preocupación. Vivimos momentos duros, no lo niego, algunas familias decidieron incluso abandonarnos... Pero el tiempo ha demostrado que fue un error por su parte. El brote fue contenido, los casos de infección disminuyeron hasta desaparecer en cosa de meses.

Toda la comunidad, adultos y niños, estamos mucho más tranquilos y seguros ahora.

–Me alegra mucho oír eso, Mae. Deseo con cada uno de mis componentes que todo se acabara solucionando.

–Muy considerado de tu parte, Cervan, te lo agradezco –Mae hace un alto para dirigir su mirada al que realmente le interesa, al chico de mirada intensa que se encuentra apoyado en una pared–. Dime, ¿quién es tu joven amigo?

–Su nombre es...

–Me llamo Ciro, señora. Y no soy su amigo, más bien soy su compañero de viaje. Digamos que nos han unido las circunstancias. Nada más.

La respuesta de Ciro deja parado a Cervan, activando aún más en Mae el interés por ese muchacho de palabras decididas aunque poco corteses.

–Vaya, eso no ha sido muy agradable de tu parte –comenta Mae con media sonrisa en el rostro.

–No pretendo ser maleducado, solo decir la verdad.

Mae asiente y fija su mirada en el cabello del muchacho que tiene enfrente. Una buena mata de color negro, flequillo algo ondulado, el pelo comienza a cubrirle la parte de arriba de las orejas.

–Creo que necesitas un buen corte de pelo. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste al peluquero?

–¿Qué? –pregunta Ciro extrañado por la pregunta que acaba de recibir.

–Tu pelo, parece que lleves dos o tres meses son cortártelo. Vamos, siéntate aquí. Yo te dejaré como nuevo.

La mujer señala hacia la primera de las tres sillas de peluquero que hay en la sala, todas acolchadas y reclinables y situadas frente a un espejo.

–No, gracias, no creo que me haga falta.

–Claro que sí. Insisto. Te haré un corte gratis de bienvenida, ¿de acuerdo? Así tendremos la oportunidad de conversar y conocernos mejor...

–De verdad, no hace falta.

–Por favor, siéntate. Piensa que es una especie de tradición por estas tierras... y has dicho que no quieres ser maleducado.

Ciro finalmente obedece, despacio, como arrastrando los pies, fija su mirada en Cervan y después en Mae antes de tomar asiento donde le ha indicado. Como diciendo “mucho cuidado, espero que no traméis nada”. Ella lo mira con una sonrisa de “tranquilo chaval, solo te voy a cortar el pelo”, mientras Cervan no se mueve ni ilumina ninguna de las lucecitas de su morro.

–¿Te importa dejarnos un rato, Cervan? –inquire Mae de forma educada y con cierto tacto en su voz–. Quisiera hablar a solas con nuestro nuevo visitante, si no ves inconveniente en ello, claro.

–Por supuesto, Mae, sin problema. Si a Ciro también le parece bien... –Cervan espera a que el joven confirme, cosa que hace asintiendo con la cabeza–. Estaré fuera, me daré una vuelta por el bulvar.

Ya sentado, con el cuello tieso por la tensión, una gota de sudor resbala por cada una de las sienes del chaval a pesar del aire acondicionado que funciona en el salón.

–Por tus modales, tu mirada y tu soberbia, diría que no te has criado en las tierras del Exterior –barrunta Mae mientras coloca la capa a Ciro.

–Está en lo cierto –responde lacónicamente el joven, mirando con el rabillo del ojo como Mae coge unas tijeras de un carrito situado a su derecha.

–Por favor, Ciro, tutéame, aquí somos todos iguales...

–Como quieras. Es la costumbre. En el CARA debemos hablar con el debido respeto y trato a los que son mayores que nosotros. También a los que ostentan cierto rango.

–CARA, mmm, así que huérfano... Ascendiente de Selenita de tercera o cuarta generación, imagino. Claro, debido a tu edad aún no has tenido la posibilidad de acceder a la Ciudadanía.

–Parece que conoces muy bien el funcionamiento de la Capital, aunque imagino que nunca has estado en ella.

–Imaginas bien –Mae acomete el primer tijeretazo por la parte trasera de la cabeza de Ciro. Después siguen unos cuantos más–. Soy terrícola de pura cepa, mis bisabuelos sobrevivieron al Gran Estallido en un búnker del gobierno de entonces. Siempre he vivido aquí, he ayudado a Ítaca 3 a ser lo que es hoy día, desde casi la primera piedra, como se dice... Así que imaginas bien, nunca he estado en la Capital pero, como te harás cargo, han sido muchos los Ciudadanos que han acabado aquí de una forma u otra...

–¿A qué te refieres?

–Bien han sido expulsados, Ostracismo creo que lo seguís llamando, bien han decidido abandonarla por su propio pie. No todo el mundo está hecho para vivir en la Capital.

–¿Y aquí sí? –inquieta Ciro elevando las cejas, por un momento la peluquera cesa de cortar–. No se moleste pero la vida aquí es al menos mil veces más precaria que en la Capital.

–Precaria. Esa es una buena palabra. ¿En qué sentido encuentras esto más precario?

–Uhm, ¿en cuál no? Infraestructuras, salubridad, alimentación, bienestar, progreso, ley... Esto, estas megaestructuras no son más que un montón de gente y chatarra acumulada desde tiempos inmemoriales. Toneladas de viejos pedazos de una civilización perdida. No hay orden ni concierto aparente, aunque admito que estoy muy sorprendido de que seáis capaces de sobrevivir aquí. Tiene su mérito.

–Te sorprendería saber en qué condiciones es capaz de sobrevivir el ser humano si no tiene más opción. Imagina la vida de mis antepasados, encerrados bajo tierra con la certeza de que si salían no llegarían a dar ni dos pasos antes de caer envenenados por la radiación. Nada en comparación a lo que tenemos aquí dentro –acabada con la parte de atrás y los lados, Mae centra su atención y su tijera en la parte de arriba de la cabeza de Ciro–. Dices que esto es precario, pero yo no lo veo así. Tenemos energía, alimentos, aire limpio, un fluido contacto entre asentamientos, una amplia oferta de ocio y diversión... Y lo que es más importante: nuestra convivencia es modélica. Prácticamente no existe el crimen dentro de esta cúpula, tenemos respeto, valores y tolerancia.

–Pero no tenéis leyes, no hay un código que aplicar, ¿cómo actuar en una ciudad sin ley? ¿Cómo saber lo que está bien o lo que está mal?

–Todo el mundo lo sabe. Solo hay que seguir los valores humanos.

–Permíteme que te diga que eso es una utopía. La historia ha demostrado que toda civilización que se precie debe regirse por unas normas, un código escrito. Su ausencia solo lleva al caos, y el caos suele suponer el fin de la civilización.

–Hay muchos tipos de convivencia, Ciro, muchas formas de crear una civilización.

–Puede ser, pero ahora mismo la única que garantiza un nivel de progreso semejante al que hubo antes del estallido de la Supernova es el creado por los antiguos colonos selenitas. Es el Código.

Mae se va frente a Ciro y le recorta levemente el flequillo. Le observa entrecerrando los ojos para asegurarse de que el corte es lo más simétrico posible. Sonríe, parece satisfecha con su trabajo.

–Ya, una nueva civilización elitista y excluyente, pro selenita, basada en un espeluznante control de la población, que atenta contra la libertad de expresión y acción, que se sirve del crimen mismo para llevar a cabo sus objetivos, que abandona a aquellos que no cuadran dentro

del sistema... o que simplemente ya no les sirven para nada.

Aquellas palabras se le clavan a Ciro como un punzón, uno imaginario que una mano invisible mueve arriba y abajo, desgarrando su integridad. De un tirón se arranca la capa mientras cientos de cabellos anudados caen lentamente hacia el suelo. Ciro se pone en pie y aprieta la mandíbula, en seguida comprende lo que debe hacer, lo que esa mujer está intentando hacerle. Debe reencontrar esa calma que forma parte de él, la sobriedad, el análisis frío de la situación. Aquello en lo que cree con firmeza. Debe serenarse y encontrar esa paz interior que acudía a su vida anterior cada mañana.

—Puede que el Código no sea perfecto, pero ha conseguido que la sociedad del bienestar sea posible de nuevo —responde el joven con calma, llevándose los brazos a la espalda—. Ahora mismo, por desgracia, no puede ser para todos. Los recursos son limitados, por eso hay que ser pragmático y tomar decisiones impopulares. Por muy duro que suene. La supervivencia del progreso depende de ello.

—Pragmáticos. Como lo fueron contigo...

—¿Qué sabes tú de mí?

—Algo. Lo que vas proyectando —Mae deja las tijeras en su sitio. Dibuja una sonrisa en sus labios—. No parece que estés aquí por decisión propia, así que supongo que te dieron el exilio. Bien por algo que hiciste contra el sistema, cosa que dudo escuchándote, bien porque ya no eras necesario... Según sus términos preestablecidos.

Ciro suspira hondo y baja la mirada, piensa que ya ha tenido suficiente. Ya no tiene porqué aguantar más esa charla que le está revolviendo. Se gira y mira su reflejo en el espejo. Esta vez no dice nada, como en el primer sueño, ¿qué demonios tiene que decir un espejo? Solo ve a un chaval cansado y confuso, harto de tener que rendir cuentas a nadie. Ya no, le quede lo que le quede no piensa en volver vivir bajo el amparo de nadie.

—Gracias por el corte de pelo. Admito que sabes lo que haces.

—No hay de qué. Son muchos años trabajando con cabezas.

—Pero no hay dos cabezas iguales, ¿verdad?

—En el fondo sí que las hay Ciro. Rubias, castañas, pelirrojas, de cabello liso o rizado, abundante o escaso. Solo es pelo —Mae y Ciro se quedan mirándose unos segundos, midiéndose, esperando a dar por concluida la primera toma de contacto—. El principal problema que tenéis los que defendéis la Capital es que creéis que todos los que vivimos en el Exterior somos animales... Cuando, en realidad, los peores depredadores se encuentran ocupando importantes sillas en esa ciudad tuya del bienestar.

—Lo siento, pero no estoy por la labor de tragarme tus mentiras.

—No lo hagas, solo abre los ojos y juzga por ti mismo. Te invito a echar un vistazo, estoy convencida de que esta gente te hará cambiar de opinión.

Ciro asiente sin mucho convencimiento y dirige sus pasos hacia la entrada de la peluquería. Cuando no se quiere complicar más las cosas es mejor no decir nada.

—Una cosa más, Ciro. ¿Puedes decirle a Cervan que la hija de Dinya está aquí?

—¿Cómo que aquí? ¿En Ítaca 3?

—En efecto. Dile que la busque en el distrito donde habitan Los Albatros.

—¿Los Albatros? —pregunta Ciro extrañado.

—Eso es, él sabe donde se encuentran. Estoy segura de que tu pequeño compañero está interesado en hablar con esa chica —Ciro está deseando coger la puerta e irse, pero aún tiene tiempo de escuchar una última frase—. Y apostarí a que tú también encontrarás interesante su historia.... Por cierto, se llama Ágata.

XII

Ágata siempre fue una chica diferente. Por mucho que su madre trató de llevarla por el camino trazado por su posición social y la fuerza de la costumbre, ella siempre encontró nuevas rutas, algún que otro atajo y varios desvíos importantes que terminaron por sacarla por completo de la que se suponía que iba a ser la senda de su vida.

Llegó a este mundo por donde no debía, ya en el vientre materno se dio la vuelta y quedó encajada, naciendo de cesárea de urgencia en el hospital más importante de la Capital. Esa fue la primera que hizo, su inequívoca carta de presentación. Tuvo acceso a una infancia mucho mejor que la gran parte de la población, fluctuando entre la abundancia y la severidad de una sociedad que no criaba a personas, sino que formaba a futuros Ciudadanos.

Pero para Ágata las normas no casaban con su estilo de vida, con su espíritu vivaz y aventurero. Siempre quería ir un paso más allá, descubrir la verdadera cara de las cosas, no conformarse con la explicación que le era dada. Ella siempre buscaba su propia verdad, aunque le supusiera graves quebraderos de cabeza a su madre y correctivos castigos de los que si aprendía algo era que no iba a dejar jamás de ser como es.

Su padre tuvo buena parte de culpa en ello. Nunca la obligó a hacer tal o cual cosa, no la castigó, no le trazó trayectoria alguna ni le reprimió comportamientos ni deseos ni ideas de ningún tipo. Más al contrario, con los años Ágata pudo ver en su padre cosas que se suponía que no tenía que ver, movimientos que ningún Ciudadano debía realizar, apoyos que traspasaban el umbral del Código y se internaban en un submundo más allá de lo visible. Un mundo que, oficialmente, no existía.

Tenía catorce años cuando miró a la cara a lo prohibido... Y le gustó.

Una noche al salir de clase tomó el tranvía en sentido contrario. En vez de ir al lugar al que se supone que debía ir, a su casa, se fue al lugar que quería ir, al trabajo de su padre. Su progenitor era profesor de física de la Universidad Capital Cox, labor que en los últimos años había ido compaginando con otra de carácter muy diferente y marcadamente ilegal: captador de miembros de Los Albatros, el principal grupo anticódigo que lideraba la resistencia contra los abusos de la Capital. Ágata, que poseía una capacidad de observación y deducción fuera de lo común (y que de tonta nunca había tenido un pelo), llevaba meses sospechando de una actividad extraña y ciertamente sospechosa de llamadas desconocidas y erráticas idas y venidas nocturnas que su padre ya ni se molestaba en cubrir. Al menos no con ella. A pesar del enorme peligro que entrañaba, del vuelco que el descubrimiento de aquello podía dar a sus vidas, su padre no podía, porque no quería, poner cortapisas a las inquietudes de Ágata. Ella era como era, y tratar de intentar cambiarla, intentar envolverla en un papel protector de la realidad, era un malgasto absoluto de tiempo y esfuerzo. Con ella de poco servían las mentiras, tenía un dispositivo natural para detectarlas, un don excepcional para desmontarlas. Su padre no se lo iba a contar pero tampoco se lo iba a ocultar, cuando ella descubriera quien era él en realidad se caería al fin su careta y podría ser sincero con un ser querido por primera vez en su vida. Veía en ella a un igual, y esa era una sensación que le llenaba tanto de miedo como de alegría.

El pastel quedó al descubierto una tarde noche, en su despacho de la universidad. Ágata

aprovechó que su padre estaba en clase, y que se había hecho una copia magnética de la llave que daba acceso, para entrar en su despacho y acceder a su ordenador del trabajo. Ese que rara vez sacaba del campus. La clave de acceso parecía puesta para ella, no era su fecha de nacimiento ni el de su madre, pero sí el calificativo cariñoso con el que su padre le venía llamando en la intimidad de casa desde que tenía uso de razón: Lunita.

Buscó directamente archivos cifrados y los copió en su dispositivo portátil. Cerró y salió de allí no sin antes saludar a su papá, aduciendo que tenía ganas de ir a cenar con él. Aquella noche, ya con el estómago lleno y las sábanas de su cama arrojándole, recibió un mensaje de un antiguo compañero de estudios al que se supone que no debía ver ni tratar nunca más. Se llamaba Fred y estuvo buen tiempo bajo investigación acusado de robo de datos gubernamentales. Al final no se descubrieron pruebas que lo incriminasen pero, por seguridad, fue expulsado del Centro Académico Superior (el C.A.S.) en el que compartía clase con Ágata y enviado a trabajar a las granjas del extrarradio. Le dijo que la quería ver en persona, que no se podía arriesgar a enviar esos datos descriptados.

Ágata quedó con él ese fin de semana. La excusa: un trabajo sobre el funcionamiento bioagrícola en los campos capitolinos. La autorización: por parte de su madre Dibya que, atareada y estresada con su trabajo como una de las destacadas abogadas de la Capital, firmó la petición falsa de su hija sin prestarle apenas atención y sin hacer demasiadas preguntas. Tras pasar los controles pertinentes y traspasar el escudo interior Ágata llegó hasta el lugar convenido con Fred y éste le mostró lo que durante varios días había conseguido quitarle el sueño. Los datos sustraídos del ordenador de su padre contenían, para la no tan gran sorpresa de Ágata, los planos del centro comercial Nuevo Amanecer, claves de seguridad del recinto, nombres, cifras, números para dar y tomar y un pedido a una constructora con sede en la Luna que se salía totalmente de lo habitual. No había allí cemento ni ladrillos o bloques de hormigón, sino dos kilos de Seronita, un mineral de naturaleza inestable que venía de la colonia lunar y que fue muy utilizado para derribar los edificios en ruinas sobre los que se erigió la Capital. Lo sabían, lo habían estudiado en Historia contemporánea I.

Suponer la fecha en la que ocurriría lo inevitable fue tan sencillo como sumar dos más dos. Ágata comprobó los eventos que tendrían lugar en ese centro comercial durante las semanas siguientes y lo vio claro como el agua de esos lagos que solo existían en archivos digitales: un miembro destacado del Comité Central había sido invitado para inaugurar allí un nuevo restaurante de comida experimental. Un restaurante del que nunca nada se supo, del que el gobierno se encargó de borrar hasta la última huella cuando la noche previa a su apertura voló por los aires.

La auténtica desgracia tuvo lugar meses después, durante una tranquila y rutinaria noche. Ágata se disponía a escuchar algo de música clásica antes de irse a la cama cuando un ruido atronador casi le hace perder el corazón por la boca. Un grupo táctico irrumpió en casa reventando la puerta y llevándose todo por delante a su paso. Ágata abrió la puerta lo justo como para ver a un grupo de cuatro guardias uniformados de oscuro, con casco y pertrechados con rifles de perforación que avanzaron por el pasillo que desembocaba en la habitación de sus padres. Su padre, que ya se encontraba en la puerta de esa habitación, se llevó rápidamente una mano a un bolsillo y sacó algo de su cartera. Ágata salió al pasillo para ver como su padre, antes de dedicarle una última mirada y un fugaz esbozo de sonrisa se pinchaba una pequeña aguja en el cuello que acabó con su vida en cuestión de segundos.

Al ver a su padre desplomarse frente a aquellos guardias Ágata se abalanzó sobre él de un salto, pero no pudo entrar en contacto con su progenitor. Un atento guardia la sujetó con fuerza por

detrás, impidiendo un último abrazo que ya no tendría lugar. Ágata se desgañitaba y pataleaba, se desesperaba de la rabia, la impotencia y el dolor de una escena que nunca nadie espera presenciar. Su madre se encontraba en el interior de la habitación, arrodillada en el suelo y con los ojos inundados por lágrimas. Un hilito de sangre avanzaba de la boca de su padre hacia el marco de la puerta. Estaba claro, ni una sola palabra iba a salir de aquellos marchitos labios.

No tardaron en encontrar la información del atentado en el dispositivo de Ágata. A pesar de la declaración, de la intercesión que su madre logró emitir, la joven fue condenada al Ostracismo junto a su antiguo compañero Fred. Eludieron la ejecución, pero ya nunca volverían a tener derecho a pisar suelo de la Capital. Cada uno fue enviado en el Tubo a diferentes latitudes. Ambos lejos, muy lejos incluso de las principales megaestructuras. Dibya hizo uso de toda la influencia que pudo amasar para conocer la localización en la que había sido desterrada su hija. De motu proprio decidió abandonar la Capital y emprender la búsqueda de su hija. Sabía muy bien que con esa acción renunciaba a la posibilidad de volver a la vida Ciudadana, de volver a pisar la Capital jamás. No le pesó, pues tras su ausencia comprendió que lo que más le importaba ya no se encontraba dentro de esa cúpula de plasma.

Dibya vagó por las yermas tierras del Exterior durante más de dieciocho meses, encontrando por el camino gentes de bien y miserables, monstruos y juguetes rotos, infiernos y pequeños oasis en los que recobrar algo de fe en la humanidad. Tras su breve estancia en Ítaca 3 volvió al desierto, al lugar en el que le dijeron que habían dejado a su hija. Ahora todo había cambiado, ese páramo era una fortaleza, ese lugar vacío e inhóspito daba cobijo a un nuevo tipo de población.

Ese fue el lugar en el que encontró a Ágata.

XIII

–¿Te ha dicho eso? Vaya, desconocía por completo que Dibya tuviese una hija...

Ciro asiente y suspira. Las tripas mecánicas de Cervan rugen, está procesando toda la información que recibió de Dibya durante los meses que estuvieron juntos. Sorprendentemente no había alusión alguna, directa o indirecta, a que tuviera una hija.

–A lo mejor no te tenía en tal alta estima como tú a ella –responde Ciro con su habitual falta de tacto–. No sé, no parece que te tuviera tanta confianza como para contarte su vida.

–Supongo que en parte es culpa mía. Nunca me detuve a preguntarle algo personal, me bastaba con saber que era una buena persona. Sus actos valían más que sus palabras... Además, no todo el mundo está dispuesto a hablar sobre su pasado. He conocido a mucha gente, Ciro, la mayoría ha vivido auténticos calvarios y lo último que les apetece es hablar de ellos. La experiencia me ha enseñado que en ocasiones es mejor mantener la boca cerrada que querer saber y ofender.

–Supongo que no es mala filosofía... En fin, y ahora qué. ¿Piensas ir buscar a esa chica, a esa Ágata?

–Por supuesto. Quisiera preguntarle por su madre, si conoce su paradero, lo que le pasó tras abandonar este lugar. También me gustaría hablarle de los meses que pasó conmigo aquí, quizás esté interesada en saberlo.

–Mae me dijo que la encontraríamos en el distrito de Los Albatros.... Curioso nombre, ¿verdad?

–Un nombre con más peso del que parece.

–¿Qué quieres decir?

–Verás, Ciro, es una de esas cosas que es mejor verlas que explicarlas.

–Ya... ¿Queda muy lejos ese distrito?

–¿Me acompañarías? –pregunta Cervan en un tono en el que se aprecia bien la sorpresa.

Ciro echa un vistazo alrededor y hunde la cabeza entre los hombros para después volver a levantar la mirada hacia ese cielo artificial que los cubre, con sus inmensas placas que apenas dejan pasar esos haces de luz solar con los que todo funciona ahí dentro.

–Sabes que no soporto este lugar, es como una gigantesca jaula que encierra y aplasta todo lo que soy... Lo último que quiero es quedarme aquí parado esperando a que pasen los pocos días que me quedan. Mae me dijo que Ágata era una persona que podría interesarme conocer... No dijo por qué, pero intuyo que en esa mujer es más importante lo que no dice que lo que dice.

–Uhm, parece que has captado bien su esencia –afirma Cervan–. Es una buena mujer, una guía en este mundo que puede parecer más duro de lo que es. Al final solo hay que acostumbrarse, como con todo.

–Creo que está equivocada en muchas cosas. Sigue anclada a un mundo que ya no existe y que puede que no vuelva nunca más. El presente es como es, tiene sus propias reglas. Por más que os empeñéis, no podemos vivir sin ellas.

Cervan dedica uno de esos instantes suyos a procesar información y comprobar las posibles respuestas que puede dar a aquellas afirmaciones de Ciro. Al poco se da cuenta de que quizás es mejor no decir nada, simplemente callar y emprender la marcha hacia el distrito de Los Albatros,

situado en el extremo opuesto al que se encuentran dentro de Ítaca 3. Él que ha vivido en ambos lugares, que conoce bien las dos caras de la moneda, la Capital y la megaestructura, tiene una fuerte opinión formada al respecto. Una en la que, dejando a un lado el progreso tecnológico y el nivel de vida de solo unos pocos, la humanidad, lo humano, se torna en protagonista, desequilibrando la balanza. Puede que la vida en ambos lugares esté marcada por una profunda brecha de bienes y servicios, pero aún es mayor la brecha humana que los separaba. Para Cervan es una cuestión de valores, de comunidad, lo que hace preferible la vida en la megaestructura. Puede que Ciro se dé cuenta algún día, puede que no, pero sabe muy bien que hoy ningún argumento le va a hacer cambiar de opinión

Así que echa a andar dejando atrás el bulevar y saliendo a un nuevo espacio amplio, otro de esos bazares llenos de gente y productos de toda clase que pasan de mano en mano a la velocidad dictada por la costumbre. Ciro le acompaña sin decir nada, observando todo con su eterna mirada de disgusto, asiéndose a su mochila y esperando que aquel afanoso y agobiante lugar cambie... Pero no lo hace, al menos no demasiado. Tras dejar atrás el inabarcable lugar de intercambio comercial llegan a una zona que deja a Ciro descolocado. Parece una especie de estación, con un par de cabinas ocupadas por varias personas que se elevan y descienden, desapareciendo bajo tierra a continuación.

—No me digas que eso es lo que creo que es... —comenta Ciro tras un buen rato sin abrir la boca.

—Estoy bastante seguro de que crees que es una especie de transporte.

—Y, ¿lo es?

—Pues sí.

—¡Vaya! ¿Y pretendes que nos montemos en esa cosa?

—Te veo muy sorprendido, Ciro. Demasiado. Ten en cuenta que la megaestructura cuenta con aproximadamente...

—Sesenta y ocho mil kilómetros cuadrados. Estoy informado, gracias.

—En tal caso no debería resultarte tan chocante. La gente de la megestructura no suele moverse en exceso en su interior, pero a veces se hace necesario el desplazamiento. Esto era la entrada a uno de los búnkers en los que sobrevivió el tres por ciento de la gente que habitaba la Tierra cuando la SN-2090GI explotó. Conforme iba creciendo la megaestructura se dieron cuenta de que necesitaban un transporte con el que unir algunos de sus puntos neurálgicos. Decidieron entonces reconvertir algunos de los túneles del búnker en algo así como un viejo metro, un transporte similar al Tubo que te traje aquí.

—Y ese... transporte, ¿nos llevará al distrito que buscamos?

—Nos dejará muy cerca —conviene Cervan, quien acto seguido se detiene y busca en su base de datos—. Lo malo es que solo salen tres al día en dirección a las afueras, si no ha cambiado la cosa, y acabamos de perder éste así que...

—No me fastidies —Ciro consulta su reloj, se da cuenta de que hacía mucho que no lo miraba, allí dentro las horas no pasan ni significan lo mismo—. ¿Cuándo sale el próximo?

—No hay un horario fijo, depende de cuando haya salido el que hace la ruta inversa, depende del número de viajeros y el aprovechamiento del vehículo.

—Lo que yo decía... vivan las reglas.

Las horas pasan mientras aquella estación se va llenando de más y más gente. Ciro da buena cuenta de los restos de sus raciones alimenticias que le quedan en la mochila mientras observa el incesante ajeteo de idas y venidas. El impactante espectáculo de la vida que no cesa. ¿Cómo

puede haber tanta gente que viva así? ¿Merece la pena seguir respirando si es aquí dentro? ¿Puede existir peor condena que vivir atrapado en un lugar que no es capaz de ofrecer ningún tipo de promoción social? Un lugar que a lo único que puede aspirar es a convertirse en más grande, más superpoblado quizás, más infecto. Ojalá estuviera en el CARA, atendiendo clases, focalizando su esfuerzo, trabajando en pos de algo.

En estas se encuentra Ciro cuando de repente, sin haberla invocado, Kaoutar hace acto de presencia en sus pensamientos. No sabía que ese tipo de cosas fuesen con él. Siempre pensó que era tiempo inútil el gastado en emociones, pero lo cierto es que no puede evitar echarla de menos. No es capaz de razonarlo, simplemente es una sensación que está ahí, alojada en algún lugar recóndito entre sus tripas, un anhelo que crece y se manifiesta en contra su lógica. Quiere un imposible: volver a verla, volver a compartir uno de sus ratos, una de sus charlas tras un agotador día de estudio y trabajo. Siempre estaba ahí y ya no. Ya no forma parte de su vida, y siente que ese vacío es casi tan grande como todo lo demás que ha tenido que dejar atrás.

—Vamos, que ya viene.

Cervan saca de su catarsis mental a Ciro, el cual observa como una de esas cápsulas de transporte sube desde el suelo entre mecánicos estruendos. La gente que los acompaña, más de un centenar, comienza a agolparse alrededor del transporte. Cuando la puerta se abre comienzan a salir decenas de personas, los viajeros provenientes de los distritos finales de Ítaca 3. Una vez vacío el transporte se vuelve a llenar, la rueda que nunca cesa. Ciro y Cervan andan espabilados para acceder de los primeros, logrando encontrar asiento en la enorme bancada en la parte derecha del vehículo. En cosa de cinco minutos esa suerte de vagón está lleno, con varias personas sentadas incluso en el pasillo central. Las puertas se cierran automáticamente acompañadas por un sonoro pitido de advertencia y el transporte baja despacio, adentrándose en las entrañas de la tierra. Una vez allí se encienden los tubos de luz que perimetrean el techo, los cuales parpadean una y otra vez, una y otra vez. La gente parece acostumbrada a ello, pero a Ciro le provoca una creciente desazón.

El transporte se pone en marcha y nada se ve salvo oscuridad por los ventanales y una luz que se enciende y se apaga un millón de veces. Dentro la gente mantiene animadas conversaciones sobre los avatares de las vidas, historias pasadas y presentes, sueños futuros. La mayoría en español, algunas también en inglés y francés y otras lenguas que Ciro no llega a identificar. Se trata de hombres y mujeres de un amplio abanico de edad que va desde los diecisiete- dieciocho de los más jóvenes a los sesenta- setenta de los mayores.

—Cervan, atiende.

El perro robot se acerca aún más a Ciro, parece que éste quiera hacerle algún comentario de la forma más privada posible, dadas las circunstancias.

—¿Puedo ayudarte en algo, Ciro?

—Tengo una duda que me recorre la mente desde que te conocí y que no ha hecho más que hacerse más grande desde que llegamos a Ítaca —Ciro se detiene, mira a ambos lados, baja aún más la voz, casi susurra—. ¿Dónde están los niños? Esa Mae ha dicho que la infección se controló, ¿no?

—Eso dijo, sí. Pero me temo que la infección no tiene nada que ver en este tema. Verás, uhm, los niños tienen su propio, abro comillas, distrito especial, cierro comillas. Perdón, no recordaba lo molesto que te resulta esto.

—Está bien, tranquilo. Hablas de un distrito especial, ¿de qué va eso?

—Es un lugar dentro de la megaestructura en la que conviven todos los niños y sus familias si así lo desean. De hecho casi todos los niños, por no decir todos, viven allí. Ese distrito ofrece una

serie de servicios específicos para los niños y tiene un nivel de seguridad y sanidad mayor. Sobre todo para hacer frente a epidemias como aquella que te conté...

—Curioso.

—Los niños son el futuro. Ya sé que es una frase manida, pero no por ello deja de ser cierta. En ese distrito tienen todas las herramientas y servicios para llevar una infancia lo más feliz y fructífera posible. Si quieres podemos visitarlo algún día.

Ciro, para variar, no responde absolutamente nada. Lo único que hace es concentrarse, dejar una claustrofobia que no sabía que sufría a un lado, cerrar los ojos e intentar evadirse de ese traqueteo infernal de las luces parpadeantes y la amalgama de olores que ya inunda el interior del transporte.

Pasa un rato, casi media hora cuando el joven siente como el vagón va desacelerando hasta que al final frena de forma brusca para disponerse a subir en la plataforma que le llevará de nuevo arriba. Baján entre la agolpada muchedumbre y pueden ver un paisaje que no dista demasiado del de la estación anterior, ahí sigue la cúpula, por supuesto, las escaleras, las gentes, los humos, y el incesante murmullo que forma parte de la atmósfera de la megaestructura.

Tras abandonar el lugar ponen rumbo hacia el oeste, a uno de los edificios más grandes y heterogéneos de la megaestructura, un conglomerado de acero, cemento y plástico, en cuyos niveles superiores parece tener lugar una fiesta. La música resuena en las cercanías y multitud de jóvenes se agolpan en las puertas con bebidas y una actitud jovial y desinhibida.

—¿Una fiesta? —pregunta Ciro arrugando el entrecejo.

—¿No sabes lo que es? —responde Cevan con otra pregunta.

—Un día libre de conmemoración, ¿no? Homenaje a la bandera, discursos, etc.

—No creo que se refieran a ese tipo de fiesta... De hecho en mi base de datos no hay referencia alguna al día de hoy, no es nada en especial, así que solo es una fiesta.

—¿Entonces? —Ciro sigue sin comprender.

—A veces se hace una fiesta simplemente para pasarlo bien. ¿Te acuerdas de lo del columpio? Pues esto es igual pero para gente más mayor. Un acto cien por cien lúdico destinado únicamente al disfrute del personal. ¿Nunca has ido a una así? —Cervan deja la pregunta en el aire. Tras comprobar que no va a obtener respuesta lanza una sentencia y sigue hacia adelante—. Pues cuidado, corres el riesgo de pasártelo bien.

Se dirigen a la zona señalada, advirtiéndole que la poca luz natural que los paneles de la cúpula dejan pasar es ya casi testimonial. Sin darse apenas cuenta, los días y las noches tienen otro significado allá dentro, el sol se está poniendo. Entre ruidos de máquinas, vapores varios y gente, mucha gente, Ciro y Cervan llegan hasta el umbral del bloque oeste, ese mamotreto arquitectónico sobre cuya puerta, o mejor dicho vano pues no hay puerta alguna, se pueden leer las letras Lib, inicio de una palabra que parece haber sido borrada. En la pared se yergue majestuoso un grafiti con un gran Albatros negro, uno de tantos símbolos de la lucha anticapital.

Una vez dentro no es muy difícil encontrar la fiesta, solo hay que seguir el sonido de la música. Desconcertado, Ciro sigue los pasos de Cervan, quien sube un par de tramos de escaleras mientras el volumen de la música se va haciendo más notable. Un último tramo, un pasillo con luces rojas de neón y desembocan en el lugar de la celebración. Boquiabierto, para variar, Ciro no sabe dónde centrar su atención en aquella enorme sala: se disparan haces de luz de colores desde el techo hacia todos los rincones de la sala, bañando a varios centenares de jóvenes que bailan poseídos por una música potente mientras sujetan y rellenan unos vasos de una enorme ponchera color rosa que hay sobre la mesa del fondo. Arriba, subidos a un escenario, están los artífices de ese sonido: una chica con cresta multicolor agarrada a un micrófono, otra en el fondo golpeando lo

que parece una rudimentaria batería, un guitarrista y un pianista. Ciro reconoce los instrumentos, los ha estudiado y visto en innumerables ocasiones en vídeos, pero nunca ha escuchado música en directo. El sonido golpea sus tripas mientras una sensación que no puede explicar se va apoderando de su cuerpo. Sin siquiera saberlo empieza a menear ligeramente la cabeza al son de la canción.

–Así que esto es una fiesta...

–¿Qué? Tienes que hablar más alto, mis receptores de sonido no te captan con la música tan alta y este bullicio.

–¿Qué música es ésta?

–¿No la reconoces? Uhm, por supuesto que no, supongo que no entra dentro del catálogo disponible en los centros de alto rendimiento... –Cervan se detiene, analiza el sonido-. Este tipo de música es de finales de siglo XX, categorizada como Pop-Rock. Se trata de un corte de uno de los discos que sobrevivieron al Gran Estallido, el título es Where the streets have no name, de una banda irlandesa llamada U2.

–Pop-Rock, ¿eh? –Ciro se queda unos segundos escuchando la canción, dejando que su melodía le invada. A continuación se agacha a la altura de Cervan-. ¿Cómo se supone que vamos a encontrar a Ágata? Aquí hay muchísima gente...

–Pues habrá que hacerlo a la manera tradicional: acercarnos a esa barra dispensadora de bebidas y preguntar.

La barra a la que se refiere Cervan es esa mesa alargada llena de vasos y presidida por la fuente de rosáceo líquido. Tras la misma se encuentra un tipo alto y espigado, pelo largo rubio y extraña perilla con dos trenzas que porta un pequeño rollo de papel humeante que se lleva a los labios cada poco. Al llegar a la altura de la mesa y comprobar que Cervan ni siquiera es visto por ese tipo, Ciro comprende que es su turno de actuar.

–Perdona, ¡perdona! Estoy buscando a una chica...

–Ya, claro, ¿y quién no? –responde el tipo tras dar una profunda inhalación del pequeño rollo de papel que lleva entre los dedos-. Anda toma, bétete esto y verás como todo se te aclara.

El tipo rellena un vaso con el líquido rosa y se lo da a Ciro quien, sin demasiado convencimiento, lo coge y lo mira con asco.

–No, esto... ¿Conoces a una tal Ágata?

–¿Ágata? –el tipo cambia repentinamente el gesto.

–Sí, eso es, es una chica de unos diecinueve o veinte años. Es la hija de una amiga de este –Ciro se agacha y, con cuidado de no derramar la bebida, alza a Cervan.

El de detrás de la mesa mira al perro con una sonrisa en la cara.

–¡Eh, yo te conozco! Eres el perro ese que daba clase, ¿no?

–En efecto. Soy Cervan, el perro que enseña –responde el robot.

–Mi padre tuvo uno igualito que tú... Lo guardó muchos años y luego yo lo heredé. Se aprendía mucho contigo.

–Esa es mi razón de ser.

–Sí, sí, ¿y Ágata? –pregunta Ciro, impaciente.

–Oh, claro. La última vez que la vi estaba por aquel sector –el tipo señala con la mano de la cosa humeante hacia un rincón en el que hay varias mesas y sillas ocupadas por un montón de gente-. Si no está bailando, estará ahí tomando algo.

Cervan le da las gracias justo a tiempo antes de ser devuelto al suelo. Sin tiempo que perder dirigen sus pies hacia la zona de las mesas y sillas, esquivando a los bailarines, caminando bajo el manto arcoíris de las luces del techo. Sin siquiera detenerse, Ciro se lleva el vaso a la boca y da

un buen trago de su copa. El fuego que recorre su boca y baja por su esófago le hace detenerse un momento para toser. Nunca había probado nada parecido. Pone cara de asco, pero da un trago más antes de proseguir la marcha. Saborea, sopesa. Después de todo, no está tan mal. Apura y deja el vaso en una mesita repleta de copas vacías y prosigue. Por el camino la atención de Ciro es reclamada por una escena que tiene lugar en la mesa central del conjunto: dos chicas, una morena con media cabeza rapada al uno y la otra media engominada hacia atrás; la otra rubia con el pelo liso cortado al ras de la mandíbula, se besan, ríen y beben de forma apasionada. Se comen con la mirada. Ciro y Cervan llegan hasta allí y, de pronto, se hace el silencio en la mesa. La banda sigue tocando, pero ahora todos los presentes en aquel rincón miran a los dos nuevos visitantes. Después se miran entre ellos y buscan con los ojos a una de esas dos chicas de la parte central, a la chica morena del extraño peinado.

–¿Qué se os ha perdido aquí, chico? –pregunta la joven clavando su mirada gris en la de Ciro.

–Soy Ciro, no chico, y no se me ha perdido nada... aquí –la última palabra la pronuncia con cierto desprecio que no pasa desapercibido para la chica–. Este perro parlante viene buscando a una muchacha que se llama Ágata. ¿La conoces?

–Bastante bien, aunque dicen que uno nunca llega a conocerse del todo, ¿no es así, chico? –responde la joven inclinándose levemente sobre la mesa y provocando algunas risillas entre sus acompañantes–. ¿Qué es lo quieres?

–Yo... conocí a tu madre –toma la palabra Cervan, avanzando un pasito hacia la mesa para ser escuchado con más claridad–. Estuve varios meses con ella, en el Exterior y aquí, en el distrito infantil de Ítaca 3, antes de que se fuese de nuevo a las tierras yermas del desierto.

Ágata se queda mirando a Cervan durante uno de esos instantes que se alargan hasta el infinito. Traga saliva, su mirada parece temblar levemente, algo ha cambiado en su interior. De un impulso se pone en pie, haciendo lo propio la chica rubia que tiene al lado y algunos de los demás amigos que la acompañan. Ella les indica calma con un gesto, baja con las manos abiertas y todos vuelven a sentarse excepto ella.

–Está bien, tenéis mi atención –comienza a decir Ágata mientras se mueve y va dejando la mesa atrás–. Seguidme, hablaremos mejor en otro sitio.

–Te acompaño –dice la chica rubia, la cual se lleva la mano a la funda de pistola que lleva al cinto.

–No hace falta, Zoe, confía en mí –responde Ágata poniendo la palma de su mano en el hombro de la que parece su pareja–. No sois peligrosos, ¿verdad que no?

–Bueno, depende –comienza a responder Cervan–. Oscar Wilde decía que todo es peligroso, pero que si no fuese así no valdría la pena vivir.

XIV

La habitación a la que los lleva Ágata parece un camarote de uno de esos barcos que nadie había visto en la vida real, solo en archivos digitales y maquetas. El espacio es reducido pero cálido, tiene personalidad. Dos ventanas circulares dan para la bulliciosa calle, una serie de luces de tonos verdosos otorgan a la estancia una atmósfera extraña pero de algún modo agradable. Varios cuadros adornan las paredes, pinturas abstractas que evidencian un estilo experimental, un desahogo por parte del autor. Ágata se sienta en la pequeña cama vestida con unas sábanas oscuras e invita a Ciro a hacer lo propio en una de las sillas que tiene junto a un escritorio con un dispositivo portátil. Cervan se sienta en el suelo, cuestiones de empatía, pues es bien sabido que él no necesita descansar. De fondo les acompaña enlatado el concierto de la fiesta que no cesa.

—¿Y bien? Has dicho que conocías a mi madre, ¿no?

—Es correcto. Ella me salvó, ehm, de la destrucción, por así decirlo. Después estuvimos juntos en el desierto y al llegar aquí, varios meses. Dinya y yo dimos clase en el distrito de los niños, como te he dicho, hasta que un grave brote epidémico cambió las cosas y nos tuvimos que marchar.

—¿Y qué pasó después? —pregunta Ágata ante la atenta mirada de Ciro, que de momento guarda silencio—. ¿Qué sabes?

—Poca cosa en realidad. Separamos nuestros caminos, era lo que ella quería. Nunca me dio sus motivos, pero quería seguir sola. Yo vagué por un desguace un tiempo, pero desconozco cuál fue el destino de tu madre... Por eso, al enterarme esta mañana por Mae de que existías, he querido venir a hablar contigo.

—¿Por qué? No entiendo... —la chica agita un lado su media melena—. ¿Qué le puede interesar a un...robot o lo que seas lo que pasó con mi madre?

—Bueno, a ver cómo digo esto sin que suene demasiado raro... —Cervan se detiene, comienza a procesar, Ciro sabe por dónde van a ir los tiros—. Dinya y yo desarrollamos una relación de amistad, o si lo prefieres de cierto colegueo. Llegó a importarme y a preocuparme, y por eso quisiera saber qué fue de ella cuando tomamos direcciones opuestas.

—Vaya. No sabía que vosotros podías... sentir cosas así. ¿De verdad la consideras tu amiga?

—Compartimos mucho tiempo juntos, llevamos a cabo una importante aunque breve labor. Así que sí, la considera una amiga.

—Aunque no te dijera que tenía una hija... Aunque prefiriera seguir sola por las tierras yermas del Exterior sin ti.

—A pesar de todo eso, sí —es la respuesta segura de Cervan.

—Está bien —Ágata se echa un poco hacia atrás en la cama, se reacomoda, echa un vistazo al silencioso pero atento Ciro y prosigue—. Lo que pasó, versión resumida, es que me encontré. Regresé al lugar donde se suponía que yo había ido a parar tras ser condenada al exilio, solo que ese lugar ya era bien distinto. En lugar de tierra y muerte había una pequeña fortaleza que ayudé a construir.

—¿Una fortaleza? ¿Una especie de ciudad? —pregunta Cervan.

—No, no, tan solo un refugio, un lugar para los desamparados y desterrados.

Al escuchar la última palabra algo hace clic en la mente de Ciro, un resorte se dispara, haciéndole tensar todo el cuerpo, abrir los ojos como no los había abierto en mucho tiempo y tomar la palabra.

–¿Desterrados dices? ¿Desterrados de la Capital?

–Sí, eso es, condenados al Ostracismo –responde Ágata, para quien no pasa desapercibido el estado de alarma en el que ha entrado ese chico.

–¿Eso te pasó a ti? ¿Y a tu madre? –vuelve a preguntar Ciro–. ¿Erais Ciudadanas?

–Éramos Ciudadanas, sí, aunque la única desterrada fui yo. Mi madre salió voluntariamente al Exterior a buscarme, aunque eso es algo que solo supe cuando me encontró, mucho, mucho tiempo después.

–Quería encontrarte... salvarte –dice Cervan, quien comienza a comprender.

–Supongo –la mirada de Ágata se torna baja y escurridiza durante unos momentos–. Lo que no sabía es que yo era capaz de salvarme a mí misma sin ayuda. Pero no la culpo por hacer lo que hizo, yo en su lugar habría actuado exactamente igual. No en vano soy su hija.

–¿Y qué le pasó cuando te encontró en esa fortaleza? –inquire Cervan.

–Murió. Vino muy enferma, no sé si por la epidemia esa de la que hablas, quizás por desnutrición, sobreexposición en tierras de fuerte radiación.... Quizás un poco por todo. Apenas duró una semana... Eso sí, fue sin lugar a dudas una de las mejores semanas de mi vida –la chica se detiene, parece que se va a enjugar las lágrimas que parecen no querer salir de sus ojos pero no lo necesita, logra mantenerlas a raya–. Me habló sobre este lugar, me dio su ubicación exacta, hablamos y hablamos. Nos conocimos más la una a la otra en esa semana que en los diecisiete años anteriores. Fue algo... especial.

–Lo siento mucho, Ágata. Tu madre era una buena mujer, una persona con un gran corazón... No merecía ese final.

–Ya, bueno, los merecimientos caducaron cuando la Supernova estalló, ahora todo lo que hay nos lo tenemos que ganar nosotros... O quitárselo a otros.

–Entiendo. Por cierto, una pregunta más: ¿qué pasó con la fortaleza? –inquire Cervan–. ¿Por qué la abandonaste para venir aquí?

–Porque la vida allí se estaba haciendo insostenible. Tardamos mucho en dar con el enclave ideal. Cuando la construimos éramos trece personas, pero después, con el tiempo, se fueron uniendo muchos más. Llegó un punto en el que no había alimento ni agua para todos, que aquel lugar nos amenazaba con sacar la peor parte de nosotros. Entonces llegó mi madre y nos ofreció este lugar. Desde entonces es nuestro hogar.

A Ciro, de algún modo fascinado por tener delante a una ex Ciudadana, no se le pasa por alto que su última pregunta ha quedado sin responder. Tras medirse unos segundos con la mirada, el joven vuelve a la carga:

–Has dicho que fuiste desterrada, pero no nos has contado el por qué...

–Ah, sí, eso. Fui acusada de traición y actos de terrorismo.

Los ojos de Ciro se abren hasta el límite.

–¿Qué... hiciste?

–Nada en realidad, solo le sustraje información a alguien que sí que hizo algo. A una persona que formaba parte de Los Albatros... –Ágata baja la mirada para volver a subirla con determinación, orgullo–. A mi padre.

–¿Tu padre? –pregunta ahora Cervan, descolocado por la información que está recibiendo–. ¿Dibya, es decir, tu madre también pertenecía a Los Albatros?

–No, claro que no. Mi madre tampoco sabía nada de las actividades secretas de mi padre. Yo

le descubrí porque soy así, vi una fisura en su comportamiento e indagué hasta que obtuve una respuesta. Siempre es así, siempre he sido así. Se instaló en mi cabeza que había algo extraño en él, en los últimos meses... Y resultó ser eso, preparaba un atentado contra el gobierno central.

–Un atentado... –comenzó a decir Ciro con tiento– Así que eso son Los Albatros, unos terroristas.

–Terrorista es el que se vale de la muerte para conseguir sus planes, nosotros somos libertarios –respondió Ágata con fiereza en la mirada–. Mi padre hizo estallar un nuevo negocio opresor en un importante centro comercial de la Capital, la noche anterior a su inauguración, sin víctimas.

–Mientes. Si hubiese pasado algo así me habría enterado, una explosión en plena Capital habría salido en las noticias. No se puede...

–¿Tapar una cosa así? –termina Ágata por Ciro–. Claro que se puede. Lo hacen siempre, chico. ¿Cómo es eso que dicen? Ah sí, para preservar la integridad y el estatus quo interno.

–¿De qué demonios hablas?

–Hablo del mundo en el que vives, Ciro. Yo vivía también en él, en esa burbuja en la que parecía todo perfecto y armonioso. Pero créeme, nada de eso es cierto, nada en absoluto. Todo obedece al interés y bienestar de unos pocos en detrimento de una inmensa mayoría. Un estado policial que persigue todas las ideas que difieran de su Código y que castiga con crueldad a los débiles.

–Ya, claro, parece que te tienes bien aprendido el discursito –responde Ciro, el cual no puede evitar sentirse convulsionado por dentro, aunque no lo haga ver–. El sistema del Código tendrá sus fisuras pero gracias a él la sociedad ha podido llegar a niveles que nunca se creía que volverían. El resurgir de la humanidad ha sido solo posible a esas leyes, sin ellas todo sería como esto. Una acumulación de chatarra en medio de la nada. Mierda y miseria. El Código, aunque no pueda gustar a todos, es necesario.

Ágata se pone en pie y también lo hace Ciro. Cervan observa con cierto recelo la tensa escena que tiene lugar en su presencia. La chica se acerca al joven y se detiene a apenas un palmo de su rostro. Prácticamente tienen la misma altura, casi la misma edad también, pero ahora mismo les separa un abismo a todas luces insalvable.

–Admito que son capaces de hacer bien su trabajo. Muy bien, la verdad –comienza a decir Ágata, mirando directamente a los ojos a Ciro–. Eres la prueba irrefutable de ello. Saben lavar el cerebro como nadie, pero hay algo aquí que no me encaja...

–¿No?

–No. Entendería tu posición si estuviésemos teniendo esta conversación en la Capital, si fueses un Ciudadano de pleno derecho y estuvieras acomodado en esa vida de lujo y bienestar de la que hablas. Pero no es así, no estamos en la Capital sino en esta ciudad de chatarra y mierda, como la llamas, y tú no eres un Ciudadano, sino un pobre diablo que ha acabado aquí como todos los demás: porque no tienes un sitio mejor en el que caerte muerto. ¿Me equivoco? Ya has oído mi historia, cuenta ahora la tuya. ¿Por qué estás aquí?

Ciro da un nuevo paso adelante, la distancia entre ambos cuerpos es ya mínima, las miradas tiemblan, las pupilas crecen, algo en su interior comienza a revolucionarse. No es rabia ni violencia, es miedo e impotencia, es temor a tener que dar su brazo a torcer, un terror profundo a la duda, a tener que darle a razón a aquella joven. Aguanta la mirada un par de segundos más y se escabulle por su derecha en dirección a la puerta. No dice una palabra más, no hace gesto alguno, simplemente coge el picaporte y sale de la estancia, haciendo que el volumen de la música de la fiesta crezca durante un par de segundos hasta que la puerta vuelve a cerrarse tras él.

Cervan, que lleva un rato procesando datos, da un par de pasitos y sube a la cama, lugar en el

que vuelve a sentarse Ágata. La chica se pasa las manos por la frente y suspira con sonoridad, mira a ese perro de hojalata y trata de esgrimir un gesto de complicidad que queda en intento fallido.

–Tu madre hablaba poco conmigo. En realidad apenas hablaba con nadie más allá de las clases con los niños, pero una vez me dijo que solo al salir de la Capital se había dado cuenta de lo que era ser humana. Que el Exterior nos igualaba a todos, y en ese momento es cuando podías ver quién eras realmente. Y también como son los demás.

–Creo que iba bastante bien encaminada –dice Ágata tras unos segundos en los que la imagen de su madre, los recuerdos, copan su mente–. Pero dentro también hay gente que se muestra como es: depredadores que quieren todos los bienes para ellos y para los que entran en su juego. Y lo peor es que ellos son los que se lo llevan todo con impunidad, amparados en ese atroz Código del que tu misterioso amigo parece enamorado.

–No es mi amigo, él nos llama compañeros de viaje. Supongo que entre comillas... –las lucecitas de Cervan se apagan para volver a brillar–. A veces las personas se aferran con fuerza a una idea, aunque esta esté equivocada.

–Pero las personas cambian, las circunstancias que le rodean deben influir, no todo es blanco o negro...

–Supongo que con algunos hay que tener más paciencia de lo normal. Creo que Ciro se está dando cuenta de que todo no es como se lo han enseñado, pero es difícil mover un ideario que lleva ahí desde su infancia.

–También es ese mi caso y mírame.

–Pero no estáis en la misma situación. Ni mucho menos, Ágata.

–¿Por qué? –Ágata eleva sin querer la voz– Debería replantearse las cosas, por como habla también a él lo echaron de la Capital, ¿no es así?

–Lo desterraron de un CARA para huérfanos.

–¡Por la maldita luna! Entonces ignora muchas más cosas de las que creía... –Ágata queda ensimismada mientras siente como un escalofrío recorre casi todo su cuerpo–. ¿Te ha contado lo que hizo para que le expulsaran?

–Tener un tumor cerebral inoperable.

Ágata se lleva de forma instintiva una mano a la boca, se tapa los labios con ella y se queda mirando a Cervan durante un rato más largo del que a ella le parece.

–¿Cuánto tiempo...?

–Le dijeron que unos meses –responde Cervan adelantándose al resto de la pregunta de la joven–. Es complicado hacer un análisis de los sentimientos que deben estar atravesando su cabeza en estos momentos. Al fin y al cabo es una víctima más, como todos los que estamos aquí.

–¿Por eso estás con él? ¿Es porque te da lástima?

–No, lo cierto es que no me da ninguna pena. Estoy con él porque creo que me necesita.

XV

El señor Metcalfe se despierta a las siete en punto de la mañana, tal y como ocurre seis de los siete días de la semana desde que ocupa su cargo. Hace apagar la alarma con una orden y sale de la cama. Con sus primeros pasos se van abriendo las persianas automáticas, dejando entrar así a los madrugadores rayos de sol. Va al baño y después al salón principal. Allí, con las cristaleras mostrándole los refulgentes rascacielos del imponente centro financiero de la Capital, tiene una cinta ergométrica en la que cada día corre cinco kilómetros. Tras secarse el sudor con una toalla vuelve al baño y dedica dos minutos a la ducha. Al terminar pasa por la cámara de secado y llega al vestidor, donde le espera su impoluto traje chaqueta azul marino, una camisa blanca y una corbata lavanda. Corona el conjunto con unos zapatos de piel sintética de color negro y se dirige a la cocina donde, tras dar la orden oportuna, la máquina del café se activa y comienza a trabajar. Al pasar por delante agarra la taza y le va dando pequeños sorbos mientras la pantalla holográfica le va mostrando las principales noticias del día.

Con la taza limpiándose en el depósito de la vajilla sucia se da unos últimos toques al pelo en el espejo de la entrada y sale del piso. El ascensor exterior le lleva directamente a la parada del tranvía, situada en la décima planta. Allí espera un minuto y medio junto a media docena de caras conocidas hasta que el transporte llega y se monta en él. Sentado en su comfortable butaca, pasa los casi nueve minutos de trayecto que le separan de su puesto de trabajo viendo de refilón esas noticias que ya conoce, esos anuncios de las cada vez más y más empresas que se van fundando cada mes. Las cristaleras son enormes pantallas por las que desfilan todo tipo de imágenes y contenido, esos rostros célebres a los que tanto deben los Ciudadanos. Los héroes que hicieron posible el lugar en el que viven.

Con la puntualidad acostumbrada abandona el tranvía y disfruta de la fugaz vista que cada día le acompaña antes de internarse en el E.T.C., el Edificio de Telecomunicaciones de la Capital: un extenso y cuidadísimo parque de vegetación híbrida formado por grandes valles y un total de quince mil árboles plantados, donde coexisten varios tipos de especies vegetales, lagos de agua dulce y monumentos conmemorativos.

La mañana pasa entre reuniones varias y visitas a un par de departamentos de investigación y desarrollo de los que es supervisor adjunto. El prototipo de un nuevo satélite está preparado para efectuar las primeras pruebas reales, será puesto en órbita, si nada falla, en cosa de tres semanas. El aparato, conocido coloquialmente entre sus creadores como el Expedicionario, tiene por objetivo buscar y establecer comunicaciones con núcleos humanos de otros continentes, con posibles aliados que entiendan sus ideas y forma de vida, lo cual significaría un enorme avance respecto al aislamiento forzoso en el que se encuentran. Tras la ingesta de cápsulas alimenticias y un nuevo café, que se convierte en el aglutinador social con buena parte de los empleados de nivel 3 del edificio, Metcalfe acaba en su despacho, lugar en el que gasta horas revisando datos y cifras, recalculando variantes, machacando bien sus neuronas. La recomendada micro siesta de seis minutos le devuelve un flujo de energía y una claridad mental que a, a estas horas de la tarde, le son más que necesarias.

Una vez que es visitado por los inspectores que cada dos días supervisan su labor, algo así

como los supervisores de los supervisores, Metcalfe elabora su informe diario y lo envía a jefatura, dando por finiquitada su jornada laboral. El elevador le lleva a la parada del tranvía y, tras la consabida espera, lo toma. Esta vez no va a volver a casa, como hace la inmensa mayoría de días. No es ese su plan. Esta vez va a apearse en una de las últimas palabras de la línea, en la zona colindante con el escudo interior, el que separa las dependencias urbanas de la Capital de las agrícolas. La noche campa ya a sus anchas, una noche fría y húmeda, como casi todas, que obliga a los escasos viandantes a portar chaquetas térmicas. Faltan solo dos horas para el toque de queda semanal, dos horas en las que todo Ciudadano debe estar ya en casa preparando el descanso para rendir como es debido en el día de mañana.

Metcalfe camina a paso seguro por las limpias y geométricas calles que le llevan al anillo exterior, la zona menos privilegiada de la Capital, aquella en la que se alojan los Ciudadanos de menor rango. Allí las calles se estrechan, el tamaño de las viviendas mengua y el hacinamiento es una realidad. Metcalfe llega a un portal de un inmenso bloque de viviendas y pasa el control telemétrico de la entrada colocando su mano en el dispositivo que hay junto al pomo. Atraviesa la puerta y sube en ascensor hasta el último piso, planta ochenta. Pasa un control más con los datos de su mano para acceder a un pequeño apartamento semivacío. No hay nada en esos treinta metros cuadrados salvo un sofá cama, una mesa y dos sillas, un aparador y una nevera. Se acerca hasta el aparato refrigerador y saca del mismo un botellín de cristal dorado. Se trata de Sparkle, el poco sesudo nombre puesto a la cerveza ilegal que viene de los campos bio-agrícolas. Antes de hacer lo que tiene que hacer se sienta un momento en el sofá y le da un par de buenos tragos a esa Sparkle. La disfruta breve pero intensamente, ese sabor en el paladar, el frío pero reconfortante líquido recorriendo su esófago.

Mira su reloj, ya es la hora convenida. Deja la cerveza en la mesa y coge de la misma su holocomunicador, un dispositivo de reducido tamaño, tanto que cabe en un puño cerrado, que conecta y coloca en el suelo en el centro de la sala. Instantes después su imagen holográfica aparece en la sala de reuniones de Los Albatros de Ítaca 3, ante la presencia de Ágata, su pareja Zoe, y los hermanos Tony y Abel, el núcleo del grupo que suele tomar las decisiones.

Metcalfe comienza a hablar.

–Buenas noches, compañeros. Hoy traigo buenas noticias de verdad... Muy, muy buenas. El proyecto Expedicionario ya es una realidad.

Una euforia contenida se hace sentir en el interior del cuartel de Los Albatros.

–Vaya, esa es una excelente noticia, compañero. Llevamos mucho tiempo esperándola... –ahora es Ágata la que toma la palabra–. Dinos, ¿cuáles crees que serán los plazos?

–En cosa de dos semanas, puede que algo más, estará en órbita –responde Metcalfe con entusiasmo– Entonces podré obtener los datos que necesitamos, cosa que llevará más tiempo para hacerlo de forma segura. Así que estamos hablando de dos o tres meses como máximo.

–Entiendo. ¿Funcionará?

–No tiene porqué no hacerlo. El satélite ha sido testado a baja altura y todo va como la seda. Con mis modificaciones será capaz de enviarnos imágenes infrarrojos de toda la superficie, urbana y periurbana, de la Capital. Por fin sabremos donde están las células de combustible que mantienen el escudo de plasma conectado.

En ese momento se oyó un silbido en la sala de Los Albatros, también un par de aplausos que Ágata se dio prisa en acallar.

–Tranquilos, compañeros. Entiendo vuestra alegría, pero recordad que aún no se ha hecho nada.

–Pero se va a hacer –interviene Abel, un chico de unos veinte años con la cabeza afeitada y

una poblada barba rubia—. Ahora ya podemos visualizarlo, Ágata. Lo que otros intentaron sin éxito nosotros lo haremos posible...

—Estoy contigo, pero hay que ser precavido —repite Ágata poniéndole una mano sobre el hombro—. Esto es lo más grande que ningún grupo libertario ha intentado jamás contra la Capital. Sé que podemos hacerlo, y lo daremos todo, sangre e ilusión, para que sea posible. Pero aún no estamos cerca del objetivo, aún tenemos que esperar y prepararnos como es debido. Todo debe ser perfecto si queremos que esta empresa sea un éxito.

—Yo seguiré monitorizando todo lo que ocurra desde dentro del proyecto —dice Metcalfe—. Haré una serie de pruebas cuando esté el satélite plenamente operativo y empezaré el barrido. Si todo va como debe tendremos lo que queremos antes de lo esperado. Os doy mi palabra.

—Perfecto. Sabes que nuestro grupo está preparado para la acción, no importa cuánto lleve o cueste, cuando esté la información ahí estaremos nosotros para hacer lo que hay que hacer —dice Ágata ante el convencido asentimiento de los presentes—. Veremos cuál es la verdadera fortaleza del sistema de la Capital cuando estén sin escudo, cuando se vean aplastados por la avalancha de ira y rencor que han construido a su alrededor. Hoy es un día importante, compañeros, pero el mañana será mejor. Mañana será mejor.

Mañana será mejor, repiten todos al unísono. *Mañana será mejor*, una vez más y la conexión con Metcalfe acaba. Emocionados, con un bicho retrepando sus estómagos, esa sensación de que aquello por lo que luchan está cada vez más cerca, el grupo de Los Albatros no se percata de la presencia de Ciro tras una de las puertas. El joven, que ha escuchado lo suficiente como para quedarse paralizado por el miedo, hace un soberano esfuerzo para moverse despacio entre las sombras de la noche y abandonar el pasillo en el que se encuentra. Las perturbadoras pesadillas que le acompañan desde hace unos días le ha hecho levantarse y dar una vuelta por el edificio para estirar las piernas, la intriga por saber qué trama Ágata y los suyos le ha llevado meter las narices donde no debía.

Una sensación extraña se hace fuerte en Ciro, es el temor a lo inimaginable, la incertidumbre, el no poder controlar algo que puede cambiar la vida de millones de personas. Que puede cambiar el sistema en el que tan férreamente cree, ese en el que se ha criado, ese que tanto ha estudiado y cuyas leyes y normas lo significan todo para él. La angustia va más allá y amenaza con vacar el contenido de su estómago. Ciro se detiene en una esquina, se lleva una mano al pecho y respira. Simplemente respira. Mira alrededor y no ve nada que le guste, nada que le ate, nada, ni una sola cosa, que le haga querer quedarse.

El deber le llama, el germen de Ciudadano que lleva dentro le está hablando alto y claro... Prácticamente se lo está ordenando. Quizás ahora tenga una oportunidad, aunque efímera, de ser lo que siempre soñó ser. A veces existen más caminos que el recto. Debe salir de allí y lo debe de hacer pronto. Debe volver como sea a la Capital y contar todo lo que sabe. Sí. Informar de ese Metcalfe, de los planes de esos terroristas anticódigo que se hacen llamar Los Albatros, de lo que planean hacer con ese satélite. Sí, es su deber. Quizás así sea recompensado con aquello que anhela, con aquello para lo que se ha estado preparando toda su vida y que le fue negado por enfermedad. Puede que se esté muriendo, pero una información de este tipo bien vale un indulto, un visado especial. ¿Por qué no?

Ya no puede permanecer más allí, recorriendo la laberíntica ciudad de chatarra como una vil cucaracha. La emoción, los nervios, el fuego interior que quiere salir. Quizás después de todo consiga su billete a la Capital.

XVI

Eran cuarenta y uno. Hombres y mujeres, jóvenes y mayores, algunos casados, padres e hijos, algún que otro nieto. Esposados de pies y manos, encerrados en uno de los barracones del edificio de Seguridad Capitolina. Incomunicados desde hacía varios días, mal alimentados con tan solo una ración de proteínas y agua al día. Aguardaban lo que estimaban inevitable dado el rumbo radical que desde el Comité Central habían dado en los últimos meses. El diálogo se había roto, el consenso, la mera consulta no iban a llegar ya. Las posturas eran cada vez más antagónicas, la voluntad de ceder, de escuchar propuestas siquiera, se había esfumado. Se encontraban en un callejón sin salida, la oposición no solo iba a ser ninguneada, iba a ser extirpada de una Capital que aún no había cumplido los diez primeros años de vida.

El estado de derecho había fracasado. La necesidad imperaba, la desesperación ordenaba, los de arriba no tenían la intención de bajar ni un solo escalón. Primero controlaron las manifestaciones con puño de hierro, después se infiltraron en los nuevos movimientos opositores, se ganaron confianzas, elaboraron informes, identificaron a los cabecillas. Tomaron la decisión de prohibir el derecho a huelga, después se impuso una férrea censura sobre los medios para, al final, decretar un estado de sitio que duró semanas y que sirvió, bajo la excusa de la seguridad y la salvaguarda del sistema de la Capital, para purgar la recientemente instaurada civilización.

Así que eran cuarenta y uno, los de las ideas más peligrosas. Los que conseguían encender la llama interior de cuantos les rodeaban, los que llamaban a rebelarse contra las injusticias, a luchar por todo aquello que consideraban esencial. No todo valía, no se podía construir una sociedad moderna si no se tenían en cuenta aquellos valores, derechos y libertades que ya debían considerarse intocables. Cuando los altos cargos del Comité comprendieron que no tenían nada que hacer contra esos inconformistas, contra su chispeante y contagiosa fuerza, tomaron la decisión más fácil, también la más cruel: quitárselos de en medio.

La reunión extraordinaria que decidió el destino de esas cuarenta y una personas se llevó a cabo de forma rápida y prevista, sin concesiones ni dudas. Sin clemencia. Para ellos los cuarenta y un cabecillas del movimiento opositor eran traidores a la Capital, al Código, al sistema que tanto había costado instaurar. Ni juicios públicos ni posibilidad de defensa, ya eran culpables porque así lo habían decidido los mandamases de la Capital, ahora faltaba dilucidar cuál iba a ser el castigo a imponer.

Las opciones barajadas se reducían a tres, aunque una ganaba claramente por goleada en el seno del Comité. Ejecutarlos suponía cruzar una línea que aún no sabían cómo iba a digerir el resto de la población. Encerrarlos traía dos grandes contrapartidas: por un lado su manutención, con la consabida presión y escasez de alimentos reinante en aquellos tiempos; por otro su presencia en la Capital, aunque fuese entre rejas, podría levantar las simpatías de otras personas afectas a sus ideas, los verían como un símbolo de resistencia y rebeldía ante el poder. De una manera u otra estarían siempre ahí, como una sombra amenazante a la que siempre tendrían que vigilar con el rabillo del ojo.

Así que se decidió expulsarlos de la Capital. Para ello se utilizó una vieja fórmula que habían extraído de la Antigua Grecia, los considerados como padres de la democracia política: el

Ostracismo, el destierro forzoso de aquellos Ciudadanos que eran considerados sospechosos o peligrosos para la ciudad. Sin embargo el Ostracismo al que condenaba la Capital se parecía bien poco al griego. A diferencia del aplicado en Atenas, el capitolino era permanente y la persona perdía su estatus como Ciudadano, sus derechos y libertades. No se castigaba el abuso, sino la rebeldía. Un destierro definitivo cuyo fin era causar la eliminación de esos presos sin la necesidad de manchar sus manos de sangre.

De esta manera, los cuarenta y un procesados fueron condenados al Ostracismo de forma inmediata. Como antiguamente se llevaban los rebaños al matadero, fueron conducidos al montacargas que les llevarían al último nivel del subsuelo, el lugar en el que desde hacía un par de años, se construía un medio de transporte similar a los viejos metros que recibía el nombre del Tubo. La idea, ejecutada de forma impecable, era trasladar a los presos por los kilómetros ya acabados y después lanzarlos al Exterior sin ningún tipo de equipo ni viandas. Lo que quiera que les pasase a continuación, en esas peligrosas e imprevisibles latitudes, era cosa de ellos.

Los cuarenta y uno no tardaron en organizarse para acometer el más importante plan de sus vidas: sobrevivir. Establecieron un pequeño consejo de cinco personas, seleccionadas democráticamente, que se encargarían de establecer la hoja de ruta a seguir, de la toma de decisiones, de la estrategia que les llevaría a encontrar un nuevo hogar. Una cosa estaba clara, por encima de toda duda, debían sobrevivir para proseguir la lucha, para conseguir aquello a lo que no querían renunciar: acabar con el gobierno de la tiranía que se había instalado en la Capital.

Anduvieron por el desierto durante ocho días, mal alimentándose de lombrices y racionando el agua de las escasas lluvias nocturnas, espoleados por la esperanza, entendiendo que la única fuerza con la que contaban en aquellos extremos momentos era la del grupo. Solo juntos, apoyándose los unos a los otros, sacrificándose los más fuertes por los más débiles, aplicando la solidaridad, haciendo verdaderos actos de generosidad, lograron llegar al lugar que cambiaría sus vidas. Un lugar como nunca antes había visto, no en persona, aunque sí a través de fotografías y antiguos archivos de video que testimoniaban espectaculares enclaves naturales como aquel.

De pronto todo era tan azul que parecían haber traspasado los límites del mundo conocido para adentrarse en otro tan misterioso como hermoso. Aquella gigantesca masa de agua se extendía hasta los confines del horizonte, juntándose, haciéndose uno, con el mismo cielo. El vaivén de las olas, el intenso aroma a sal, la espuma llegando y retirándose de la orilla, lamiendo sus destrozados pies. Solo puede haber una primera vez para ver el mar, y aquella fue del todo gloriosa.

Establecieron su campamento allí, al abrigo de viejas y ruinosas construcciones que un día, un siglo atrás, dieron cobijo a miles de turistas llamados por el sol, la arena y el descanso. Un viejo concepto conocido como vacaciones, que no tenía cabida en aquellos días. Pronto comprendieron que el mar podría proveerles de un alimento, si bien escaso, que no encontrarían en ningún otro lugar conocido. El fondo del mar había sufrido como el resto del globo los estragos del Gran Estallido, la radiación, los extremos cambios de temperatura y condiciones de los fondos marinos acabaron con millones de especies, mermando la población submarina casi tanto como la de la superficie. Había poco, pero había. Cuando consiguieron dominar y perfeccionar las técnicas de pesca, construir un pequeño bote con el que adentrarse en ese inmenso estanque salado, encontraron una estabilidad que jamás pensaron que volvería.

Pasaron los meses y estos dieron lugar a años. El hogar creció, las cuarenta y un almas casi se duplicaron, encontraron una forma de vida en ese lugar al que siempre llamaron Refugio.

El tiempo pasó, pero lo que nunca murió fue el deseo de volver al lugar que habían ayudado a construir y que tan salvaje e injustamente les habían expulsado. A proseguir la lucha, a desbancar

del poder a aquellos que hacían del miedo y el sometimiento un modo de vida. Cosa que solo conseguirían extendiendo una idea, saliendo de su obligada burbuja, colándose allí donde no tenían la posibilidad de entrar.

Cuando la supervivencia estuvo asegurada, la siguiente fase fue activada. No podían conformarse con lo que habían logrado, aunque era mucho, eso solo era un medio, una necesidad para acometer el verdadero objetivo que los cuarenta y uno establecieron nada más ser arrojados al Exterior... Tenían que volver e iban a volver. Y para ello precisaban de algo que se les antojaba fundamental para colarse en esos lugares que tenían vetados, para calar dentro de los miles y miles de Ciudadanos que sabían que no se iban a rendir.

Un día un niño de siete años encontró un antiguo folleto guardado en una maleta que la arena había se había tragado décadas atrás. Su hermana, dos años menor, no tardó en quitárselo de las manos y salir corriendo mientras le hacía burla. El niño comenzó la divertida persecución que les llevó por cientos de metros de orilla hasta que la niña tropezó con un viejo señor que caminaba, o al menos lo pretendía, de forma tranquila como cada atardecer. Vestía holgadas ropas y portaba una especie de mochila al hombro. Ya no peinaba unas canas que decoraban una espesa barba que otorgaba cierta solemnidad a un rostro de lo más afable.

Tras el encontronazo, el anciano se agachó despacio para recoger de la arena el codiciado objeto de deseo de los hermanos.

–¿De dónde habéis sacado esto, niños?

–Es mío, lo he encontrado yo. Mi hermana me lo ha quitado cuando lo estaba leyendo...

–¡Mentira!

–¿Mentira? ¡Aquí la única embustera eres tú!

–Y tú eres un chivato.

–Niños, niños, haya paz –el anciano, una vez hubo logrado que los chavales se callaron, comenzó a leer con interés aquella cuartilla–. Aves marinas. Qué cosa, ¿eh?

–Molan.

–Sí, mirad lo que dice aquí: Las aves marinas son aquellas que consiguen su alimento de forma casi exclusiva de los entornos marinos. Poseen adaptaciones especiales para su supervivencia en el medio acuático, tales como su dieta, basada principalmente en animales acuáticos como peces o plancton, o su cuerpo adaptado al buceo.

–Como nosotros, ¿verdad?

–Sí, niñita, sí, como nosotros. Fijaos que interesante: las aves marinas son consideradas el grupo de aves más amenazado en la actualidad, uf, ¿en qué año escribirían esto?... Según la UICN, la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza, el 28% de las trescientas cuarenta y seis especies de aves marinas del planeta se encuentran amenazadas...

–¿Has visto alguna ave marina alguna vez?

–No, chaval, soy viejo pero no tanto. Ni marina ni no marina.

–Tenían que ser preciosas...

–Sí, guapa, no lo dudo. Veo estas fotografías y me imagino lo que se debería sentir al ver a una criatura de estas surcando el cielo y el mar, sin barreras, con total libertad.

–¿Puedo verlo?

–Claro que sí, campeón, aquí tienes...

–... las más importantes son los pingüinos, las gaviotas, los pelícanos y los albatros.

–Albatros, ¿eh?

–Sí, míralos, son estos. Son chulísimos, ¿a que sí?

–Ya lo creo que sí. A ver, se me ha ocurrido una cosa...

El anciano agarró la mochila que llevaba colgada sobre un hombro y sacó de la misma un ajado cuaderno que él mismo se había construido con restos de papeles y hojas que había ido encontrando desde que llevaban allí. Con sumo cuidado para no estropear las páginas, fue pasando una a una todas ellas, en las cuales los chavales encontraron fascinados decenas de dibujos del entorno: el mar, el desierto, personas que conocían, el Refugio desde varios puntos de vista, el sol y las nubes.... Aquel hombre era un todo un artista, con un peculiar estilo que traía cualquier imagen al terreno del claroscuro.

Sacó también un carboncillo gastado de su bolsa y, tras dar con una hoja en blanco, comenzó a pintar inspirado por aquella preciosa ave que planeaba sobre las olas. Sentados los tres en la arena, con el sol anaranjado despidiéndose un día más, nació un símbolo que después pasaría a formar parte de un ideal. Que llegaría a brazaletes, documentos y paredes. Un símbolo de lucha, de resistencia ante la adversidad, de libertad. El símbolo que dio nombre al movimiento que lo cambiaría todo.

XVII

Sale al alba. A pesar de lo estúpida que pueda parecer la situación, Ciro lo tiene bien claro. Prefiere morir en el camino hacia la Capital e intentar restablecer su estatus a pudrirse en ese agujero desprovisto de orden y bienestar que es la megaestructura. Por más vueltas que le ha dado esa ha sido la conclusión a la que ha llegado, no importa el riesgo, no importan los peligros del largo camino, no va a tener en cuenta las escasísimas probabilidades de éxito en su empresa. No va a malgastar ni un día más en aquel lugar que oprime todo cuanto es. Va a llegar a la Capital o morir en el intento. Así que camina, con su mochila llena de provisiones y agua recogidas en Ítaca, tomando la dirección que sabe que debe tomar. Siempre al norte, con el sol moviéndose desde de su derecha, abrumado por el interminable desierto que se expande ante sus ojos.

Arena y más arena, un sol, un calor que ya apenas se puede soportar, que quema su frente y sus remangados antebrazos. Pasan unas horas y, exhausto, llega a un lugar reconocible: el amasijo de hierro, chatarra y materiales varios en el que encontró a Cervan: el repugnante Dumper. Avanza hasta un viejo sofá al que le faltan dos de los tres asientos y se desploma sobre él. Bebe un par de tragos de agua y decide no comer nada hasta la tarde. A pesar del cansancio que siente en sus piernas, de un dolor de cabeza intermitente pero que cada vez se manifiesta con más asiduidad, se siente aún lo suficientemente fuerte como para prescindir del avituallamiento. Cierra los ojos y ahí están todas esas ráfagas, esas escenas cortadas, los retales de los últimos y devastadores días. Imágenes grabadas en la retina del ayer y del hoy, de los sueños y los imposibles, lo que fue y lo que ya no va a ser. De una vida que se le escapa a cada exhalación, de la posibilidad de convertir esa prórroga en algo útil para los que, a pesar de todo, contra viento y marea, chocando contra los resortes de la razón, aún considera los suyos: los Ciudadanos de la Capital.

Sin pretenderlo se queda dormido durante unos escasos veinte minutos, un arriesgado desliz que, felizmente para él, no tiene mayores consecuencias. El descanso le sienta bien a su machacado cuerpo, si bien las horas de exposición al sol se le quedan marcadas en forma de rojiza máscara sobre su piel. Por primera vez en su vida su rostro se volverá bronceado.

Abre los ojos sobresaltado. No sabe si por algo que ha soñado, por algo que ha pasado fuera o, quizás, sin ningún motivo aparente. Deja el sofá atrás y observa una colosal columna de humo negro en el horizonte más allá del desguace. A pesar del temor que aquella imagen le infunde no puede dejar de caminar hacia ella, no puede dejar de preguntarse de qué se trata. Con la curiosidad por bandera, y aun a sabiendas de que supone un pequeño desvío de su hoja de ruta, Ciro avanza hacia el humo con cada vez mayor decisión cuando un estruendo le hace detener sus pasos y agacharse en instintiva posición defensiva. Ese estruendo, una suerte de detonación que hace temblar la tierra, viene acompañado de una nueva emisión de humo negro hacia el cielo, ésta vez con mayor potencia si cabe. Ciro vuela a la verticalidad y retoma la marcha auspiciado por esa curiosidad que no deja de crecer en su interior y que vence por K.O. al miedo a lo desconocido.

Tras varios minutos en los que el humo se ha ido difuminando en el cielo, Ciro acomete una pequeña subida por un promontorio que a continuación se torna en escarpada bajada. Es justo en ese punto álgido antes de la cuesta abajo cuando sus ojos le transmiten una información que tarda

un tiempo en procesar. La imagen que tiene delante se corresponde con algo que ha visto muchas veces en los programas educativos emitidos en el CARA, algo que forma parte de la historia de la humanidad. A sus pies se encuentran una inmensa estructura y los restos del fuselaje de una nave espacial. Ajada por el tiempo, en una de sus alas aún se leen las palabras LATONA IV, en el timón se distingue medio borrado el símbolo de la media luna/media Tierra del Comité Central. Más allá de la nave se encuentra un señor junto al gran edificio que parece una especie de taller y una también gigantesca estructura sobre la que descansa el sistema de propulsión de la nave, el causante sin duda del estruendo y las deflagraciones de un humo que ya apenas es visible.

El tipo, que ya se ha percatado del visitante que se acerca hasta su posición descendiendo lentamente por la pendiente, apaga la máquina sobre la que está trabajando y baja por unas escaleras de gato hasta el suelo. Se quita unas gafas especiales que lleva para proteger sus ojos y atusa con sus manos el viejo mono azul de la misión selenita que viste. A continuación saca un dispositivo electrónico de uno de sus bolsillos y lo pulsa, quedando desconectada la magnética barrera invisible que protege sus tierras.

Aguarda con calma a que lo que se confirma como un chaval que aún no ha abandonado la adolescencia se persone delante de él. Antes de las palabras viene la medida previa. El tipo y el muchacho se escrutan mutuamente, tratando de calibrar eso que no se ve y que se supone que hay más allá de los ojos. En uno abundan los nervios y el desconocimiento, en otro una serena amargura. Tras unos segundos en silencio, el tipo hace un leve gesto con la cabeza y da el pistoletazo de salida a la conversación.

—¿Te gustaría viajar al espacio? —pregunta el hombre, que a esa distancia le parece un octogenario a Ciro.

—Perdone, ¿cómo dice?

—Al espacio, chaval. Dejar el planeta, ir más allá de la Luna quizás explorar rincones en los que nadie ha estado nunca.

—Jamás se me ha pasado por la cabeza esa locura. Me conformo con llegar a un lugar mucho más cercano —responde Ciro con el entrecejo arrugado.

—¿Y qué lugar es ese? Sí se puede saber...

—A la Capital, ¿dónde si no?

—¡Ja! —el anciano da una sonora palmada—. Chaval, bajo mi punto de vista es una locura mayor pretender ir a la Capital que soñar con ir al espacio.

—Seguro que sí. Sin duda debe usted haber perdido la cabeza...

—Déjate de cabezas, chico, solo hay una forma de ir a la Capital, y es que te otorguen el estatus de Ciudadano. Y, por si no lo sabes, hace muuuuucho tiempo que ya nadie del Exterior puede optar a tal honor —la última palabra la pronuncia con cierto retintín y haciendo la señal de las comillas con los dedos—. Al espacio en cambio no hay nadie que te impida ir, no hay muros, ni fronteras, ni ejércitos cuidando la entrada.

—Claro, pegamos un salto y llegamos, ¿verdad?

—Vaya, vaya, esa ha sido buena. Al crío le va la ironía...

—No soy un crío, me llamo Ciro, y estuve a punto de ser un Ciudadano.

—¿Ah sí? Pues algo debió pasar que no les gustó un pelo a los de arriba, ¿eh? Según tengo entendido el que sale de allí es que ha sido desterrado...

—Da igual lo que pasara, eso no asunto de nadie salvo mío —el tono de Ciro se endurece—. El caso es que quiero volver, tengo que volver, pero no sé muy bien cómo hacerlo.

—Me gusta tu determinación, Ciro, es admirable, pero creo que deberías escuchar más cuando se te habla. No hay ninguna forma de entrar en la Capital si no eres bienvenido. De hecho, apenas

tienes posibilidades de llegar al escudo viajando solo y a pie... Ten en cuenta que estás a unos diez días de camino, por un territorio con clima hostil y lleno de peligros. Con suerte durarás una semana.

–No tengo más opción que intentarlo, anciano.

–No soy un anciano, bueno, quizás sí, pero prefiero que me llames Greg.

–Me diga lo que me diga voy a ir igual, Greg. Está decidido, no he venido aquí para discutirlo... En realidad no sé por qué demonios he venido aquí.

Greg se queda mirando durante unos segundos a ese crío, por más que le diga le sigue pareciendo eso, un niño con más responsabilidad y decisión que edad. Decide cambiarle el gesto, dulcificar el momento. No en vano no suele tener demasiadas conversaciones desde que, tras su retiro forzoso, decidió irse a vivir al Exterior con aquello que más amaba en el mundo: su vieja nave.

–Está bien, Ciro. Ya lo pilló. Has tomado una decisión y la vas a intentar cumplir. Eso te honra, por más descabellado que sea lo que intentas hacer... No, no me mires así, no pretendo juzgarte ni burlarme, pero ya que estás aquí me gustaría invitarte a pasar a la cabina de mi nave. ¡La inigualable Latona IV! Allí tengo bebida y raciones espaciales para dos vidas. Quizás te venga bien llevarte las que te quepan en la mochila...

Ahora es Ciro el que se detiene a mirar bien a ese hombre de pelo y barba blancos, de atlético cuerpo a pesar de la avanzada edad. Sus ojos verdes le transmiten una nobleza que no pasa desapercibida para el muchacho, también un grado de locura que acompaña a sus palabras. Podría seguir su camino una vez satisfecha la curiosidad por el origen del humo, pero aquello de las raciones espaciales suena bastante bien. De hecho suena a un regalo caído del cielo, un regalo que no puede desaprovechar.

Así que Ciro le da el OK y espera a que Greg se encamine hacia la parte delantera de la nave, a la que acceden a través de una desvencijada escalera que les da la entrada a la zona de cabina. Allí, entre decenas de botones, pantallitas y artilugios de diversa índole de los que Ciro no sabe absolutamente nada, se encuentran los asientos del piloto y copiloto frente a sus respectivos volantes y centros de mando. A pesar de que ha vivido momentos mejores, el lugar rebosa fascinación. Para el joven es casi como estar en una de esas películas de la colonización del espacio.

–Por favor, toma asiento, tienes cara de estar exhausto –le dice Greg apuntando con su mano abierta hacia el asiento del copiloto–. Aquí guardo una bolsa con treinta raciones. A una por día debería ser más que suficiente para tu viaje. Si logras que no te las quiten, claro...

–Ya... gracias –responde Ciro mientras se sienta y observa como Greg abre un compartimento inferior y saca del mismo una bolsa negra del tamaño de una cabeza.

–Toma, es tuya –dice Greg mientras Ciro toma la bolsa–. ¿Te gusta la Coca-Cola?

–¿Qué? ¿Coca-Cola? ¿La auténtica dice?

–Más o menos –responde Greg sonriendo, no ha pasado desapercibido la expresión de suma sorpresa de su invitado–. Era la bebida favorita de mi sobrino. Tenía un sobrino, ¿sabes? Murió de sobredosis de una droga de diseño que se llama la Lama que distribuyen en la Capital. Aunque tú de eso no sabrás nada. El gobierno lo silencia, como todo. Algo mayor que tú, este año cumple veinticinco.

–¿La Lama?

–Eso es, una cosa muy mala. Si al final logras entrar mantente alejado de ella, no te traerá más que desgracias. Se llamaba Tomi, ahora sería algo mayor que tú, cumpliría veinticinco en invierno.

–Entonces usted también viene de allí... ¿es un ex Ciudadano?

–Sí, bueno, digamos renuncié a mi privilegio –explica Greg mientras echa mano de un recipiente plateado del que vierte un líquido oscuro de dos vasos igualmente cromados–. Llegó un punto en que ya no tenía nada que hacer allí y que todo cuanto me rodeaba me ponía los pelos de punta. Toma.

Greg le da uno de los vasos a Ciro y éste se lo acerca a la boca con ceremoniosa parsimonia, se detiene un momento a mirar esas burbujas, a retener un momento único en su existencia. ¿Será una auténtica Coca-Cola? Segundos después obtiene la respuesta, disfrutando de un trago que pasa a su particular historia de momentos irrepetibles.

El hombre se sienta en el asiento de piloto y se lleva también la chispeante bebida al coleteo.

–La empresa no sobrevivió a la SN2090GI, pero afortunadamente una muestra sí, en un cargamento que había en la colonia de la luna, como casi todo lo que no ha desaparecido –comenta Greg entre trago y trago–. Eso sí, estoy seguro de que, a pesar de tratarse de una buena versión, nunca sabremos cómo era la Coca-Cola original...

–Ya, eso es algo que me suelo preguntar a menudo, la verdad. Vivimos en un mundo que trata de recuperar cosas irrecuperables.

–Mmm, eso es bastante profundo, chaval. Perdón, Ciro –se corrige Greg mientras Ciro le dice que no se preocupe con un gesto con la cabeza–. Todo cambió con la Supernova, y aunque algunas cosas permanecen, la mayoría acabaron arrasadas sin contemplación. La peor de todas: nuestras ilusiones. En vez de mirar hacia arriba, nos vimos obligados a mirar otra vez hacia abajo.

–¿A qué se refiere?

–Lo que digo es que ya no vamos a las estrellas. Tras la explosión de la Supernova se cancelaron todos los planes de exploración y colonización del sistema solar. Ya no había presupuesto para todo, había que elegir entre recuperar la Tierra o lanzarnos a la aventura con la colonia de Marte o iniciar un asentamiento en algún satélite de Júpiter puesto que en la Lunano podía haber futuro a medio-largo plazo, no había suficiente espacio, es un lugar oscuro y frío, muerto. Como puedes imaginar, ganó la opción primera. Poco a poco abandonamos la colonia lunar y, décadas después, pudimos reactivar la vida en la Tierra.

–¿Su trabajo estaba relacionado con la exploración espacial? –pregunta Ciro señalando las palabras que lleva bordadas en el mono.

–Así es. Y tutéame, haz el favor, aunque parezca un abuelete mi espíritu consigue mantenerse joven. Como te digo, fui de los últimos pilotos que trajeron colonos de la Lunaa la Tierra antes de abandonar casi por completo la colonia. Ya solo es una fuente de datos, un inmenso armario donde guardar una copia de todo por si ocurre otro desastre similar al de la SN2090GI... Una hecatombe entre un millón. ¿Sabes qué es lo más irónico?

–¿El qué?

–Que sin Supernovas probablemente no existiría la vida. Las Supernova son comunes en el universo y son indispensables para que se formen sistemas planetarios como el nuestro ya que en su interior se forman elementos pesados y, con su onda expansiva, pueden excitar la formación de estrellas en nebulosas cercanas. Sin la producción de elementos pesados que ocurren durante una de estas explosiones, no sería posible la formación de planetas rocosos ni la química que da origen a la vida en la Tierra.

–Así que una Supernova te puede joder o te puede crear.

–Jode y crea a la vez, de hecho. La SN2090GI era una cabrona de cuidado. Una Supernova de tipo Ia como ésta suelen ocurrir en sistemas binarios en los que una de ellas es una enana blanca, que es muy difícil de detectar por su bajo brillo. Si su compañera crece, aunque su masa sea

pequeña y, a priori, no pensemos que puede ser una supernova, puede traer problemas inesperados. Al crecer la estrella compañera, la materia se acerca a la enana blanca, la captura gravitacionalmente y el exceso de masa puede romper el equilibrio en la enana blanca y ocasionar una explosión inesperada.

–Eso fue lo que ocurrió...

–Efectivamente. La SN-2090GI explotó a menos de treinta años luz, arrasando la superficie terrestre de rayos gamma, destruyendo buena parte de la capa de Ozono y acabando con millones de ecosistemas. Llevándose a cerca del noventa por ciento de la población humana...

–Ya, todo se fue a la mierda.

–Buena conclusión, sí –dice Greg, esbozando una sonrisa de circunstancias, una mueca de inevitabilidad–. Mi familia llevaba dos generaciones en la Luna cuando ocurrió, de hecho nació allí. Ser astronauta está en mi código genético, ¿entiendes?, necesito ir a otros lugares, superar barreras. Cuando supe que eso ya no iba a pasar, que la única prioridad era la Tierra, cuando todo acabó y me dieron un empleo de asesor en las oficinas de la Capital pedí la jubilación anticipada y me vine a este rincón polvoriento.

–¿Te trajiste, ehm, esto, contigo?

–¿La nave? Sí, bueno, para los de la Capital no era más que chatarra inservible. Ya había cumplido su función, pensaban jubilarla como a mí. De hecho cerca de aquí estuvieron algunas de sus instalaciones más importantes hace años. El tiempo se lo llevó casi todo, pero yo pude recuperar cosas de aquí y de allá, tengo una grúa con brazos hidráulicos que es una maravilla. Gracias a eso he podido llevar a cabo mi trabajo, mi obsesión... y ahora estoy a punto de hacer funcionar al propulsor –Greg deja de hablar un instante y pierde su mirada en el infinito–. Quién sabe, si todo va como tengo previsto puede que algún día cercano abandone esta apésta roca para no volver nunca.

Ciro da un último trago a su bebida y, tras no fiarse de dejar el vaso sobre el cuadro de mandos, lo posa en el suelo. Se aferra a su mochila y a la bolsa con raciones que le acaba de dar Greg y suspira profundamente, niega con la cabeza. No termina de entender la situación, pero va a tratar de ser lo más respetuoso posible.

–Entonces, a ver si lo comprendo, ¿renunciaste a tus privilegios como Ciudadano y te viniste aquí con este montón de chatarra solo porque ya no te necesitaban para ir a la luna?

–Verás, Ciro. Para entenderme debes tener primero clara una cosa, la más importante y que engloba a todas las demás: no hay ningún honor en ser un Ciudadano. Esa es una vida llena de obligaciones y privaciones, en la que tu día a día está reglado y organizado por otros. Ellos te dicen quién debes ser, qué debes hacer y cómo debes pensar. Además de ciertas atrocidades que se han hecho en nombre de la preservación y el progreso...

–Ya, claro, ¿y esto es ser libre? –Ciro se pone de pie y extiende sus manos hacia la gran Luna frontal que tiene enfrente y el terrible desierto que deja ver más allá–. ¿Malvivir en este infierno sin reglas es mejor?

–No sé si es mejor, Ciro, pero al menos puedo hacer lo que quiero hacer. En la Capital me amputaron mis sueños, aquí puedo trabajar para intentar reconstruirlos. ¿No lo ves? ¡Es... es una gran mentira! Un sistema de control que ha llegado a superar varias veces el límite de lo humanamente aceptable –Greg también se levanta entre lamentos, provocando en Ciro un pequeño paso atrás–. Escucha, chaval. Olvídate de todo eso de ir a la Capital e intenta abrir tu mente. Se me ocurre que podrías quedarte aquí. Necesito ayuda con la nave. Como ves tengo comida y protección, nadie puede acercarse sin que lo detecte.

–De nuevo vuelve tu locura.

–Vamos, no es así. Si te vas va a acabar mal, llegues o no llegues a tu destino.

–En eso te tengo que dar la razón. No espero que acabe bien para mí, pero al menos, si lo logro, podré ayudar a la Capital, que al fin y al cabo es la única oportunidad que tenemos para acabar con esta sinrazón.

El ex astronauta comprende. Asiente con la cabeza, vuelve a sentarse en su asiento favorito del mundo. Parece que no hay nada que pueda hacer ni nada que pueda decir para que ese chaval no sólo cambie de opinión, si no para que se acerque a vislumbrar el auténtico escenario que los gobernantes de la Capital han creado para aquellos que no acaten sus reglas. Lo va a tener que ver con sus propios ojos, lo que va a tener que sufrir en sus propias carnes para darse cuenta de cuán equivocado está.

–Toma, Ciro, coge este dispositivo. Si algún día cambias de idea, o si simplemente necesitas ayuda o refugio, pulsa ese botón y el dispositivo te conducirá hasta aquí.

–Gracias, supongo, aunque dudo mucho que lo vaya a utilizar.

El anciano asiente sonriente. Por supuesto, piensa, pobre joven descreído. No lo culpa por creer que la solución a todos sus males se encuentra en la Capital, tan solo siente pena por unas ilusiones que no le van a llevar a ninguna parte. Greg sabe bien que, a veces, la única manera de abrir los ojos es que te los abran por la fuerza.

XVIII

Capitán Gregorio Quetglar persónese en el puesto de mando.

Capitán Gregorio Quetglar persónese en el puesto de mando de inmediato.

Aquello le sentó a Greg como una patada en sus partes. Corría el año 2147, con la Capital cumpliendo sus primeros quince años de vida bajo el estricto cumplimiento del Código, una época extremadamente difícil pero ilusionante, un momento de expansión, de afianzamiento de un modelo, de unas ideas que convertían de nuevo a la Tierra en el centro magnético de toda la civilización humana. El número de selenitas que aún se resistía a abandonar su hogar lunar era testimonial, atraídos la inmensa mayoría por las enormes posibilidades que ofrecía la nueva vida en la reconstruida Tierra. Selene, otrora motor del cambio, quedaba ya relegada a un segundo plano. Un lugar que ya poco se parecía al que concentró la vida humana en las décadas inmediatamente posteriores al Gran Estallido, un lugar cada vez más gris y abandonado, un enorme trastero donde guardar cosas que ya nadie iba a necesitar.

Así se sentía Greg últimamente, como el último espécimen de una especie en serio peligro de extinción, un hombre de antaño, con ideas que no encajaban para nada con los nuevos tiempos. No es que no celebrase el resurgimiento de la vida terrestre, la reconstrucción, el nuevo sistema y sus virtudes (no en vano él había ayudado de forma activa a lograrlo), es que sus miras iban siempre un paso o varios más allá. Cuando los demás selenitas miraban abajo a la Tierra, a esa desolada roca llena de porquería y problemas, Greg alzaba la vista para mirar más allá de las estrellas, fijar nuevos rumbos, soñar con crear nuevos mundos de cero.

Todo eso se desvanecía un poquito cada día, aplastando su ánimo y ambiciones, golpeando un cuerpo que dejaba de tener la chispa de otros tiempos, un cuerpo al que se le iba diluyendo el espíritu.

Greg se presentó en el puesto de mando de la Base Lunar Internacional como le mandaron. Allí, parapetada tras su gigantesco y brillante escritorio, se encontraba la Comandante Marie Allamand, la última mandamás colocada en una silla que nadie quería calentar. Rondaba los sesenta años, aunque nadie sabía con exactitud su edad, celoso secreto de la señora. Rubia con el pelo cortado a cepillo, entrada en carnes, había cierta garantía en su rostro de que te iba a tratar bien. Solía ser justa y ecuánime, rígida cuando había que serlo. Eso sí, nunca hizo nada para parar el desmantelamiento de una base en la que ya casi no quedaba nadie.

–¿Me ha llamado, mi Comandante?

–Déjate de mi Comandante y mi señora, ya sabes que no me van esos cuentos –le respondió Marie haciendo un ademán con el brazo para que Greg se sentara en uno de los sillones que había frente a ella.

–¿Y qué hago aquí, Marie? Aparte de no hablarte con la propiedad que exige tu rango...

–Estás aquí para llevarte uno de los mayores disgustos de tu vida, y mira por dónde me ha tocado a mí dártelo.

–No puede ser verdad... –Greg la mira suplicante, ya sabía perfectamente de lo que hablaba—. Aún no he terminado mi propuesta de...

–Eso les da igual Greg, nadie nunca tuvo la intención de prorrogar esto, y mucho menos de

aprobar una nueva misión a Marte.

–Pero el Comandante Jong...

–¿El Comandante Jong? ¿En serio? Vamos, ese pusilánime no se atrevía a decirte que no a la cara y por eso te dio largas y falsas esperanzas. ¿Fue él el que te dijo que elaborarías una propuesta de misión? Vamos, hombre, que ya somos todos mayorcitos y creo que nos conocemos bastante bien después de tantos años en este pedrusco.

–¿Me dijo eso para ganar tiempo y largarse para que te comieras el marrón tú?

–¿Y qué esperabas? Jong es un cobarde, un tipo brillante, una mente matemática, pero ponle a su suegra delante y se mea en los pantalones –Marie bajó el tono, veía la desilusión, el mazazo en el rostro de Greg–. Vamos, hombre, ya sabes cómo son estas cosas. La Capital está superando su peor crisis y sus niveles económicos no dejan de crecer. Todo funciona como estaba planeado, e incluso mejor.

–Ya, esas son grandes noticias pero...

–Pero nada, no hay money, se acabó –la Comandante dio un golpetazo en la mesa con la palma de su mano del que se arrepintió al instante–. Hasta el último céntimo va a ir para abajo, Greg, nos guste o no, todo para la Capital.

–No es justo Comand..., Marie, y lo sabes. Cerrarse en banda a la reconstrucción y no dejar otras opciones abiertas es un error. Un error de proporciones épicas.

–¿Y qué quieres que le haga yo? Ni pincho ni corto en temas presupuestarios, eso es cosa de los Doce Sabios, ya lo sabes. Todo –y aquí hizo un gesto grandilocuente con las manos– es cosa de ellos. A veces me pregunto si no estarán conchabados con los alienígenas que nos hicieron la faena.

–¿Conchabados? ¡Alienígenas!

–Sí, hombre, no pongas esa cara de lelo. La gente se cree que se me ha ido la cabeza con este tema, pero yo veo las cosas muy claras. ¿Cuándo tuvo lugar el Gran Estallido? ¿Eh?

–Pues todo el mundo lo sabe, en el añ...

–No me refiero al año, sino al momento, en qué momento. Momento en la historia de la humanidad.

Greg se quedó pasmado escuchándola, comprendiendo también por qué habían colocado a alguien como ella al mando de un lugar que ya no le importaba a nadie.

–Fueron los extraterrestres, ¿no lo ves? –prosiguió encendida la Comandante–. Justo en nuestro momento de mayor actividad espacial, cuando los diversos programas de la NASA, la ESA, la FKA y la JAXA confluyeron, con la construcción y ampliación de esta base, las primeras misiones tripuladas a Marte, el proyecto de la máquina terraforme.... Con todo eso disparado PUM, la Supernova estalla y todo se va al carajo. Sospechoso, ¿no crees? Fueron ellos, sí, los malditos alienígenas. Ellos no querían que el ser humano siguiera expandiéndose por la galaxia y provocaron el Gran Estallido para mantenernos otros cuantos siglos más aquí encerrados. ¿Y sabes por qué? Yo te lo diré: porque aún no estamos preparados.

–Ya, bueno, es una teoría... interesante, Marie. Pero en lo concerniente a mi persona...

–Sí, ya, por supuesto, tu persona. He recibido órdenes de que pilotes un último vuelo Luna-Tierra esta noche.

–¿Último? ¿Qué es eso de último?

–Nos vamos todos de Selene, Greg. Quedarán las excavadoras de mineral, los robots de mantenimiento y un equipo visitará la instalaciones cada año para actualizar programas y comprobar que todo anda como Dios manda. La colonia quedará oficialmente vacía hoy.

–Entonces... ¿ya está? –la desolación se abría paso por cada molécula del veterano astronauta,

nada había ya, ni palabras ni gestos, que ayudaran a endulzar el más amargo de los tragos—. Todo lo que hemos logrado aquí, el paso que supuso para la humanidad, su importancia para que el jodido planeta siguiese siendo un hogar... ¿Todo eso se ha acabado? ¿Ya está?

—Lo siento mucho, Greg. Pero sí, ya está.

La LATONA IV refulgía imponente instantes antes de iniciar su último vuelo comercial. Greg no quería realizar las comprobaciones necesarias, la sucesión de comandos requeridos para iniciar un despegue que se le estaba haciendo insoportablemente doloroso. Michaels, su copiloto, lo miraba sabedora de que su primero de a bordo obedecía unas órdenes que le parecían un sinsentido. Se miraron y obtuvo una respuesta tácita con tan solo su mirada, ella debía encargarse de todo, él, sencillamente, no podía. No podía hacer aquello que más amaba en el mundo porque sabía que podría ser la última vez, que ya no había más horizontes que conquistar, más viajes que realizar, más mundos con los que soñar. Porque no le apasionaba la idea de volver abajo, a verse encerrado en el despacho del edificio de turno que le asignaran, viendo los días pasar, monótonos, sin más aliciente que respirar, que ver el mismo paisaje una y otra vez. No podía soportar la idea saber que ya nunca habría nada más.

Finalmente la LATONA IV despegó, vibrando, lanzándose al espacio con estrépito. Ahí estaban ellas, sus amigas las estrellas, el profundo espacio exterior, el gigante azul al que se dirigía, la prisión de la que estaba condenado a no salir jamás. A su mente acudieron esos grandes recuerdos que provocan un hormigueo especial, que trasladan en el tiempo. Sus primeras lecciones, sus primeras prácticas, su primer vuelo. Esos viajes de ida y vuelta a la Tierra, sus misiones de exploración del sistema cuando aún había presupuesto para ello... Momentos, solo eso, ráfagas sesgadas de tiempo, de un tiempo en que los sueños eran posibles, el universo grande y uno pequeño, muy pequeño. A medida que la nave aceleraba y se alejaba cada vez más de la Luna Greg sentía como una parte de su vida se desgajaba de su ser para siempre.

Todos esos momentos quedaron atrás, difuminándose en el negro tapiz del que cuelgan los sueños.

XIX

La LATONA IV ya se ve del tamaño de un insecto la última vez que Ciro vuelve la cabeza antes de proseguir su camino hacia el norte. Cada pocos minutos comprueba el dispositivo de su muñeca, no quiere ningún nuevo desvío, ninguna sorpresa, solo seguir hacia el norte, llegar a la Capital. El día es especialmente cálido, un sol sofocante de mediodía obliga a Ciro a hacer una breve parada a la sombra de una ruinosa superficie que antaño hacía las veces de surtidor de combustible.

Toma agua y prueba una de esas raciones de astronauta que le ha dado Greg. No sabe decir si están buenas o no puesto que carecen de sabor, para Ciro es como masticar uno de esos chicles a los que tenían acceso durante las vacaciones: al principio notaba algo, después era como mascar tu propia saliva. Descansado y revitaminado, el joven sigue su marcha por un desagradecido paisaje tan monótono y abrasador. Nada, ni el más mínimo accidente natural o artificial, hace resaltar a la vista, que pronto se acostumbra a no ver nada más que suelo y cielo, cielo y suelo, tierra y más tierra, unas pocas nubes. Nada, la nada más grande le rodea.

Por razones obvias enlaza esa larga marcha con una prueba que tuvo que hacer en el CARA cuando tan solo contaba diez años. La llamaban la prueba de resistencia y consistía en andar en la cinta neumática del gimnasio durante tanto tiempo como fuese posible. Cada niño marcaba un tiempo, algunos apenas duraban media hora mientras que otros, como fue su caso, se adentraron en las cuatro horas y media antes de desfallecer. No había premio más allá de la nota de la prueba, pero aquellos datos eran utilizados para medir cosas más allá del estado de forma. A los profesores les hablaba de determinación, de lucha y de entrega. De obediencia a una orden por muy absurda que fuese. Cuando el alumno subía a la cinta escuchaba la alocución “camina hasta que no puedas más”. Y así debían hacerlo, no hasta que se sintieran cansados, no hasta que se aburrieran o pensaran que ya habían hecho una marca suficiente. No. Había que seguir hasta que no se pudiera más.

Ciro recordaba muy bien ese día, esa sensación de tener el cuerpo roto, de desplomarse sobre la cinta y partirse incluso una de sus paletas en la caída. Pero cuando recuperó las fuerzas se sintió orgulloso, cuando su corazón volvió al ritmo de latidos normales y se dio cuenta de su gesta, de que lo había dado todo y ese todo era mucho, se sintió casi invencible. Aunque su boca supiese a sangre.

La tierra va mutando paulatinamente de color a cada paso, a cada metro. El color marrón va dando paso a un amarillento que palidece de forma brusca con cada kilómetro andado. Cuando se quiere dar cuenta, Ciro cae en que sus pies se encuentran sobre un infinito mar blanco que le recuerda a ese célebre desierto de Bolivia que había estudiado en Introducción a la geografía II, el espectacular salar de Uyuni. Evidentemente eso que pisa no es sal, se molesta en hacer la desagradable cata por si acaso pero aquello tan solo es tierra que ha mutado a ese llamativo color que hace juego con las nubes del cielo debido a la radiación soportada en el último siglo. Aquella tuvo que ser una de las zonas más afectadas directamente por el Gran Estallido.

Allí no se oye nada, no se huele a nada, no se percibe movimiento alguno porque no hay nada vivo que lo habite. Aquel lugar es una página en blanco en un libro, un espacio simplemente

varado en el tiempo. El chaval comprueba de nuevo su dispositivo, con los nervios en claro in crescendo. Teme haberla fastidiado, aquel lugar no alberga nada más que muerte y silencio, no se sorprendería si el tiempo allí no avanzara. Maldita sea. Ha debido equivocarse de camino. El calor, el cansancio, ese martillo que golpea su cabeza cada vez más a menudo... ¿Por qué nunca salieron al exterior en el C.A.R.A? ¿Por qué nunca le enseñaron a desenvolverse en un entorno así? ¿A sobrevivir, a guiarse? Ciro sabe muy bien la respuesta, lo que hay fuera no importa, el único interés de todo Ciudadano se centra en la Capital. Todo lo demás es para perdedores y deshechos, para incivilizado salvajes.

El malestar va a más. Lo que había comenzado como algunos pinchazos esporádicos y un leve mareo se torna en un dolor agudo en su sien derecha que le hace detener su avance. Se quita despacio la mochila y la coloca en el suelo a modo de almohada, gasta una pequeña cantidad de agua para echársela sobre la frente y la nuca y reposa la cabeza sobre la mochila. Observa como el sol apenas se ha movido, a pesar de que sus piernas le dicen que llevan horas y horas de caminata, todo parece igual que antes, no percibe avance alguno, ni cambio en el paisaje. El dolor es mayor que la angustia. Cierra los ojos con fuerza, se hace un ovillo sobre el suelo. No va a llorar porque lo mismo da, no le va a ayudar en nada, no le va a salvar de morir solo en un páramo lejos de la civilización.

Pasa un tiempo indeterminado cuando, espoleado por una fuerza que no sabe de dónde viene, consigue ponerse en pie y reanudar su marcha. Tratando de alejar los pensamientos negativos y el pesimismo que se han hecho fuertes en su interior, decide simplemente seguir adelante, como en la prueba de resistencia. Andar, andar y andar hasta que se le quiebren las piernas. Mira hacia adelante y no ve nada más que la línea del horizonte en la que se funden el desierto blanco y el cielo pálido. Mira atrás y el panorama es exactamente el mismo. Quizás no esté yendo en la dirección correcta, pero llegados a este punto volver atrás es tan peligroso como seguir hacia adelante. No queda otra que continuar. Se coloca como puede la chaqueta a modo de turbante en la cabeza y camina con la cabeza gacha, ojos al suelo, hacia una sombra, la suya propia, que comienza a proyectarse hacia un lado. Aquello le insufla de nuevos ánimos, nuevas fuerzas, hasta el dolor de cabeza parece haber desaparecido.

Da un paso más y tropieza con una enorme piedra. Está a punto de caer pero logra recuperar la estabilidad de forma milagrosa. Eso le hace detenerse un momento y mirar más allá. No puede ser, no puede creer lo que le proyectan sus ojos. Camina despacio unos metros, tratando de escudriñar bien cada detalle, la visión que tiene delante. Una pequeña y accidentada subida en la que se tiene que ayudar de las manos para subir, haciendo uso de toda la energía que le queda en cada paso, en cada agarre. Pero el esfuerzo merece y mucho la pena. Tira el improvisado turbante al suelo y se frota los ojos. Se sacude la cabeza, mira hacia adelante y hacia atrás. No cree lo que ve. Aquello, sencillamente, no es posible. A sus pies, tras una escarpada bajada, se encuentra un inmenso bosque que se extiende por kilómetros.

Desciende y comienza a adentrarse en lo imposible. Cientos, miles de frondosos árboles se yerguen imponentes hasta el cielo, paliando en gran medida los inmisericordes efectos del sol. Ciro respira profundamente y siente algo que nunca antes había sentido hasta ahora, sus fosas nasales se abren con un frescor inusitado, sus pulmones se llenan, cierra los ojos y de pronto todo es perfecto. ¿Perfecto? Ciro se pone en guardia, aquello es demasiado extraño, increíble, inviable. Demasiado bueno para ser verdad. Sigue avanzando por una estrecha y agradable senda al abrigo de la naturaleza, con los árboles mancando el camino, una profusa vegetación, un tapiz verde que

prácticamente lo envuelve todo.

No tardan en aparecer vestigios humanos. Enormes sillares, restos de antiguas construcciones que se funden con el entorno natural, que forman un todo con la vegetación que aflora a espuestas. Ciro cree ver lo que parece una cabeza de una antigua estatua que descansa de lado sobre el suelo. Continúa avanzando hasta llegar a unos escalones de roca que ascienden hasta un pequeño promontorio en el que el joven queda fascinado por unos extraños monumentos de piedra que le recuerdan a los menhires del célebre yacimiento prehistórico de Stonehenge que estudió en Historia del Mundo Pre-Estallido.

Se queda embelesado contemplando esos gigantes de piedra, tocando unas inscripciones que no logra descifrar talladas en las mismas cuando, de repente, percibe un veloz movimiento. Ciro gira la cabeza rápidamente pero no ve nada ni a nadie. Escruta alrededor, entre los pedruscos e interna la vista en el penetrante bosque. De nuevo un movimiento, acompañado esta vez de una suerte de gruñido que le hiela la sangre. Cuando gira sobre sus talones lo ve: una criatura que no aparece en ninguno de sus viejos libros. Una criatura hermosa y a la vez desquiciante que se encuentra parada frente a él. Pelaje negro azabache, fauces del tamaño de un cocodrilo, mirada luminosa, garras coronadas por unas afiladas cuchillas. Una especie de lobo gigantesco y de doble testa que deja petrificado a Ciro, inyectándole un terror hasta entonces desconocido. El miedo a lo inconcebible, el miedo a los monstruos.

El joven echa en balde un rápido vistazo alrededor moviendo solo los ojos, pero nada de lo que ve puede ser usado de arma contra esa cosa, pocas armas más allá de un rifle de perforación podrían hacer mella en ese espeluznante ser que le mira y espera con todos los músculos tensos, con unas mandíbulas babeantes. La única salida es saltar de ese extraño altar y echar correr. Correr y correr como si no hubiese nada más, confiar en ser más rápido que la bestia, confiar en encontrar algún recoveco en el bosque en el que poder ocultarse del peligro. Ocultarse de la muerte.

Aguanta, aguanta, se dice, pero el monstruo da un pequeño paso adelante, abre aún más sus fauces, la chispa de sus cuatro ojos le dicen que no hay tiempo para más, debo hacerlo ya. Entonces sucede, llega la salvación. Una flecha envuelta en llamas aparece como por arte de magia para atravesar con increíble precisión las dos cabezas de la bestia, prendiéndolas al instante, envolviéndose en llamas y espeluznantes alaridos. El monstruo cae rodando por los escalones de piedra y queda inmóvil al final de la misma, al pie del bosque, con el fuego devorando la carne de un ser que ya no va a volver a levantarse.

Ciro, atónito, con el corazón y la cabeza a mil por hora, avanza despacio hacia los escalones, pasando a presenciar a continuación una escena que le impacta aún más que la presencia de aquella bestia de locura. Una persona que conoce muy bien aparece junto al monstruo y le lanza una especie de manta que lo cubre casi por completo y extingue las llamas. Bloqueado por la visión, por la escena que acababa de presenciar, por el terror que aún recorre su cuerpo, no acierta a decir palabra mientras la persona, ataviada con un chubasquero de tonos verdosos del que se ha despojado de la capucha, asciende la empedrada escalinata con una sonrisa en los labios.

–Hola Ciro.

–¿Kau?

La joven llega a la altura de Ciro, se ajusta el arco a la espalda, se aparta con un grácil gesto el cabello de los ojos.

–¿Cómo va todo, Ciro? Perdona que te lo diga pero no te ves demasiado bien...

–¿Qué es esto, Kau? ¿Cómo... cómo es posible? ¿Qué es este lugar... y esa cosa? ¿Qué estás

haciendo tú aquí?

–Demasiadas preguntas, Ciro, y ninguna que realmente importe.

–¿Qué clase de respuesta es esa? –dice Ciro elevando demasiado la voz. Al momento se percata y modera el tono–. Perdona, pero esto es una locura sin sentido. No entiendo nada, yo...

–Ven conmigo –Kaoutar le extiende la mano–. Quiero enseñarte algo que sospecho que te va a encantar.

–¿Algo? –repite Ciro tomando la mano de su amiga.

–Es un lugar. Es el lugar donde, si quieres, podemos ser felices.

Kaoutar da un suave tirón de la mano de Ciro y ambos descienden del promontorio por la parte posterior, bajando por tanto por un inclinado terraplén. Confuso, desconfiado, también expectante, Ciro se deja llevar por Kaoutar sin bajar la guardia ni un segundo, con los cinco sentidos en alerta, siendo, o al menos intentándolo, plenamente consciente del entorno que le rodea. Caminan en silencio durante unos minutos, disfrutando del oxigenado aire, de la exuberante belleza que les transporta. No tardan mucho en llegar a lo que Kaoutar bautiza como “la Ciudad”, un hermoso valle en el que Ciro puede contar una decena de construcciones de piedra que parecen viviendas, árboles, parcelas para cultivos, algún que otro pozo... Y en el centro la construcción que atrae todas las miradas, un impresionante templo de estructura piramidal muy semejante a un zigurat, con cuatro grandes escalinatas que llevan a lo alto del complejo. Entonces se percata de la gente, de los habitantes de esa misteriosa Ciudad, varios centenares de personas que tienen muy clara cual su función, su cometido para la comunidad, trabajando de forma ordenada al son que marca la jornada.

–¿Qué te parece, Ciro?

–Esto... esto es...

–Precioso, ¿verdad? Una comunidad en la que todos sus miembros hacen que las cosas funcionen como un reloj. Unos se encargan de la cosecha, otros del agua, otros de las infraestructuras, otros de la seguridad... Todo según lo establecido por la Ley.

–La Ley...

–Claro, hemos conseguido crear una comunidad idílica en la que vivir en paz y armonía, en la que no falta de nada y el grado de bienestar crece de forma exponencial.

–Por favor, para, en serio, déjalo ya –Ciro coge a Kaoutar suavemente de los hombros–. Necesito que me expliques qué esto, no cómo funciona, sino de dónde ha salido toda esta gente, cuánto tiempo llevan aquí y... cómo has llegado tú, ¿Qué ha pasado con el CARA?

–No puedo responderte a esas cosas, solo puedo ofrecerte este lugar y todo cuanto contiene, que no es poco. Ciro, todo esto, todo lo que ves, puede ser tuyo si así lo quieres.

–¿Mío? ¿De qué estás hablando?

–Te estoy ofreciendo la oportunidad de vivir feliz y en paz aquí el tiempo que te queda, según tus ideales, tus sueños. No es la Capital pero funciona como ella. Es mejor que ella. ¿No te das cuenta?

–Debo haber perdido la cabeza... –el joven se da la vuelta, se lleva las manos a la cabeza, echa otro vistazo a todo aquello–. Necesito saber la verdad, yo...

–Déjate llevar, por favor, es la única forma de que estemos juntos... –Kaoutar toma entre sus manos el rostro de Ciro, le mira directamente a los ojos, sus miradas tiemblan, es ahora o nunca–. Solo así serás feliz.

Ciro se aparta de ella de forma brusca, la mira de arriba abajo, vuelve a centrarse en sus ojos, esos ojos que tan bien conoce pero que, por alguna extraña razón, no termina de reconocer.

–Esto es demencial, Kau. No, no es posible, simplemente no me lo trago.

–No tienes que tragarte nada, solo agarrar la oportunidad y no mirar atrás.

–No puedo hacerlo. Lo siento, yo... no me puedo quedar, necesito respuestas, necesito llegar a la Capital y detener el desastre que se avecina. Yo... me duele decirlo pero ésta no pareces ser tú.

Al pronunciar esas palabras Ciro aparece tumbado en el interior de una penumbrosa cueva. Se incorpora despacio, afectado por un sonoro pitido en su cabeza que va menguando a cada segundo. Observa el ondulado techo de la cueva, la suave luz que emerge desde la entrada. Agarra un puñado de tierra del suelo, tierra blanca.

–Lo siento, Ciro. No era mi intención hacerte daño.

El autor de la frase es un niño de no más de diez años. Pelo muy corto, ojos vivos, viste una túnica color arena y va descalzo. Ciro hace ademán de irse a levantar pero el timbre en su cabeza aumenta, obligándolo a quedarse sentado un rato más mientras se sujeta una cabeza que, por un momento, parecía que iba a estallar.

–Te tienes que quedar un rato ahí hasta que se te pase –recomienda el niño–. De verdad que lo siento.

–¿Hasta que se me pase el qué? –Ciro se automasajea la frente, mira al niño, mira la cueva–. Ese bosque, esa Ciudad... ¿Ha sido... cosa tuya?

El niño sonríe y se sienta en el suelo frente a él. Dice que sí con la cabeza, cierra los ojos, respira profundamente y vuelve a mirar a un Ciro que es todo asombro e incomprensión.

–Déjame que te lo explique.

XX

–¿Qué? ¿Dices que te has metido en mi cabeza?

–Sí, Ciro, perdona por hacerlo sin haberte pedido permiso antes, pero es que si lo hubiese hecho no habría funcionado igual.

–Chaval, déjate de cuentos y dime cómo coño he acabado aquí.

–Te encontré tirado en el desierto blanco, como a muchos otros –relata el niño con tranquilidad–. A la mayoría solo les puedo dar un último momento de felicidad. Contigo me di cuenta de que tenía más tiempo. Siete mes... unos meses más.

–¿Siete meses? ¿Cómo sabes tú eso? –esta vez Ciro logra ponerse de pie, aunque una rápida náusea le hace quedar en cuclillas.

–Ya te lo he dicho, pero no me crees. He estado dentro de tu cabeza, lo sé todo de ti. Pasado, presente y futuro.

–Eso es imposible.

–No, no lo es. Yo he creado ese mundo que tú crees que fue un sueño para ti. El bosque, la ciudad ordenada y civilizada, Kaoutar...

–¿También la conoces? ¿Cómo narices es posible?

–Porque he leído en tu cerebro, tu convaleciente cerebro. Ella ocupa una importante parte ahí, por eso la invite a tu fantasía.

–Eso es, es...

–¿Imposible? ¿Una locura? –el chaval se encoge de hombros risueño–. Ya, eso dicen todos los que pasan por aquí. Pero muchos quieren más de esa locura. La necesitan.

–¡Por la luna! Estos deben ser efectos del maldito tumor... –Ciro se agarra la cabeza con fuerza, cierra los ojos con fuerza. Quisiera escapar de una pesadilla que parece muy real–. Vale, me rindo. Digamos que me lo creo. ¿Qué pasa? ¿Tienes poderes psíquicos o algo así?

–Mis padres lo llamaban el don. Desde siempre lo he tenido. Primero me introducía en sus mentes... con ellos practiqué y mejoré mi habilidad. Desde que ya no están solo lo hago con aquellos que están casi muertos, o con los que me conocen y me lo piden.

Ciro niega una y otra vez con la cabeza, sonrío irónicamente. Poco a poco el dolor de cabeza va desapareciendo, lo cual le permite volver a la verticalidad.

–Así que eres un niño con poderes mentales de qué, ¿ocho años?, que vive solo en una cueva en medio del puñetero desierto blanco. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

–No exactamente –responde el niño, el cual se pone también de pie–. Digamos que no tengo la edad que aparento. Y tampoco vivo solo. Hay más gente aquí dentro –hizo un ademán con el brazo hacia una gruta que se internaba en la oscuridad– Mira, yo no sé por qué puedo hacer lo que hago, pero la cuestión es que lo hago. A algunos les ayuda, otros huyen despavoridos. Imagino en qué categoría te encuentras tú...

–Ya, claro. Tú lo sabes todo, ¿no es así?

El niño vuelve a hundir la cabeza entre los hombros.

–Insisto. Puedo ayudarte, pero solo si quieres.

–¿Induciéndome un sueño? ¿Jugando con mi realidad? Así no creo que me puedas ayudar, eh...

–Kinú, me llamo Kinú. Y puedo ayudarte como tú estimes necesario. Ni más ni menos.

Ciro miró a Kinú como si se tratara de un duelo de los visos en las viejas películas del oeste conservadas.

–Vale, pues te lo pongo fácil –consiente al final Ciro–. Dime a dónde quiero ir y cuál es el camino más corto para lograrlo. No necesito más.

El supuesto niño comprendió. Con un gesto invitó a Ciro a seguir sus pasos al exterior de la cueva. Cruzaron juntos el umbral y Ciro vio como un nuevo día amanecía en el desierto, lo cual significaba que, al menos, había pasado como mínimo una noche en aquella cueva en compañía de aquel siniestro chiquillo.

–El camino más corto para llegar a la Capital es rodeando esta montaña y siguiendo el sol hacia el oeste –dice Kinú ante el asombro de Ciro–. Hay varias jornadas de camino, es un medio durísimo... No lo conseguirás.

–¿No lo conseguiré?

–No, no llegarás a hacer ni la mitad del camino. La única opción que tienes para llegar a la Capital es que sigas recto por el desierto –prosigue el niño señalando con un dedo hacia el anaranjado horizonte– Solo desandando tu camino lograrás llegar a tu objetivo.

–Pero... ¡eso es absurdo! ¿Cómo llegaré a la Capital si tomo la dirección opuesta?

–No te puedo decir más, Ciro. Si confías algo en mí toma el segundo camino. Si no vete directo y acortarás sensiblemente tu vida –. Kinú toca suavemente el hombro de Ciro antes de girarse y encaminar sus pasos hacia el interior de la cueva–. Te dejo que decidas lo que mejor te parezca... También te invito a volver a visitarme si así lo deseas, aunque sé muy bien que no lo vas a hacer.

–¿Ya está? ¿Eso es todo lo que me tienes que decir?

–Ha sido un placer conocerte, de verdad. Espero que al final encuentres lo que andas buscando.

Ciro tarda tanto en reaccionar que, cuando al fin se gira para despedirse, Kinú ya se encuentra introduciéndose en las tinieblas de aquel gran agujero en la montaña. Solo de nuevo, con un mar de dudas interior y, eso sí, un reparador descanso y una cabeza que parece haberle dado una tregua, Ciro se echa de nuevo al camino, volviendo a ese maldito desierto blanco que por poco se convierte en su tumba.

Sin saberlo ha tomado una decisión. No sabe muy bien por qué lo hace, porque va a hacerle caso a ese niño que le pone el vello de punta. No sabe por qué hace lo que hace, pero lo hace. Es una gran definición para Kinú, un ser con una sensibilidad diferente y una capacidad mental que escapan de toda etiqueta, de toda lógica. Ciro continúa sin creerle al cien por cien, las cosas que sabe de él se las ha podido contar él mismo cuando lo encontró en el desierto moribundo, quién sabe si delirando. Aún así no puede negar que el chaval es especial, que tiene un algo que le fascina y a la vez le produce rechazo. Ciro, al igual que Kinú, no sabe por qué vuelve sobre sus pasos, pero el caso es que vuelve a desandar el camino que le trajo hasta aquí.

El día, al fin, acompaña. Un cielo negro, encapotado, es todo lo que puede ver durante las primeras horas de su reanudado camino. El sol no quema, la tierra no abrasa, el viaje se hace algo mucho más llevadero, no hay duda. Sigue en línea recta, ordenando pensamientos, planificando futuras acciones, maldiciendo su suerte, maldiciendo a esa pequeña gran parte de él, ese tumor, que se lo ha arrebatado todo.

Las horas pasan, las piernas apenas aguantan, el cielo se oscurece. Los restos de un antiguo edificio por el que recuerda haber pasado la jornada anterior aparecen a su diestra. Al igual que la otra vez, parece un buen lugar para descansar, quién sabe si para pasar la noche que se le echa encima. Solo son unas ruinas, pero al menos le darán algo de cobijo para soportar las bajas

temperaturas que se avecinan. Conecta la calefacción de su chaqueta y dirige sus pasos hacia aquel montón de cemento cuando un estruendo le sobresalta. El cielo se parte en dos en el horizonte, las oscuras nubes se iluminan, se encienden y se apagan. Un nuevo rugido, después otro y otro más. Los rayos no dejan de aparecer mientras, a su derecha, más allá de los restos del edificio, Ciro puede ver como un gran frente de arena blanca comienza a levantarse. Ha oído hablar del fenómeno, por supuesto, pero no sabe qué demonios tiene que hacer para hacerle frente.

La tormenta eléctrica crece mientras el paisaje se emborrona tras la colosal cortina de arena que se aproxima hacia su posición. El atronador sonido del viento, los truenos y la intermitente oscuridad crean un panorama de absoluto pánico. Deprisa, temblando, pero a la vez intentando ser lo más mañoso posible, Ciro se despoja de la chaqueta y su camiseta para crear con ésta última una máscara con la que embozarse. La moja apenas con una de las botellas que porta y se la coloca en la cara hasta los mismos ojos. Después se vuelve a poner la chaqueta, se ajusta la mochila y sale corriendo hacia los restos del edificio, el único lugar que le puede servir de refugio.

Cuando está a solo veinticinco o treinta metros del lugar algo le hace detener sus pasos y salir corriendo en otra dirección. La tormenta de arena ha alcanzado las ruinas y su virulencia es tal que se lleva por delante la pared principal que queda en pie, lanzando hacia la posición del joven numerosos bloques de piedra. Con la tormenta prácticamente encima y el único abrigo destrozado la desesperada opción que le queda a Ciro es correr en la dirección opuesta. El joven se lanza con la energía que insuflan la adrenalina y la firme perspectiva de una atroz muerte segura. Corre sin mirar atrás. Corre contra el cruel y fatal destino. Corre porque cree que su vida es aún necesaria. Corre maldiciendo a Kinú, maldiciéndose a sí mismo por haber seguido su irracional consejo.

Cae al suelo cuando su tobillo derecho hace crack. Sin tiempo para gritar o preocuparse por el dolor provocado por la torcedura, Ciro adopta una posición defensiva boca abajo, protegiéndose como puede con los brazos del demonio en forma de arena que le acecha. Le pasan muchas cosas por la cabeza, tantas que es incapaz de concentrarse en una sola cosa, pero el deseo que emerge de las profundidades de su ser es claro: quiere, ante todo, sobrevivir.

Entonces un nuevo sonido entra en escena, uno artificial e inconfundible, no por las veces que Ciro ha escuchado uno, sino por las que lo ha visto en videos históricos y sobre la Capital y en viejas películas. Ciro levanta la cabeza de la tierra para ver un como un vehículo se aproxima raudamente hacia a su posición. Reconoce el modelo al instante, si bien ha sufrido varias modificaciones. Lo llaman Crosswalker, el vehículo que los anuncios del CARA tachan de coche del nuevo futuro. Un híbrido entre 4x4 y furgoneta, negro, con grandes ruedas, que se detiene a apenas un par de metros del joven. La corredera puerta trasera se abre y algo parecido a un rostro familiar zurre y muestra unas lucecitas antes de hablar.

–Me alegra verte de nuevo, abro comillas, compañero de viaje, cierro comillas.

XXI

–Ponte el cinturón y agarra bien a esa cosa, lo que viene ahora no va a ser un camino de rosas.

Las palabras pertenecen a Ágata, la cual se aferra al volante del Crosswalker con la tensión propia del momento. A su lado está Zoe, su fiel escudera, que no pierde detalle ni puede evitar el asombro de la brutal tormenta de arena que se acerca hacia ellos. En la parte de atrás del vehículo Ciro calla y obedece, abrochándose el cinturón y agarrando con fuerza, quizás demasiada, al bueno de Cervan.

Ágata gira el coche noventa grados a la izquierda y pisa a fondo el acelerador. La máquina tarda unos pocos segundos en superar con holgura los cien kilómetros por hora, dejando tras de sí una imponente polvareda blanca. Se desplazan paralelos a la tormenta, dejando a sus diestras una imagen que no podrán olvidar en la vida. La tormenta lejos de menguar incrementa, convirtiendo ese horizonte en un escalofriante ensayo de un nuevo apocalipsis.

La imagen es tan apabullante que, a pesar de que pueden ver cómo la tormenta se aleja en sentido opuesto, deja sin habla a los cuatro ocupantes del vehículo, aún atenazados. El corazón en un puño, los ojos mirando sin querer mirar hacia aquel fastuoso y destructivo fenómeno de la naturaleza. El coche supera ya los ciento cincuenta kilómetros por hora, la estabilidad no es la mejor, pero ya van sintiendo como el peligro, esas oscuras garras clavadas en sus entrañas, se va alejando.

–La probabilidad de morir a causa de la tormenta de arena es ahora de un dos por ciento –informa Cervan el cual, sin pretenderlo, logra romper con la tensión reinante–. Creo que estamos a salvo.

–Gracias por el dato, chucho –dice Zoe echando una mirada hacia la parte de atrás del vehículo–. La verdad es que ha sido una pasada, eh, Ágata.

–¿Me estás hablando en serio? –expresa Ágata enarcando una ceja–. Te quedas corta, ¡ha sido una puta pasada!

Llega el momento de soltar la adrenalina, un grito alegre, eufórico y liberador de Ágata al que se une el de su compañera, unas risas, un quitarse el sudor de la frente. Todo ha pasado, la maniobra ha sido temeraria, pero al final han sobrevivido para contarlo. Ciro y Cervan permanecen atrás a la espera, el primero no sabe muy bien qué decir, el perro robot, por su parte, no quiere decir nada apropiado que le vuelva a alejar del joven. Por una extraña razón para la que no encuentra respuesta en sus circuitos, tiene la sensación de que lo único que debe hacer es permanecer a su lado.

La noche ya campa a sus anchas, una noche cerrada y ahora plácida en la que parece que el Crosswalker viaja por la nada más absoluta, en medio de unas silenciosas tinieblas eternas.

–No deberíais haberlo hecho –es la primera frase que con la que Ciro se arranca a hablar–. Yo... no tendríais que haberme salvado.

–Tío, no sé qué clase de educación os dan en el CARA ese del que vienes, pero menuda mierda de forma tienes de darnos las gracias –responde Zoe con marcado todo de enfado.

–No os estoy agradeciendo nada, os estoy diciendo que habéis cometido un error.

–Ya, claro, debes tener la cabeza hecha un lío, ¿eh? –ahora es Ágata la que interviene–. Nos

espías, huyes como una rata con intención de delatarnos y nosotros vamos y nos jugamos la vida para rescatarte de una muerte segura y, las cosas como son, bastante estúpida. ¿Es más o menos eso?

–¿Tú que cojones sabrás de...?

–Ey, vamos, relájate, no te dejes aún más en ridículo. Tenemos las imágenes –las palabras de Ágata hunden en su asiento a Ciro–. Fue cosa de tu amiguito Cervan. Vino muy preocupado porque no te encontraba por ninguna parte.

–Sí, qué mono, ¿verdad? El pobre perrito abandonado buscando desesperadamente a su amo – prosigue Zoe con ironía.

–No soy su amo, aquí nadie tiene amo.

–Ya, pero él no se rindió, ¿sabes? Acudió a mí y le ofrecimos revisar las imágenes de las cámaras que tenemos en el edificio de Los Albatros. Y ahí estabas tú, husmeando en asuntos que no te conciernen y saliendo a continuación a toda pastilla de la megaestructura.

Ciro mira a Cervan, este continúa guardando un inusual silencio a su lado, sin perder detalle de nada, pero inseguro aún de su proceder.

–¿Y qué hago aquí entonces? ¿Eh? ¿Habéis venido a capturarme para meterme en algún agujero de vuestra zona o liquidarme?

–Uhm, es curioso, ahora sí que identifico el modo de pensar de un capullo educado en un centro de esos de alto lavado de cerebro –contraataca Zoe con elocuencia–. Que te quede claro, chaval, nosotros no somos como vosotros.

–Mucha palabrería, pero no me has respondido...

–Están aquí porque yo se lo he pedido –dice al fin Cervan–. Y no tienen intención alguna de llevarte de nuevo a Ítaca 3, no es allí a donde nos dirigimos.

Ciro queda expectante esperando lo obvio. Mira a Cervan y luego a las dos chicas de delante, se encoge de hombros y levanta los brazos. Calma una respuesta con cada poro de su ser.

–Vamos a la Capital, idiota –responde Zoe, dejando petrificado a Ciro–. Al lugar de tus sueños dorados.

–¿Cómo dices...? ¿La Capital? –los ojos de Ciro parecen querer emigrar lejos de sus cuencas–. No entiendo nada.

–Pues eso, que te llevamos a la Capital –confirma Ágata con media sonrisa–. Que te explique el perrito el plan, que seguro que lo hace mejor que nosotras.

Ciro gira la cabeza y centra toda su atención en el pequeño Cervan y las lucecitas que están a punto de iluminarse en su morro. Los nervios, las dudas, la sensación de no terminar de comprender donde anda metido le están devorando por dentro.

–Los miembros del comando de Los Albatros han decidido, y yo estoy de acuerdo con ellos a tenor ciertas informaciones que me han proporcionado, que la mejor manera de disuadirte de tu demente -palabras textuales- plan de intentar llegar a la Capital e informar de una posible actividad libertaria es llevarte a la zona del escudo y que veas con tus propios ojos la verdad.

–La verdad –repite Ciro, que no ha parpadeado ni una sola vez durante la intervención de Cervan.

–Una verdad dolorosa y bastante cruel, Ciro –añade Cervan–. Algo que es mejor que veas para comprenderlo en toda su amplitud. Ágata, Zoe y los demás, incluso yo mismo, estamos convencidos que cuando llegues allí verás la situación desde otra óptica.

–Ya... ya...–dice Ciro tras unos eternos e incómodos segundos en silencio–. No sé qué especie de truco os traéis entre manos, pero si lo que pretendéis es que cambie de bando y me una a vuestro grupo de terroristas anarquistas estáis muy equivocadas.

–Ni lo uno ni lo otro, chaval –responde Ágata con tranquilidad–. Todo lo que digas ahora, o lo que te podamos contar nosotros está de más. Pronto lo veras tú mismo, tendrás delante la obra de tu querida Capital. Solo entonces estarás capacitado para hablar, para que tenga sentido un debate que, ahora mismo, es una inútil pérdida de tiempo.

El joven se queda hecho una estatua durante un momento indeterminado, no sospecha lo más mínimo, no tiene ni la más remota idea de por dónde van los tiros. Tiene tan idealizada la Capital y sus valores, el inmaculado gobierno bajo las normas del Código, que su mente es incapaz de ver la tenebrosa sombra que proyecta.

La noche sigue magnífica y salvaje fuera, insondable en sus peligrosos misterios. El coche aguantará todo el viaje sin recargar. Todo ha sido previsto.

–¿Y cuándo llegaremos? –pregunta Ciro cuando recobra el don del habla.

–Calculo que poco después del amanecer –responde Ágata tras echar un rápido vistazo a los datos que le ofrece el cuadro de navegación del auto–. Podrás verlo en su máximo esplendor... Sé paciente y descansa. Al fin entenderás cómo funciona la Capital.

Los primeros haces de luz del amanecer se proyectan sin permiso sobre el somnoliento rostro de Ciro. Algo mareado, con una sensación de náusea y embotamiento general, pero ya recuperado de la torcedura de tobillo que le hizo caer la noche anterior, se estira de brazos y piernas con disimulo y observa cómo, en el interior del Crosswalker al menos, todo anda igual que unas horas antes. Ágata centrada al volante, Zoe descansando con el asiento algo reclinado y los pies descalzos sobre el salpicadero, y Cervan a su lado callado, en modo ahorro de batería.

Es el paisaje el que más ha cambiado, ya no son llanuras interminables las que dominan el horizonte sino que se encuentran rodeadas por diversos cuerpos montañosos que parecen ir a desembocar a una gigantesca hondonada que se percibe a lo lejos.

–Es ahí, ¿verdad? –el corazón de Ciro da un vuelco, comienza a bombear sangre con virulencia–. Reconozco ese valle. Allí abajo... Allí está.

–Sí, ahí está la Capital.

La respuesta de Ágata provoca que los ojos de Ciro se abran justo como aquella otra vez que visitó la gran Capital. Sus ojos vuelven a ser casi los de un niño, inocentes, anhelantes, soñadores. Hacía mucho tiempo que no se sentía así, con una recobrada ilusión. ¿De verdad está pasando? ¿De verdad están a escasos kilómetros del escudo? ¿De volver al lugar que debía ser su hogar?

–¿Puedes ver aquella perturbación en el aire, muy, muy al fondo? –Ágata suelta un momento una mano del volante para señalar hacia adelante–. Es como un paisaje ondulado por el calor que habrás tenido la ocasión de conocer en el desierto, aunque este no es el caso. Ese es el escudo de plasma que protege la Capital y sus diversas dependencias. Como el edificio del C.A.R.A en el que te criaste...

Ciro afina la vista y puede ver una gran masa que parece cielo, que comparte color y espacio, pero que no es el cielo. Lo ha visto muchas, decenas de miles de veces antes, pero siempre desde el otro lado, siempre desde la protección y el confort de encontrarse dentro del escudo.

–Tú... comentaste que eras una Ciudadana, ¿no es cierto? –comenzó a decir Ciro con cierto titubeo–. Y, bueno, que tuviste que salir por unos asuntos de tu padre...

–Ya te dije que era un importante miembro de Los Albatros, o grupos anticódigo, como les gusta decir por aquí. Yo solo metí las narices en sus cosas y ya me ves... Aquí acabé. Donde prácticamente acabamos todos... –el semblante de Ágata cambia por unos momentos, la amargura se hace fuerte durante unos segundos pensando en sus padres–. ¿Sabes? No puedo decir que me

alegre por lo que me ha pasado porque es algo terrible, pero sí que estoy segura de que me ha ayudado a abrir los ojos, Ciro, también la mente. Si no me hubiese ocurrido todo esto seguiría siendo otro borrego allí dentro, un número más con una función, una pieza más del engranaje. Y en el momento en el que no fuese útil no habría piedad ni consideración alguna, ya lo sabes. O vales y obedeces o te desechan. Eso es así.

—¿Qué es lo que voy a ver para que, supuestamente, todo mi mundo se desmorone?

—Uhm, Ciro, tu mundo ya se ha desmoronado y tú aún no te has dado cuenta —Ágata le clava la mirada un instante a través del espejo retrovisor—. Lo que vas a ver es que en la Capital son de todo menos humanos.

El camino por el que transitan se va estrechando e inclinando hacia abajo. Surgen curvas a diestra y siniestra que bordean una rocosa montaña. Cuando al fin vuelven a enfilar el camino llano, los contornos antes imperceptibles de la gran urbe van cobrando dimensión y claridad a cada metro recorrido. El escudo está ahí, como una de esas antiguas bolas de nieve de juguete que envuelve los cientos de rascacielos que hay en su interior. Pero antes de llegar allí se materializa frente a ellos un extenso poblado de pequeñas casas multicolor que se extiende a lo largo de la pantalla que simula el falso cielo de la cúpula de plasma.

El vehículo se detiene, la estampa que se deja ver a través del parabrisas es del todo contradictoria.

—Vamos, hemos llegado. Todo el mundo abajo.

La orden de Ágata es cumplida sin titubeos. Ciro, Zoe, recién despierta ésta, y Cervan, que también acaba de salir de su hibernación programada, abandonan el vehículo entre un mar de gente que se aproxima despacio y sin remisión hacia ellos. Ágata y Zoe se dirigen con celeridad a la parte trasera del coche y extraen una serie de voluminosas cajas del maletero.

—Ciro, ¿nos echas una mano con esto?

El joven mira a Ágata y a esa gente que ya los rodea, impidiéndoles ver un metro más allá. Hombres y mujeres de avanzada edad y lamentable estado, que más que andar se arrastran con las energías y las ganas justas. Ciro comprende entonces lo que deben contener esas cajas que ayuda a descargar y trasladar a una gran carpa, una suerte de hospital de campaña que encuentra a unos pasos de ellos.

—¿Esto es...? —comienza a preguntar Ciro.

—Alimento, agua y algunos suministros médicos y de higiene —responde Cervan, siempre al quite.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué es este sitio?

—Lo llaman sencillamente el poblado —informa Cervan mientras observa cómo van dejando las cajas sobre una infinita mesa que pronto queda abarrotada de gente—. Una comunidad creada de forma espontánea por antiguos Ciudadanos expulsados de la Capital... Gente que, como tú, intentaron volver pero que tuvieron que conformarse con quedarse aquí.

—Pero esto es... es aún peor que Ítaca 3.

—Si te refieres a nivel de vida, alimento y salubridad sí, todos los niveles son muy bajos comparados con la vida en la megaestructura —apunta Cervan entre la multitud—. Ágata, Zoe y los demás me pasaron muchos datos relativos a esta comunidad. Lo más significativo a nivel socioeconómico es que a duras penas pueden sobrevivir. De hecho la tasa de mortalidad es realmente alta.

—Entonces... ¿por qué siguen aquí?

Cervan, Ágata y Zoe abandonan la gran carpa mientras los ancianos se hacen con los víveres y suministros de forma extremadamente cívica y ordenada. Ciro no da crédito. A pesar de la

necesidad, de la inmundicia que llevan esas gentes marcadas en sus rostros y aspecto, se comportan con la más absoluta dignidad.

–Yo... nunca había visto este lugar –vuelve a decir Ciro, ávido de conocimiento–. Desde la terraza del CARA toda esta zona es...

–Un foso de varios metros de profundidad –se adelanta Ágata, que no pierde detalle de la reacción de Ciro–. Eso es lo que nos proyectan, lo que quieren que veamos. Pero ya ves que nada tiene que ver con lo que hay en realidad. Ven, síguenos, aún hay más... Mucho más.

Ágata y Zoe echan a andar seguidos de cerca por Ciro y Cervan, el primero con el corazón en un puño, el segundo temiéndose el lugar a donde les llevan ahora, que es lo siguiente que van a ver. Los cuatro avanzan por una calle de ese enredado poblado, entre pequeña construcciones y tenderetes varios, hasta sobrepasarlo por completo. Es entonces cuando queda a la vista la aterradora antesala del escudo, el horror más absoluto. Una alargada plataforma situada a varios metros de altura que, también protegida por el plasma del mismo escudo, muestra una serie de cuerpos mutilados y ensangrentados, una serie de cabezas clavadas en brillantes picas de acero. Una especie de escaparate de la abominación humana en el que se puede leer la frase: “Los traidores no son Ciudadanos”.

Ciro cae de rodillas al suelo y vomita hasta la última molécula que contiene su estómago. No quiere seguir mirando aquella atrocidad, pero hay una fuerza invisible que le invita una y otra vez a hacerlo, a comprobar con sus ojos los execrables actos cometidos por el gobierno de la Capital, esa verdad de la que muchos le hablaban fuera y que él se negaba a creer. Siente que el corazón se le va a parar, todo su mundo se le revuelve; ¿cómo han sido capaces de hacer algo así?

Ágata, Zoe y Cervan le dejan su espacio, alejándose unos metros de aquella espantosa galería de muerte, mientras Ciro prosigue desparramando por el suelo su alma entera, su ideario y convicciones... La gran mentira que ha regido cada instante de su vida.

Segundos después logra ponerse en pie, se limpia la boca, se enjuga las lágrimas y vuelve hasta sus tres salvadores, los tres que también le han ayudado a ver la realidad sin filtros. La aterradora verdad. Lo que desconoce, lo que es incapaz de imaginar, es que aquella horripilante visión solo es la punta del iceberg.

–Como ya supondrás, el escudo de plasma tiene una doble función: defensiva, protegiendo a la Capital del exterior; e ilusoria, creando una mentira que los que estamos dentro nos tragamos sin pestañear –comienza a explicar Ágata–. Manipulan la realidad porque no les interesa que veamos esto. Porque saben que muchos no lo soportarían. No los seguirían apoyando.

–Es... es como si fuese una alucinación. Un terrible y desquiciante delirio. Yo...

–No te lo terminas de creer, es normal. Conozco esa sensación, viví algo similar cuando Zoe y los demás Albatros me trajeron aquí por primera vez. Es rabia, miedo, incompreensión... Todo junto.

–Esos son... ¿Son...?

–Compañeros, algunos miembros de Los Albatros, otros no –responde Ágata con hondo pesar–. Gente que ha luchado por la libertad y la dignidad.... Por acabar contra ese monumento al terror que es la Capital.

–No me lo puedo creer... –Ciro suspira, se lleva las manos a la cabeza, mira a lo largo y ancho del poblado–. Y toda esta gente, estos pobres desgraciados viviendo aquí con esta terrible amenaza siempre sobre sus cabezas... ¿Cuántos debe haber?

–Cientos de almas rotas –repite Zoe, la cual llevaba un rato en silencio.

–Sé lo que estás pensando. No se van de aquí porque no quieren –prosigue Ágata acercándose a Ciro–. Porque no pueden hacerlo. Porque les arrebataron aquello que más quieren, la razón que

movía sus vidas.

El joven siente un vuelco en ese maltrecho y desierto estómago suyo. No puede, no sabe cómo asimilar la cascada de información que está recibiendo en los escasos diez minutos que lleva en ese terrible lugar.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Me refiero a sus hijos, Ciro. A la mayoría de esta gente la expulsaron de la Capital por no acatar la llamada Acta del 5 de noviembre, la terrible ley de hijo único que estuvo vigente durante casi veinte años y de la que después se prohibió hablar so pena de Ostracismo. A estas familias las despojaron de sus pertenencias y derechos y las arrojaron vilmente al Exterior...

—Y los niños... —Ciro no quiere ni pregunta, pero aún así lo hace—. ¿Qué pasó con los niños?

Ágata y Zoe comparten una triste mirada de circunstancias. Saben que se avecina una tormenta todavía peor que la sortearon la pasada noche, una de la que no se puede huir por muy rápido que corras. La primera vuelve a tomar la palabra:

—De los segundos, y en su caso, sucesivos hijos se encargó durante mucho tiempo el Tribunal, una facción del gobierno que decidía que niños eran válidos y que niños no.

—Espera, espera, espera. Eso es una locura, ¿estás hablando de infanticidio?

—Para ellos no era más que una selección —argumenta Ágata—. Cuando nacemos nos hacen la llamada prueba de Hauser, a todos sin excepción. Es un procedimiento por el cual se determinan las características del sujeto, cualidades y futuros puntos fuertes a explotar. En función de ese resultado el bebé era utilizado o desechado.

—¿Desechado? Vamos a ver, no entiendo nada —a Ciro acude una risa nerviosa, desesperada, no quiere creer—. ¿Te estás escuchando? No puede ser...

—No debería ser, pero es —sentencia Zoe ante el rostro cada vez más desencajado de Ciro—. Así funciona ese cruel mundo que tanto defiendes.

—Escucha Ciro —Ágata posa su mano sobre el hombro de Zoe y toma de nuevo la palabra—. La gran mayoría de los Ciudadanos acataron escrupulosamente la norma del hijo único, aprendieron a convivir con ella a la fuerza. Durante cerca de treinta años imperó esa abominable ley, la medida que asesinaba de forma impune en nombre del progreso, para evitar la escasez de recursos, la superpoblación... Después vino la estabilidad económica, el crecimiento y la modernización de cultivos híbridos, la proteína sintética... Y entonces quisieron borrar el recuerdo del Acta de todas partes. ¿Acaso has leído algo al respecto en algún libro?

—Es imposible, no...

—Claro que es posible. Pasó Ciro, aunque lleven mucho tiempo intentando ocultarlo, pretendiendo que nunca ocurrió —Ágata se detiene, se humedece los labios, sabe que lo que va a decir va a devastar el interior de Ciro aún más—. Asesinaron y arrancaron de los brazos de sus padres a muchos niños. A miles. Los más afortunados tenían la posibilidad de convertirse en futuros y obedientes Ciudadanos educados en los diferentes centros académicos que tan bien conoces...

De pronto algo hace clic en el interior del maltrecho cerebro de Ciro. De repente tiene una sensación extraña, una de esas veces que la conciencia parece abandonar el cuerpo durante un instante para verse a sí mismo desde fuera, como ajeno, como si no estuvieses viviendo lo que estás viviendo. La incredulidad, la incertidumbre, la negación se abre paso como un torrente dispuesto a arrasar con todo.

—No, no, no. ¡Eso es una locura! —los ojos de Ciro se abren al máximo, las venas de su cuello se inflaman, todo su ser se vuelve rojo—. No es posible... ¿Estás insinuando que yo...?

—Yo no insinúo nada, Ciro. Yo no sé nada de ti, solo conozco esa cruel realidad, pero no tengo

información de todo el mundo.

–No puede ser... ¡es absurdo! –dice medio para sí Ciro, caminando nervioso en círculos–. ¿En qué año derogaron ese Acta o como se llame?

–El Acta de 5 noviembre dejó de estar en vigor en julio del 2172.

–No, no, joder, yo... Yo nací en el 66, ya estaba en el CARA en esa época –Ciro hace cábalas, trata de concentrarse, de asimilar la terrorífica información que acaba de recibir. No termina de creerlo, no puede creerlo–. Mi familia. Por la luna... Si eso que dices es cierto mi familia, mis padres, ¿podrían estar aquí? ¿Podrían... seguir vivos?

–Cálmate, Ciro –Ágata levanta las manos en son de paz, rebaja y dulcifica su tono–. Te repito que no sé nada sobre ti. Puede que estén aquí o en la Capital, puede que murieran tal y como te dijeron... ¿Qué es lo que sabes?

–Yo... era demasiado pequeño cuando ingresé en el CARA –un aluvión de imágenes sesgadas, memorias inconexas de su infancia acuden raudas a su cabeza–. Solo tengo recuerdos allí dentro. A los seis, cuando ya llevaba unos años dentro, me dijeron que mis padres murieron en un accidente laboral...

–Quizás sea cierto –expresa Ágata con cuidado.

–O quizás no. ¿Cómo puedo saberlo?

–Compañero, mucho me temo que solo hay una forma de saber eso... –aporta ahora Cervan con su metalizada voz.

Ciro se seca unos ojos que ya son incapaces de producir más lágrimas y alza la vista al horizonte, al extraño cielo ondulado que se extiende más allá del horror. Cierra los puños con fuerza, su mirada tiembla, destrozaría sin piedad todo cuanto le rodea. Daría todo por escapar de una realidad que se le hace más insoportable a cada segundo.

Entonces decide respirar, sentir ese cálido y cargado aire entrar en su pulmones, contar hasta diez, recordar ese mantra que hasta hace bien poco le ayudaba a estar en armonía con el universo. Las luces de Cervan se encienden para terminar la frase que lo cambiará todo.

–... La única posibilidad de hacerte con esa información, mi estimado compañero, es extraerla de los archivos del Tribunal.

XXII

Mucho se discutió sobre la creación del Tribunal cuando la Capital aún se encontraba prácticamente en pañales. Sobre su adecuación y modo de actuación, sobre la terrible puerta que abrían... Sobre la dolorosa necesidad de su existencia. Una monstruosidad propia de seres inmorales, un atentado contra la naturaleza humana, un atropello de los valores y derechos que con tanto sufrimiento y sangre habían conquistado. Era todo eso y más, sí, pero sobre todo era un mal necesario.

El camino a seguir por parte del gobierno fue el de la normalización, la convivencia y el control basado en la aceptación de las reglas, como siempre. La criminalización de aquel que incumplía la ley, los Ciudadanos deshonorosos que se saltaban a sabiendas el Código, no para aquellos que solo cumplían los preceptos de la nueva Acta aprobada por el Comité. La responsabilidad de cuanto pasara, el destino de esas inocentes criaturas nacidas al margen de la legalidad, era enteramente de sus irresponsables padres. La culpa nunca era del verdugo.

Los recursos escaseaban de tal forma que, a pesar de los primigenios planes de bio-cultivos y las expediciones de recolección, el estado de bienestar iba en claro retroceso. Apenas una década después de su establecimiento, el crecimiento demográfico empujaba a la Capital al desastre. Racionamiento, deportaciones, privación de servicios sanitarios... Toda medida establecida llevaba a la misma calamitosa situación, colocaban a la Capital al borde del abismo. Aquello no era lo que estaba previsto, el fracaso prematuro al que se veía abocado el sistema exigía de una actuación férrea y sin contemplaciones, una solución que cortara de raíz futuros problemas y que permitiese controlar de forma exhaustiva la población y los recursos disponibles. Lograr el equilibrio fundamental que después daría paso a la bonanza económica y la época de esplendor de la Capital. Había que contener a las familias.

Robert Meza, el miembro más joven del Comité de los Doce Sabios, fue el creador del Tribunal para el Control de la Natalidad y la Subsistencia (T.C.N.S.), facción en adelante conocida simplemente como el Tribunal, que se encargaría del destino de los segundos y sucesivos hijos. A pesar de la polémica inicial, el Tribunal fue para muchos el instrumento clave que evitó el colapso de la Capital y su posterior florecimiento. Superado el shock inicial, la dura oposición interna y todo el entramado legal que tuvieron que sortear, el Acta de 5 de noviembre de 2142 por la que se establecía la política de hijo único fue aprobada casi por unanimidad.

Los primeros años fueron devastadores. El Acta se ejecutó de forma paulatina pero implacable, encontrando la resistencia de un porcentaje de Ciudadanos, menor pero muy activo, al que fue preciso eliminar por otros medios. Algunas ejecuciones y destierros masivos plantaron una semilla, la del miedo, que crecía hasta tal punto que la tasa de natalidad bajó de forma drástica, los métodos anticonceptivos irreversibles y los abortos se generalizaron en las familias ya bendecidas con un retoño.

Con el paso del tiempo la crueldad se tornó en realidad, el miedo en costumbre, el Acta en la tabla de salvación de la sociedad, la salvaguarda de un bienestar y progreso que no paraba de crecer. Los años pasaron, la sangre, el drama, las innumerables tragedias personales pasaron y todo quedó inserto dentro de la normalidad.

Ian Meza Cox, irónicamente segundo hijo de los comisionado Robert y Amelia Cox (futura presidenta de la Capital), fue uno de los agentes del Tribunal más destacados. Con una hoja de servicios inmaculada en sus diez años de carrera, se especializó en la detección de nacimientos clandestinos. No era el mejor porque trabajase más que los demás o porque estuviese obsesionado con el tema. Era el mejor porque estaba plenamente convencido de que su labor era necesaria.

Con los años logró desprenderse de la gran carga psicológica que conllevaba el puesto, de las terapias positivadoras y una amarga sensación de culpabilidad que, de tanto en tanto, aparecía golpeándole sin piedad. Se convirtió en un técnico especializado de su trabajo, donde la mayoría de gente veía un tierno bebé, una madre desesperada, una familia rota, él solo veía números, estadística. El cumplimiento de la ley para mantener el equilibrio, para mantener el paraíso del bienestar que sus padres y los demás sabios habían construido.

Cada año descendían los casos de nacimientos ilegales, pero no por ello finalizaba el trabajo para los agentes del Tribunal. Eterna vigilancia, exhaustivo control del día a día, la vida en la Capital no tardó en convertirse en la de un estado policial en el que casi todos los movimientos eran captados, analizados y archivados de forma conveniente. En la mayor parte de los casos no era necesaria tanta precaución, los Ciudadanos tenían bien asimilados los conceptos y preceptos del Código, la obediencia a la autoridad y el cumplimiento de la ley. Cada uno ejercía su tarea asignada con el convencimiento de formar parte de un todo, que su parte importaba y era fundamental para el perfecto desenvolvimiento de la nueva sociedad que ya se iba consolidando.

Para los demás, aquellos cuyos ideales no les permitían tolerar lo que consideraban un crimen contra la vida, su vida en la Capital se convertía en una compleja prueba diaria. Una vida regida por la extrema precaución y la cautela, por palabras y actos medidos, un constante mirar hacia atrás, una presión invisible que caía de manera inmisericorde sobre sus cabezas.

Meza Cox salió de su apartamento en el distrito central a las ocho y media de la mañana, como hacía cada día. Se dirigió al metro al que solo tenían acceso los agentes funcionarios y que le llevaría en cosa de diez minutos hasta la sede del T.C.N.S. Un ascensor le aupó hasta la planta treinta y siete, lugar donde se reunía su equipo cada mañana.

Al llegar todos le esperaban, como debía ser, con el plan del día listo. La sala de reuniones tenía forma rectangular y en una de las paredes grandes se situaba una pantalla partida en cientos de pequeñas pantallas, retransmitiendo imágenes en directo de diversos puntos de la Capital.

A un lado de la gran mesa que dominaba la sala se encontraban Juan, Sara y Park, sus subordinados en la fundamental y ardua tarea de la aplicación del Acta de 5 de noviembre.

–Buenos días, chicos, ¿qué dice Loreta? –preguntó Ian refiriéndose al programa informático de detección y vigilancia que, a saber por qué, su inventor bautizó como Loreta.

–Buenos días, jefe. Tú al grano, como siempre –respondió Sara, agente que entró la facción tras el primer lustro de aplicación de la nueva ley, una mujer de treinta y seis años, de compleción atlética y facciones duras que recogía siempre su larga coleta rubia en una cola de caballo.

–Ya sabéis, con un orden no hay sorpresas. Y cuando no hay sorpresas...

–El equilibrio se mantiene –dijeron los tres al unísono esa vieja frase de su jefe, una de tantas que ya habían alcanzado la categoría de célebres.

–¿Y bien? –volvió a preguntar Ian, mientras sacaba de su bolsillo un cigarrillo electrónico y lo conectaba.

–Pues hoy me temo que hay tema, jefe –comenzó a decir Park, asiático de cuarenta años que vestía a diario como si fuese a acudir a una gala benéfica.

–Delación a la vieja usanza –dijo Sara alzando las cejas –. ¿Cómo te quedas?

–Un vecino del bloque Q del distrito vacacional Nueva California ha llamado hace treinta minutos para informar de lo que, según sus propias palabras, es un inequívoco y molesto llanto de bebé que provenía del piso de arriba –el parte lo dio Juan, el más joven e inexperto del grupo, también el más ducho manejando a Loreta. Ya no peinaba un pelo en su cabeza a pesar de no llegar a los treinta y vestía una enorme camiseta que no disimulaba sus kilos de más.

–¿Qué hay del vecino de arriba? –preguntó Ian mientras leía cigarrillo en boca la transcripción de la llamada delatora en una ventana emergente en pantalla.

–Vecinos, en plural. Sus nombres son Jan y Maria Stanic, pareja de hecho desde hace doce años, tienen un hijo de cinco –respondió Sara–. Ambos trabajan en el Instituto de Educación Pública.

–¿Amigos, compañeros, relación con alguien de paternidad reciente?

–No que se sepa, jefe. Son una pareja bastante ermitaña –prosiguió Sara, sin duda la agente subordinada que tenía la batuta–. Los compañeros de trabajo de su sección son mayores que ellos y ya tienen hijos adolescentes. Jan tiene una hermana, nacida antes de la aprobación del 5 noviembre, obviamente, certificada como infértil.

–Avisad al equipo táctico. Sara, te vienes conmigo, vosotros dos no perdáis detalle de lo que pase en el bloque Q. Seréis nuestros ojos. ¿Entendido?

No fue precisa respuesta pues todos comenzaron a moverse apenas Ian había terminado de dar las órdenes. Ian y Sara bajaron rápidamente a la planta principal, en cuyo parking exterior se encontraba el vehículo eléctrico que les llevaría a Nueva California en menos de quince minutos.

El complejo, categorizado como vacacional tanto por su situación como por instalaciones tales como piscinas, baños, zona verde artificial y campos de golf, se extendía por una amplia superficie de aproximadamente un kilómetro cuadrado. Ian y Sara dejaron el coche en la zona de aparcamiento comunitario y se aventuraron hacia el bloque Q una vez comprobaron que el la furgoneta del equipo táctico hacia su entrada al complejo.

Ian y Sara comandaban a un grupo de cuatro agentes tácticos blindados y fuertemente armados con rifles de perforación. Subieron a pie hasta el segundo piso, desplegándose dos agentes hacia la salida de incendios y quedando otro más cerca de la zona del ascensor. El restante acompañó a los dos agentes del Tribunal hasta la puerta identificada con la letra C, el apartamento en el que pasaban sus días libres María y Jan.

El timbre resonó en aquel silencioso rellano. Todos atentos, con los sentidos alerta. Ni un ruido, ni una presencia. Volvieron a llamar, esta vez Sara golpeando con violencia la puerta con sus puños.

–Señores Stanic, abran, por favor. Agente gubernamental. Comprobación rutinaria –dijo Sara en alta voz, mostrando a la altura de su cabeza el dispositivo con la orden digital. La mirilla no mostraba cambio alguno.

–Vamos a entrar –dijo Ian pasados diez segundos más –. Haz tus los honores.

Sara guardó su dispositivo personal y sacó de la pequeña mochila que portaba consigo una pinza, un pequeño mecanismo que se colocaba en cualquier cerradura y la abría en cosa de segundos. El agente táctico se adelantó y se internó por un oscuro pasillo que desembocaba en una amplia y luminosa estancia vacía.

Ian y Sara, que iban justo detrás, compartieron una mirada y ordenaron con un gesto al agente armado que se internara en la zona de las habitaciones y el baño. Tras comprobar una habitación vacía llegaron hasta la cerrada puerta del baño. Ian y Sara dieron el visto bueno y el agente derribó la puerta de una patada. Dentro estaba la parte difícil del trabajo, aquella que requería de

firmes convicciones y un estómago de acero, aquella para la que, por fortuna para el género humano, muy pocas personas estaban dispuestas. Una mujer morena, semidesnuda, sujetaba a un bebé de escasas horas entre sus brazos. Ambos se hallaban en la bañera, con el agua saliendo por el borde y mojando el suelo.

–En virtud de la ley recogida en el Acta de 5 de noviembre de 2142 –comenzó a recitar por enésima vez en su carrera Ian, una fórmula que siempre iba acompañada de tensión y dolor–, aprobada por el Comité Central, y entrada en vigor en septiembre de 2143 tomamos posesión del neonato ilegal que pasará a disposición del Tribunal según la normativa recogida en el acta referida anteriormente.

–Señora Stanic, denos el neonato o tendremos que quitárselo a la fuerza –añadió Sara levantando las manos en signo de paz mientras la mujer y el bebé eran encañonados por el agente táctico.

–Tenía mucha fiebre, ¿sabéis? –comenzó a relatar la señora María Stanic, con una sonrisa y unos ojos llenos de lágrimas, pero impregnados también de amor, que no se separaban de su pequeña–. No paraba de llorar y llorar. Me estaba volviendo loca, no podía llevarla a ningún sitio... Entonces se me ocurrió lo del baño de agua tibia, qué cabeza, ¿eh?

–Señora, ya le hemos dado la advertencia, o nos entrega ya al neonato o nos veremos obligados a...

–Mandé a Jan con mi hijo a por alguna medicina, qué estúpida, como si fuese tan fácil encontrar a alguien que te la venda bajo mano y sin preguntas –cortó de nuevo la mujer, que parecía estar en otro lugar muy lejos de aquel cuarto de baño.

–Última oportunidad –ordenó Ian con voz imponente–. Entréguenos al neonato ya o nos veremos obligados a abrir fuego.

La señora Stanic murió matando. Sabía exactamente lo que iba a pasar, el riesgo que corría, lo complicado que iba a ser tener éxito en esa empresa, pero para ella no había otra opción. Ocultar el embarazo fue relativamente fácil, ocultar al bebé no tanto. No podría vivir sin ella, así que decidió despedirse del mundo. Cuando el agente táctico se le acercó para tomar al bebé logró clavarle en el cuello unas tijeras que escondía bajo el agua. Sesgó una yugular que se vació en pocos segundos. Antes de darle más opción, Ian desenfundó su arma reglamentaria y dibujó un ardiente agujero en la frente de la mujer. Sara corrió a coger al bebé, al neonato, ese eufemismo que lograba su efecto, alejar la idea de que era un ser humano más.

El marido y su hijo de cinco años aparecerían treinta minutos después cuando la policía ya estaba limpiando el apartamento. Serían informados e interrogados, tendrían que apañárselas para vivir solos a partir de ahora. El neonato sería transferido a las instalaciones médicas del T.C.N.S., donde sería sometido a la prueba de Hauser que determinaría si tenía o no futuro. Si era utilizado o desechado.

Ian Meza volvió a casa tras una larga jornada de papeleo y la obligada visita al psicólogo de traumas laborales. Todo estaba bien, la ley se había cumplido, cada individuo estaba donde le pertenecía. Las bajas eran asumibles, una parte más del juego. El equilibrio proseguía, la gran rueda de la Capital seguía en movimiento. Había cumplido con su parte, era para estar orgulloso. Se fue a la cama con la tranquilidad daba el trabajo bien hecho y el deber cumplido.

XXIII

Sede administrativa del Comité Central, 4 de marzo de 2183. Informe del Estado Mayor tras el ataque terrorista masivo del grupo anticódigo autodenominado 'Los Albatros'.

Reunidos de urgencia los miembros electos del Comité Central, antiguo Comité Selenita para el Resurgir Terrestre, presidido por la venerada Amelia Cox, junto a los oficiales de alto rango del Estado Mayor, el jefe general del Ejército Capitolino y el Capitán General de los Cuerpos de Seguridad, pasamos el parte de los acontecimientos acaecidos en la Capital tras los ataques que, en adelante, nos referiremos como del 3-M.

A las nueve y veintidós minutos de la mañana, una serie de explosiones que están siendo investigadas se han dejado sentir de forma simultánea en varios puntos de la Capital. Registrándose siete en su totalidad. El objetivo de dichos ataques han sido las células de combustible que mantenían activa la barrera de plasma comúnmente conocido como “el escudo”, salvaguarda defensiva que protegía a los Ciudadanos de la Capital de los múltiples peligros del Exterior.

Con la caída del escudo se ha producido una invasión de miles de habitantes desde decenas de puntos situados en los cuatro puntos cardinales del perímetro urbano. Se estima por la información recabada por el satélite y las cámaras fijas y minidrones aún operativos que alrededor de trescientas mil personas (no-Ciudadanos) procedentes del Exterior han traspasado las barreras de la Capital en las últimas horas. Una cifra que va en considerable aumento debido a la imposibilidad de defender la Capital en tantos frentes debido a la escasez de hombres y recursos para ello. La situación es pues crítica.

Todos los grupos tácticos se encuentran desplegados en estos puntos, especialmente concentrados en el frente sur, lugar desde el que están entrando la mayoría de no-Ciudadanos, fuertemente armados y con varios vehículos acorazados. Aún es pronto para hablar de bajas, pero ya existen datos que hablan de varias decenas de agentes muertos por el asedio continuado que estamos sufriendo.

La centralita de llamadas de emergencias está colapsada, los servicios sanitarios y de bomberos no dan abasto. Varios edificios del gobierno han caído bajo las armas: el almacén de suministros alimentarios, los ministerios de Ciencia y Progreso, Sanidad y Educación. Por el momento mantenemos bajo control el edificio que alberga los ministerios de Defensa y el de Hacienda, así como esta sede del Comité Central.

Las primeras investigaciones alejan de toda duda la implicación de varios grupos de Ciudadanos (en adelante referidos como traidores) que, desde dentro, han apoyado estos ataques terroristas contra su propia patria, uniéndose a la lucha en el bando de los no-Ciudadanos y suministrando valiosa información táctica que está resultando vital a los terroristas para la conquista de sus objetivos. Varios de estos traidores han sido identificados y se han emitido órdenes de busca y captura para que respondan por sus crímenes.

Uno de los cabecillas del movimiento, y probablemente principal infiltrado del grupo terrorista anticódigo llamado “Los Albatros” es Marc Metcalfe, ingeniero jefe que trabaja para la división de telecomunicaciones y cuyo principal logro ha sido la puesta en funcionamiento del satélite

conocido como El Expedicionario, cuya principal función es la de establecer comunicaciones con otros núcleos humanos del mundo. Metcalfé se halla en estos momentos en las dependencias de Seguridad Capitolinas, donde está siendo sometido a interrogatorio.

La situación de la Capital es desesperada. Desprotegida y superada en número, y ante la imposibilidad de recibir ayuda, se calcula que en setenta y dos horas máximo la autoridad caerá en manos de los insurgentes. Por tanto se recomienda a la presidenta de honor aquí presente, la venerada Amelia Cox, así como al resto de miembros del Comité la evacuación inmediata, vía subterránea, hasta uno de los búnkers seguros según lo dispuesto en el punto 2.17. del protocolo de defensa.

La autoridad de dicho Comité quedará a partir de ese momento bajo mando único del Capitán General de los Cuerpos de Seguridad, Máximo Sanz, cuyo principal objetivo será resistir en la medida de lo posible estos y futuros ataques así como regirse en todo momento por lo estipulado en el Código. En él depositamos nuestras últimas esperanzas y ruegos.

Por el Código. Por la Capital.

Manifiesto público de Los Albatros, 5 de marzo de 2183.

“Hoy es un día largamente esperado. Hoy, por primera vez en décadas, los seres humanos recuperamos la dignidad perdida, aquellos valores adquiridos durante milenios y que hasta hoy parecían extintos, unos lazos de unión contruidos al calor de una Historia llena de luces y sombras. El Gran Estallido, la mayor catástrofe de nuestra Era, sacó por parte de los que quedaron en mejor situación lo peor del género humano: clasismo, segregación, insularidad, explotación, miseria y crimen, institucionalizando el asesinato para crear una sociedad a su imagen y semejanza. Cualidades todas que forman parte de ese corolario del odio contruido por los antiguos selenitas al que llaman el Código, fuente de inspiración de la perniciosa Capital, espacio dominado por la crueldad y la censura, una dictadura para el cuerpo y la mente.

El día de hoy marca el inicio de una nueva etapa para la sociedad humana, una en la que derechos fundamentales como la libertad, la solidaridad y la igualdad de oportunidades recobran su protagonismo perdido, la posición preeminente que merecen y que nunca debieron abandonar. La oportunidad que hoy se abre ante todos nosotros es histórica, una ocasión única de restaurar aquello que un día nos hizo caminar juntos en pos del progreso y la extensión del bienestar, estados que no solo deben pertenecer a una minoría, sino que son derecho irrenunciable de todas y cada una de las personas de este azotado planeta, sean de origen selenita o terrícola.

El futuro se presenta como un cuchillo de doble filo, un esperanzador lienzo en blanco por un lado, un reto mastodóntico al que solo podremos hacer frente trabajando juntos. A partir de este momento ya no existen Ciudadanos y No-Ciudadanos, Capital ni Exterior, solo un mundo ancho y rico, lleno de posibilidades en el que todos tendremos nuestro papel, en el que la igualdad ante la ley será una realidad y no un mero formulismo. Un mundo nuevo que tenemos la responsabilidad de construir.

La revolución de hoy no es más que el proporcionado final a un sistema falso y corrupto, a la injusticia social y la acumulación de recursos para unos pocos mientras la inmensa mayoría de la humanidad muere de hambre y sed. Nosotros no haremos distinciones, no beneficiaremos ni eliminaremos a los que no estén con nosotros. El único objetivo, el mayor fin que buscamos Los Albatros y las miles de personas de todos los rincones que nos acompañan, es vivir en igualdad y en paz.

El desafío está lanzado, la voluntad por trabajar juntos, de encontrar un espacio común en el

que convivir según esos derechos y libertades fundamentales para todos los hombres y mujeres será siempre nuestra máxima aspiración. Vendrán días difíciles, dolor y mucho sufrimiento, por desgracia nunca un cambio vino de forma tranquila, pero estamos seguros de que caminando juntos superaremos todas las barreras y adversidades que nos aguardan. Que con fuerza, ilusión y entereza lograremos que el mañana sea mejor. Mañana será mejor”.

Dirección General de Seguridad Capital, novena planta, sala de entrevistas B. Interrogatorio al sospechoso Marc Metcalfe, acusado de alta traición y espionaje industrial. Caso 23445/C. 5 de marzo de 2183, 15:23 horas.

–Agente Joel López, número de placa 4568, a cargo de la investigación interna abierta tras los ataques del 3-M, inicio interrogatorio preliminar al Ciudadano Marc Metcalfe por presuntos delitos de conspiración y atentado contra la Capital. ¿Cómo se declara el acusado?

–Culpable.

–¿Cómo dice?

–¿Acaso no es lo que queréis oír? Me tenéis retenido en esta habitación contra mi voluntad, esposado de pies y manos, sin opción a llamada, sin opción a un abogado. Da igual lo que yo les vaya a decir o lo que quiera que averigüen. A mí ya me habéis sentenciado.

–Entonces se declara culpable de los delitos de...

–Sí, sí, hombre, no hace falta que repitas esa perorata otra vez. Os lo voy a poner fácil: soy culpable de todo eso y más.

–¿Más? ¿A qué se refiere?

–Me refiero a numerosos y flagrantes, todo sea dicho, incumplimientos del Código. Si tenéis el tiempo suficiente para investigar a fondo mis pasos en los últimos cinco años, cosa que seriamente dudo, lo acabaréis descubriendo todo.

–Se le ve a orgulloso de ser un terrorista... Usted me repugna.

–Deja de hablarme de usted, haz el favor, sé que dentro de un rato empezarás a sacarme la información a hostias, ¿por qué gastar tantos modales ahora?

–Con modales o sin ellos no dejas de ser lo mismo: un bastardo, un traidor, un terrorista.

–Tu vocabulario no es muy amplio, ¿verdad? Para vosotros todo aquel que no acata de forma servil y cobarde con vuestros preceptos dictatoriales es un terrorista... Pues bien, si mi delito es intentar acabar con vuestro régimen inmoral, corrupto y manchado de sangre inocente entonces sí, por supuesto, me declaro terrorista.

–¿Con quién has trabajado? ¿Eres uno de esos Albatros?

–Con mucha gente, agente López, mucha, muchísima gente.

–¿Ciudadanos? Quiero nombres.

–Claro, pero el caso es que no tenemos tiempo para apuntarlos todos. Sí, no me mires así, somos más de los que creéis, muchos más. Habéis vivido en vuestra burbuja todos estos años sin sospechar siquiera que vuestro pequeño mundo tenía fecha de caducidad. Que vuestra amada y gloriosa Capital se venía abajo. Junto a la crueldad, vuestro principal delito ha sido la subestimación. Conocíais la existencia de los grupos anticódigo, como vosotros los llamáis, pero nunca creísteis que fuesen una auténtica amenaza. Eso nos hizo más fuertes, eso y vuestros repetidos crímenes contra la humanidad.

–Deja el discurso revolucionario, ya hemos tenido ración suficiente por hoy...

–No sabéis nada. De verdad sois más ridículos de lo que pensaba. ¿Aún creéis que esto es un hecho aislado? ¿Qué volveréis a recuperar el control de la ciudad?

–No te quepa la menor duda.

–Está bien. Eres optimista, eso no es malo. Lo que no sabéis es que vuestros jefes no van a ir a ninguna parte, no van a encontrar aliados fuera de aquí. Estáis solos, agente López, solos y asustados.

–Tú no conoces todos nuestros protocolos y rutas de...

–Claro que sí, los conozco todos. Los Albatros lo conocemos todo. Yo mismo me he encargado durante años de recopilar información clasificada. Teras y teras de información con la que hemos diseñado un plan infalible. Pensad lo que querías, pero la Capital, tal y como la conocemos, ha muerto hoy.

–Bastardo hijo de puta...

–¿Ya se acerca la hora de las caricias?

–Estás muy seguro de ti mismo, ¿no es verdad?

–No de mí, de nosotros. De todos los que estamos participando de este día histórico, de los quedaron atrás, de todos aquellos a los que habéis oprimido y que a partir de hoy pueden volver a levantar la cabeza y respirar. Vosotros no lo entenderéis jamás, pero no hay absolutamente nada que podáis hacer para luchar contra esto. Ya habéis perdido.

–Claro, pero dime, ¿Qué has ganado tú? ¿Eh? ¿Acaso crees que vendrá un grupo de Albatros de esos pordioseros, asaltará este edificio y te salvaran de forma heroica?

–Tranquilo, agente, no empieces a salivar. Yo sé que mi camino termina aquí, en esta sala.

–¿Y aún así sigues tan firme y desafiante? No eres más que un loco...

–Ya te he dicho que mis motivaciones no las puedes comprender. Yo he cumplido mi vital papel a la perfección, he posibilitado esto, y no podría sentirme más orgulloso y realizado. La mayoría de gente muere sin haber llevado a cabo ninguna acción importante en su vida, nada que marcara una diferencia, que cambiara las cosas para mejor. Yo sí, yo ya he cumplido mi parte. Que me capturaseis ha sido mala suerte, pero es un grano de arena en el desierto, ya no tiene importancia.

–¿Por qué ese odio? ¿Esa... inquina hacia los valores de quienes te criaron, educaron y te ofrecieron una vida de lo más cómoda y plena?

–Porque yo soy el tercer hijo de mi familia. Sí, el tercero. Nací dos años antes de la instauración de la terrorífica Acta del 5 de noviembre. ¿Sabes? Disfruté de una buena infancia, nada boyante pero tampoco miserable. Eran momentos duros, pero soportables. Lo mejor fue compartirla con mis hermanos, eso que vosotros nos habéis arrebatado es lo que quiero yo para el resto de familias que vivan de aquí en adelante. La capacidad de elegir, uno, ningún, cuatro, cinco hijos. Tú eres demasiado joven, estás tan metido en este absurdo y cruel sistema que crees a pies juntillas que todo es por un bien mayor. No es así, al final los beneficiados son siempre los mismos, y la única palabra con la que puedes definir esta ley es asesinato.

–Señor Metcalfe, creo que no entiendes muy bien dónde estás. Esto no es un mitin político ni un micro abierto. Estás en una sala de interrogatorio para facilitarnos la información que necesitamos. Queremos esos nombres, sus archivos, notas, todo lo que tenga.

–Yo puede que no sepa dónde estoy, pero vosotros no escucháis. Ya es tarde para todo eso, cualquier esfuerzo es ya inútil. No sé si será hoy, mañana o pasado, pero este lugar, el poder que la rige, la autoridad bajo la que decís actuar, dejará de existir.

–Si no quieres colaborar por las buenas, lo harás por las malas.

–Sigue soltando tópicos, mi conciencia está tranquila, mi espíritu liberado. Haz lo que creas que debes hacer. Mírame bien, yo no tengo miedo.

XXIV

Los estragos del cáncer hace tiempo que campan a sus anchas en el rostro de Ciro. Huesudo y afilado, ojeroso, su mirada va perdiendo ese brillo que un día le quiso llevar a conquistar el mundo. Ahora solo ve pasar los días de largo, sin ilusiones ni metas, sintiéndose ajeno a la revolución que asiste en primera fila. Tras más de cinco meses viviendo en el poblado, siendo testigo directo de los preparativos finales de la toma de la Capital, lo único que Ciro siente de veras es cansancio, un absoluto e irreparable cansancio.

Ahora solo le quedan dos cosas por hacer, dos visitas para poner colofón a una existencia que, a cada día que pasa, se le está haciendo más cuesta arriba. Ya apenas come, se mueve lo justo, su cabeza le impide concentrarse siquiera en la tarea más sencilla. Está padeciendo un terrible dolor que todos ven pero al que a casi nadie le ha contado. Celoso de su intimidad hasta las últimas consecuencias, testarudo y antisocial, has pasado esos meses sin aceptar ayuda de nadie.

Su otrora ansiado reencuentro con la Capital no ha sido para nada como lo había soñado. Esas calles con un brillo especial que contemplaba desde la terraza del CARA, los majestuosos edificios de espejo, el ajetreado tranvía recorriendo la inmensa metrópolis, los demás vehículos multicolor, las gentes concentradas de camino a su trabajo, el sonido de la vida urbana... La idealizada imagen que Ciro atesoraba de la Capital desde la visita que realizó en su infancia ya no existía. Ya nunca iba a volver.

En su lugar se encuentra con un espacio dominado por el miedo y el caos, los gritos y las huidas, las columnas de humo, las ráfagas de los rifles de perforación. Explosiones, edificios tapiados, vehículos destrozados, cristales por todas partes. Esa es la Capital del 3-M, de los días de final y comienzo, del reinicio de todo.

Ciro y Cervan se hallan en uno de los bloques seguros de la zona este, allí donde los combates ya han cesado, uno de los primeros cuarteles generales establecidos por la cúpula de Los Albatros. Un lugar en el que los Ciudadanos que no han huido y los no-Ciudadanos que entran en la Capital dan el pistoletazo de salida a una convivencia que se antoja tan compleja como ilusionante.

Han pasado tres días desde el ataque y los focos de resistencia capitolina son cada vez más exiguos. Desde la lujosa sala de uno de los apartamentos de la quinta planta en el que se encuentran, el joven y el perro de juguete aguardan a que, de un momento a otro, aparezcan Ágata y su grupo para despedirse como es debido. Los primeros haces del luz del día llegan con el sonido alejado de los cada vez menos frecuentes tiroteos.

–Es curioso.

–¿El qué, Cervan?

–¿Has estudiado en el CARA a Gengis Khan?

–Bueno, sé quién es, pero no conozco nada de su vida al detalle.

–Fue una vida de lo más intensa, sobre eso no hay la menor duda –Cervan da por iniciada la lección–. ¿Sabías que está catalogado como el mayor conquistador de todos los tiempos? Dominó los destinos de cuarenta millones de personas. Ahora quizás parezca poca cosa esa cifra, pero para su época suponía un 80% de la población mundial.

–Ya, ¿y qué con eso?

–Pues que me resulta llamativo cómo han cambiado las conquistas desde entonces hasta ahora. Para bien, claro está. Ningún acontecimiento de este tipo está exento de sufrimiento y violencia, pero lo que está pasando aquí es una auténtica minucia si lo comparamos con lo que haría Gengis Khan. Hay estudios que dicen que enrollaba a sus prisioneros en alfombras y las colocaba en el suelo, a lo largo de un par de kilómetros, y luego ordenaba a su ejército desfilar montado a caballo sobre ellos. ¿Te lo puedes imaginar?

–Perdóname, Cervan, ya sabes que últimamente estoy un poco obtuso. ¿Me puedes recordar por qué estamos teniendo esta interesantísima conversación? –pregunta Ciro con cierto sarcasmo.

–Yo... bueno, llevábamos mucho rato callados y pensé que...

En ese momento entran en la sala Ágata, Zoe y los hermanos Abel y Tony. En sus gestos quedan bien reflejadas las emociones del momento, la tensión, el nerviosismo, pero también una incontrollable algarabía. Entran entre voces y risas, hablando de los avances efectuados, de la práctica toma de la Capital. Los miembros del Comité Central han huido, el títere dejado en su lugar ya se encuentra retenido bajo fuertes medidas de seguridad. Tan solo unos pequeños grupúsculos aislados impiden que Los Albatros puedan dar oficialmente por finiquitada la primera fase de la revolución.

–¿Qué tal estás hoy, Ciro? –pregunta Ágata acercándose a la posición de Ciro y Cervan mientras los otros tres siguen emocionados con su charla.

–Bien, gracias. Las pastillas de morfina que me conseguiste funcionan. Ahora al menos puedo hacer algo más que estar tirado en la cama deseando arrancarme la cabeza.

–Me alegro, unos compañeros dieron con ellas de casualidad en el sótano de lo que en algún momento fue un hospital militar.

–Se ve que estaban ahí guardadas para mí.

–Deberías acompañarme al Hospital Capital, como te he dicho ya varias veces. Hay médicos muy cualificados ahí que a lo mejor podrían hacerte un chequeo, probar algún tipo de...

–No –corta Ciro de forma seca–. Ya no hay nada que puedan hacer por mí. Olvídate de eso. No hay vuelta atrás para lo mío. No sé si me queda un mes o dos, pero lo que sí sé es que no quiero pasar ese tiempo en una cama de hospital para nada.

Ciro nota como Ágata lo está volviendo a hacer. De nuevo le está mirando con esos ojos de carnero degollado con los que últimamente le incomoda sin pretenderlo, proyectando una pena infinita que al joven le hacen sentir fatal. En las últimas semanas no solo han aprendido a convivir, sino que han comprendido que tienen mucho más en común de lo que al principio parecía. Han aprendido incluso a apreciarse.

Ciro ve en Ágata a la líder que a él le hubiera gustado ser, en otras circunstancias y contexto, pero es un fin al que ya no puede aspirar. Para la joven líder de Los Albatros Ciro es el mayor ejemplo de que su lucha funciona, de que los más retrógrados pensamientos, aquellos insertados a la fuerza, pueden ser extirpados. Que la mente humana se abre ante las injusticias y el crimen, ante lo inconcebible.

–Parece que todo va viento en popa, ¿no es así? –pregunta Ciro para evitar que Ágata siga mirándolo como lo hace.

–Bueno, puede que decir eso sea demasiado, pero todo va según lo previsto. Ya no hay autoridad alguna de la Capital, solo algún que otro escuadrón de Seguridad y grupúsculos de resistencia que pretendemos controlar a lo largo de la semana. Mañana a las cinco tenemos previsto dar por televisión el comunicado con el triunfo de la revolución y, si todo va como esperamos, suprimiremos el toque de queda la próxima semana.

–¿Y después qué?

–¿Después? –Ágata sonrío, sabe que a pesar del extraordinario mérito de lo que han logrado, de la gesta que parecía un imposible, lo más difícil está aún por hacer–. Ya sabes, tenemos nuestro proyecto de convivencia política. Elegiremos un órgano de gobierno provisional que se encargará de la redistribución y la ubicación de la nueva población llegada, el apoyo de Mae y su experiencia en Ítaca 3 será fundamental en este sentido. Después la idea es instaurar un sistema democrático con plena participación de todos los ciudadanos, nuevos y viejos... Y, bueno, a ver qué pasa. Pero, entre tú y yo, mirar hacia adelante ahora mismo hace que me tiemblen las piernas.

Ciro asiente, si no tuviese preocupaciones más urgentes, si la esperanza en él no hubiese hecho las maletas y si no se sintiera absolutamente decepcionado con todo aquello por lo que un día soñaba, sentiría una gran incertidumbre por el futuro de la moribunda Capital... por el futuro de la misma humanidad.

–¿Habéis encontrado a vuestro contacto, cómo se llamaba, Met...?

–¿Metcalfe? Sí. Por desgracia ha muerto... Lo encontramos en una de las salas de interrogatorios del edificio de la Dirección General de Seguridad. No sabemos qué pasó exactamente ahí dentro, pero había signos de pelea y sangre por todas partes. Junto a él estaba el cuerpo también sin vida de un agente. Es curioso, mientras todo se desmoronaba su alrededor, aquellos dos permanecían confinados en esa sala hasta que...

–Se dieron muerte mutuamente –termina Cervan, que no perdía detalle alguno de a conversación.

–Pues sí, todo parece indicar que fue así –concede Ágata con pesar–. Su nombre tendrá un lugar destacado en el comunicado. Sin la ayuda de Metcalfe y tantos otros que han caído, el fin de la Capital nunca se habría producido.

–¿Y tú qué? ¿Asistirás al comunicado? –le pregunta Zoe, uniéndose al grupo—. Ágata es muy comedida pero será una celebración, una gran fiesta que todos nos merecemos.

–¿Y qué es lo que vais a celebrar? –reacciona Ciro–. ¿Brindaréis por las docenas de personas que han muerto en estos días? ¿Los cientos y cientos de exiliados que se han ido por miedo a represalias?

–Pero, ¿cómo coño puedes decir eso? ¿Tú no te enteras de nada, capu...?

–Tranquila, Zoe, está bien –expresa Ágata colocando su mano sobre el hombro de su pareja–. Ciro tiene parte de razón aquí, aunque solo parte. No vamos a celebrar la violencia ni las muertes, vamos a honrarlas, a homenajearlas, a darles un significado. Han muerto por algo, algo más grande que nuestras vidas individuales. Algo que solo se podrá entender si, con el trabajo conjunto, logramos que la convivencia sea un éxito en el futuro. Siento como la que más todo el dolor y el sufrimiento que esta revolución causa, pero creo firmemente que es necesario para cambiar un gobierno dominado por el terror.

–Ya, lo siento, es que no tengo el cuerpo para celebraciones de ningún tipo –confiesa Ciro cambiando el gesto–. Ya casi no tengo cuerpo para nada...

–Ya sabes que, cuando lo desees, cuando estés preparado, siempre tendrás tu lugar aquí. En esto que estamos construyendo.

–Gracia, Ágata, de verdad, pero sabes de sobra que ya no hay ningún sitio para mí. No tengo futuro, es una realidad, así que lo único que me queda ahora es conocer algo de mi pasado...

–¿Sigues queriendo ir al Tribunal? –pregunta Zoe, aunque conoce muy bien la respuesta.

–Sí, por supuesto que sigo queriendo ir.

–Y yo sigo pensando que no es la mejor idea, díselo tú, Cervan.

–Él conoce mi posición respecto a este tema, Zoe –responde el perro con su pausada y

mecanizada voz—. El daño emocional al que se expone es directamente proporcional al desahogo que puede experimentar.

—¿Y eso qué significa en cristiano?

—Que aunque es posible que se lleve una gran y dolorosa decepción, también encontrará alivio al hacer todo lo que está en su mano por conocer sus orígenes. Algo que, al parecer, es importante para vosotros.

Los cinco humanos y el robot que hay en la sala se quedan callados durante unos intensos segundos. Multitud de pensamientos cruzan a gran velocidad por sus mentes, recuerdos, momentos, imágenes guardadas de tiempos pretéritos, el material con el que se fabrican los cimientos de la cada vida. ¿Se puede vivir sin saber quién eres? Las clásicas preguntas que asaltan a la humanidad desde los albores del tiempo: ¿de dónde vengo?, ¿de verdad soy quién creo ser?

Ciro lo tiene tan claro como ese sol que ya se muestra en su plenitud a lo alto, superando los más altos rascacielos que se dejan ver desde su posición. Gastará el tiempo que le queda en acercarse a sí mismo, a esa parte que desconoce, que le aterra y le atrae con la misma intensidad.

—Si estás decidido no somos quién para disuadirte, pero sí que creemos que lo mejor es que esperes una semana, diez días máximo. Cuando toda la Capital esté controlada no habrá peligro alguno ni en sus calles ni en sus edificios.

—Mírame bien, Ágata. Llevo muchos meses aguardando este momento, las fuerzas me van abandonando cada día. Yo... no sé si pasados unos días podré siquiera levantarme de la cama.

Ágata asiente, sabe que, aunque no sea la decisión más cabal, aquel chaval de aspecto devastado tiene toda la razón del mundo. O se mueve ahora o puede que tras la espera ya no pueda dar un paso.

—Entonces, llévate esto —le dice Ágata acercándole su rifle de precisión—. Todavía hay muchos Ciudadanos, sobre todo los que han estado trabajando en las más altas esferas de poder, que aún no hemos sometido. Créeme, esos no se van a rendir.

—¿Yo con un arma? Vamos, sabes que eso es absurdo. No represento ninguna amenaza para nadie.

—Nunca está de más, este lugar aún dista de ser seguro... —añade Ágata— estamos en plena ebullición. Deja al menos que te acompañen Abel y Tony, te cubrirán las espaldas ante cualquier eventualidad.

—Claro —expresó Tony mientras su hermano asentía—. Nos sentará bien dar un paseo por esa parte de la ciudad.

—Gracias, compañeros, pero no es necesario. Voy a ver unos documentos no a matar nadie. Solo decidme dónde está la sede del T.C.N.S. e iré tranquilamente, a mi ritmo. Agradezco vuestra preocupación, pero está de más.

—No digas gilipolleces, ya casi eres de la familia —afirma Zoe con preocupación.

—Por favor, entendedlo, esto es cosa mía y de nadie más.

Los cuatro miembros de Los Albatros se miran encogiéndose de hombros y esbozan una cómplice sonrisa. No hay nada, absolutamente nada, que puedan hacer para cambiar de idea a una de las personas más tozudas y decididas con las que se han topado en su vida. Ágata saca un pequeño dispositivo de su bolsillo y se acerca a Ciro para colocárselo en la muñeca.

—Sospechaba que dirías que no a todo lo que te ofreciese, así que me he tomado la libertad de configurar este GPS con la dirección del Tribunal. Está a unos dos kilómetros y medio de aquí, eso son unas diez manzanas, dirección este. Solo tienes que seguir el puntito, no tiene pérdida.

—Gracias, es todo un detalle.

—Toma también esta tarjeta de identificación, te permitirá pasar sin problemas por los puntos

de control armados que hemos establecido por toda la Capital. Y con esta tarjeta llave podrás conducir uno de los vehículos biplazas que hay en la puerta –dice Ágata ante la atenta mirada de todos–. Un transporte muy útil con el que algunos Ciudadanos se movían de forma ágil por el centro de la ciudad. Volante, acelerador y freno, ¿sabrás llevarlo?

Ciro coge la tarjeta, le da la vuelta, una sonrisa amarga acude a su rostro. Recuerda esos utilitarios de su vista a la Capital cuando no era más que un crío, por supuesto también de los vídeos promocionales con los que les bombardeaban en el CARA Nunca ha conducido uno, pero se ha visto en su mente tantas y tantas veces haciéndolo que sabe que no le va a costar nada.

–Me las apañaré.

–Y por lo que más quieras, ten mucho cuidado, ¿vale? –Ágata le da un palito amistoso en el hombro–. Aún no he decidido si me caes bien o mal, pero por lo que sea me he acostumbrado a tu presencia... Creo que he, en realidad que todos, hemos aprendido algunas cosas de ti.

–Bueno, hace unos meses os aborrecía, ahora ya no os deseo que os pase nada malo. O no muy malo, al menos –dice Ciro presentando el primer atisbo de sonrisa en mucho tiempo mientras los demás ríen–. Ha sido muy duro, pero gracias a vosotros he podido ver la realidad tal y como es. Es curioso, creo que era más feliz cuando vivía engañado... pero ahora me siento mucho más libre.

Sin previo aviso, Ágata se abalanza cuidadosamente sobre Ciro y le abraza. Éste, confuso, mira a los demás como si esperase que le dijeran lo que debe hacer. Al final Ciro responde al abrazo extendiendo sus brazos y estrechándolos de forma tímida pero sincera sobre la chica. Hasta ese momento no es consciente de lo que necesitaba un gesto así. Del calor, de la sensación de fraternidad que ya rara vez había experimentado. El abrazo se alarga durante unos segundos en los que Ágata aprovecha para repetirle al oído que vaya con cuidado, que Los Albatros estarán allí siempre para lo que necesite.

Tras separarse de Ágata estrecha las manos de Zoe, Tony y Abel, quienes le desean toda la suerte del mundo. Coge la mochila que le dieron en el CARA, su eterna compañía en los últimos tiempos, y hace una señal a Cervan con la cabeza. Se despide dando las gracias una última vez. Es la hora de la partida. Es el momento de encontrar unas respuestas que pueden aliviar o destroza lo poco que le queda de vida.

La mañana está bañada en una espeluznante calma. Los restos de la batalla que durante algo más de tres días han enfrentado a los de dentro con los de fuera decoran el mobiliario urbano. Un coche calcinado, un par de contenedores de desperdicios tirados por el suelo, basura agolpándose en las aceras, casquillos de balas diseminados por doquier. Lo único que se han apresurado los vencedores a retirar son los cuerpos, propios y ajenos, de una contienda tan breve como intensa, sorpresiva para unos, largamente preparada y ansiada por otros.

A pesar de la atmósfera dorada que les envuelve en esa primera hora de la mañana, las calles se sienten grises y tristes, desangeladas, desprovistas de aquello que les hacía deslumbrar días atrás. Desprovistas, en fin, de vida. La mayor parte de la población anteriormente calificada como Ciudadana que permanece en la Capital aguarda en casa al desarrollo de acontecimientos, acatando escrupulosamente el toque de queda. No son momentos como para circular alegremente, no tras lo que han visto sus ojos, no con la incertidumbre de no saber qué va a pasar con sus vidas a pesar de las promesas de libertad e integración que proclaman esos que se hacen llamar Los Albatros.

Así lo siente Ciro, hasta hace pocos meses aspirante a Ciudadano de pro, que no puede evitar un pinchazo en el corazón al ver esas calles lúgubres, los numerosos destrozos, los escombros y los edificios al borde de la ruina. Maneja con suavidad el vehículo biplaza que le ha cedido Ágata, coche que se desliza por las vacías calles sin obstáculo ni tráfico.

–Esta ha sido una de las zonas donde mayor resistencia ha encontrado Los Albatros –informa Cervan–. En realidad toda la zona centro, sede de la mayoría de edificios oficiales y que mejor custodiados estaban, ha sufrido los ataques más intensos.

–Ya veo, sospecho que el número de bajas es más elevado de lo que dicen Ágata y compañía.

–No tengo acceso a esos datos, pero analizando todas las variantes es muy probable que sea como dices, Ciro. En estos momentos entra en escena otro aspecto de la revolución: ahora tienen que vender el nuevo régimen que quieren instaurar. Y cuánto menos dramáticas sean las cifras de muertos y heridos que ha dejado su ataque mejor.

–Ya. Política.

–Este tipo de comportamiento es inherente al ser humano. Ha de controlar la información siempre, aunque el sistema sea de un signo o de otro.

–Es necesario ser zorra para reconocer la trampas, y león para destrozar a los lobos. Los que solo toman por modelo al león no entienden sus intereses.

–¿Eso es de...?

–Sí, Nicolás Maquiavelo, el Príncipe –responde Ciro mientras aminora la velocidad antes de girar a otra calle–. Esas líneas encabezan una página que habla que el Príncipe debe manejar bien todos los medios a su alcance para mantener el Estado, aunque sea mentir, vivir de las apariencias...

–Una idea básica pero efectiva.

–Una idea que siempre está en vigencia.

Ciro y Cervan prosiguen su tranquilo camino por aquellas solitarias calles, fijándose en uno de

esos grafitis con el símbolo de Los Albatros que vieron en Ítaca 3 que ahora decora la fachada de un bloque de viviendas.

Prosiguen por un paso subterráneo que en realidad es un lujoso bulevar comercial. Decenas de tiendas de todo tipo jalonan una senda luminosa pero silenciosa, en la que los escaparates y los mensajes promocionales aparecen por todas partes, invitando a visitar sus ahora negadas maravillas.

Al salir de esa suerte de túnel son sorprendidos por una fascinante estampa que les deja anonadados durante varios segundos. Es el comienzo de una ancha y larga avenida jalonada de edificios brillantes como espejos que culmina en un gran edificio en forma de pirámide escalonada formada por cuatro inmensos cuerpos y coronada con un espectacular mirador. Ciro lo reconoce al instante. Se trata del edificio de la sede del Comité Central, el último reducto de resistencia oficial de la Capital caído solo unas horas antes.

Las columnas de humo, cada vez más diáfanas, se dejan aún ver aflorando desde el perímetro de la pirámide. Ciro no puede evitar pensar que ahí está el lugar que jamás pisará, en el que nunca trabajará. El futuro con el que siempre había soñado se encuentra tan cerca, tan a mano, como irrealizable.

Continúan para girar a la izquierda por calle de la que no se atisba fin, siguiendo las indicaciones del GPS de la muñeca de Ciro. Ya se encuentran cerca de su objetivo. Un par de manzanas más allá se topan con uno de los puntos de control establecidos por Los Albatros. Una barricada de acero en la que se encuentran media docena de Albatros fuertemente armados y pertrechados. Ciro detiene el vehículo y enseña a través de la ventanilla el pase de Ágata. Ni una palabra, solo un gesto. Todo está en regla.

Prosiguen unos minutos más en esa dirección, admirando la belleza arquitectónica de la Capital, de algún modo, a pesar de las circunstancias, tratando de disfrutar de un paseo que saben que no se va a repetir. Del aura de un lugar ahora maltrecho pero que, no tiene ninguna duda, volverá a billar más pronto que tarde. Volverá a fluir la vida... aunque ya no estará él allí para verlo.

El dispositivo de la muñeca vibra repetidas veces y el puntito rojo parpadea para quedar finalmente fijo. Ciro detiene el vehículo y echa el freno de seguridad. Ese es el lugar. Frente ellos se alza una entrada amplia y acristalada que traspasan a través de unas elegantes puertas rotatorias. Con sumo cuidado acceden a un vestíbulo oscuro y solitario en el que domina una barra de recepción y una serie de columnas de corte clásico junto a las que se han colocado sillas y sofás de espera. Ciro imagina la actividad de un lugar como ese en un día normal, las idas y venidas, los encuentros casuales, las reuniones informales...

Llegan hasta la pared del fondo, junto a unas robustas escaleras que inician una espiral hacia arriba. En un cartel está el directorio de oficinas, casi todo organismos gubernamentales, entre los que se encuentran las siglas T.C.N.S., sito en la planta treinta y siete. Pulsan el botón del ascensor y éste se abre sin demora, aupándoles hasta el piso seleccionado en cosa de unos segundos.

Las puertas se abren dando lugar a un largo pasillo salpicado de puertas. Aquí hay luz corriente, la de emergencia, la cual dota al lugar de una atmósfera roja que eriza la piel. Ciro y Cervan avanzan con precaución, dando pequeños y seguros pasos, manteniendo los ojos, en el caso del primero, y los sensores, en el caso del segundo, alerta. La mayoría de puertas no tienen nombre, mientras que en otra se puede leer las palabras SALA DE REUNIONES, otras van rotuladas con PRIVADO, SALA DE RECREO, SALA DE BRIEFING, DOCUMENTACIÓN. Documentación, ahí está, esa debe ser la que andan buscando.

Con gesto cuidadoso Ciro posa su mano en el pomo de la puerta y lo acciona con éxito, la

puerta se encuentra abierta. Ambos la traspasan y cierran a su paso, encontrando a continuación el interruptor que ilumina la estancia. Ciro parpadea un par de veces para acostumbrarse a la potente luz que surge del techo y que ilumina una pequeña sala con un gran terminal de ordenador que prácticamente ocupa toda una pared y varias estanterías que llegan al techo. El joven se acerca a uno de los estantes para comprobar que todos están vacíos. .

–¿No debería haber documentos en la sala de documentación? –pregunta Ciro desorientado.

–Sí, por definición... Quizás lo tengan todo informatizado en ese terminal.

–Sería un error. Si algo nos enseñó el Gran Estallido es que, ante una catástrofe de esa categoría, lo primero que desaparece es la tecnología, los archivos digitales.

–Cierto es, pero no es menos verdad que no tenemos ni idea de cómo clasifican la información en instituciones de este tipo. Una facción que, en teoría, lleva diez años sin funcionar... aunque estas instalaciones no tienen pinta de haber dejado de ser utilizadas en absoluto.

–Venga, corta el rollo y ponte con ello.

Ciro enciende el terminal y observa como Cervan salta del suelo a la silla que hay frente al ordenador y de ahí al escritorio sobre el que descansa el terminal. Activa su función inalámbrica y se conecta a equipo. La pantalla se ilumina mostrando el célebre emblema de la Capital, ese círculo mitad luna, mitad Tierra.

En la esquina superior derecha aparece una ventana que pide la consabida contraseña y un control telemétrico.

–Oh, oh –dice Cervan mientras chequea la interfaz.

–¿Qué pasa?

–Este terminal solo se activa con los datos telemétricos del agente titular de la sección. Concretamente la mano izquierda de un tal Ian Meza Cox.

–¿Cox? ¿Tiene algo que ver con la presidenta?

–Déjame que busque en mi base de datos particular... –el pequeño robot emite varios zumbidos–. En efecto, es el segundo hijo de la venerada Presidenta Amelia Cox, su padre también fue comisionado, el fallecido Robert Meza. Según mis archivos Ian nació unos años antes de la implantación del Acta de 5 noviembre. A los dieciocho, tras la debida instrucción, y tras acabar su formación académica con matrícula de honor, comenzó a trabajar en el T.C.N.S. Es el jefe de una sección que, en teoría, ya no tiene la misma función que antaño.

Ciro se lleva las manos a la cabeza, de nuevo la frustración, esa sensación que parece no querer abandonarle, se hace fuerte en sus entrañas.

–Mierda, ¿cómo se supone que vamos a encontrar a ese tío?

–Si atendemos a la información extraída por Los Albatros, los principales dirigentes de la Capital han puesto pies en polvorosa. Siempre he querido decir esa frase. Pies en polvorosa... Es decir, que han huido.

–¿Seguro que no hay otra manera de acceder a los datos?

–Déjame intentarlo, puedo buscar referencias físicas en la red y probar con...

–Eso no va a ser necesario.

Ciro y Cervan giran sus cabezas al unísono hacia la entrada al escuchar la última frase. Un escalofrío recorre la espalda de Ciro provocándole un pinchazo en la zona de la nuca que le deja unos segundos agarrotado. Apostado allí se encuentra un hombre que ya ha pasado los cincuenta años, alto y corpulento, con el pelo plateado y un cigarrillo electrónico en los labios que les apunta con una pistola de perforación.

–Vaya, menuda casualidad más improbable –expresa Cervan tras identificar el rostro de ese hombre–. El mismísimo Ian Meza Cox en persona.

–Aléjate de ese terminal o te pulverizo, perrito.

–Tranquílcese señor Meza Cox, no es necesaria la amenaza. Un metro más cerca o más lejos es del todo irrelevante en este caso, ya que puedo controlar el terminar hasta una distancia de...

Un estruendo resuena en la sala, una detonación que emerge del arma de Meza Cox y que acaba con el cuerpo de Cervan partido en decenas de pedazos esparcidos entre la mesa y el suelo.

–¡No! ¡No! ¡Cervan!

Ciro es arrancado de golpe de su aletargamiento, hincando las rodillas en el suelo y recogiendo el trozo más grande que queda de Cervan, la alargada cabeza negra de la que ahora cuelgan varios cables.

–¿Cómo has podido...¿ ¡Cabrón hijo de...!

–Ssssh, calma o acabarás peor que tu perrito.

–Desgraciado. No... no había necesidad de esto... –dice Ciro temblando. Sus ojos refulgen, sus dientes chirrían.

–Tranquilo, chico, ya eres mayorcito para andar con esos juguetitos, ¿no?

Ciro respira hondo, aguanta la furia, recuerda por un momento la meditación, su mantra personal. Cerrar los ojos. Respirar. Concentrarse en el objetivo. Cuenta regresiva... Examina los restos de la cabeza de Cervan y comprueba su interior. Acto seguido mete el trozo de plástico y cables en su mochila con sumo cuidado, despacio, sin perder de vista ni un segundo al tipo de la pistola.

–Cuidado, no sé qué llevas en esa mochila... –dice Ian sin dejar de apuntar a Ciro, el cual deja la mochila muy despacio sobre la mesa del ordenador.

–Así que eres tú... He visto esos ojos muchas veces en las pantallas del CARA Discursos, anuncios, mítines y todo lo demás. Te pareces bastante a tu madre.

–Eso dicen, pero no nos parecemos demasiado más allá del físico. Ya ves, yo sigo aquí mientras la gran y reverenciada Amelia Cox ha huido dejando la Capital en bandeja de plata.

–Créeme Ian –Ciro pronuncia ese nombre con total desprecio–, que se hubiera quedado tu madre o no habría significado lo mismo. Yo también era un incrédulo, pero la fuerza de esos Albatros es inagotable e imparable...

–¿De esos Albatros? ¿Acaso no eres tú uno de ellos?

–No, mi nombre es Ciro 27-7Y. El pasado mes de octubre fui expulsado del CARA por el gabinete médico y desde entonces no he hecho más que deambular por ese curioso mundo que nos rodea.

–Entiendo –Ian Meza Cox baja unos centímetros el arma, relaja la postura–. Y después de tanto deambular por ahí has acabado aquí, en la sede del T.C.N.S. ¿Por qué?

–¿No es obvio?

Ian se queda mirando a Ciro durante unos segundos, escrutándole, tratando de indagar en ese rostro demacrado, en esos ojos que reflejan una gigantesca decepción.

–Así que has venido a por información.

–Eso es.

–Pues no la vas a encontrar en ese terminal y, como ya habrás comprobado, tampoco en esta sala. De hecho ya no existe documento alguno, físico ni digital, de la actividad del T.C.N.S.

–¡Mientes! Si es así, ¿porque has disparado a Cerv... al perro robot?

–Porque no me gusta que toquen mis cosas. Además, esas IA me ponen de los nervios. Se creen más humanos que los humanos. Es irrisorio.

–Ellos tenían razón. No eres más que un asesino.

–Estás mal de la chaveta, chico. ¿Asesino por disparar a un trozo de plástico hablante?

–Claro, ya veo. Supongo que ahora viene cuando lo niegas todo, te escandalizas ante mis acusaciones y te enorgullecés de tu magnífico trabajo, de tus cruciales servicios prestados a la Capital matando bebés.

La mira de rifle de perforación vuelve a estar en línea con el pecho de Ciro. Ian Meza lo sujeta con firmeza, con tanta fuerza que hasta cruje. Ciro le aguanta la mirada con un descaro y un desprecio tan profundo que el agente del Tribunal siente casi como si le atravesaran de parte a parte.

–Así que ese es el cuento que te han contado... Y que tú automáticamente te has tragado

–No me he tragado nada, he hablado con decenas de personas que malvivían acampadas fuera del escudo que me han contado historias que hielan la sangre... Historias en las que es imposible no creer.

–Historias, ¿eh? Yo también tengo unas cuantas de esas, Ciro 27-7Y –Ian pronuncia despacio la numeración de serie del nombre de joven–. De cómo diez mil personas que bajaron de la Luna con ideas para regenerar un planeta arrasado y moribundo construyeron un lugar con ilusiones y esperanza. Un lugar que acogía a todo aquel que lo necesitaba, que ayudaba, que no dudaba en compartir recursos con aquellos que venían de las profundidades de la Tierra. En apenas un par de años la población se quintuplicó, unos pocos después superamos el cuarto de millón. Saqueos, ataques, destrucción y apropiación de bienes comunes... Mi madre me lo contó todo. Primero tuvieron que recurrir al escudo para protegerse, después a medidas que a nadie le gustaban pero que todos conocieron y aceptaron para preservar lo que tenían...

–No todos acataron el Acta del 5 de noviembre. Que este lugar y tu cargo existan es prueba de ello.

–Crees que sabes algo, pero nadie que no viviera lo que se vivió aquí dentro tiene el derecho de opinar. Yo tenía once años cuando se aprobó el Acta. El escudo controló lo que había fuera, pero no lo que había dentro. Sencillamente no había alimento para todos. A pesar de las nuevas técnicas y programas, los avances en la agricultura híbrida eran del todo insuficientes. Surgieron nuevos movimientos de protesta, una feroz oposición, grupos violentos a los que costó controlar. Todo eso fue cortado de raíz con la ley de hijo único. El estado se endureció, comenzaron las deportaciones, se depuró a la población descontenta... El equilibrio solo se logró conteniendo y controlando a la población, familia a familia. Y sí, en eso mi labor fue fundamental.

–Enhorabuena. Eras un criminal amparado por la ley.

–¡Era lo que se necesitaba que fuese! –Ian eleva tanto la voz que las paredes parecen temblar–. Fueron veinte años difíciles, de impopulares tomas de decisiones, pero todo eso condujo a la estabilidad, al progreso, al bienestar. Cuando ya no fue necesaria se derogó el Acta y mi sección quedó como un instrumento para el control y seguridad ciudadana. ¿No lo ves? Cumplió su función, la usamos mientras la necesitamos, y el resultado fue magnífico.

–Casi... casi me das pena –Ciro se detiene, observa como Ian se va poniendo cada vez más rojo, cada vez más furioso–. No sé que me asombra más: tu total falta de empatía hacia tus semejantes o que de verdad creas que algo construido sobre la muerte de inocentes tiene algún valor.

–Como te he dicho, tú no puedes entenderlo. Solo eres un...

–¿Un qué? ¿Qué es lo que soy? Si estoy aquí escuchándote es porque precisamente quiero saber eso. Quién soy. De dónde vengo. De quién me arrancaste.

–Me temo que eso no va a pasar, chico.

–No pienso irme de aquí sin saberlo. O me dices dónde están esos archivos o me pegas también un tiro. Tú eliges.

–Ya veo. Y te creo, vaya que si te creo. Los archivos están todos aquí –Ian suelta momentáneamente la mano derecha del rifle para señalar su propia cabeza.

–Eso es imposible, nadie puede memorizar eso.

–Y no lo he hecho, me he injertado un chip de memoria en el lóbulo temporal. Cuando Los Albatros vengan, que vendrán, tendrán que negociar conmigo si quieren tener acceso a esa información. Si me matan, pum, el chip se destruye y adiós información.

–¡Eso es ilegal!

–No seas estúpido. Ahora mismo lo legal y lo ilegal deambulan sin mucho control por estas calles, ¿no te parece? Todos hacemos lo que podemos para preservar lo que es nuestro. Para sobrevivir un día más.

–No lo entiendo. ¿Por qué no te has ido con tu madre? Seguro que oportunidad no te ha faltado...

–Porque yo, a diferencia de mi madre y ese atajo de ratas cobardes con galones, he decidí quedarme y pelear. Tu gente habla de inclusión, convivencia y todas esas cosas, ¿no? Pues yo pienso defender aquello en lo que creo hasta las últimas consecuencias.

Ciro traga saliva y se aferra a la mochila donde ha depositado los restos de Cervan. Siente que ese tipo que tiene delante es más peligroso de lo que juzgó en un primer momento. A su mente acude una de esas frases de Maquiavelo que se le habían quedado grabadas a fuego. “Nada grandioso fue conseguido jamás sin peligro”.

–Seguro que ya has tenido acceso a mi expediente desde que te di mi nombre y número de referencia –barrunta Ciro–. ¿Por qué no me dices lo que quiero oír y así me puedo largar de aquí?

–¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por qué tendría que ayudar a un ex aspirante a Ciudadano expulsado que ha andado con los terroristas que han destruido lo que con tanto sufrimiento construimos?

–Porque me estoy muriendo, supongo que eso también lo habrás visto en el expediente. Tú has tenido padres, te han podido decepcionar más o menos, darte más cariño o menos, pero siempre han sido una referencia en tu vida. Yo he vivido siempre pensando que estaba solo, con un vacío que intenté llenar de sueños y metas, de estudios que al final no sirvieron para nada. Ahora tengo una oportunidad, siento que la tengo, de quizás poder conocerles antes de que sea demasiado tarde

–¿Y por qué piensas que ellos quien conocerte a ti? ¿Están preparados para eso? ¿Merecen ese vuelco a sus vidas? Tú ya estás muerto, ¿no? Pero ellos, ¿podrán soportarlo?

Ciro se queda unos segundos congelado, sin saber qué responder, sin saber cómo reaccionar. Siente como un tic nervioso se ha adueñado de su ceja izquierda, como una fría niebla le recorre todo el cuerpo despacio, petrificándolo. Entonces, sin querer, en el momento menos oportuno, en aquel que creía que debía de mostrar toda su fortaleza, todo aquello que le habían llevado a ser lo que era: determinado, decidido, frío, un par de lágrimas caen a plomo por sus mejillas.

Ian Meza Cox baja de forma definitiva el arma, la engancha con la correa a su espalda y camina los cuatro pasos que le separan de la posición de Ciro. Levanta las manos como ofrenda de paz y señala al dispositivo de la muñeca del joven. Éste, extrañado, con las mejillas aún húmedas, levanta el brazo y deja que Ian establezca un par de ajustes.

–Ahí encontrarás lo que buscas. Si es que no se han ido ya...

Ciro mira su pulsera, agarra la mochila y se la cuelga por un asa. Despacio y con la mirada gacha se dirige hacia la puerta, lugar donde se detiene un par de segundos antes de abandonar aquel lugar para siempre.

–Se llama Duna –revela Ian–. Piénsalo bien, chaval, yo en su lugar no querría conocerte.

XXVI

Un caminar errático le arrastra hasta el coche, una fuerza invisible le empuja a su interior, una pena inmensa le deja clavado en el asiento del conductor durante un buen rato. El entorno se difumina, el tiempo deja de tener el mismo valor.

¿Qué se supone que estoy haciendo?

No es consciente de lo fuerte que está abrazando esa mochila que contiene los restos salvados del pobre Cervan, de lo mucho que le está afectando el haberse quedado solo en este viaje. Rebusca en uno de los bolsillos exterior de la mochila para sacar el tubo con las pastillas de morfina. Toma una y la traga a palo seco.

Esto tiene que parar. Necesito que pare.

Siente que su cabeza va a estallar. Aguanta el vómito, agarra con todas sus fuerzas el volante, cierra los ojos, tanto que casi se los traga. Cuando los abre trata de focalizar su vista en un punto, en uno de los numerosos árboles de laboratorio plantados en esas avenidas desde hace años. En sus hojas y ramas, en el suave movimiento que le produce una brisa que hacía tiempo que no dejaba notar en la Capital por culpa del control que sobre la atmósfera ejercía el Escudo.

¡Espabila! ¡Haz algo! ¡Hazlo ya!

Ciro grita y obtiene un desahogo que su cuerpo le exigía con cada uno de sus átomos. Abre la cremallera grande de la mochila y extrae de la misma el trozo de Cervan en el que se distingue la cabeza y el inicio del cuello. Lo examina con detenimiento, le pasa la mano por el casco negro que hacía las veces de visor y le da la vuelta para volcar su atención en los cables y demás componentes electrónicos de los que desconoce el nombre que cuelgan del trozo de plástico cercenado. Introduce la mano esperando palpar un objeto de forma cilíndrica de tamaño no superior a un dedo. Cuando cree tenerlo lo extrae con sumo cuidado, sacándolo al exterior enganchado a unos cables que a su vez se hallan unidos al casco por una placa atornillada. No reprime una sonrisa, ahí está lo que busca. Es el disco duro de Cervan.

Sin reparar en demasiado cuidado lo arranca de los cables que lo unen al ya inútil trozo de plástico que hacía las veces de cabeza y lo observa con mayor detenimiento bajo la luz del techo. Parece intacto, el puerto de conexión se ve como nuevo. Introduce la tarjeta llave en la ranura de ignición y a continuación, cuando el ordenador de a bordo se ilumina, encaja el cilíndrico disco duro en su ranura correspondiente. Giro aguarda unos segundos que se les hacen eternos mientras el vehículo reconoce el nuevo dispositivo insertado.

—Al habla Cervan, el perro que enseña.

—¡Cervan! Oh, por la luna. ¿Cervan? ¿Puedes oírme?

—Alto y claro, humano. Detecto por tu entusiasmo que nos conocemos.

—Vamos, Cervan, déjate de bromas. Creí que te había... perdido.

—¿Perdido? Vamos, Giro, déjate ver. Un momento, ¿por qué no puedo ver nada... por qué no puedo moverme? ¿Qué es esto que estoy detectando...?

—Tu cuerpo ha sido destruido, Cervan —el joven aguarda unos segundos antes de seguir, buscando la mejor forma de decirle lo que le tiene que decir—. Ahora mismo, bueno, esto... estás en el ordenador de a bordo de un coche.

–¿En la consola de un coche?! ¿Bromeas? Esto es un atropello... Nunca mejor dicho.

–Sí, lo siento, era la forma más rápida de comprobar si habías sufrido daños en tu disco duro.

–Mi unidad de disco duro se encuentra al cien por cien de su rendimiento, si es eso a lo que te refieres. Pero, ¿dónde están mis patas? ¿Mis preciosas y articuladas patas? ¿Qué diantres me ha pasado?

–Uhm, ha sido Ian Meza, ¿le recuerdas encañonándonos con una pistola de perforación? Pues eso. En cuanto a lo de tus extremidades, bueno, me temo que habrá que buscarte unas nuevas, compañero –el joven resopla, se mesa el pelo–. Un cuerpo nuevo en realidad. Ya veremos qué hacemos.

–¿Ya veremos qué hacemos? ¿Ese es tu plan? ¿Tú te estás oyendo bien? –la metalizada voz de Cervan suena cada vez más grave a través de los altavoces del coche–. No puedo vivir confinado en este rudimentario aparato, yo estoy acostumbrado a andar libre por mundo, investigar, sortear peligros...

–Vamos, relájate. Y tampoco te pases, Súper Perro.

–Te oigo regular por este aparato del demonio pero sigo captando tu ironía totalmente desprovista de gracia.

–Te prometo que haré todo cuanto pueda para devolvarte a un cuerpo lo más... –Ciro sopesa opciones, no tiene ni idea de cómo lo va a hacer pero lo va a hacer– parecido al que tenías. Pero ahora mismo tengo asuntos más urgentes que tratar, Cervan.

–Oh sí, mis disculpas. Supongo que he reaccionado de forma desproporcionada al hecho de estar atrapado en el salpicadero de un coche –confiesa Cervan haciendo también uso de un sarcasmo del que Ciro prefiere no comentar–. Si al menos tuviera acceso a las funciones motoras del vehículo me convertiría en algo así como el coche fantástico. ¿Viste esa antigua serie de televisión del siglo XX?

–No, Cervan, no tengo ni la más remota idea de lo que me estás hablando.

–Está bien, corramos un tupido velo. Un virtual velo para condenados coches. ¿Has obtenido información de Meza Cox?

–Así es.

–Vaya. ¿Cómo lo has logrado? Y aquí puedes ser todo lo fantasioso y heroico que quieras. Me cuentas lo que me cuentas me lo voy a creer.

–Siento decepcionarte, pero simplemente me la ha dado.

–Claro. Enfundó el arma, te dio la clave del terminal y te dijo “sírrete” mientras buscaba una silla y ponía los pies en alto.

–Pues no fue para tanto, la verdad –Ciro sentía como el dolor punzante de unos minutos atrás se diluía gracias a los fármacos, de pronto su cabeza estaba más ligera, sus ojos amenazaban con cerrarse un buen rato–. Mira, estoy muy cansado, le he pedido que me de la dirección que figura en mi expediente y me la ha dado.

–¿Por qué crees que lo ha hecho?

–No lo sé, como imaginarás no me ha dado explicaciones. Supongo que, en lo más profundo de su conciencia, sabe que lo que ha estado haciendo para ese Tribunal está mal, que es una abominación enmascarada de necesidad –Ciro respira hondo, trata de encajar las piezas, de analizar la situación de la forma más objetiva posible, pero sabe muy bien que es imposible–. O a lo mejor simplemente le di pena.

–Sea como sea ya sabes la verdad. Al menos de cuál es tu origen...

–Sí, se confirma que soy un jodido crío arrancado de los brazos de su madre por ese Tribunal.

–Cuánto lo siento, Ciro, de verdad.

–Lo sé, tranquilo. Todo este tiempo he estado preparándome mentalmente para este momento, para afrontar la verdad y dar un paso adelante, despojarme de todo lo que ya no me vale y centrarme en lo que puedo hacer, aunque sea poco. Pero es duro, es muy duro.

–Ojalá pudiera ayudarte, compañero.

–Ya lo haces, Cervan, lo llevas haciendo desde que nos encontramos en ese inmenso vertedero –el joven cierra los ojos y casi puede trasladarse a aquel momento, entre las inmensas montañas de desperdicios, el inclemente sol y la incurable amargura que desde entonces le acompaña–. Te va a sonar a tópico entre los tópicos, pero hasta que no he sentido que ya no podría volver a hablar contigo no me he dado cuenta de lo mucho que me hace falta tu amistad.

La sentida confesión viene seguida de unos segundos de silencio y procesamiento, de conexiones eléctricas, de búsqueda y de significado. La máquina analiza, interpreta unas palabras que conllevan mucho más. En el mar de datos donde se mueve su existencia, tras más de dos décadas de intercambio personal con miles de personas a través del vasto y parcheado mundo de los humanos, Cervan al fin siente que ha encontrado un amigo. Un amigo al que sabe perfectamente cómo tratar, que cosas puede y no puede decirle y qué momento es el más oportuno para cambiar de tema y ayudarle de verdad en aquello que más necesita ahora mismo.

–Dime la dirección que obtuviste de Meza Cox y haré un rápido barrido por todos los datos que poseo del lugar –pide Cervan–. Ya estás cerca, Ciro, déjame que te eche un cable más.

–Su nombre es Duna. Distrito 25, granja 9-B. Es todo lo que tengo.

–Distrito 25, ¿eh? Se encuentra en las afueras, justo en el linde con la zona donde solía levantarse el escudo interior. El anillo exterior, dentro de los límites urbanos de la Capital, es el utilizado para la regeneración del aire a través de un complejo sistema que absorbe el aire del exterior y lo transforma en unas inmensas cámaras que se conocen con el nombre de granjas.

–Sí, las he visto toda mi vida desde la azotea del CARA –responde Ciro con la voz recubierta por la pena–. Son espacios verdes que filtran el aire y lo purifican para la vida en el interior de la Capital.

–Exacto. Ahora que el escudo ha caído y que el aire que entra en territorio capitolino es el mismo que se respira fuera, la labor en esas granjas es del todo innecesaria.

–Probablemente haya huido –el joven se encoge, su mirada se oscurece por momentos–. No sé, yo en su lugar lo habría hecho.

–O quizás no. Abandonar el hogar nunca es fácil, tú lo sabes bien, Ciro.

–Pero esto ya no es un hogar para nadie. Puede serlo en un futuro, no te digo que no, pero los que se queden tendrán que poner mucho de su parte para que funcione.

–Cierto es. Queda lo más complicado, pero hay muchos de los viejos Ciudadanos disconformes con la política llevada a cabo por el gobierno saliente que están dispuestos a afrontar estos cambios con la actitud más positiva posible. Si tu... madre, la tal Duna, es la encargada de una de esas granjas purificadoras de aire no creo que haya abandonado su puesto. Desde tu posición en la última planta del CARA no podías ver lo preciosos que son esos espacios. Créeme, existe un número muy reducido de posibilidades de que esa mujer haya abandonado un lugar como ese.

Solo hay una manera de ver si Cervan y sus probabilidades están en lo cierto. Ciro arranca el coche y conduce la buena distancia que separa el centro de las afueras, observando el paulatino cambio que va transformando la ciudad del populoso centro a la más espaciosa periferia. Ahí es donde están emplazadas algunas industrias y grandes almacenes de alimento que colindan con amplios parques artificiales que denotan por su incipiente suciedad el abandono al que se han visto abocados tras los intensos días pasados.

Diez minutos después se abre ante el parabrisas la vista que anda buscando. Al final de una larga avenida en pendiente se muestran una serie de cúpulas de cristal que, a pie de calle, tienen la capacidad de impresionar tanto por su gran altura como por la armoniosa belleza que transmiten a la vista. Ciro gira a la derecha y prosigue prácticamente a ralentí esperando a que el dispositivo de su muñeca le indique el lugar exacto donde tiene que parar. El lugar exacto donde puede encontrar a su familia. Cuando lo hace y detiene el coche no tiene más que girar unos grados la cabeza para ver lo que parece un pequeño pero tupido bosque tras una de esas semiesferas transparentes.

Una sensación extraña le embriaga, un vuelco que le hace ponerse en modo alerta, un deja vu. Es como... una especie de bosque de antiguos árboles conocidos como coníferas. Altos, esbeltos, de diferentes tonos de verde. Muy parecidos, demasiado, a los de sus sueños.

Pronto aparece una figura que se mueve entre ellos. Concentrada observa aquellos árboles portando en las manos una especie de dispositivo digital que va consultando al paso. Ciro centra en ella toda su atención. Se trata de una mujer de unos cuarenta y cinco años con el pelo largo y color ceniza recogido en una cola, de rictus serio y mirada viva, viste un mono color granate con un logotipo en el hombro que no llega a distinguir pero que imagina que es el la media Luna, media Tierra de la Capital.

–Buenos días. ¿Puedo entrar... señora?

–En teoría no deberías, pero supongo que ahora ya da igual. Pasa, chico.

–Gracias. Nunca había estado en un lugar como este... Es precioso.

–Muy pocos lo han hecho. En realidad muy poca gente se interesa por esto. Solo pasan por la calle, lo miran como si fuese un escaparate de una tienda y siguen a lo suyo. Concentrados en su cometido.

–Entiendo. Yo mismo tenía esa filosofía hasta hace bien poco, cuando aprendí a valorar el lado hermoso del mundo, ese que tenemos entre todos bien oculto pero que también existe. Este lugar es prueba de ello.

–Debe haberte pasado algo muy fuerte para que pienses así...

–Sí... Sospecho que a ti también.

–Perdona, ¿nos conocemos? Tengo la sensación de...

–No, no creo que nos hayamos visto antes...

–Ya, claro. Soy Duna, encargada de la granja de purificación de aire 9-B.

–Encantado. Yo soy... ehm, Nicolás, y no me dedico realmente a nada.

–Bueno, eres muy joven, aún estarás formándote... Uhm, bueno, ¿eres un Ciudadano o vienes del... bueno, del Exterior?

–Es complicado. Supongo que soy un poco ambas cosas, o a lo mejor ninguna.

–Vaya, qué respuesta tan misteriosa.

–¿Y qué me dices de ti, Duna? Trabajando en un lugar como este en un día como hoy. Con todo lo que ha pasado...

–Ya, puede parecer que esto no tiene sentido, pero es más importante de lo que crees. Ven, acércate, observa este árbol. Vamos, no tengas miedo, toca la corteza. Siéntela...

–Es... esta ceniza. ¿Esto está bien? Perdona, no pretendía...

–No es culpa tuya, se está muriendo, todos se están muriendo. Se caen a pedazos.

–El escudo.

–Eso es, Nicolás... Supongo que sabrás que las granjas como esta son como gigantescos filtros de aire. Todas las impurezas del aire del Exterior han estado pasando por aquí durante años. Se supone que había un plan de regeneración para estas especies, para este microcosmos que ves

aquí, pero de un tiempo a esta parte todos nuestros esfuerzos han sido en vano. Era más fácil y barato fabricar un nuevo bosque que mantener éste. La descomposición es ya irreversible. Yo ya solo trato de alargarles la vida lo máximo posible...

–Entonces, ¿iban a cerrar esta granja?

–¿Cerrarla? No, no, para nada. Como te digo solo iban a sustituir estos viejos árboles por otros nuevos, recién salidos de los laboratorios. ¿Te interesa la bio-botánica?

–Bueno, yo..., no te ofendas pero nunca me ha atraído demasiado. Aunque confieso que ahora lo estoy viendo desde otra perspectiva.

–Je, je, suele pasar. Antes recibía visitas de niños de diferentes centros educativos. Se les llenaban los ojos viendo estos árboles tan altos, los colores, respirando como no lo podían hacer afuera. A todos les preguntaba: ¿qué quieres ser de mayor? Había de todo, como puedes imaginar, pero siempre tres o cuatro decían que querían ser como yo.

–Normal.

–Y tú, Nicolás, ¿ya sabes a qué te quieres dedicar cuando todo esto se estabilice?

–¿Crees de verdad que lo hará?

–¿Estabilizarse? No lo dudes. He vivido profundos cambios, ascensos y descensos, crisis y bonanzas. Todo termina pasando para volver a empezar de nuevo. Renacer es algo inherente al ser humano.

–Bueno, en tal caso no estoy muy seguro... Se suponía que iba a estudiar leyes, ya sabes, el Código, pero ahora eso no tiene ningún futuro.

–¿Por qué dices eso? Conocer lo anterior es esencial para construir algo nuevo. Si la Capital ha caído es precisamente porque se han cometido errores gravísimos, errores terribles que han pretendido enterrar y que supongo que ahora saldrán a la luz... Solo analizando el pasado, conociendo al dedillo la historia, se está preparando para un nuevo proceder.

–Ya, aprender del pasado y todo eso.

–¡Es que es vital! Parece que la humanidad está condenada a repetir una y otra vez las mismas faltas. Siempre poniéndonos unos encima de los otros, acaparando, matándonos... Algún día tendrá que aparecer alguien con ideas nuevas, que sepa bien donde hay que pisar y dónde no para reconducir nuestro camino.

–Sí, pero ese no voy a ser yo, créeme.

–Podrías, o no, supongo que depende de muchas cosas...

–Algunas ni siquiera están en nuestras manos.

–...

–¿Qué? ¿Por qué me miras así? ¿Qué he dicho?

–No, nada, lo siento. Es que te presentas aquí con todo lo que está pasando y hablamos casi como si nos conociésemos de toda la vida... Pero no sé quién eres ni a qué has venido.

–Yo... yo... solo pasaba por aquí. Me llamó la atención este bosque y...

–¿Te encuentras bien... Nicolás? No quiero ser grosera, pero pareces enfermo. ¿Necesitas...?

–No, tranquila. No te preocupes, estoy bien. Es solo cansancio, los efectos de un largo camino... Una larga historia.

–Eso lo respeto. Muchos cargamos con un pasado difícil, doloroso... Pero, por desgracia, no todas las historias merecen ser contadas.

–Perdona, no quiero molestarte más. Debo... debo seguir mi camino. Además, veo que tienes mucho trabajo, y a buen seguro querrás volver cuanto antes junto a tu familia...

–Familia... No, por eso no has de preocuparte. Hace mucho que perdí esa parte de mi vida.

–Lo siento, Duna. No pretendía...

–Tranquilo, no es eso. Solo estoy separada. Desde hace dieciséis años lo único que tengo es a estos gigantes verdes... Hum. Supongo que pensarás que estoy loca.

–Nada de eso. Tienes un propósito, un bonito mundo solo para ti, que depende enteramente de ti.

–Supongo que llevas razón. Espero que tú también encuentres algo que merezca la pena al final de tu camino.

–Bueno, me conformo con encontrarlo a la mitad...

–No es mala filosofía. Buen viaje, muchacho. Y gracias, de verdad.

–¿Gracias? ¿Por qué?

–Por recordarme que acerté cuando aposté por la vida.

XXVII

Su sueño nunca fue ser madre hasta que sintió cómo la vida crecía en su interior. Sin síntomas ni avisos, cuando a las dieciséis semanas de ignorada gestación sintió el par de pataditas que pusieron su mundo del revés. Entonces saltaron todas las alarmas de golpe, convirtiendo de la noche a la mañana su existencia en una eterna incertidumbre. En una sala de control de un submarino en guerra bañada por una imperturbable luz roja.

Pasaron los días y el secreto dejó de serlo, la carga se equilibró, pero aquello no le hizo sentir ni mucho menos mejor. Había que hacer algo, moverse entre las sombras, buscar información, dar con gente en su misma situación. Contra toda lógica, contra la legalidad vigente, contra la opinión de su marido y el mismísimo sentido común, Duna decidió lo indecible... Decidió tener el bebé.

–De verdad, Duna, no entiendo por qué estamos teniendo esta conversación. Hay cosas contra las que no se puede luchar, es del todo inútil, es gastar tiempo e ilusiones en algo que está perdido de antemano. Tienes un serio problema.

–Eso lo dices tú, Jon, el auténtico problema lo tienes tú si crees que no debo luchar por esto con cada centímetro de mi ser. No te entiendo, no te reconozco...

–¿Tú te estás escuchando? –exclamó Jon para, automáticamente después, bajar la voz–. No estamos hablando de mudarnos a otra casa o comprarnos un coche nuevo, simplemente no podemos tener ese bebé. Es ilegal. No nos pertenece esa decisión. Punto.

–Es nuestro hijo –el rostro de Duna estaba desencajado por completo–. ¿Cómo no se te remueve todo por dentro? ¿Cómo puedes hablar de esa forma sobre tu propio hijo?

–¿Crees que todo esto no me afecta? Por la luna, cariño, nos conocemos de mucho tiempo... Nos queremos.

–¿De verdad?

–¿En serio me estás preguntando eso? –Jon se llevó las manos a la cara, daba vueltas sin sentido alrededor de la habitación–. Por favor, relájate, respira hondo. Veamos esto con frialdad, sabes muy bien cuál es la situación, cuál es la única opción que tenemos...

–¿Frialdad? ¿Única opción? Me estás rompiendo por dentro –Duna se sentó en una de las sillas del salón-comedor, su mirada transmitía una profunda desilusión, una tan grande como nunca había experimentado hasta ese momento.

–Pues entonces dime tú que hacemos. Vamos, ¡dímelo! Si alguien te ve embarazada te denunciaran y te lo arrancarían de las entrañas. Si consigues pasar desapercibida estos meses y das a luz te lo quitarán igualmente. Es un putito callejón sin salida.

–Eso no lo sabes. Hay formas... Existe gente que nos puede ayudar.

–¿Formas? ¿Gente? ¿De qué estás hablando? –el sudor ya empapaba la frente y la camisa de Jon–. ¿Cómo se esconde a un niño? Dime. ¿Qué futuro podría tener cuando creciera, cuando tuviera que ir al colegio? ¿Y después? ¿Qué sería después de él? ¿Un paria social, un don nadie al margen del sistema?

–Encontraríamos otra vía. Siempre hay otro camino si así lo quieres.

–¿Te irías al Exterior? ¿Abandonarías tu vida aquí? ¿Es eso lo que me estás diciendo, Duna? –el tono de Jon era cada vez más desesperado–. ¿Qué pasa conmigo, eh? ¿Qué pasa con Benjamin?

–Es tu hijo.

–También tuyo.

–Pero yo no lo parí.

–Ya, claro, por supuesto. Así que es eso... –Jon dio unos pasos y se paró justo frente a Duna–. No me digas que tienes algún tipo de frustración porque Benji no sea tu hijo biológico... Sabes muy bien que para él no hay más madre que tú. Ni siquiera puede recordar a su pobre...

–Veo que no te enteras de nada, Jon. Absolutamente de nada. Esto no estaba planeado, ni siento frustración alguna ni dejo de querer a Benji por esto. Pero ahora mi primera preocupación es lo que tengo aquí dentro –Duna posó sus manos sobre su aún delgada barriga–. Ya no te voy a pedir más que me entiendas, y tampoco hace falta que me expliques lo que dicta la maldita Acta de 5 de noviembre. Solo quiere que respetes mi decisión. Que me apoyes. ¿Podrás hacerlo?

Jon se dio la vuelta y se llevó las manos a la cabeza. Por su mente pasaban toda clase de pensamientos negativos, de miedos, de angustiosas tribulaciones. Se visualizó viviendo una vida que no quería vivir, que se alejaba por completo de todo cuanto había deseado. Se vio ocultándose, huyendo, intentando trampear el sistema, mirando siempre a su espalda, durmiendo con un ojo abierto el resto de su vida. Perdiendo una posición que le había costado mucho conseguir. Convirtiéndose en aquello que siempre odió.

–Lo siento, Duna. Esto también me parte el corazón aunque no lo creas, pero me parece que no puedo hacerlo... No puedo darle la espalda a todo lo que soy, a todo en lo que creo, a todo cuanto hemos construido juntos. No te voy a ayudar, pero tampoco te voy a perjudicar.

–¿Eso qué se supone que significa? –a Duna estaban a punto de saltársele las lágrimas, pero logró mantenerlas a raya un rato más.

–Escúchame, cariño. Pensémoslo mejor, ¿vale? No hay que tomar la decisión hoy, aún estamos a tiempo. Si decides buscar ayuda no me opondré, pero tampoco formaré parte de ello.

–¿Me estás dejando, Jon?

–En absoluto. Te repito lo que te llevo diciendo desde el día que nos conocimos: te quiero. Eres la mujer de mi vida, Duna, pero creo que la que me está dejando eres tú.

Las siguientes semanas fueron devastadoras. La convivencia se puso cada vez más difícil, el hogar estaba roto. Las posturas no variaron ni un ápice, ambos estaban convencidos de que tenían razón y de que dar su brazo a torcer supondría dar rienda suelta a una horrenda abominación. Benji aún era pequeño para enterarse de la película, pero no tanto como para no empezar a sospechar que en esa casa, que en su propia casa, estaba pasando algo. Los silencios prolongados, las lágrimas y la congoja mal disimuladas, una atmósfera triste y enrarecida que pesaba sobre cada centímetro de ese hogar.

Por supuesto que Duna no se rindió. Nunca estuvo quieta y nunca dejó de tener el tema en su cabeza. Para ella ya no había nada más que procurar la seguridad de su futuro hijo, costase lo que costase, doliese lo que doliese. Por eso removió cielo y tierra, sin descuidar ni una sola de sus funciones y obligaciones como Ciudadana, actuando de forma discreta pero decidida para encontrar a aquellos de los que había oído hablar, una organización que se movía al margen del sistema, una leyenda urbana que, de pronto, cobraba vida en forma de una misteriosa cita concertada a través de un portal de la red secundaria cuya dirección le fue dada por una amiga que le presentó a una persona que conocía a otra que se había encontrado en situación similar a Duna.

El encuentro tuvo lugar en una exclusiva cafetería del distrito financiero sita en la vigésimo octava planta del edificio de la principal entidad bancaria de la Capital. Fuera quien fuese la persona que le aguardaba allí, Duna tenía claro que debía aplicar la máxima de que el mejor lugar para ocultarse, a veces, es a la vista de todos. Duna preguntó en la barra por Camille, el nombre

que había recibido en el mensaje, y el camarero le indicó con el dedo hacia la zona de reservados del local. Conforme Duna se acercaba podía sentir como todo su cuerpo vibraba, como cada paso dado era toda una proeza. La tensión aplastaba sus pulmones. No podía estar segura de nada, no sabía si podía fiarse, pero el bebé crecía y crecía en su interior y la única opción que veía para salvarlo era arriesgarse. Era arriesgarlo todo.

Se plantó delante de una mesa redonda y un sofá semicircular que se encontraba bajo una suerte de dosel de plástico rojo y negro. Sentada en la parte central se encontraba una mujer rubia y delgada vestida con un impoluto traje chaqueta negro y blanco que aparentaba unos cuarenta años. Se levantó un momento para indicar con un suave ademán a Duna que se sentara.

—Cuando se acerque el camarero pídele un agua purificada. Cuando te la sirva y se dé la vuelta te tomarás esto —la mujer del traje blanco y negro le pasó por debajo de la mesa algo que Duna pronto identificó como una píldora—. No te asustes, solo nos dará información precisa sobre el estado de gestación. En cuanto compruebe los datos en este terminal podremos empezar a hablar.

El camarero hizo acto de aparición y la escena posterior se llevó a cabo de la forma preestablecida. Al retirarse con la bandeja vacía, la mujer pulsó un botón que cerró su reservado con una pantalla de luz artificial.

—Está bien, Duna. Veinte semanas de gestación. Todos los niveles normales. Todo parece en orden —la mujer guardó el dispositivo en una fina cartera negra—. Yo soy Camille.

—¿Este lugar es...?

—El más seguro. Es mío. No debes preocuparte por eso.

—Eso está bien, no creo que me quepa una preocupación más en el cuerpo.

—Lo entiendo, muchas hemos pasado por eso —Camille sonríe para intentar rebajar la tensión del momento—. Yo también he estado sentada ahí, desconfiando de todo y de todos, tratando de preservar lo que es más valioso.

—¿Has tenido más de un hijo?

—Así es. Y funcionó. Si decides seguir con nuestro plan tendrás que hacer exactamente lo que te digamos cuando te lo digamos. No hay medias tintas aquí, no hay margen de error ni flexibilidad. O sigues al cien por cien nuestras indicaciones o estás sola en esto. No hay una tercera vía.

—Vale, vale, lo entiendo. Yo... lo único que tengo claro en este mundo es que quiero tener a mi bebé. Es mi decisión, mi responsabilidad, y que ningún gobierno puede quitármelo.

Camille la mira durante unos instantes, escrutándola, haciendo trabajar a su intuición. Pieza indispensable de la peligrosa labor que lleva a cabo.

—Dime, Duna, explícame exactamente cuál es tu situación legal en estos momentos.

—Soy botánica y trabajo en una de las granjas de purificación de aire que lindan con el escudo interior —explicó Duna con toda la tranquilidad y claridad que pudo reunir—. Estoy casada y soy tutora legal de Benjamin, hijo de seis años que mi marido tuvo de un matrimonio anterior. Ella murió por una fuerte infección cuando el niño apenas tenía un año de vida.

—Así que tú aún no has dado a luz.

—Así es...

—Pero tú situación no cambia. Como bien sabes el Acta de 5 de noviembre establece un máximo de un hijo por familia. Y ya lo tenéis. Si abandonarais el hogar tendrías las mismas ya que el hijo seguiría siendo de tu marido, que ya tiene uno, y sería igualmente ilegal.

—Lo sé. Eso es lo que él dice, estoy en un callejón sin salida.

—Estás en un callejón, sí, pero vamos a buscar una salida.

Duna soltó una larga bocanada de aire, como si llevara varios minutos evitando incluso respirar. La tensión seguía atenazando cada uno de sus músculos, la incertidumbre en la que se

movía le impedía casi levantar la mirada del suelo.

–Mira, Duna, la vía que nosotros ofrecemos es simple pero no es para todos.

–¿Qué quieres decir?

–Seré directa contigo, sin ambages. Te ofrecemos un lugar para tu hijo en la Capital, pero no contigo.

–¿Cómo? No, no entiendo. Yo creí que...

–Espera, deja que termine. Podrás dar a luz a tu bebé y también tendrás la oportunidad de verlo a diario, de ver cómo crece y se convierte en alguien, pero oficialmente tú no serás su madre.

–Y... ¿quién lo sería?

–Oficialmente un número, un Ciudadano fantasma introducido en la base de datos capitolina. En la práctica un centro de formación para niños que gestionamos nosotros mismos. Es obvio que aquí dentro no vas a poder vivir con él, la Seguridad monitorea cada edificio, y por desgracia la delación por parte de vecinos y conocidos está cada vez más en boga. Así que esto es lo que podemos ofrecerte. No será la vida que puedas soñar con él, pero será una buena vida aquí para él.

Duna quedo muda durante unos instantes, apenas respiraba, parecerá que su corazón hubiese dejado de bombear.

–Es... duro, muy duro, pero lo entiendo. No parece haber otra opción.

–En estos años desde la implantación del Acta hemos probado varios planes, pero el único que ha funcionado a medio y largo plazo es este. De todas formas he de hacerte la advertencia que le hago a todas: nunca estaremos seguros al cien por cien, los ojos de la Capital se multiplican y las familias a las que ayudamos también. Esto hace que el riesgo, aunque controlado, sea cada vez mayor.

–Comprendo –a Duna apenas le salía la voz del cuerpo–. Y ¿cuánto... cuánto costaría?

–Nada. Todo. Cada familia aporta lo que puede, lo que considera justo. No estamos aquí para ganar dinero, sino porque creemos que es lo más humano. Hemos llegado a tener lo que tenemos gracias a las aportaciones de madres y padres, no necesariamente monetarias, que nos han permitido ofrecer una solución de vida contra los execrables crímenes del gobierno.

No hicieron falta más palabras ni consultas. Una voz muy dentro de Duna le decía que no, que alejar a su bebé de ella era una crueldad, algo antinatural, pero enseguida contempló la otra cara de la moneda. Era eso o el robo de su criatura, la prueba de Hauser, el terror. Un destino a saber dónde, una abominable ejecución. Así que aceptó. Dejó de hacer preguntas, de barajar más hipótesis, de imaginar futuros negros, y dijo que sí. Se puso en manos de Camille y su grupo.

Pronto comenzó a seguir las directrices que le dieron, desde las más obvias como vestir ropa holgada y limitar el contacto con amigos y allegados, hasta otras como planificar las vacaciones regladas para el último mes de embarazo y falsificar los test de orina y sangre en los análisis semestrales obligatorios. Pero la preparación más importante fue la mental, la construcción de una coraza personal que la preparara contra cualquier eventualidad, para el éxito y el fracaso, para ver a su bebé crecer lejos de su hogar, pero verle crecer al fin y al cabo. Centrarse en lo positivo, expulsar todo aquello que le generara angustia, despojarse de todo lo dañino que había en su vida. No quería transmitirle nada de eso a la criatura que se formaba en su interior. Iba a ser la mujer más fuerte del mundo porque así lo necesitaba, porque así debía ser.

Pasaron los meses y a la par que su fortaleza interior crecía era testigo directo de cómo su vida marital se venía abajo. Primero dejó de hablarse con Jon, después de compartir cama, de compartir incluso habitación. Fingían cierta normalidad en presencia de Benji y en los escasos eventos sociales que no podían eludir. Jon siguió en una autoimpuesta ignorancia, nunca

preguntando nada, siempre temiendo lo peor. Salvaba como podía las apariencias pero era consciente de que ya había perdido todo lo que un día le unió a Duna. La esfera de sentimientos que les había rodeado durante años simplemente se había esfumado.

Los días previos al parto los pasó en una sala especialmente preparada en ese centro donde viviría y educarían a su pequeño. Eva y un médico le hicieron compañía en las recelosas y, sobre todo, ilusionantes horas previas. No podían correr el mínimo riesgo. Todo estaba preparado, todos aguardaban la llegada de la buena nueva.

El 3 de septiembre del año 2166, a las once y cuarto de la noche, Duna alumbró a un niño de dos kilos ochocientos gramos y una gran mata de pelo negro a juego con sus ojos. Los exámenes primarios arrojaron unos resultados que saltaban a la vista: el bebé estaba perfectamente sano. La felicidad que Duna experimentó cuando al fin tuvo a su pequeño en brazos fue tan intensa como breve. Jamás la olvidaría, la ayudarían a superar el vacío, el inmenso abismo que se abrió en su mundo cuando su bebé apenas contaba una hora de vida.

Tiempo después, cuando la gente comenzó a hablar con mayor libertad sobre ello, se conocieron los terribles hechos acaecidos esa noche como “La noche del llanto eterno”, la noche en que todo el sistema de nacimientos ilegales cayó bajo el peso de justicia de la Capital. Docenas de arrestos, cientos de niños de edades comprendidas entre los cero y diez años fueron puestos bajo tutela capitolina en diversos centros a espera de una resolución. Numerosos altercados, medio centenar de heridos, varios muertos. Esa noche las sirenas sonaron de forma ininterrumpida durante horas, rompiendo así con la calma que solía reinar en la urbe. Los cabecillas de la red cayeron, algunos padres lucharon, otros se rindieron, alguno incluso murió protegiendo lo más valioso.

A Duna le arrancaron el alma de los brazos, sus sueños y anhelos, su vida entera. Entre gritos y patadas, sujetada por dos miembros del equipo táctico que acababa de irrumpir en la sala de partos, pudo observar cómo se llevaban a ese pequeño niño de cabello negro envuelto en una blanca sábana para no volver a verlo nunca más. Cuando traspasaron la puerta sintió como si la parte más importante de su cuerpo le hubiese sido arrancada de cuajo. En ese preciso momento supo que ya nunca volvería a mirar a la vida como lo había hecho hasta ahora, que lo que ahora venía ya no podría ser siquiera considerado como vida. Tuvo la certeza de que ya nunca volvería a ser feliz.

XXVIII

Han pasado cinco meses de la última vez que estuvo en el CARA, cinco largos e intensos meses desde que fue expulsado cruelmente por decreto médico, pero para Ciro es como si hubiesen sido cinco años. O quizás cinco vidas. Ya se sabe, el tiempo es relativo.

Todo está igual, todo es diferente. Deambula por los pasillos que tan bien conoce, ahora desiertos, abandonados, con ese punto extraño que alcanzan los lugares que un día estuvieron llenos de vida y que después quedaron relegados en el agujero negro del olvido.

Sube hasta la planta octava para echar un último vistazo a uno de los pocos sitios que le emocionaban de su anterior vida en ese edificio. Entra en la impresionante sala circular de la biblioteca, el lugar donde pasaba las horas muertas estudiando a personajes históricos que le enseñaron mucho de filosofía y política, pero muy poco de la vida. Al cruzar la línea de entrada se materializó ante él el programa del bibliotecario, ese holograma en forma de monigote que sabía todo lo que se necesitaba saber sobre la producción bibliográfica de la humanidad.

–Buenos días, alumno... perdona, creo que no tengo datos sobre tu persona.

–No te preocupes. Eso importa ya poco.

–¿Eres nuevo en el CARA?

–Para nada.

–Sin duda debe tratarse de algún fallo de configuración que espero sea subsanado pronto por el personal técnico.

–Sin duda.

–Dime, alumno, ¿han decretado nuevos días festivos o algún tipo de jornadas extraordinarias allá fuera? Hasta que has aparecido hacían cuatro días y dieciséis horas que aquí no entraba nadie.

–Andas bien encaminado, bibliotecario, han pasado unas jornadas realmente extraordinarias allí fuera. Supongo que serás puesto al día pronto, cuando lleguen los nuevos inquilinos. Tus archivos de historia reciente requieren una actualización urgente.

–Deseando estoy –dice el bibliotecario antes de detenerse unos segundos y seguir su alocución–. De todas formas, ¿puedo ayudarte en algo? ¿Necesitas algún hololibro o alguna referencia?

–No, no, gracias, solo he pasado por aquí para echar un último vistazo –Ciro da un breve paseo por la sala, llenándose la vista una vez más con esa magia que poseen los libros, aunque en su mayoría sean proyecciones digitales–. He pasado una buena parte de mi vida entre estas cuatro paredes, empapándome de supuesta sabiduría, soñando con ir más allá... Y, mira por dónde, ahora vuelvo con una sensación parecida a la melancolía.

–Bueno, eso no es necesariamente malo. Ya lo dijo Aristóteles: todos los hombres con talento han sido melancólicos.

Ciro abandona la biblioteca con algo semejante a una sonrisa en los labios y vuelve a tomar el ascensor, esta vez a la planta cuarenta y siete, sector C. Camina por un pasillo lleno de puertas, muchas abiertas, de las que no se desprende sonido ni movimiento alguno. Algunas habitaciones están revueltas, otros directamente son solo una cama vacía. Las luces que iluminan el corredor comienzan a fallar, dotando al lugar de una atmósfera aún más fría y desapacible. Aquello ya no

será una residencia nunca más.

Avanza para llegar a la puerta abierta de la habitación 04, su antiguo refugio, una estancia que ahora parece no haber albergado a nadie nunca. La cama, con el colchón desnudo y un escritorio vacío que ya acumula una pátina de polvo, son los únicos elementos que se encuentra. El cuarto se siente frío e impersonal, como siempre ha sido, pero ahora es plenamente consciente de ello, de la alienación sufrida, de una austeridad inculcada pero cerrar el paso a la imaginación.

Da unos pasos y se sienta en el colchón, mirando hacia la nada, perdiéndose en mil pensamientos que ya no conducen a ningún sitio, a ningún objetivo. De alguna manera siente que la falta de un propósito en la vida le está conduciendo más rápido a la muerte que su propia enfermedad. Se levanta despacio, notando como sus piernas comienzan a flaquear, la cabeza también le pesa, el mareo que siente, la debilidad ya no la mitiga ni las pastillas de Ágata. Está en las últimas y lo sabe.

Escarba bien adentro y decide hacer de una buena vez lo que ha venido a hacer. No más paradas previas, ya no puedo alargarlo más. Va a la habitación de Kaoutar. Tarda lo indecible en acercarse a la puerta, paralizado por los nervios, por una absurda inseguridad. ¿Estará aquí? ¿Querrá verme? ¿Cómo se supone que le voy a explicar lo que sé? Cuando al fin se decide llama varias veces al timbre pero allí no se mueve nada, no se percibe vida cerca. Entonces vuelve al ascensor para que le lleve a su última oportunidad, a la última planta, a aquella azotea que tan buenas vibraciones y recuerdos le trasmite.

Un cielo rosado y una cálida brisa le reciben de una forma más agradable de lo esperado. La inmensa terraza estaría vacía de no ser por una chica que se encuentra apoyada en el muro del mirador. La larga melena negra y rizada es inconfundible.

El joven camina despacio entre los bancos vacíos y las mesas colmadas de desperdicios, saboreando cada paso, esperando que el encuentro que está a punto de producirse sea tan especial como desea. Sus pasos le delatan. La chica gira la cabeza entre sorprendida y asustada para clavar sus enormes ojos negros en los de Ciro. El sobresalto inicial da lugar a la incredulidad. La joven termina de girarse para acabar frente a frente con Ciro, a escasos treinta centímetros. Examina su rostro como si algo no encajara, como si se hubiera perdido demasiado. Como si fuese otra persona la que tiene delante.

—¿Ciro?

—Kaoutar.

No son necesarias más palabras para que llegue el primer abrazo de la tarde, uno fuerte y sincero que logra infundir una buena ración de luz en el maltrecho cuerpo de Ciro.

—¡Por la luna! Creí que ya...

—Aún no, Kau, aunque como puedes ver no creo que falte mucho.

—No digas eso, por favor. No puede creer que estés aquí.... Ya había perdido la esperanza de volver a verte.

—Yo también, pero ya ves, a veces cuanto más cuesta arriba es el camino más nos empeñamos en subirlo.

—Dime que estás luchando, Ciro, que has encontrado ayuda para lo tuyo, que te has puesto en manos de los médicos de la Capital. Ahora que todo ha cambiado quizás...

—Ya no hay más quizás conmigo —Ciro extiende su mano y la pasa suavemente por la mejilla y la barbilla de Kaoutar—. Me estoy apagando, Kau. Es irreversible... Lo noto.

—Pero aún sigues estando aquí, ¿no es así? Has conseguido volver. Solo si existe algo parecido a Dios sabrá lo que has debido ver y lo que has debido pasar allí fuera y aún así has vuelto... —la joven lo mira como si no hubiese nadie más en el mundo—. Has vuelto... aquí... ¿para verme?

El chico inspira con fuerza, llevando el aire al más profundo de los rincones, tratando de templar así esos nervios que parecen querer escapársele por cada poro.

–Tenía la esperanza de encontrarte aquí, sí... Aunque al verlo todo tan solitario me he temido lo peor.

–Han sido unos días críticos aquí dentro –Kaoutar cierra un momento los ojos y vuelve a revivir la pesadilla–. Sonaron las señales de alarma, ya sabes, primero el código naranja, después el rojo. Esos... salvajes tomaron el edificio en apenas unas horas. Lo curioso es que no se llevaron nada, solo nos decían “sois libres”, “sois libres”. Se llevaron a los más pequeños, eso sí. A los demás nos dijeron que nos fuésemos a la Capital, que allí podríamos iniciar una nueva vida, que pronto sería época de grandes revelaciones. La gran mayoría se han ido, Bruno entre ellos, mientras que unos pocos nos quedamos aquí... Simplemente esperando.

–Grandes revelaciones, ¿eh?

–Así lo dijeron, ¿sabes a qué se refieren?

Ciro se queda unos momentos en silencio. Le ha dado muchas vueltas a cómo decirle a Kaoutar lo que le tiene que decir, pero con ella delante es como si no dejasen de elevarse barreras.

–Has debido sufrir mucho –Kaoutar toma de la mano a Ciro y le indica con un gesto que se sienten en el banco que tienen al lado. Su banco–. Esos malditos terroristas han acabado con todos nuestros sueños, con nuestro futuro.

–No digas eso. No son terroristas, solo personas.

–¿Los defiendes? ¿Cómo es posible que precisamente tú digas algo así?

–Ya los irás conociendo. Mi consejo con todo esto es que trates de mantener la mente abierta. Quizás los malos eran los otros, los que siempre pensamos que representaban el porvenir de la humanidad.

–¿Qué? No te entiendo –la joven tuerce la cabeza–. No me digas que te crees toda la propaganda anticódigo que se está filtrando estos días. Lo único que pretenden con esa basura panfletaria es desunirnos, hacernos más débiles...

–Sé que es difícil de asimilar, Kau, a mí me ha costado mucho más de lo que puedo expresar, he pasado lo indecible por defender una norma que estaba sustentada en el miedo y la segregación, en el mismo crimen –Ciro no rehúye la mirada de pánico de Kaoutar, tampoco su mano que se aferra a la de él con una fuerza creciente–. Traernos aquí fue un delito contra la humanidad, al igual que expulsarme como unapestado porque ya no entraba dentro de sus previsiones. Simplemente porque ya no valía.

–Es cierto, Ciro, no entiendo cómo pudieron hacerte eso, estoy de acuerdo en que hay cosas que deberían cambiar, pero esto, esta revolución no va a traer más que caos y dolor.

–Puede ser. O a lo mejor lo que trae es la paz y la solidaridad que el mundo necesita –Ciro toma también la otra mano de la joven y atrae su cuerpo unos centímetros hacia él. Respira hondo, pone el tono más delicado que puede–. Mira, la mayoría de los alumnos del CARA fuimos... Joder. No sé cómo decir esto sin que parezca la espantosa barbaridad que es...

–Solamente dilo, Ciro...

–Fuimos sustraídos de nuestras familias en base a una ley llamada el Acta de 5 de noviembre, una espantosa ley por la que se regulaba un control poblacional estricto.

–¿Cómo dices? –Kaoutar da un instintivo respingo hacia atrás, soltándose de las manos del joven–. No sé si te sigo...

–He conocido a mi madre, Kau, ¡a mi madre! No está muerta como me dijeron, no hubo nunca ningún accidente laboral ni nada parecido, simplemente me arrancaron de sus brazos al nacer. Y la he visto.... ¿sabes? Trabaja en la Capital en unas de esas granjas donde purificaban el aire que se

ven desde aquí.

–No, no puede ser. Eso que dices es una locura... es, es imposible.

–No lo es –Ciro dibuja una sonrisa genuina, sus ojos comienzan a brillar afectados por la emoción–. Por razones por las que tendrán que pagar nos separaron de nuestros padres al nacer, pero ahora tenemos la oportunidad de conocerlos, de volver a estar a su lado. Sé que duele, pero todo lo queda por delante es alegría. Ya no hay más oscuridad, Kau. Ya no estamos solos en este mundo.

Kaoutar se abandona a los brazos de Giro en un profundo sollozo que dura varios minutos. Miedo, rabia, incredulidad y confusión se mezclan en su interior produciendo una desazón de la que le va a costar desembarazarse.

–Lo siento, Giro. Perdona. Yo... no sé qué decir. No sé qué creer.

–Tranquila, las palabras no lo pueden decir todo –Giro vuelve a estrechar entre sus brazos a Kaoutar, la cual sigue temblando–. Yo mismo he sido incapaz de creerlo, he sido escéptico con este terrible asunto hasta el mismo momento de tener a mi madre delante. Solo ahí lo comprendí en su totalidad. En su cara vi el horror de lo vivido... vi que todo cuánto decían es cierto.

–¿Y... qué te dijo? ¿Cómo... cómo fue tu encuentro con ella?

–Aún no estoy seguro de lo que siento, pero sé que necesitaba verla, mirarla a la cara, saber que existía. Tengo algo aquí dentro que no para de recorrer mi interior como si fuese una de esas viejas autopistas. Ha sido... muy raro, no te voy a engañar. Ni siquiera le he dicho quién soy.

–¿Por qué?

–Porque no quería hacerle pasar otra vez por eso. Ya perdió a su hijo una vez, no quería que volviera a sufrir una pena tan grande por mi culpa.

–¿Pena? Si toda esta locura es tal y como la cuentas lo que sentirá será felicidad, desahogo... Un renacer.

–Un renacer con limitadísima fecha de caducidad. Recuerda cuál es mi situación. ¿Qué le iba a decir? “Hola, soy tu hijo, ese que te robaron de tu seno nada más nacer. Encantado de conocerte. Por cierto, vamos a ponernos al día lo más rápido posible porque apenas me quedan un mes de vida”

–Un mes...

–Perdona, Kau. Veo lo que intentas decirme, pero eso ya no vale conmigo. No quiero que esa mujer recobre la esperanza, se haga vanas ilusiones y después sufra viendo como me muero a su lado. No, eso no lo puedo permitir. De hecho no quiero que nadie me vea así...

–Giro, por favor...

–Supongo que aunque no lo pretenda soy un egoísta, necesitaba verte una vez más. Decirte cosas que nunca te dije porque nunca creí que fuesen importantes –el joven traga saliva, intenta dejarse llevar–. Ya sabes, mi vida solo era estudiar, instruirme en el Código, ser el mejor en las pruebas para convertirme en Ciudadano... Todo lo demás era secundario, no le prestaba la atención que merecía. No veía lo que tenía delante.

–Todos somos así, sabemos qué lo más importante es la instrucción. Es lo que nos han enseñado.

–En ese caso todos estamos equivocados. Lo importante son las personas, Kau. Eso es lo que me ha enseñado mi viaje, esta desgracia inoperable que llevo en la cabeza. Cuanto más me alejaba de aquí más me daba cuenta de que te echaba de menos, que lo mejor de estar aquí dentro no era aspirar a ser Ciudadano u obtener un puesto importante en la Capital –el joven deja de hablar un momento para tragar el gran nudo que se ha formado en garganta–. Lo mejor de todo era compartir ratos como este contigo.

La joven de cabello azabache da salida en forma de lágrimas al torrente de emociones que la zarandean desde hace rato. Ciro, que no sabe muy bien cómo actuar ante estas situaciones, decide darle un poco de espacio a la chica y se pone de pie con el propósito de volver al muro del mirador cuando es detenido por la mano de Kaoutar.

–Kau, yo... Lo siento. No te he dicho esto para que me digas nada, tampoco espero que sientas lo mismo, es solo que... No lo sé, estoy hecho un lío. No debí venir, no mereces todo esto.

–¿Por qué crees que me he quedado aquí cuando casi todo el mundo al que conozco ya está en la Capital, nuestra ansiada meta? –Kaoutar también se pone en pie, alineando sus ojos con los de Ciro–. ¿Por qué imaginas que llevo subiendo aquí a esta hora, como solíamos hacer, desde hace varios días? Deseaba con todas mis fuerzas que vinieras y aquí estás. ¿Cómo llamamos a eso?

El cielo de tonos pastel va dejando paso a un profundo azul marino tan solo importunado por las numerosas luces procedentes de la Capital. En algún lugar suena una lejana melodía, un claxon parte la tranquilidad de la imparable noche mientras el tranvía vuelve a hacer acto de aparición con su hipnótico movimiento y su neumático sonido. La actividad va volviendo a la Capital al tiempo que los dos jóvenes comparten uno de esos momentos que hacen que todo lo demás, futuro y pasado, merezca la pena. Uno de esos momentos que se convierten en el ancla que detiene el tiempo.

–No lo sé. Mientras no lo llames destino, a mí me vale –dice Ciro.

–Jamás, no me atrevería –replica Kaoutar guiñando un ojo, ambos sonríen con complicidad–. Dime una cosa, ¿cómo se puede seguir adelante sabiendo que toda tu vida ha sido una mentira?

–Uhm, pues no tengo ni idea, pero estoy seguro de que lo averiguarás.

–Vamos, no me digas eso, cúrratelo más. Te tengo delante y aún no me lo creo. ¡Estás aquí después de todo lo que ha pasado! Eres la prueba de que los imposibles ocurren. Quédate conmigo, Ciro, ayúdame a entender esta locura...averigüémoslo juntos.

–Ojalá pudiera, Kau, de verdad que me gustaría, pero ya te he dicho que no quiero ser una carga para nadie. No quiero que me recuerdes moribundo y consumiéndome en una cama...

–No lo haría.

–Por favor –Ciro levanta la mano para a continuación juntarla con la otra en signo de perdón–. No estoy en mi mejor momento, pero aún sigo siendo soy yo. Quiero que cuando pienses en mí recuerdes en este día, en todos los días pasados que hemos compartido en este lugar, alimentando nuestros sueños. Tienes toda una vida nueva por delante, muchas cosas importantes por hacer.

–Deja los tópicos, haz el favor.

–No son tópicos, es la verdad. ¿Qué hay de esos bio-cerdos de tu proyecto? Te aseguro que la gente de allí fuera está harta de comer insectos y batidos de proteínas.

–Quién sabe en qué acabará todo eso...

–Levanta la cabeza y hazlo posible. Al contrario que yo tienes la oportunidad de hacer cosas que pueden marcar la diferencia, de encontrar tu camino... De conocer a fondo a tus padres.

–No, no sé si podría hacer eso...

–Claro que sí –Ciro posa sus manos sobre los hombros de la joven–. La información está ahí fuera, pronto será liberada, lo sé de buena tinta. Va a ser algo bueno, Kau, tendrás la posibilidad de tener una familia, tu familia. Conocer tus orígenes, expandir esa mente que han pretendido enjaular. Prométeme que lo harás, prométeme que no olvidarás este momento.

–Está bien, está bien. Tú ganas Ciro –Kaoutar eleva las manos al cielo, fuerza una sonrisa de circunstancias–. Cómo bien dices sigues siendo tú, y si hay algo muy tuyo es que si estás decidido en algo nadie es capaz de hacerte cambiar de opinión.

–En otras circunstancias estaría encantado de dejarme convencer, créeme. Si existiese la

mínima posibilidad de liberarme del estúpido huésped que habita mi cabeza no soltaría nunca tu mano....

Ciro y Kaoutar se miran como lo hacen las personas que no precisan de palabras para expresar las emociones más insondables. Sus manos vuelven a entrelazarse, la química aviva sus ojos, la física atrae un poco más sus cuerpos. Cuando sus labios se encuentran su mundo estalla para volver a recomponerse, cada pieza vuelve a su sitio, durante un par de segundos todo vuelvo a estar bien.

–¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Cuál es el siguiente plan de Ciro el legislador?

–Bueno, tengo que hacerle un último favor a un amigo. Cuando lo haga supongo que buscaré un lugar tranquilo... Sí. Un lugar donde simplemente estar.

Kaoutar y Ciro vuelven al banco. La noche se extiende ya hasta el confín. La Luna se asoma espectacularmente clara e imponente, con sus mares, con su luz. La joven coge una manta que había dejado doblada a su lado y la extiende para cubrirse junto a Ciro. Los dos adolescentes se acomodan acurrucándose el uno en el otro, en silencio, escuchando sus respiraciones, sintiéndose el pulso.

El tiempo de las preguntas ha terminado, los planes futuros, las luchas, el mundo por construir queda en suspensión por unas horas. Solo están ellos dos y los miles de millones de estrellas que los cubren.

Solo ellos dos. ¿Acaso podría ser más perfecto?

XXIX

El desierto no cambia, las personas sí. Ante Ciro se abre de nuevo el infinito mar de tierra que se extiende bajo un sol dispuesto a devorarlo todo. El mismo desierto por el que ya vagó una vez, perdido, sin objetivos ni planes más allá de sobrevivir. Ahora eso es lo de menos, el joven ha aceptado su destino y le ha añadido un propósito, un lugar al que acudir.

Vuelve a mirar el dispositivo que le dio el ex astronauta Greg y la pantalla indica una distancia de ciento cincuenta y tres kilómetros. Ya queda menos, la batería del vehículo promete que va a aguantar. Está siguiendo una ruta que le recomendó en su momento Ágata, una más segura que evita el contacto con las denominadas zonas calientes, expresión con la que Los Albatros se refieren a aquellas comunidades cuyas ideas disocian con las suyas. Comunidades, lugares, de los que es mejor estar bien lejos.

El día avanza a su ritmo, mostrando un paisaje monótono desprovisto de encanto. Tierra y más tierra, un cielo azul intenso. Ciro no se sale de la ruta ni un metro, elude obstáculos naturales cuando toca, acelera cuando atisba el menor indicio de actividad humana en la lejanía. Ya no está para ese tipo de aventuras, lo único que desea es llegar cuando antes a los dominios de Greg.

Con el dulce recuerdo de Kaoutar, con su aroma aún pegado a él y la certeza de que el futuro de la Capital está en buenas y jóvenes manos, gente que lo dará todo por hacer de aquello el lugar de encuentro y bienestar que siempre debió ser, Ciro divisa la espectacular silueta de la LATONA IV, esta vez colocada sobre la plataforma de despeque que meses atrás solo era un amasijo de metal.

Conforme se acerca la vista se hace más imponente, la nave más reluciente. Ese hombre y sus máquinas han conseguido lo imposible, no parece el mismo trozo de chatarra que vio unos meses atrás. Ciro no puede ni cerrar la boca. Reduce la velocidad al saber que ha cruzado las barreras de seguridad, convenientemente desactivadas por Greg. Avanza unos metros hasta llegar a la zona del gigantesco taller, lugar desde el que la LATONA IV apenas deja libre una pequeña porción de cielo.

El joven abandona el vehículo y da unos pasos para encontrarse con un hombre que irradia felicidad, un hombre con una sonrisa que no le cabe en la cara que parece haber rejuvenecido diez años en apenas unos meses.

–¡Ciro! Sabía que nuestros caminos volverían a encontrarse –exclama el antiguo astronauta sin ninguna contención.

–Pues yo no sé como los neumáticos han aguantado hasta llegar aquí... Hubo un momento en que me veía tirado en medio de la nada acortando aún más mis días.

–¡Bobadas! Desde que activaste mi juguetito he estado monitorizando tu viaje. Si hubiese pasado algo me habría dado cuenta y habría ido a por ti.

–Vaya, esa información me hubiese tranquilizado más sabiéndola de antemano...

–Pero entonces no habría sido un viaje tan excitante, ¿no es así?

–¿Te he dicho alguna vez que estás loco, Greg? –pregunta Ciro esbozando media sonrisa.

–La locura es el estado en el que la felicidad deja de ser inalcanzable.

–¿El Quijote?

–Nop, Alicia en el País de las Maravillas –responde Greg con indisimulado grado de satisfacción–. ¿Entonces qué? ¿Ya te has decidido a unirme a mi equipo?

–¿Qué? ¿Cómo? –el joven niega varias veces con la cabeza–. No, no, ¿qué dices? He venido por otra cosa más... Por cierto, ¿te has enterado de lo que ha ocurrido en la Capital?

–¿De qué? ¿Ha caído ya? –inquire el ex astronauta sin mucha emoción.

–Pues... sí, sí que ha caído. No te sorprendas tanto que te va a dar un ataque...

–Chaval, solo era cuestión de tiempo que ocurriese. Un año antes o un año después, da lo mismo, estaba sentenciada desde hace mucho. La Capital había llegado ya a su límite de corrupción y degeneración. Lo raro es que haya durado tanto.

–Bueno, estoy en parte de acuerdo contigo, pero ¿qué has hecho tú para propiciar esa caída? ¿Venirte aquí en mitad del desierto a construir aviones?

–¿Aviones? ¿Aviones? Ciro, te voy a tener que recomendar que te laves la boca antes de llamar avión a esta preciosidad. A esta maravilla de la ingeniería aeroespacial.

–Si tú lo dices...

–Y ya que lo comentas, quizás he hecho más de lo que crees desde mi taller en mitad del desierto, chavalote –Greg le pasa a Ciro uno de sus dispositivos móviles que previamente había estado trasteando en el que se encuentra abierta una galería de imágenes.

–¿Esto es lo que creo que es?

–Son armas, eminencia –concede Greg en tono socarrón–. Armas construidas por mí para Los Albatros, armas que han ayudado a esta inevitable revolución.

–Así que armas.

–No creas que estoy especialmente orgulloso, sé que su mera existencia conlleva violencia y que mucha gente habrá muerto o morirá por culpa de esos engendros mecánicos, pero aún así los fabriqué. Unos estaban armados, los otros no, me contrataron para equilibrar la balanza.

–Vaya, eso no me lo esperaba, Greg... Dime, ¿qué más cosas fábricas aparte de naves y armas?

–Amigo mío, cualquier cosa que puedas imaginar, con trabajo y tesón, se puede construir.

En ese momento Ciro saca un pequeño dispositivo con forma de cilindro de su bolsillo, lo muestra unos segundos al ex astronauta y se lo da con todo el cuidado del mundo.

–¿Te dice algo la frase: “Cervan, el perro que enseña”?

–¿Ehm? ¿Cervan? –Greg se rasca la cabeza mientras observa detenida el dispositivo –. ¿Esa enciclopedia con patas?

–Pues eso de ahí es el disco duro de un perro de esos. Uno especialmente estirado y sabelotodo, pero que además ha resultado ser una compañía de lo más agradable.

–Entiendo que su cuerpo ha hecho caput...

–Ajá.

–Bien, bien. Creo que tengo exactamente lo que necesitas. Sí, va a ser perfecto. ¡Perfecto! Los astros parecen alinearse...

–¿Cómo dices?

–Nada. Vamos, acompáñame.

Greg Quetglar le indica a Ciro el camino a seguir. Abandonan la extrema calidez del exterior para introducirse en el monumental taller que tienen a unos metros. A pesar de las dimensiones, es difícil pensar que en aquel lugar pueda haber un solo chisme más. Los cachivaches metálicos se agolpan sin un orden visible, dejando apenas un camino central por el que pasar. A su izquierda Ciro posa la mirada sobre uno de los grandes robots-grúa con los que Greg ensambla piezas de la nave es casi como manejar hojas de papel. Siguen un poco más y llegan a una zona más

despejada en la que se advierte una trampilla en el suelo. Greg pulsa un botón de su dispositivo móvil personal y el suelo se abre literalmente ante ellos, dejando a la vista una escalera mal iluminada que se adentra en las profundidades de la tierra.

–¿Qué tienes ahí abajo? –pregunta Ciro con un inevitable recelo.

–Ahora lo verás.

–¿No irás a darme un golpe y encerrarme ahí dentro?

–Qué gracioso...

Greg toma la iniciativa y comienza a descender los escalones que les llevan a un nivel subterráneo, lugar definitivamente más ordenado que la planta de arriba, en el que el ex astronauta almacena variados productos que van desde agua a alimentos, cajas y cajas de esas raciones espaciales suyas, pasando por algunas de esas armas a las que se refirió antes, varios trajes de astronauta y otras piezas esenciales para su nave.

Al fondo de esa suerte de búnker encuentran aquello que Greg andaba buscando. El anciano sonríe e invita al chico a echar un vistazo debajo de una lona. Ciro le mira frunciendo el ceño, confía en ese tipo pero no tiene el cuerpo para bromas. Cuando al fin se decide a pegar un tirón del gran manto, comprueba boquiabierto como los dos bultos que se intuían han dado lugar a dos astromóviles cuadrúpedos del tamaño de un carrito de la compra cada uno. Lo más curioso se encuentra en la parte delantera de ambos, con un visor con forma de cabeza de lobo, con sus ojos, orejas, morro...

–Se llaman Navegantes, coloquialmente conocidos como Lobos, son los tataranietos del Curiosity, uno de los primeros astromóviles que llegaron a Marte a principios del siglo XXI con el objetivo de recabar datos e imágenes del planeta rojo –explica Greg con su habitual vehemencia–. Como puedes ver tienen cuatro patas con ruedas para poder adaptarse a cualquier medio, un amplio visor con una cabeza que rota 360 grados, antena, brazos hidráulicos y unos receptores fotovoltaicos que le dan una autonomía de varias semanas con la carga a tope. He conseguido reducir su tamaño a un tercio, con el fin de que una monada de estas pueda acompañar en una hipotética misión tripulada.

–Por la luna... esto es impresionante Greg. ¿Me estás diciendo que puedes...?

–¿Insertar tu disco duro en uno de estos dos? Por supuesto. Los Navegantes se pueden configurar con una IA y también pueden ser controlados de forma remota. En este caso la IA será tu estimado Cervan, el cual se hará con el control absoluto de una de estas unidades... Si todo va bien pasará a ser su nuevo cuerpo.

–Vaya, son alucinantes, pero cada lobo de estos de estos debe de costar una fortuna...

–Eso no importa. Tú me has pedido ayuda y yo te la ofrezco. Es así de simple. Dime, ¿quieres que configure un bicho de estos con tu amigo?

–Desde luego, ¡claro que quiero!

El proceso lleva su tiempo, toda la tarde y gran parte de la mañana del día siguiente. El joven pasa la noche en uno de los módulos que hay pegados al taller, durmiendo apenas tres horas y tomando religiosamente las dosis de morfina que le ayudan a seguir siendo persona. Tratando de ordenar pensamientos y sensaciones, logrando acariciar una calma que hasta bien poco le era esquiva.

El sol se encuentra en su cenit cuando Greg llama a Ciro entre entusiastas gritos y sonoros aplausos. El joven corre desde el módulo donde descansaba y llega hasta la entrada del taller, lugar en el que se encuentra Greg con un astromóvil que se mueve despacio adelante y hacia atrás, que abre y cierra las pinzas que tiene por manos y cuyos ojos iluminados analizan el entorno hasta detenerse justo cuando tiene enfrente al chaval. Una serie de lucecitas se encienden en la zona dl

morro.

–¿Ciro? –dice una robótica voz –. ¿Eres tú... amigo?

Al joven se le ilumina un rostro últimamente acostumbrado a las sombras.

–¿Cervan? ¡Por la luna! ¿Eres tú? ¿Puedes verme?

–Nunca te había visto mejor. Con esta resolución puedo ver hasta los puntos negros de esa maltrecha cara tuya –se lanza el antiguo perro robot–. Aunque hayas perdido el apetito opino que deberías comer algo más de vez en cuando si no quieres acabar como el caballero de la triste figura.

–¿Es él? –pregunta Greg.

–No hay duda.

–¿Esto es un Lobo Navegante auténtico de la época pre-Estallido? –pregunta Cervan mientras no deja de corretear por la zona, coger, dejar e incluso lanzar trastos con sus nuevas manos–. Este equipamiento es lo que los jóvenes de aquellos tiempos llamarían una auténtica pasada.

–Es un Lobo Navegante mejorado, más ligero y autónomo, también más resistente que aquellos que acompañaron a los humanos en sus primeras expediciones a Marte –responde el ex astronauta.

–¿Tanto como para resistir otro disparo con un rifle de perforación? –vuelve a inquirir el robot.

–Probablemente –dice Greg tras darle un leve puntapié en el chasis–. Aunque yo de ti me mantendría alejado de los tiroteos y esas cosas.

–Un consejo de primera, aunque creo que aún no nos han presentado debidamente...

–Perdona, Cervan, qué cabeza la mía –justo al decir esa frase Giro sonrío con cierta amargura–. Este es Greg Quetglar, antiguo miembro de...

–Capitán Greg Quetglar, destacado miembro de la AIS, la Administración Internacional Selenita, con más de un centenar de vuelos Luna-Tierra registrados entre 2120 y 2137 –recita Cervan–. Además posee la hazaña de ser el único hombre que ha orbitado alrededor de Venus en un prototipo de nave creado por él mismo... Este hombre podría recibir tranquilamente el calificativo de héroe.

–Bueno, héroe, héroe no sé... puede.

–Pues este héroe –Ciro hace la señal de las comillas de los dedos al decir a última palabra– del que tantos datos tienes es el que te ha dado este nuevo cuerpo.

–Vaya, no sé qué decir que resulte apropiado.... Muchas gracias, señor Quetglar –Cervan avanza despacio hacia Greg y extiende uno de sus brazos articulados, el ex astronauta lo mira con cierto reparo pero no duda en estrechar su mano con aquella metálica–. Es un verdadero honor conocerle.

–De nada, Cervan. Ha sido un placer. Y llámame Greg, haz el favor.

–Por supuesto, Greg.

–Decidme, chicos, ¿cuál es ahora vuestro próximo movimiento? ¿Volveréis a la Capital? ¿A Ítaca 3 quizás?

–Yo seguiré a Giro a dónde tenga pensado ir –responde Cervan colocándose al lado del chico–. Le debo la... vida. Mi único propósito es acompañarle hasta el final.

–Gracias, compañero, lo aprecio mucho –con cuidado, Giro posa su mano un momento sobre el brazo hidráulico de Cervan–. Tú lo sabes bien, Cervan, y tú Greg no sé si ya te hueles algo con esa especie de sexto sentido que te gastas... Pero estoy enfermo, muy enfermo. Mi estado es terminal. Me siento cada día más débil y apático. Tengo la certeza de que me queda poco, así que en realidad no tengo ningún plan.

Greg mira al chico como nunca antes lo ha hecho. A pesar de esa afilada intuición de la que

Ciro habla, a pesar de encontrar bastante desmejorado al joven respecto al día en que lo conoció, no se esperaba para nada que la desidia que transmitía se debiera a una afección que suena a definitiva. El ex astronauta da unos pasos y se acerca a la posición de Ciro y Cervan, rodeado por el incontable material de su taller, con la magnífica estampa de su nave dominando la vista. Se posiciona frente al chaval, coloca los brazos en jarra y asiente plenamente convencido de lo que va a decir.

–¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que nos vimos?

Ciro precisa unos segundos para procesar la información. De un tiempo a esta parte su cabeza ha pasado a ser la parte de su cuerpo más problemática. Le cuesta centrarse, cada vez se le hace más difícil recordar ciertos detalles, incluso mantener la noción del tiempo.

–Dijiste... Sí. Ya lo recuerdo. Me preguntaste si quería viajar al espacio.

–Eso es.

–Y yo te respondí que eso era una locura.

–Cierto.

–Y supongo que ahora me lo vas a preguntar otra vez...

–Te lo preguntaré las veces que hagan falta –dice Greg haciendo ciertos aspavientos–. Sigo corto de personal y, dadas las circunstancias, creo que tu presencia en la misión encajaría a las mil maravillas.

–¿Encajar? Por favor, déjalo, te he dicho que yo no encajo en ninguna parte ya... Y mucho menos en el espacio, ¿cómo se te ocurre? Me falta formación, ganas y fuerzas para eso...

–Difiero totalmente. ¿Cuál es tu alternativa, Ciro? Dime. ¿Quedarte en ese cuartucho de antes pudriéndote? Si es así, si eso es lo que quieres te lo cedo. ¡Es todo tuyo! Pero no creo que quieras un final así.

Ciro deambula por el lugar junto a Cervan con el rostro cabizbajo hasta llegar a una especie de banco metálico en el que se sienta. Greg le sigue a cierta distancia hasta acabar sentado a su lado, respira hondo, mira a la porción de cielo azul que se deja ver a través de la gran entrada.

–Mira, en realidad estoy de acuerdo contigo. Aquí, en este mundo, ya no hay nada para ti – comienza a decir Greg con tono pausado–. Tampoco lo hay para mí, pero quién sabe lo que podríamos encontrar allá arriba... ¿No lo ves? Esa es la clave de todo, la auténtica razón que te empuja a la LATONA. Si te quedas aquí mueres, ¿no es así? En un cien por cien de probabilidad. En cambio si vienes a las estrellas puede que tengas alguna posibilidad...

–¿Alguna posibilidad? ¿De qué estás hablando?

–Hablo de que nadie sabe realmente lo que hay ahí fuera.

Los tres se quedan un momento en silencio. Greg y Ciro se aguantan la mirada de forma intensa, como si el primero que la desviase perdiera.

–¿Basas tu argumentación en razones desconocidas? ¿Crees que así me vas a convencer?

–Yo solo te estoy abriendo una puerta a la esperanza... Y hablando desde la lógica. Este mundo ya no nos ofrece nada, ¡busquemos otro!

–No, eso es...

–¿Vas a decir otra vez que es una locura? –se adelanta Greg–. Una porción de locura siempre ha sido necesaria para ir más allá, para explorar lugares que ni tan siquiera se sabía que existían. Has estudiado historia, ¿verdad? ¿Qué pensaría la gente cuando los españoles o los portugueses se lanzaron a finales del siglo XV a explorar el océano?

–¿Cuántos morirían de hambre en alta mar o víctimas de una tormenta?

–¿Cuántos sobrevivieron y tienen un lugar preeminente en la historia? Tú estabas convencido de que el progreso se encontraba en la Capital, pero esa ciudad no era nada nuevo, solo un

producto de ideas recicladas. Los pioneros son los que producen el progreso, los que hacen locuras que nadie más se plantea.

–¿Cuál es tu destino, Capitán? –pregunta Cervan incorporándose a la conversación.

–Marte, por supuesto. Aunque esa es tan solo la primera parada. Como bien sabéis establecimos una primigenia colonia humana allí hace unos cien años. Por fortuna los efectos de la Supernova apenas se hizo sentir sobre el planeta rojo, pero la catástrofe hizo que se abandonara la colonia y se unificaran fuerzas en la luna, sobre todo por su cercanía a la Tierra. Hace décadas que nadie habita el planeta rojo, pero las magníficas instalaciones que se construyeron siguen allí.

–Marte. Es sin duda fascinante –conviene Cervan.

–Mira, Greg. Yo ya no sé si estás hablando en serio o si todo esto no es más que una fantasía...

–La LATONA IV está lista y cargada para afrontar el viaje a Marte con total garantías. De eso me he encargado en los últimos diez años. Si mis cálculos no me fallan, y no suelo hacerlo, Marte se encuentra en estos momentos en perihelio, es decir, en su punto más cercano al sol, encontrándonos nosotros a una óptima distancia de unos 70,4 millones de kilómetros. Depende de una serie de variables puesto que los planetas no dejan nunca de moverse alrededor del sol, pero manteniendo una velocidad media de 90.000 kilómetros por hora, la LATONA llegará al planeta rojo en un periodo entre 20 y 32 días.

–Así que va en serio... –el joven se pone de pie, camina en círculos mesándose el cabello con nerviosismo. Ha sentido el pinchazo de la curiosidad—. ¿De verdad... podríamos hacerlo?

–En unos días esa maravilla de allí despejará rumbo al espacio, no te quepa la menor duda. Llevo muchísimo tiempo trabajando sin descanso para hacerlo posible, mirando al cielo y alimentándome de su magia. Sé que es duro dejarlo todo atrás, y admito que no puedo hacerme una idea de lo que debe ser pasar por lo que tú estás pasando. Es tan injusto...

–En serio. No sé si puedo hacerlo, Greg.

–Tú piénsalo, ¿de acuerdo? Ayúdame en la medida que puedas a ultimar los preparativos, familiarízate unos días con la LATONA... Escucha a tu voz interior. Al final por mucho ruido que haya alrededor el único que tiene derecho a decidir eres tú.

La LATONA IV se encarrila por la plataforma de despegue. Un estruendo ensordecedor da paso a una espectacular aceleración que provoca el primer vuelco en el estómago de Ciro. Asido a los brazos de su asiento como si fuesen el último sostén que le mantienen aferrado a la vida, consigue levantar la cabeza muy, muy despacio hasta que la escafandra que porta le deja ver el paisaje que se sucede a velocidad de vértigo en el exterior. La tierra se aleja y el azul del cielo se desparrama sobre el amplio visor de la astronave, que desgarras las nubes y parte el mismo cénit. La nave va ganando velocidad al tiempo que va traspasando una a una las diferentes capas de la atmósfera.

Ya no hay vuelta atrás.

Un grito mudo se escapa de su boca al precipitarse al espacio exterior, su mirada se llena como nunca antes de belleza, la palabra milagro acude sin llamarla a su mente. El joven observa como Greg le hace la señal del OK con el pulgar. A su lado Cervan trata sin demasiada fortuna de emular el gesto del capitán con su brazo metálico. El arco azulado se va perdiendo mientras se adentran en la inmensidad del Cosmos.

Las estrellas le saludan, el temor va dejando paso a la maravilla.

GLOSARIO

Acta de 5 de noviembre: Ley aprobada en el año 2142 por la que quedaba restringida la natalidad en la Capital más allá de un hijo por núcleo familiar. Tuvo vigencia durante cerca de tres décadas.

Albatros, los: Grupo armado de resistencia política cuyo objetivo es la destrucción del sistema de la Capital y la liberación física y mental de sus habitantes.

Capital, la: Ciudad fortaleza fundada en el año 2132 por el Comité de los Doce sabios, el cual rige los destinos de sus Ciudadanos a través de la aplicación del Código.

CARA: Siglas de Centro Académico de Alto Rendimiento, institución donde van a parar los neonatos nacidos fuera de la legalidad establecida por decreto del Acta de 5 de noviembre y otros huérfanos.

Código, el: Conjunto de leyes que rigen la vida de los Ciudadanos de la Capital.

Comité Selenita para el Resurgir Terrestre (Comité de los Doce sabios): Consejo de doce personas, descendientes de antiguos selenitas, creador y administrador de la Capital. Su presidenta y miembro más longevo es la venerada Amelia Cox.

Dumper: desguace de dimensiones kilométricas en el que subsisten algunos grupos humanos y máquinas autoconscientes.

Exterior, el: Todas las tierras que quedan fuera de los dominios de la Capital. Por lo general territorio inhóspito y sin ley dominado por un peligroso y gigantesco desierto así como por los grupos humanos que lo habitan.

Gran Estallido, el: Explosión de la Supernova conocida como SN2090GI que tuvo lugar en el año 2090 a treinta mil años luz de la Tierra, provocando la mayor catástrofe biológica de la historia. Arrasó la superficie terrestre de rayos gamma, destruyendo más de la mitad de la capa de Ozono y acabando con millones de ecosistemas. Llevándose a cerca del noventa y seis por ciento de la población humana.

Megaestructura: Combinación de varios antiguos conjuntos urbanos protegidos del sol y la radiación por una inmensa cúpula de varios miles de kilómetros cuadrados construida de forma espontánea por supervivientes del Gran Estallido en el último medio siglo.

Navegante (Lobo): Astromóvil o vehículo autónomo de exploración espacial con la capacidad de analizar/ recoger datos y establecer comunicaciones en planetas remotos.

Ostracismo: Destierro inspirado en el homónimo de la Antigua Grecia, por el que se condena a los Ciudadanos que incumplen a directrices del Código a vagar por las arduas tierras del Exterior.

Poblado, el: Una comunidad situada a escasamente un kilómetro de la Capital creada de forma espontánea por antiguos Ciudadanos expulsados. Viven en pésimas condiciones esperando poder volver al lugar que un día fue su hogar.

Prueba de Hauser: Prueba médica avanzada que es capaz de prever futuras fortalezas o debilidades en los recién nacidos. Utilizada para determinar el destino de los neonatos condenados por el Acta de 5 de noviembre.

Refugio: Nombre dado al lugar en que establecieron su residencia los cuarenta y un expulsados de la Capital por ideas políticas y que tiempo después fundarían Los Albatros.

Resurgir Terrestre: movimiento selenita llevado a cabo por el Comité de los 12 sabios que propició la reconstrucción de la vida humana en la Tierra y la fundación de la Capital.

Selenitas: Humanos habitantes de la colonia Selene, establecida en la Luna a mediados del siglo XX. Su población máxima fue de 40.000 habitantes.

T.C.N.S.: Siglas de Tribunal para el Control de la Natalidad y la Subsistencia, abreviado como El Tribunal. Facción creada por el gobierno en el año 2143 para encargarse de la aplicación del Acta de 5 de noviembre en el territorio urbano de la Capital.

Terrícolas puros: Humanos descendientes de los supervivientes del Gran Estallido que se ocultaron bajo tierra, viviendo varios años en búnkeres hasta que la atmósfera exterior se hizo respirable.

Tubo, el: Transporte subterráneo que une la Capital con diversos puntos del Exterior. Utilizado tanto por agentes de campo e investigación como para transporte de Ciudadanos condenados al Ostracismo.

AGRADECIMIENTOS

Normalmente dedico este espacio a aquellas personas que me soportan a diario y permiten que siga juntando letras de tanto en tanto. Ellos ya saben quiénes son, compartimos la vida y yo quiero compartir con ellos estas historias.

Ya no vamos a las estrellas no habría sido lo mismo sin Gregorio Molina Cuberos, doctor en Física y profesor de la Universidad de Murcia, quien no dudo en echar una mano a un desconocido que llamó a su puerta con locas historias del espacio. Su entusiasmo y geniales ideas están presentes a lo largo y ancho de la novela. Gracias infinitas Gregorio, un buen trozo de esta obra es tuyo.